

¿Ser "verdes" o parecer "verdes"?

Conflicto y reproducción: la política ambiental de la Provincia de Buenos Aires en los años '90 Volumen 1

Autor:

Sarlingo, Héctor Marcelo

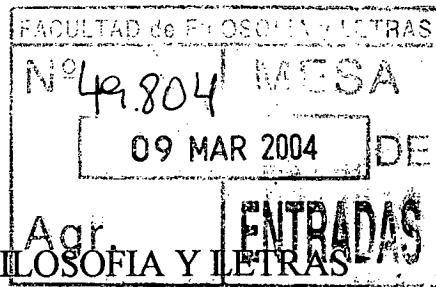
Tutor:

Ratier, Hugo Enrique

2004

Tesis presentada con el fin de cumplimentar con los requisitos finales para la obtención del título Doctor de la Universidad de Buenos Aires en Antropología

Posgrado



TESIS
10-9-6
v-1

FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS
Universidad de Buenos Aires

TESIS DOCTORAL

¿SER “VERDES”
O
PARECER “VERDES”?

Conflicto y reproducción: la política
ambiental de la Provincia de Buenos Aires en
los años ‘90.

VOLUMEN I

HECTOR MARCELO SARLINGO

DIRECTOR DE TESIS
Lic. HUGO ENRIQUE RATIER

Febrero 2004

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
Dirección de Bibliotecas

TESIS 10-9-6

U.1

Esta tesis está dedicada a:

Santiago Wallace, Nilda
Zubieta y Mario Elpidio
Méndez.

Lo que tenían de distintos es lo
que los hace iguales en mi
memoria. A pesar de sus dudas,
nunca navegaron hacia el Cabo
de Poca Esperanza.

A Noni, Martina, Iván y
Federico

TESIS

10-9-6

v. 1

INDICE DEL VOLUMEN I

PORTADA.....pag. 1
DEDICATORIA....pag.2
INDICE.....pag.3
PROLOGO.....pag.4
INTRODUCCIÓN..pag. 9

CAPITULO 1.

¿QUÉ ES LA PROBLEMÁTICA AMBIENTAL CONTEMPORÁNEA?. EL MEDIO AMBIENTE COMO CUESTIÓN POLÍTICA.....(pag. 27).

- 1.1. *La problemática ambiental. Crisis planetaria, discursos reproductores del sistema (pag. 28).*
- 1.2. *. Régimen de política ambiental internacional. Nuevo derecho, ¿vieja dominación?(pag. 41).*
- 1.3. *Combatiendo al capital (dificultosamente) (pag. 50).*
- 1.4. *Los núcleos clásicos del concepto de racionalidad. (pag. 68)*
- 1.5. *Cambiando algo para que nada cambie. (pag. 80)*
- 1.6. *¿Racionalidad ambiental?.(pag. 87)*

CAPITULO 2.

CONTRIBUCIONES DESDE LA ANTROPOLOGÍA, A MODO DE MARCO TEORICO.....(pag. 91)

- 2.1.*La articulación Cultura/Naturaleza.(pag. 94)*
- 2.2. *La Ecología Política. (pag. 107)*
- 2.3.*Recortando lo ideológico. (pag. 115)*
- 2.4.*La contribución del eco-marxismo. (pag. 135)*
- 2.5. *Escenas políticas y modelos de política ambiental. (pag. 147)*
- 2.6. *Clásicos y renovadores. Los múltiples enfoques sobre el Estado. (pag. 166)*
- 2.7. *El Estado y la política ambiental. (pag. 176)*
- 2.8. *La política ambiental a escala nacional. (pag. 183)*

CAPITULO 3. CUESTIONES METODOLÓGICAS.....(pag. 192)

PROLOGO

No es necesario dedicarse a la antropología para saber que todo ser humano tiene la misma dignidad. Considero que es una verdad “universal”, aún cuando exista una vasta corriente de cuestionamiento a esta noción, tanto en la filosofía contemporánea como en otros sistemas de pensamiento. “Zo we zo” significa “un hombre es un hombre”, en sango, una lengua de Africa Central, región arrasada por genocidios, guerras religiosas y económicas, y venganzas seculares.

Este trabajo busca explicitar condiciones reales en las que los hombres construyen/destruyen su dignidad, a partir de lo que hacen con su entorno. Escrito como un trabajo individual, ciertamente no lo es, aunque la imagen mítica del antropólogo individualista de principios del siglo XX alimente parte de la narrativa histórica profesional. En el desarrollo de un trabajo científico, intervienen de diversas maneras decenas de personas. Por lo que no es tanto el trabajo de narrar y argumentar haciendo confluir estas visiones, sino el de articular cierta capacidad para comunicar, cooperar, plantearse las cuestiones “adecuadas” y moverse para buscar soluciones lo que no puede hacerse en solitario.

En el tiempo en que esta investigación terminaba, se terminó también de resquebrajar un modelo de país. Nuestra realidad se transformó en muchos planos. Se hicieron urgentes las tendencias contra las que resistimos largos años, y afloró para no poder ocultarse más el país que muchos antropólogos ya venían describiendo desde hace décadas. Todo el tiempo me pregunté qué hacer para modificar alguna cosa, para que cambie la realidad, para que el futuro no repita el pasado. Porque, si no somos capaces de hacer más soportable la sociedad de la que formamos parte, ¿qué estamos haciendo aquí?.

No tengo otras respuestas que lo que presento en las páginas siguientes. Parto sobre la base que este es un trabajo con enormes límites, corroído desde el inicio por elementos ciertamente trágicos. Mis amigos, Nilda Zubieta y Santiago Wallace, murieron a mi lado

en circunstancias vinculadas en parte a tareas académicas. Santiago me había alentado a comenzar mi doctorado en la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA, aceptó discutir a fondo la problematización inicial, y en ese período estábamos cuando se resquebrajó el hielo de esta vida moderna. Cruzar a pie una avenida desencadenó en un evento irreparable, en un instante dos vidas valiosas dejan un vacío que nunca se volverá a llenar.

Seguí adelante, porque en cada nuevo día que empieza en el mundo todo depende de aquel que está vivo, y del ejemplo que transmitirá al que acaba de nacer. Recibí apoyo real y simbólico de mucha gente, entre los que debo nombrar especialmente a Hugo E. Ratier. El apoyo de Hugo es más importante de lo que a él le parece y me resultó invaluable. No cabe en palabras, pero hay algo que quiero especialmente resaltar. Cuando debí buscar inspiración, me apoyé en sus textos, que muchos creen obsoletos y parte del pasado, y también en consejos y anécdotas que, más que salpicar charlas de ocasión, me mostraron una lógica para pararse frente a los hechos. Por eso siempre lo he considerado un verdadero “maestro”, y la vida académica me da buenas ocasiones de manifestárselo.

Así fui tomando opciones, completando un camino propio, y nutriendo en el transcurso de diversas experiencias. Se sabe que es imposible resumirlas todas. Pero a favor debo decir que la antropología, disciplina que elegí ya hace más de diez años, me proporcionó herramientas para problematizar de forma diferente muchas de las cuestiones que en otros momentos me parecían inabordables. Y también me otorgó la confianza de saber que, por más complejos que se nos aparezcan los problemas ante nuestra mirada, hay algunos caminos firmes por los cuales se puede transitar.

Si elegí abordar un problema tratándolo como una “experience near”, una gran parte tiene que ver con esa confianza insegura y tambaleante que otorga la antropología para mirar con otros ojos la propia sociedad, y para descubrir las maneras en que los sujetos y las instituciones se narran a sí mismas. Pero también he tenido una deriva institucional que alimentó una cierta visión de los problemas ambientales. Durante 1990 y 1994, mientras era estudiante de antropología y luego “joven graduado”, fui activista en una organización no gubernamental que trabajó con el problema de la transmisión de las parasitosis en la ciudad

de Olavarría y con otras temáticas de igual gravedad. Las sensaciones laberínticas y las desorientaciones que dejó el transcurrir de aquella experiencia alimentaron también mi preocupación por abordar desde un nivel diferente la temática.

Mi paso por la Maestría en Gestión Ambiental del Desarrollo Urbano, en el marco institucional del Centro de Investigaciones Ambientales de la Facultad de Arquitectura, Urbanismo y Diseño de la Universidad Nacional de Mar del Plata, también fue otra experiencia nutriente no sólo en lo intelectual, sino también en lo humano. Roberto Fernández, director del CIAM, y Mónica Burmeister, antropóloga investigadora de esta institución, fueron fundamentales en ella. Además de otros amigos y compañeros inolvidables, en aquellos momentos en los que no imaginábamos éstos.

Estuve casi tres años ausente del ámbito donde me gradué y donde trabajé de antropólogo. Debo reconocer a las autoridades y compañeros de trabajo de la Facultad de Ciencias Sociales de la UNICEN, sede Olavarría, especialmente a Alicia Villafañe, Carlos Paz, Costanza Caffarelli (que cubrió mis clases). Luchan cotidianamente, en el Departamento de Antropología, empujando proyectos sin cesar ante los ajustes y el avance de la mediocridad. Tienen el mérito de vencer, día a día, y avanzar de maneras impensables sólo hace una década atrás. También debo valorar las palabras de apoyo y la oferta de ayuda solidaria de Ariel Thisted y María Rosa Neufeld. Si bien nunca recurrí a ella, tuvo un significado profundo en su momento y me sirvió de apuntalamiento.

Los recursos para formarme en la FFyL de la Universidad de Buenos Aires provinieron de una beca FOMEC. El Dr. Gustavo Politis gestionó muchos de los aspectos cruciales para obtener estos recursos, de manera tal que debo agradecer su esfuerzo y también la extraordinaria capacidad que ha mostrado para impulsar un proyecto que está dando sus frutos. Sin este aporte, no hubiera podido mantener a mi familia el tiempo que duró este trabajo, ya que constituyó en la práctica mi único ingreso estable, que me llegaba puntualmente gracias a la administración prolija de la Oficina de Cooperación Internacional de la UNICEN.

En la FFyL cursé seminarios con excelentes docentes y mejores personas. Recogí de ellos cosas que llevaré conmigo siempre. En el plano intelectual, Atilio Borón, Marta Kollmann, Claudio Katz, Alejandro Raiter y Andrés Piqueras Infante. Un curso que dictó el prof. Billy De Walt en el INAPL me aportó buenas ideas, y decenas de compañeros inquietos y con gran formación me enseñaron muchísimas cosas. Encontré estimulante cursar con ellos, y compartir climas de gran apertura intelectual e intensa búsqueda. También debo mencionar a los Dres. Hugo Trincherro, Alejandro Balazote, Ivy Radovich, quienes impulsaron en estos años la antropología económica publicando textos muy interesantes y clarificadores en este campo.

Por fuera de la academia, no puedo dejar de mencionar a Luciano Dascón. Mi cuñado. Conviví con él durante largos años, y con su juventud, buen carácter y osadía me quitó muchos miedos. Hoy en España, Luciano se extraña por su sensibilidad y su solidaridad. De él también es un pedazo de este esfuerzo. Y otras personas maravillosas y talentosas, como Jorge Daniel Godoy, Marcelo Martínez, Saúl Bajamón, también me ayudaron más tardíamente y a veces sin saberlo. La Dra. Cristina Maiztegui, una profesional de gran rectitud, fortaleza de carácter y capacidad de trabajo, me facilitó muchas cuestiones al posibilitarme acceso a diversa información y toleró mis habituales chistes malos con gran paciencia. Otros “compañeros” del FREPASO se interesaron de manera sincera por mi trabajo, y brindaron muchas cosas. La dip. provincial Graciela Beatriz Vanzán, de la Comisión de Ecología y Medio Ambiente también apoyó algunos aspectos de diversas maneras, muchas veces sin saberlo o sin darse cuenta.

No puedo dejar de nombrar a Mario Elpidio Méndez, hoy también fallecido, quien se fue y de repente todo se volvió más desolador. Mario fue un interlocutor notable, agudo e inteligente, aún cuando no pertenecía a la academia. Le mostré varias veces los borradores de mi trabajo, en diversas charlas de café, y sus preguntas me dejaban bullendo el cerebro. Le apasionaba la antropología y sé que alguna vez hasta pensó convertirse en estudiante. Nuestra relación personal empezó realmente a partir de que se interesó, desde su función pública, por preservar el patrimonio del Instituto de Investigaciones Antropológicas de Olavarría, jaqueado en medio de incesantes ajustes. La profunda seriedad y humanidad

con que analizaba la realidad me resultaba ejemplar y también formativa. Tal vez, para mucha gente, su actuación pública (fue concejal del FREPASO y luego del POLO SOCIAL) ocultaba muchas de sus búsquedas intelectuales. Yo tuve la fortuna de conocer esta faceta de su vida y de retroalimentarme con ella. En este “darwinismo invertido”, donde los mejores entran en la historia cuando más falta nos hacen a nuestro lado, no está nunca demás recordar para qué nos sirve su ejemplo.

Y siempre dejamos a nuestra familia cercana para lo último, pero en realidad, están primeros. Mi esposa Silvia Verónica Dascón, “Noni”, también ha empujado mi trabajo de maneras que no pueden describirse con palabras. Siento que el vínculo que me une a ella se ha reforzado, aún cuando muchas cosas de nuestra realidad están ciertamente más difíciles. Y mis hijos Martina, Iván y Federico, ocupados hoy en otras cosas, pero que tal vez algún día puedan leer al menos una parte de este trabajo, han alimentado sin cesar mi motivación última.

Porque hacer del mundo que nos rodea algo digno de ser vivido implica también abrir puertas para que podamos explorarlo y observarlo de manera diferentes. Que no sean siempre los discursos de las disciplinas dominantes en Occidente los que pretendan interpretar el mundo, buscando reducir a expresiones numéricas las alternativas de la historia. Cada generación tiene la posibilidad de experimentar su vida de un modo original, de buscar nuevos caminos, de moverse en la búsqueda de re-inención de un estilo de vida. Seguramente, para mis hijos esto significará una nueva exploración de las relaciones interpersonales, un esfuerzo de re-construcción de redes de solidaridad hoy aniquiladas, sondear de otras formas su propia interioridad, batallando contra las nuevas formas de oscurantismo y totalitarismo consumista que caracterizan esta década.

Aprovechar esta posibilidad de re-inención es lo único que nos hace libres.

MARCELO SARLINGO

INTRODUCCION

¿Cuáles son las razones para abordar, como tema de redacción de una tesis doctoral, la política ambiental sostenida por el Gobierno de la Provincia de Buenos Aires en la última década del siglo XX?. La respuesta a esta pregunta tiene diversos niveles. En el más general e inclusivo, el fundamento se centra en que la base material del territorio provincial constituye la porción de nuestro territorio con mayor capacidad productiva. Pero esta productividad no es sólo un producto de la historia natural. *Es una construcción cultural*. Es producto de formas de pensar, decisiones y complejas acciones de múltiples conjuntos sociales. Lo que explica que, al mismo tiempo, el territorio provincial también sea el ecosistema más degradado de la Argentina, debido a los impactos combinados de varios siglos de actividades agrícola-ganaderas y posteriormente industriales, y el que soporta mayor población urbana del país, que pronto superará largamente los trece millones de habitantes concentrados en lo que hoy se denomina el Area Metropolitana.

Por ello, la primera razón de peso es *describir qué es lo que la sociedad hace en concreto con su base material*. Describir algunos aspectos de la resultante entre su historia local, las mediaciones culturales y su ecología regional. Y describir qué hacen e hicieron los sectores que conducen la sociedad, los que tienen legitimidad (también construida socialmente) para consensuar decisiones, definir direcciones políticas y coaccionar a los ciudadanos a someterse a los imperativos de esta legitimidad.

Sin embargo, estas razones cuya construcción gramatical agitan ciertos ecos levistraussianos¹ aparecen como excesivamente abstractas en una primer lectura, y por ello se hace necesario puntualizar de manera más concreta los objetivos académicos de este trabajo. El campo de la política ambiental es el "lugar de la política" donde confluyen los elementos señalados en el párrafo anterior. De manera tal que pretendo:

¹ Me refiero a construcciones gramaticales características de la prosa de Claude Levi-Strauss, que han sintetizado en pocas palabras todo un programa disciplinar, que se encuentran salpicadas a lo largo de obras como "Antropología Estructural I" (LEVI STRAUSS, C., 1960) o "El totemismo en la actualidad" (LEVI STRAUSS, C. 1965) y que son lectura obligatoria para cualquier antropólogo desde sus primeros años de formación, pero que sin duda resultan ajenas y resuenan extrañamente abstractas a profesionales de otras disciplinas.

- ❖ describir el aparato específico con que diseña y ejecuta la política ambiental bonaerense, incluyendo su génesis y sus procesos institucionales más importantes (articulaciones legislativas que le posibilitan su legitimidad, los mecanismos de toma de decisiones),
- ❖ analizar los déficits de implementación de esta política ambiental, enfatizando la relación entre prácticas institucionales, aspectos micropolíticos y procesos de cambio locales y regionales, en tanto estos déficits expresan las condiciones a partir de las cuales se genera su eficacia .

Para cumplir con estos objetivos, y tal cual lo planteo en el capítulo 3 de este trabajo, he seguido una serie de opciones producto de la identificación de la complejidad de niveles de análisis que posee la problemática y de la particular articulación de saberes que provee la antropología. Por lo tanto, lo que media entre estos objetivos más concretos y el alto nivel de abstracción es la descripción de una serie de contextos que operan a la manera de mediaciones constituyentes de lo que finalmente queda reducido al “objeto” de este trabajo, contextos cuyos núcleos analíticos estructuran el primer capítulo de este trabajo. En esta introducción trato de recorrer algunos de estos niveles de análisis, puntualizando diversos aspectos temáticos y problemáticos, y por eso no está demás señalar que el acercamiento antropológico al tema de lo político considera pertinente interrogar acerca del funcionamiento de los sistemas de poder en el marco del Estado moderno y también acerca de las crisis que lo transforman (v. ABÉLÉS, M.; 1997).

Los habitantes de la Provincia de Buenos Aires participan de la misma dinámica que está llevando a nuestro país a empobrecerse rápidamente. La clase dirigente que los gobernó en los '90 es la que hoy, luego de la caída del gobierno de Fernando De La Rúa en los últimos días del 2001, sigue definiendo la cotidianeidad del Conurbano Bonaerense y ha tenido una incidencia fundamental en el capital político de quién hoy dirige los destinos de todo el país². Esta clase dirigente es parte fundamental de la catástrofe social que ha

² Cuando redacté originalmente este texto, ni siquiera se avizoraba en el horizonte el conflictivo proceso de estabilización y la transición electoral que llevara al enfrentamiento entre el menemismo y el duhaldismo, ni mucho menos la salida sorprendente que tendría este proceso (renuncia de

incrementado la pobreza hasta límites insospechables hace poco tiempo, y que ha convertido vastas zonas del país en reductos de violencia y exclusión. La criminalización de la protesta social y política y el disciplinamiento clientelar han sido las principales respuestas que el sistema institucional argentino asumió como línea de acción en este período, y ha sido el Conurbano de la Provincia de Buenos Aires (junto con algunas ciudades de Salta y Neuquen), el escenario donde se desenvuelven de manera más cruda las consecuencias de esta catástrofe.

Pero el empobrecimiento de los argentinos no sólo es monetario, aún cuando parámetros económicos ortodoxos no estaríamos entre los países más pobres del planeta³. El empobrecimiento es patente en términos de biodiversidad y de recursos naturales renovables. Es crítico en materia de recursos estratégicos agotables, como el gas, el petróleo y otros recursos mineros. Para estos aspectos, ni siquiera hay cifras oficiales o estimaciones hallables sobre stocks de capital natural, aspecto grave si consideramos que nuestro país basa su inserción en el mundo sobre la exportación de materias primas. También pareciera haber un gran empobrecimiento en los caminos de búsqueda de nuevas formas de convivencia, expresado de manera crucial en cuanto a la ausencia de propuestas en torno a ideas genuinas sobre cómo construir una sociedad solidaria, y también de alternativas de futuro. Es que la pobreza que afecta a los conjuntos sociales tiene relación con las maneras en que se utiliza la base material de la sociedad, aunque se estudien como “objetos” separados.

Menem a presentarse al ballottage, victoria de Néstor Krichner). Más de ciencia ficción resultaba pensar en un cambio de posicionamiento retórico de ciertos sectores de la clase política, y las acciones con las que hoy el presidente Kirchner intenta sacudirse la hegemonía neoliberal conservadora y generar un nuevo consenso en la búsqueda de otro proyecto político ni siquiera eran imaginables.

³ El Índice de Desarrollo Humano coloca a la Argentina entre los primeros 40 países del planeta, sobre un total de 183 estados. Luego de la devaluación de los primeros días del año 2002 el ingreso per cápita bajó a una cuarta parte: de 8.000 dólares descendió a 2.000, la pobreza se incrementó alcanzando al 52 % de la población, el desempleo se acercó al 30 % , y la distribución del ingreso se convirtió en la más regresiva de la historia: la brecha entre los sectores ricos y los sectores más pobres es un abismo que no se salva si no es con refundaciones del Estado y verdaderas transformaciones estructurales en el reparto de la riqueza y en el acceso a mejores condiciones de reproducción.

Existe consenso, en ámbitos científicos, en que las políticas económicas adoptadas en el último sexenio, y más aún, lo que convencionalmente se denomina “estilo de desarrollo”, ha intensificado múltiples procesos de degradación. Algunos autores (MORELLO, J. et al., 1997: 20 y ss.) clasifican como muy graves la situación argentina en cuatro órdenes de problemas: la erosión del suelo, la deforestación, la pérdida de biodiversidad y la contaminación hídrica.

La pérdida de biodiversidad tiene indicadores sorprendentes. Sólo con respecto a la exportación legal de mamíferos argentinos con fines peleteros (sin contabilizar las especies asociadas ni evaluar los impactos sobre los ecosistemas nativos) se calculó que:

“si estos cueros fueran apilados unos sobre otros , en un período de ocho años alcanzarían la altura de 274 millas, suficiente para sobrepasar la altura de la órbita del Transbordador Espacial Columbia. El dinero obtenido en concepto de impuestos por estas gigantescas extracciones a nuestra naturaleza supera a menudo el valor de las exportaciones ganaderas manufacturadas de todo el país” (GALLIARI, C. y GOIN F., 1993: 368).

El 10 % de las especies de mamíferos y el 15 % de las especies de aves sufren un gran deterioro en el número de individuos. Once especies animales y nueve especies vegetales nativas se han extinguido. Incluyendo las especies exógenas adaptadas al hábitat nativo, el riesgo de extinción abarca centenares de especies animales (529) y vegetales (240), incluyendo siete especies de delfines y una de lobos marinos que habitan el Mar Argentino (MORELLO, J., MARCHETI, B. Y CICHERO, R., 1991) . Pero también la transformación sufrida en millones de hectáreas en el Chaco semiárido y en la Llanura Pampeana se ha convertido en el proceso de degradación de recursos más espectacular de todo el Cono Sur en los últimos cien años (SARAVIA TOLEDO, C.,1988). Lo que a su vez se articula con el millón de hectáreas anuales de bosques que se elimina de la geografía nacional y que es el primer paso para la erosión de suelos que, en sus distintas formas (compactación, erosión física y eólica, pérdida de estructura de agregados, de materia orgánica, de nutrientes, incluyendo la decapitación de la capa de humus característica de la

periferia de las ciudades pampeanas) afecta a casi todo el país⁴. Sólo en el denominado Núcleo Maicero (un conjunto de 23 partidos del norte de la Pcia. de Bs. As. y el sur de Sta. Fe, zona clave de la Pcia. de Buenos Aires dada la estrategia económica agroexportadora que adoptó nuestro país, tiene el 32 % (aproximadamente 1.600.800 has.) afectada directamente por algún grado de erosión.

Y los procesos de contaminación hídrica, más visibles mediáticamente y cotidianos para la experiencia del ciudadano común, debido a que su expresión directa se percibe principalmente en las zonas metropolitanas, tienen impactos sobre millones de personas. La contaminación de los cursos de agua superficiales del Area Metropolitana bonaerense, una de las tres megalópolis de América Latina, es crítica (DI PACE, M. Et al.;1992). Sólo el envenenamiento de las aguas del Reconquista y del Riachuelo ya está afectando directamente a 4.000.000 de habitantes, fundamentalmente por el vertido incontrolado de residuos tóxicos provenientes de la actividad de más de 25.000 industrias. Pero la población afectada es mucho mayor; en tanto la implantación industrial se fue distribuyendo por toda la Pcia.. Tanto en la zona norte de la Pcia. como en el extremo sur, la modalidad de radicación concentrada como “polo industrial” (partidos tan diferentes como Pilar y Bahía Blanca, en los que periódicamente hay eventos en sí mismos aterradores) fue un objetivo de desarrollo buscado y alentado desde las dirigencias de diferentes sectores, en momentos en que se minimizaban las “incomodidades” que los subproductos del modelo generaban. Hoy es claro que los problemas intrínsecos a estos procesos de implantación y gestión industrial: impactos masivos sobre la salud, sobre los procesos de construcción del ambiente urbano, sobre el deterioro de la calidad de vida cotidiana y especialmente de las interacciones sociales, etc., no constituyen precisamente un escenario simple ni mucho menos coyuntural.

El origen antrópico de estos órdenes de problemas hace interesante la focalización el análisis en la política ambiental, ámbito sumamente dinámico y que, precisamente, no es abordable únicamente interpretando una acumulación de cifras. Vulnerable a la

⁴ El INTA, organismo insospechable de falta de seriedad y de irresponsabilidad, denunciaba ya en 1986 que la erosión hídrica afectaba a 22.300.000 ha. y la eólica a 29.700.000 ha. (INTA, 1986). Las causas estaban totalmente relacionadas con el manejo antrópico.

aproximación antropológica, lo que la sociedad hace con su entorno y por lo tanto lo que se hace a sí misma, requiere de trascender enfoques unilineales.

Las problemáticas ambientales derivadas del desarrollo de las diferentes zonas de la Pcia. de Bs. As. tardaron en visibilizarse discursivamente, sobre todo en relación a la dinámica comunicacional que la temática tomó en otras sociedades. Esta tardanza no ha sido sólo por su particular diversidad (los problemas de contaminación del conurbano difieren profundamente de, por ejemplo, las inundaciones cíclicas de la región Centro de la pcia. o de la expansión del “mal de los rastrojos” en partidos como Lincoln o Rojas, v. BELIZ, 1996, MORELLO, J., et. al., OP.CIT.), sino por la multiplicidad de intereses que se han articulado, enfrentado, subordinado, hegemonizado y consensuado en diferentes períodos de la historia del país.

Es recién en los '90, como producto del interés de múltiples actores, de la gravedad de la desestructuración del ambiente y del contexto internacional (del que emergen normas que impulsan poderosamente a la regulación de la problemática ambiental), que diversos procesos políticos confluyen en la creación de la Secretaría de Política Ambiental de la Pcia. de Buenos Aires. Mediante este organismo, el gobierno provincial hegemonizó las decisiones sobre la problemática, plenamente consciente de que sus decisiones **afectan a millones de personas, casi un tercio de la población nacional**. Y que, por lo tanto, los conjuntos sociales no reaccionan por igual a los efectos que tales decisiones provocan.

A esto debemos agregarle un componente fundamental: la emergencia discursiva de los problemas ambientales en la arena política provincial, al punto tal que determinados sectores sociales y referentes de facciones o líneas internas de partidos políticos anudan acuerdos de eficacia mediática, como por ej. el *Pacto Ecológico Bonaerense*, que les permiten la acumulación de diversos capitales simbólicos y por lo tanto re-posicionarse de manera diferencial en la lucha por el poder político.

De manera tal que tenemos como eje, en este primer nivel de análisis, la importancia central del territorio bonaerense como ámbito donde se despliegan las

problemáticas ambientales y la complejidad inédita de la lucha política, en el marco de la cual la incertidumbre ambiental es re-significada constantemente. Pero, para trascender esta superficialidad, es necesario particularizar otros niveles de análisis que permitan establecer vinculaciones más profundas entre la política ambiental a escala provincial, el actual momento histórico y las rupturas y continuidades que nuestra sociedad va produciendo en su relación con el medioambiente que la sustenta.

1.

La actividad política contemporánea tiene, entre sus características definitorias, la manipulación de las formas de construcción discursiva organizadas en torno a núcleos de sentido provistos por el lenguaje científico positivista, profundizando la expansión del cálculo capitalista y el reduccionismo de la realidad a indicadores cuantificables. La mercadotecnia moderna nos provee constantemente cifras, resultados de encuestas y cuantificaciones para la totalidad de las cosas medibles. Por lo que también circulan, permanentemente y por diversos ámbitos, fragmentos de datos, conceptos, hipótesis y extrapolaciones, mezclados con reflexiones y consideraciones acerca de la problemática ambiental contemporánea. Indiciariamente, tomaremos al azar algunos de ellos.

En la segunda quincena de junio del año 2000, en su nota de tapa, el diario “Prensa del Conurbano” resumía los resultados de un trabajo de la empresa encuestadora Gallup⁵:

“...Siete de cada diez argentinos creen que el gobierno ha hecho poco para defender la preservación del medioambiente. En nuestro país, la gran mayoría de los entrevistados se pronunció insatisfecha con la situación general del medioambiente: el 71 % de los encuestados dijo estar disconforme con el tratamiento que el tema recibe en la Argentina. Este nivel crece conforme aumentan los niveles educativos y

⁵ Se refiere a una encuesta de carácter mundial, con un universo de 50.000 encuestados en 60 países.

socioeconómicos...En sólo tres países – Armenia, Camerún y Hong Kong – consideraron que el desarrollo económico es más importante que la protección al medioambiente. En el resto del planeta, el cuidado del medio ambiente aparece como algo más relevante que el crecimiento económico. En la Argentina se prioriza la protección al ambiente (44 % de los encuestados) frente al desarrollo económico (37 %). El problema más significativo es la contaminación del agua potable (36%) a la que le siguen el agujero de la capa de ozono (29 %), la contaminación industrial, la pérdida de bosques tropicales y especies, la contaminación generada por el tránsito, los accidentes con energía nuclear y el calentamiento global”. (PRENSA DEL CONURBANO, 6-2000:2).

Si solamente leemos los porcentajes, veremos que no difieren mucho con otros estudios de principios de los '90, en los cuales los niveles de disconformidad con las políticas ambientales también se presentaban como muy altos (v. DEL GIUDICE, F.; 1994:14) y la gran mayoría responsabilizaba al gobierno y a los organismos internacionales por la ineficacia en la protección del entorno humano⁶.

Con otras perspectivas, alcances y finalidades, Mora y Araujo & Asociados encuestó a los habitantes de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires y del Área Metropolitana. Realizada en septiembre del 2000, las conclusiones presentadas públicamente fueron las siguientes:

“...Luego del análisis de los resultados de esta investigación y la construcción de los perfiles descriptos anteriormente, podemos afirmar que la población del Área Metropolitana no se caracteriza por tener una gran

⁶ En el trabajo de Del Giudice citado ut supra, se describe una encuesta cuyos resultados comparan el estado de opinión sobre la temática en dos países muy distintos: Noruega y Argentina. Si bien el autor no da precisiones técnicas sobre la encuesta, se infiere que fue realizada a principios de los '90. Son llamativas las similitudes en los porcentajes de respuestas acerca de la gravedad de la crisis, y las diferencias en lo que respecta al compromiso social: son muchos más los noruegos que estarían de acuerdo con aumentar la carga impositiva para proteger el ambiente.

conciencia acerca del tema ambiental. Solamente el 34 % de los entrevistados realiza acciones a favor de la conservación del medio ambiente, es conciente de los elementos que lo dañan y se informa acerca del tema. Estas personas fueron consideradas en los perfiles definidos como “el ambientalista sencillo” y el “ambientalista sofisticado”. El resto de la población conoce en distintos niveles las acciones que perjudican al medio – según lo definido en cada uno de los demás perfiles – pero su participación en la prevención de la destrucción del medio es prácticamente nula. Se le atribuye este deber a las próximas generaciones. Es necesario destacar que, salvo para el “ambientalista sofisticado”, existe una desconfianza generalizada en las organizaciones ambientalistas. No así en la regulación que debe brindar el Estado sobre el tema. En relación a las industrias contaminantes, existe unanimidad en las opiniones: la industria química y la petrolera son aquellas que más contaminan el medio ambiente.” (MORA Y ARAUJO & ASOCIADOS, en: INICIATIVAS AMBIENTALES – informe especial de ECOPUERTO.COM EXPOAMBIENTAL, SEPTIEMBRE 2000)

¿Deberían sorprendernos estas cifras resumidas, que generalizan intentando demostrar la preocupación de lo que podría ser una elusiva “opinión pública” acerca de la trascendencia o de la importancia de la temática ambiental?. Hace ya varias décadas que la “cuestión ambiental” está presente en nuestro horizonte de incertidumbres. Es un tema “público”, con los alcances que esta expresión tiene en las sociedades complejas.

La “cuestión del medio ambiente”, también denominada convencionalmente “problemática ambiental contemporánea”, en efervescencia desde la década del '60 en el mundo y asumida como crisis planetaria desde la Conferencia de Estocolmo de 1972, tardó casi veinte años en instalarse masivamente en el país. Y algunos años más en emerger como aspecto conflictivo para el poder político provincial y tomar un lugar inamovible en su agenda de prioridades. Si bien en Argentina, el status de la “problemática ambiental contemporánea” como ámbito de políticas de Estado fue legitimado tempranamente (ya en 1973) por el General Perón, mediante una serie de discursos y acciones que dieron

fundamentos para la creación de la Secretaría de Ordenamiento Ambiental en 1974, las posteriores dictaduras opacaron la temática y ésta no eclosionó nuevamente en forma masiva hasta entrados los años '90.

Es en esta década en que aparece un fenómeno de “inflación discursiva”, con una constante presencia de términos como “ecología”, “medio ambiente”, “polución o contaminación ambiental”, etc. en los mensajes de los medios de difusión, en el lenguaje utilizado por la gente en la calle, en diferentes organizaciones de la sociedad civil y posteriormente, en el discurso programático de la mayoría de los partidos políticos.

Pero es claro que no sólo es un fenómeno de presencia discursiva. Multitud de nuevas asociaciones voluntarias (denominadas ONGAs, organizaciones no gubernamentales ambientalistas), reuniones de expertos, cátedras y posgrados en las universidades, carreras enteras en terciarios y en facultades, nuevos contenidos curriculares, tesis y artículos de investigadores, programas periodísticos en toda clase de medios de comunicación, publicaciones de difusión masiva y también restringida, comisiones de legisladores en los diferentes niveles del Estado, etc., etc., configuran un amplísimo abanico de prácticas que se presentan como novedosas en la historia política del país y de la Pcia. de Bs. As

Tanto la constante presencia temática en innumerables discursos sociales como la diversidad de prácticas de variada complejidad organizativa parecerían evidenciar claramente un fenómeno novedoso: *una aparente “conciencia” masiva de la amplitud de la degradación ambiental*. Para un antropólogo, todos estos elementos del fenómeno constituyen un área de interés por dos razones:

a) la “problemática ambiental contemporánea” tiene características totalizantes: impacta todas las esferas productivas de la sociedad industrial; atraviesa las relaciones sociales de forma tal que hasta aparecen diversos sujetos individuales y colectivos que construyen identidades a partir de su posicionamiento frente a los problemas ambientales; ha generado nuevas arenas de confrontación política en todos los niveles; Y en torno a ella se

articulan racionalidades con diferentes niveles de complejidad y elaboración.

b) los procesos de producción de sentido que se entrecruzan en el campo de significados en que se ha transformado “lo ambiental” poseen eficacia política: ordenan prácticas, estructuran significados y también facilitan la acumulación de capital simbólico de determinados agentes, generando representaciones que parecen ser “alternativas” frente a otras nociones de fuerte hegemonía como el Mercado, el Desarrollo, o en términos utópicos, la misma idea de Sociedad Industrial y que han trascendido los ámbitos políticos en que se han originado. Algunos logros de las corrientes ambientalistas de corte radical alcanzan la envergadura de proponer utopías ecologistas de gran complejidad, y de instalar prácticas políticas de visibilidad planetaria.

Estos componentes problemáticos estructurales, que operan a partir de la formulación de los fundamentos generales para abordar la problemática ambiental desde la Antropología, adquieren más profundidad al particularizar nuevos elementos. En la presente década, hechos de significación como la creación de la Secretaría de Política Ambiental de la Pcia. de Bs. As., con rango de ministerio, o la sanción de las leyes provinciales 11.459 (Radicación de Industrias) y 11.723 (Ley Marco para el Medio Ambiente) implican un planteamiento concreto de la problemática ambiental desde el mismísimo centro del poder político. De manera tal que la mitigación del daño ambiental y la preservación de la Naturaleza se presentan como una de las metas políticas más importantes, y desde el propio aparato del Estado son convocados grupos de ambientalistas y militantes, y se lanzan campañas de “información” dirigidas a la conformación de una nueva sensibilidad ciudadana.

Estos aspectos poseen una envergadura que va más allá de una simple coyuntura y requieren una explicación más profunda que la que comúnmente se provee desde el sentido común (la explicación que afirma que “los temas ambientales están de moda”). Por el contrario, resaltan la conformación de una arena política “especializada”, que va ganando creciente legitimidad, y desde la que surgen pretensiones e intentos (algunos sumamente

complejos) de establecer un orden moral y normativo de carácter totalizante.

Es entonces que estas evidencias sostienen el interrogante acerca de los procesos concretos de articulación entre la Sociedad y la Naturaleza que han llevado a la conformación de tal arena política. Y al interior de la misma, cabe preguntarse cómo es que *la temática genera sentidos capaces de unificar profundas escisiones entre una realidad de degradación del soporte material de la sociedad bonaerense y un plano simbólico en el que se corresponden núcleos conceptuales de carácter hegemónico* (por ej.: nociones tales como “desarrollo sustentable”, “riesgo ambiental” o la idea más específica pero con fuerte eficacia simbólica, del “contaminador, pagador”). En relación a este punto, parece haber dinanismos sociales muy similares a los de otras sociedades, y al mismo tiempo, ciertas singularidades. La conflictividad social de la temática, las movilizaciones ciudadanas que provoca, la lentitud en la puesta en práctica de políticas de Estado y de cambio en materia de políticas empresariales, la realidad de los pasivos ambientales puntualmente dispersos por toda la Pcia., etc., todos ellos aspectos necesariamente abordables con miradas superadoras de la simple cuantificación, coexisten con conceptos, visiones y teorías provenientes de la experiencia histórica de los países europeos y de diversos estados de USA. Como elemento inicial de este análisis se encuentra el reconocimiento de la necesidad de entender las relaciones entre un contexto de cambio dinámico en materia de política ambiental a nivel internacional y la experiencia de reforma y especialización de las estructuras políticas que se ha dado en la Pcia. de Buenos Aires durante los '90.

También es muy obvio, en un nivel de análisis indiciario, que la experiencia de los países europeos y asimismo de algunas regiones de USA posee diferencias estructurales. En el Primer Mundo, el ambientalismo se ha presentado como un movimiento en el que se diluyen especialmente los límites de clase. La pluralidad de Organizaciones No Gubernamentales Ambientalistas (ONGAs), de principios filosóficos y tendencias ideológicas que se agrupan bajo la denominación de “ambientalismo” o “ecologismo” que se verifica en las sociedades más ricas no tiene un correlato tan dinámico ni tan variado en la experiencia argentina. Pero sí se verifican demandas y niveles de organización para nada despreciables, que implican una preocupación por lo ambiental instalada en la sociedad

civil. Así, las acciones que en los años '90 han encabezado grupos de ONGAs y que han logrado muchas de ellas unificar transitoriamente a sectores que ocupan posiciones diferenciales en la estructura social no pueden leerse sólo como una modalidad de los Nuevos Movimientos Sociales de los que ya hablara Castells (1974, 1985) a mediados de la década del '70, acciones sólo reactivas al creciente marco de exclusión e indefensión ciudadana que el neo-liberalismo ha profundizado.

Es necesario enriquecer esta perspectiva. Porque eventos locales pero de proyección nacional como la concertada oposición de las ONGAs de la Zona Sur del Conurbano Bonaerense a la instalación de una planta de tratamiento de desechos en Quilmes (durante todo el '96 y el '97), la resistencia vecinal al trazado de una línea de alta tensión en la zona urbana de 3 de Febrero (principios del '96), las marchas de hombres, mujeres y niños de Vicente López o San Isidro en contra del trazado de autopistas o de la construcción de accesos que los condenan a inundarse ('96), la Marcha de los Niños marplatenses (todos los años desde 1993), la conformación de la Asamblea Permanente por los Espacios Verdes del Area Metropolitana ('98, '99), las más recientes acciones de Greenpeace en contra de la contaminación y de la puesta en el mercado de alimentos transgénicos (durante todo el 2000), los reclamos frente a la contaminación por PCBs. en el Partido de Pilar (a mediados del 2000), las experiencias de resistencia de los habitantes que habitan barrios contiguos a los Polos Petroquímicos de Avellaneda, La Plata y Bahía Blanca, la conformación de la Red Nacional Ecologista (RENACE) impulsada de manera decisiva por ambientalistas bonaerenses, etc., directamente resaltan la conformación de un campo de disputas de carácter político cuyos mecanismos (más variados que los que devienen de la simple representatividad tradicional) encajan con una dimensión de la política urbana que pareciera "a simple vista" o más bien, de manera indiciaria atravesar la estructura de clases, permitiendo unificar transitoriamente acciones de sujetos sociales diferentes entre sí.

Sin embargo, el embrionario desarrollo de estas alianzas transitorias (muy similares en su forma a los movimientos ambientalistas denominados "NIMBY", siglas que significan "*Not in my backyard*", en español "EMPÑ", *En Mi Patio No*, característicos de algunos estados norteamericanos) quedó expuesto en los encuentros provinciales de ONGs

ambientalistas de la Pcia. de Buenos Aires, impulsados por la misma Secretaría de Política Ambiental del estado provincial. Es más, como veremos en los capítulos cuarto y quinto de este trabajo, “brokers” insertos en aparatos políticos asumen como propia la temática planteadas por ONGAs demandantes de diversas acciones en el campo de la política ambiental, al mismo tiempo que la vacían de elementos radicalmente críticos. En este proceso, esencial para entender la estructuración de lineamientos de una política de Estado en la Pcia. de Buenos Aires que posee características propias, no es posible separar analíticamente la elaboración normativa que se ha dado en esta década de las prácticas de construcción de poder político que se han instalado en el mismo período. Por eso, este intento de hacer una antropología de la política ambiental del Estado provincial requiere tanto de *la lectura del contexto complejo en que se ha instalado la “problemática ambiental contemporánea” como un horizonte de incertidumbre sobre el futuro de nuestra civilización*, como del *análisis de los actores que articulan la lucha por el poder político sobre la base de argumentos derivados de la emergencia social de esta problemática*.

¿Hasta que punto las nociones y acciones centrales que otorgan identidad al ambientalismo provincial pueden estar separadas del clientelismo que atraviesa muchas de las prácticas de la política contemporánea?. En una mirada preliminar, elementos como la ley provincial nro. 11.459, que normatiza la radicación industrial y re-define los límites de las condiciones de posibilidad del Estado Provincial para enfrentar a los capitales que han convertido todo el litoral en un gigantesco y peligrosísimo basurero, aparece como un instrumento legal sin un correlato adecuado en lo que respecta a capacidad de control y ejecución de las sanciones que la normativa prescribe. Pareciera que la normativa no ha cobrado la fuerza suficiente como para subordinar otros procesos políticos que van en dirección contraria a la preservación y al uso racional de los recursos, como por ej. la urbanización descontrolada del Delta bonaerense (único delta de agua dulce del planeta), la continuada decapitación de suelos ricos en humus o la profundización de la explotación minera sin límites, especialmente en todo el centro de la Pcia. de Bs. As., agudizada durante los años '90.

En otro nivel de análisis, es notorio que formulaciones discursivas como el Pacto

Ecológico Bonaerense (que consiguió algunos avances en materia legislativa articulando estamentos científicos que elaboraron diagnósticos puntuales) intentan generar una especie de difuso “horizonte” de valores, al tiempo que repiten similares prácticas y mecanismos simbólicos de otras épocas (sólo que ahora entregando diplomas y regalando semillas y plantines en vez de choripanes, y en lugar de ejercer modalidades de redistribución material de otro tipo de bienes e instrumentos). Cabe preguntarse si hoy es posible encontrar un componente valorativo en la temática ambiental bonaerense que nos permita pensar en una instancia de mayor complejidad que la lucha puntual por el “uso” o “consumo colectivo” de bienes como los espacios verdes o los recursos hídricos, o en un sentido más amplio pero igualmente superficial, que la búsqueda de una “oferta ambiental” acorde solamente a la demanda de la sociedad.

En tanto el poder aparece en su dimensión microscópica como aquella capacidad de poner en juego relaciones entre grupos e individuos, y de accionar sobre las conductas de los mismos, la búsqueda “empresarial” de la hegemonía política por parte de actores que manipulan conceptos y categorías inscriptas voluntariamente como discursos ambientalistas no alcanza como única vía de explicación acerca de la emergencia de representaciones colectivas que constituyen “regionalismos del imaginario”. Estas representaciones sociales relacionadas con procesos y productos de diversos aparatos de eficacia política, son claramente manipuladas en la búsqueda de nuevas identidades sociales. Y esta manipulación se da no sólo como efecto de la creatividad social, dado que numéricamente hay más individuos y grupos que se definen como “ambientalistas” y por lo tanto más ideas y prácticas circulando, sino también porque la provisión de esquemas simbólicos que tales representaciones colectivas proporcionan han tenido eficacia al ser utilizadas como elemento aglutinador de diferentes agentes sociales y, aparentemente, para generar nuevas prácticas.

Así es que aparecen como actores de esta arena ambiental multiplicidad de educadores, empresarios, comunicadores sociales y comunicólogos, técnicos de diferente formación disciplinar, militantes sociales, etc., etc., que manipulan instrumentalmente trozos de discurso y se posicionan diferencialmente según diversas estrategias. Pero esta

constitución de identidades no es sólo un proceso que deba ser leído a nivel local, particularizando el análisis únicamente en la experiencia bonaerense. De ahí que sea necesario problematizar incluyendo otros aspectos teóricos, los que necesariamente densifican y hacen poco amena la lectura del segundo capítulo, teniendo en cuenta que no puede describirse seriamente la política ambiental sin contextualizar

Esta última cuestión acerca de las representaciones sociales colectivas en los procesos de legitimación del ambientalismo y de las políticas ambientales nos lleva a introducir la problemática de la ideología. Cabe preguntarse si la “conciencia ecológica”, concepto difuso, presente en formulaciones de políticos pero también de educadores, y que remite (desde el sentido común) a un conjunto de nociones sobre la articulación Cultura/Naturaleza, funciona como un nivel de ordenamiento de un conjunto de prácticas sociales. **Es muy sugestivo el hecho de que los contenidos que podríamos tomar como indicadores de tal “conciencia ecológica” no respondan al tipo de experiencia colectiva ni a una manera particular de apropiarse de tal experiencia.** La constante presencia de artículos, textos, proyectos, experimentos, etc., en el seno de las aulas y otros vericuetos del sistema educativo pareciera decirnos que una “conciencia ecológica” está surgiendo en quienes hoy son educandos, pero es harto evidente que las prácticas sociales de quienes vehiculizan todo ese simbolismo no se corresponden con las prácticas que prescribe tal universo semántico.

Así es que muchos agentes reproductores de las variadas tendencias que componen la “ideología ambientalista”, en su mayoría docentes, militantes políticos y sociales, empresarios y funcionarios profesionales, no pueden traducir sus argumentaciones a un modo de vida y a veces ni siquiera a acciones cotidianas. Esta cuestión, que ya la destacaran los interpretativistas, seguidores de Schutz y, posteriormente, de Turner bajo el axioma: “los actores no hacen todo lo que dicen y menos aún dicen todo lo que piensan”, nos va permitiendo cerrar esta introducción al sintetizar lo que sería el núcleo de este trabajo.

El análisis de la política ambiental bonaerense durante los años '90 proporciona

elementos para entender cómo se opera políticamente con una cuestión radicalmente transformadora (como lo es la necesidad de resolución de la crisis ambiental) para que se transforme en meta del poder político establecido. Es cierto que existen condiciones estructurales que nuestra sociedad opere neutralizando este potencial de cambio, pero también hay mecanismos microsociales muy variados que juegan para que esta neutralización se opere con éxito y continúe la reproducción de la sociedad. Se vuelve necesario superar las visiones exclusivamente estructuralistas, y más aún las esencialistas, para avanzar hacia un replanteamiento de cuestiones que están muy lejos de resolverse, y de las cuales deben esperarse la emergencia de nuevos niveles de conflictividad.

Todo esto ha determinado que la estructura de este trabajo contenga un primer capítulo en el que se intersectan niveles de problematización más amplios que la experiencia bonaerense. De la misma manera el segundo capítulo ubica la cuestión en relación a elementos teóricos antropológicos y sociológicos. El resto de la elaboración organiza datos y elementos referidos al desarrollo de la política ambiental en la Pcia. de Buenos Aires, centrando el análisis en el accionar del Poder Ejecutivo Provincial y en la producción legislativa que caracteriza la experiencia de gestión durante los años '90. La distinción entre políticas explícitas e implícitas se realiza como separación narrativa, de manera tal que puedan quedar contenidas en sendos capítulos y que pueda comprenderse mejor lo que resulta transparente de la política ambiental, y las prácticas que aparecen opacadas en el juego de relaciones sociales. Y finalmente, las reflexiones que se derivan de todo este proceso de búsqueda y síntesis, plasmadas en el último capítulo, marcan las tendencias que definen esta temática tan actual, tan conflictiva y tan desconcertante.

Introducimos en la relación ideología-prácticas colectivas, en una sociedad compleja y estratificada, nos coloca en el centro de la cuestión acerca de la opacidad y la transparencia con que los mecanismos de información de la propia sociedad nos revelan sus características. El Estado aparece hegemonizando los escenarios de la política ambiental de manera formal. Parece sumamente transparente su conformación, compleja de por sí. Están muy claras las áreas de intervención en materia de política ambiental. Pero no están tan claros los efectos de estas acciones, la eficacia real del desarrollo de sus aparatos, las

relaciones entre actores externos al Estado y diferentes niveles de articulación de relaciones (mercados, política ambiental y política social, organizaciones no gubernamentales, etc.). No están tan claras las formulaciones discursivas del Estado, los mecanismos de regulación de conflicto a través del Derecho y los actores que construyen retóricas y agencian prácticas sociales producidas por el movimiento ambientalista internacional. Esta trama de relaciones que articulan diferentes niveles nos lleva a algunas preguntas:

¿Cómo es que se ha conformado un área específica de ejecución de política ambiental en el aparato del Estado bonaerense, en un período histórico en que desaparecen áreas completas del mismo y que el “ajuste estructural” lo somete a desguace hasta superar límites insospechados?

¿Qué acciones está desarrollando el Estado provincial en materia de articular a la sociedad con su base material?. ¿Cuál es su reconocimiento acerca de la crisis ambiental y las acciones explícitas e implícitas que se derivan en consecuencia?

¿Cómo es que la apropiación discursiva de la temática ambientalista sostiene una estrategia de construcción de un espacio político para determinados sectores, en un momento histórico en que se profundiza el proceso de “expansión semiótica del capital”?

¿Qué procesos demarcan la visibilidad social de conceptos y hechos que remiten el sentido al campo de la problemática ambiental?. De otra manera: ¿cómo es que se opaca o transparenta la conflictividad de la “cuestión ambiental” desde los centros de formulación de políticas?

CAPITULO 1

¿QUE ES LA PROBLEMÁTICA AMBIENTAL CONTEMPORANEA?

***El “medio ambiente” como cuestión
política.***

1.1. La problemática ambiental. Crisis planetaria, discursos reproductores del sistema.

Enmarcada en lo que se estudia como la relación Cultura/Naturaleza⁷, la problemática ambiental contemporánea muestra muchas facetas, todas interesantes para cualquier científico social. Indiciariamente, aparece como una “colección de problemas”, cada uno de ellos tan grave en sí mismo que hace perder una perspectiva de conjunto. Desde la reunión de Estocolmo de 1972 hasta Río '92 y la última Cumbre de las Américas sobre Desarrollo Sustentable (Santa Cruz de la Sierra, 7-8 de diciembre de 1996), lo que se reconoce desde los centros de poder mundial como “problemática ambiental” agrupa los temas consignados en el cuadro nro.1⁸. Otras compilaciones, algunas que comparten autores comunes a los informes globales, incluyen como problemática temas como la pobreza, la salud reproductiva de la mujer, o se instituyen como críticas muy fuertes al

⁷. Sobre esta temática se han construido algunos de los análisis más interesantes de la Antropología norteamericana, como los enfoques de la Ecología Cultural (desarrollada en EE.UU. sobre la recuperación del materialismo que efectuara solitariamente Leslie White durante la década del '50), se han generado algunos análisis de raíz levistraussiana que trascienden el estructuralismo clásico y que permitieron gestar algunas monografías etnológicas más interesantes de los '80, dieron lugar a enfoques sobre los procesos de transición que ya aparecen en los trabajos tempranos de Godelier (1974) y Descola (1988), y se generaron las bases para la corriente denominada “Ecología Política”. Sobre este tema se organiza todo el capítulo 2.

⁸. Las fuentes principales para confeccionar este cuadro son textos e informes de principios de la década. Las actuales elaboraciones siguen la misma tendencia, en especial los informes del World Resources Institute de 1990 y 1991, London, Oxford University Press; Brown, Lester R., Renner, Michael y otros: La situación en el mundo. El informe Worldwatch 1992. Buenos Aires, Editorial Sudamericana; Corson, W.H. (de.): The Global Ecology Handbook, Beacon Press, Scientific American 263, Special Issue, septiembre 1990. Existe una enorme masa bibliográfica sobre cuestiones socioambientales en idioma inglés. Sólo una parte de ella está accesible para los investigadores argentinos, a partir de la agilidad que está tomando el comercio electrónico. Lo que parece seguro es que el retraso de la industria editorial argentina no permitirá que podamos acceder a la variedad de enfoques y mucho menos a trabajos muy particulares que se han desarrollado sobre este tema.

consumismo europeo y norteamericano⁹. Y las más detalladas, como por ej. la realizada por Christian Brodhag¹⁰, incluyen hasta 25 grandes problemas.

Pero este “listado de problemas” presenta el atractivo de variar según sea la perspectiva ideológica de quien lo confecciona. Susceptible de deconstrucción, lo que se consigna en el cuadro de la página siguiente es lo que ya casi nadie cuestiona, en tanto avalancha de datos proporcionados por la ciencia, el sentido común y también el arte y algunas religiones. Es decir, existe un consenso bastante amplio en **reconocer los signos de una crisis de desestructuración de la esfera de la Naturaleza**. Pero estas formas de presentar la problemática, tipo “listado” y sin referencias a actores sociales concretos responsables o perjudicados, sin describir la dinámica particular de cada área dentro de la problemática mayor, sin ordenar o mencionar siquiera los conflictos o impactos sociales desatados por la apropiación de la naturaleza, constituye una forma de diagnosticar que opaca la presencia de ciertos intereses. También es la forma de comunicabilidad predominante, heredada de la autoridad de científicos de las ciencias duras: físicos, biólogos, ecólogos, geólogos, etc.. Lo único que puede tomarse como válido de estos listados (en función de este análisis) es la repercusión planetaria del conjunto de problemas agrupados.

Otros aspectos no tan ingenuos de la “problemática ambiental” de fin de siglo tienen que ver con la polaridad entre la **opacidad y la transparencia que muestran los sistemas sociales acerca de las estructuras que lo constituyen**. En esta esfera es en donde se ubican la mayoría de los aspectos que son la puerta de entrada a una formulación más profunda y que permita superar el prejuicio que habitualmente se encuentra al tratar de introducir “lo ambiental” en discusiones de orden político. Medio ambiente, degradación de la naturaleza, polución, contaminación, etc.. Son términos cada vez más familiares en el

⁹. Algunos textos son obras maestras del “doble discurso”, pero sirven como muestra de la complejidad ideológica de la “cuestión ambiental”. Este sayo le cabe al libro del actual vicepresidente norteamericano Al Gore: “La Tierra en Juego”, editado en Buenos Aires por EMECE en 1993. En las antípodas ideológicas, los datos del Anuario del Tercer Mundo 1996-1997 coinciden en los indicadores básicos sobre la mayoría de los problemas ambientales y sociales derivados del uso de los recursos instalado por la sociedad industrial.

¹⁰. Brodhag, Christian, “Las cuatro verdades del planeta”, Barcelona, Flor del Viento Ediciones, 1996. Este autor es uno de los principales líderes de los sectores “verdes” de Francia, y uno de los principales divulgadores a nivel de la ecología política europea.

lenguaje cotidiano, de significados casi intercambiables, muy presentes en los medios de comunicación, en los materiales educativos. Y que cada vez más frecuentemente aparecen en los discursos de los políticos profesionales ¹¹.

Esta presencia de discursos, imágenes, pluralidad de visiones, indicios de disputas, conllevan una complejidad no susceptible de análisis mecanicistas. La presencia discursiva de indicadores de la temática ambiental en diversos órdenes comunicativos de nuestra sociedad ya no es sorpresa para nadie (sí lo fue en los '60, donde aparecía temáticamente orientada a impulsar cambios radicales), al punto tal que las políticas públicas contemporáneas están "transversalizadas" por la problemática ambiental. Lo interesante de este hecho, absolutamente "normal" en los términos del juego político en el marco del sistema democrático, es la aparición de la "cuestión ambiental" como campo de disputa discursiva, en el sentido en que Bourdieu le otorga a la palabra campo:

"...Puede definirse como una red o configuración de relaciones objetivas entre posiciones. Estas posiciones se definen objetivamente en su existencia y en las determinaciones que imponen a sus ocupantes, ya sea agentes o instituciones, por su situación actual y potencial en la estructura de distribución de las diferentes especies de poder o de capital simbólico - cuya posesión implica el acceso a las ganancias específicas que están en juego dentro del campo - y de paso, por sus relaciones objetivas con las demás posiciones (dominación, subordinación, homología)..." BORDIEU, P. y WACQUANT, L., 1995: 64.

Diversos hechos "naturales" de la práctica política contemporánea ilustran la complejidad de la lucha por la apropiación de la interpretación de las claves de "cuestión ambiental". Desde la deriva de significados que han tomado conceptos como "Desarrollo

¹¹. En nuestro país, en el año '73, es el General Juan Domingo Perón quién formula, en sus famosos discursos al regresar del exilio, algunos objetivos de política ambiental en reconocimiento a la gravedad mundial de la crisis. También pasa a la acción: crea la Secretaría de Estado de Recursos Naturales y Ambiente Humano, con la misión de "...asesorar al Ministro de Economía en todo lo concerniente a la formulación, ejecución, control de la política y régimen integral relativo a la conservación y desarrollo de los recursos naturales renovables, así como también en lo atinente a la conservación y mejoramiento del medio ambiente humano" (Decreto nro. 751/73, Ministerio de Economía de la Nación 25 de octubre de 1973).

Sustentable” o “Ecodesarrollo”, hasta la acumulación de capital político por parte de actores que se apropian de elementos o fragmentos de discursos ambientalistas, capital simbólico que les sirve justamente para posicionarse de manera diferencial ¹².

El campo de la “política verde” tiene un dinamismo mundial importante, que frecuentemente se nos pierde de vista dado las condiciones de construcción de la realidad desde un país como el nuestro. En otras sociedades, ha servido como base para la construcción de modalidades de ciudadanía activa, y sin temor a equivocarme puedo plantear que el sentimiento de identidad planetaria que otorgan algunos de los núcleos de la ideología ambientalista es un paso muy fuerte en la construcción de una meta-narrativa sobre el destino humano, totalmente adecuada a la escala de la globalización.

Y lo que es bien interesante: el énfasis en la relación Naturaleza - Cultura (que reemplaza analíticamente, en ciertos debates, al eje semántico apoyado sobre la relación entre sociedades, o la alteridad fundamental, el reconocimiento del Otro) desemboca en un reclamo totalmente “anormal” en relación al neo-liberalismo hegemónico. En efecto, hay un signo positivo casi generalizado en todo el espectro ambientalista cuando se trata de expandir las responsabilidades del Estado en la protección de los recursos, en el control de la explotación “irracional” y en cuanto al liderazgo de los procesos educativos y de

¹². Podríamos citar muchos casos. El más rutilante tal vez sea el de Gro Harlem Brundtland, ex premier noruega que instaló el concepto de “desarrollo sustentable” al impulsar su famoso informe, en 1989. Hoy es directora de la OMS. Desde otra tradición política, en la Rusia postcomunista, Boris Nemtsov comenzó su carrera política en 1990 organizando una campaña para impedir la instalación de una central nuclear. A fines de 1991, Yeltsin lo nombró gobernador de la región de Novgorod, a los 31 años y aún sigue su carrera política. Albert Gore, ex vice de los EE.UU. y candidato derrotado a la presidencia, con una trayectoria intelectual muy superior a la del mismo Clinton, es un ejemplo de un conservacionista inteligente que acumuló un capital político enorme exclusivamente con militancia ambientalista, y más tarde lo dilapidó rápidamente. Uno de sus opositores en las últimas elecciones, Ralph Nader, se destaca entre los ambientalistas norteamericanos dado sus históricas luchas enfrentando a corporaciones muy diversas y logrando arrastrar un 5 % del electorado (o sea, varios millones de personas). Mirando Argentina, y en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Gustavo Béliz es un ejemplo de un político oportunista, que decide aprender las claves técnicas de temas ambientalistas aprovechando un vacío discursivo de los partidos mayoritarios y hasta consigue sumar a técnicos que nunca antes fueron escuchados o personas muy capacitadas que anteriormente no tenían espacios de trabajo. Aún cuando la temática ambiental contradiga los puntos centrales de su ideología personal, incorpora tópicos ambientalistas a su discurso, obviamente por su potencial capacidad de generar adhesión electoral, y dos años más tarde (en el marco de nuevas confrontaciones electorales) los deja en el olvido.

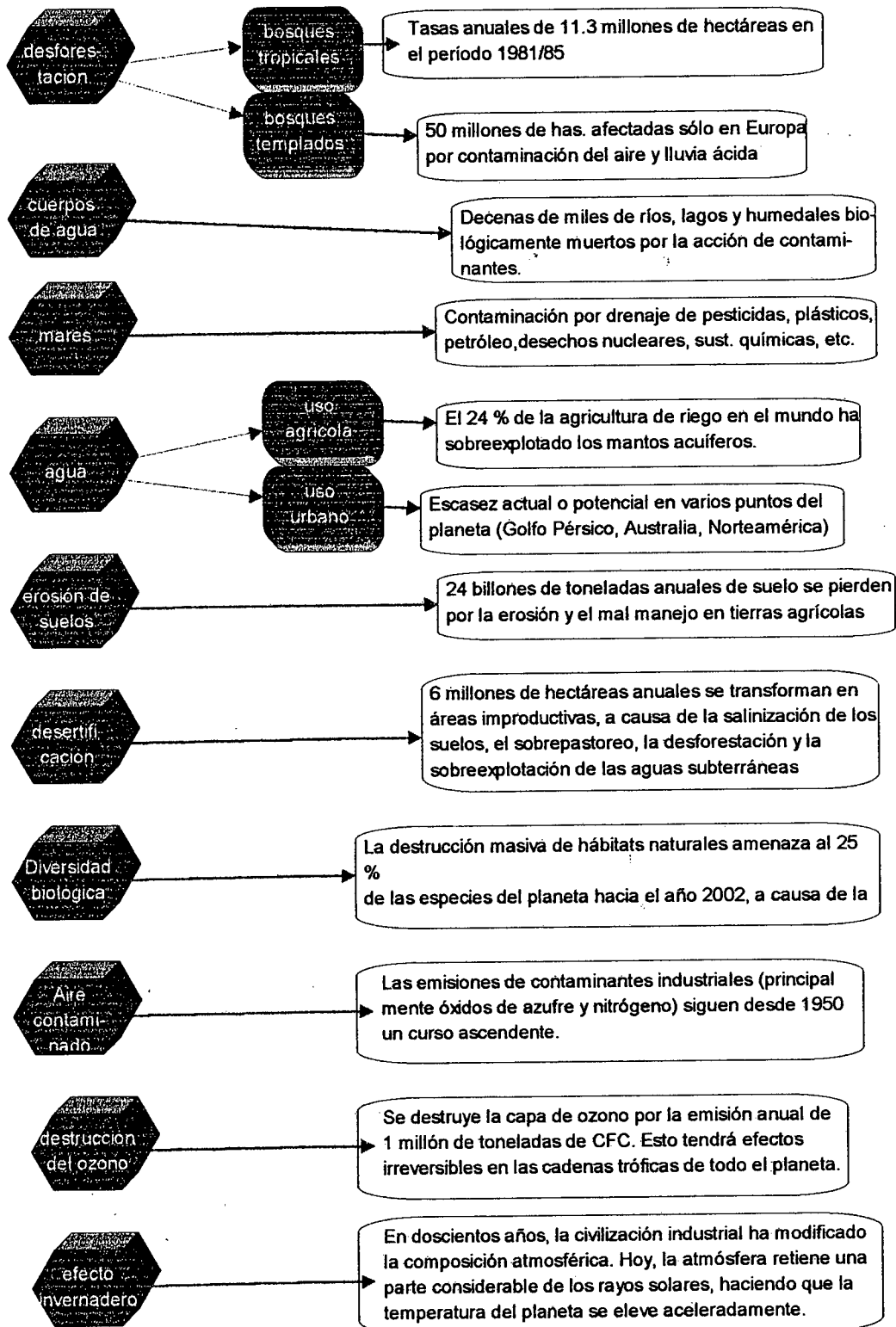
“concientización” de la población. Aún cuando otras áreas de la misma organización estatal y otras estructuras históricas caigan bajo los efectos del “ajuste”, e inclusive cuando los conjuntos sociales acuerden ideológicamente con su debilitamiento, el consenso ambientalista (articulado sobre la base de nuevos tipos de agenciamiento, como veremos más adelante) tiene un centro de apoyo en el fortalecimiento de las políticas públicas ambientales (consenso que incluye retóricamente a los organismos financieros internacionales, como el World Bank, que no presta dinero para políticas ambientales si no es a gobiernos).

Inclusive, se formula inicialmente que la “nueva utopía” del desarrollo sostenible requiere un re-ordenamiento de las funciones del Estado, tendiente a regular al mercado. Pero, como el término “desarrollo sostenible” o “sustentable” se generalizó tanto que pasó a formar parte de innumerables discursos, hasta casi perder cualquier sentido real, esta cuestión derivó en todo tipo de enunciados. Algunos de ellos directamente fascistas: formar una “policía verde” a nivel mundial que limite las consecuencias indeseables de las acciones de los responsables del deterioro ecológico (v. LAFERRIERE, E. Y STOETT, P.; 1999). Pero inclusive, cuando se habla del desarrollo sostenible a escala local, regional o en fragmentos menores de territorio que el que abarca una sociedad completa (o un modo de producción específico), la cuestión del poder y de la capacidad política-administrativa de marcar una dirección en el camino del desarrollo es un tópico recurrente que cuenta con argumentos muy diversificados.

De manera tal que imágenes o representaciones sociales como la de un “Leviatán verde” vehiculizan una concepción del poder articulada con el surgimiento de una nueva meta-narrativa que entrecruza muchos tropos, entre ellos ciertas re-significaciones acerca de la jerarquización institucional del mercado en la etapa de la “globalización”, y esto va generando marcos de sentido que posibilitan interpretaciones de la realidad ciertamente novedosas y, por consiguiente, prácticas políticas que articulan agentes colectivos en alianzas (transitorias o permanentes) insospechadas hace pocas décadas¹³.

¹³ ¿Quién iba a suponer que la Marina norteamericana colaborara con científicos ambientalistas de todo el mundo prestando los submarinos atómicos para navegar por debajo del Polo Norte buscando datos que expliquen las causas de su adelgazamiento?

Cuadro 1. Indicadores de la problemática ambiental contemporánea



Inclusive con la desterritorialización de las responsabilidades en la generación de los problemas ambientales globales (como la lluvia ácida, el adelgazamiento de la capa de ozono, los accidentes nucleares o el “efecto invernadero”, que no están contenidos por la frontera de ningún país pero sí han sido originados como efectos no queridos del desarrollo industrial de los países del Primer Mundo), y en una etapa del capitalismo en el cual las industrias de mayor crecimiento han sido las del sector servicios (electrónica, comunicaciones, entretenimientos, turismo, etc.), la difusión de una nueva meta-narrativa sobre la Naturaleza y la Sociedad va generando espacios políticos antes impensados.

A escalas locales, en instancias microsociales, en varios niveles institucionales y en no pocos intersticios de éstos, parece desarrollarse una conciencia cada vez más hipersensibilizada: multitud de nuevas asociaciones de defensa y protección del medio, incorporación de problemas ambientales en otras ya existentes, reuniones de expertos a escala local y regional, conferencias políticas, perturbaciones violentas, aunque transitorias, del orden social, campañas masivas públicas y privadas, reformas a los planes de enseñanza para incluir currículas enteras apoyadas en lo ambiental, etc..

Lo “ambiental” es un polo de referencia para la constitución de nuevas identidades: una encuesta realizada por el New York Times, USA Today y Gallup a principios de los '90, indicó que de 250 millones de norteamericanos, cerca de 190 millones se consideran ellos mismos como ambientalistas y están dispuestos a involucrarse en algún tipo de acción de defensa del ambiente, en tanto que más de 120 millones declaran haber hecho algún donativo en pro de la naturaleza y 40 millones confiesan participar en alguna organización ambientalista¹⁴. Es sugestivo que esto pase en uno de los países del mundo que registra menor participación voluntaria en la política formal.

Por otro lado, el prejuicio de que el ambientalismo es un pasatiempo de los países ricos no puede sostenerse, sobre todo después de los trabajos de Joan Martínez Allier

¹⁴. Buzzworm, J. The Environmental Journal, Washington, nov./dic. 1990, pp.4.

(1995)¹⁵. Este autor catalán documenta profusamente las luchas populares por la preservación del ambiente y de los recursos naturales de cientos de pueblos asolados por el colonialismo en sus diversas variantes. Lo cual alcanza para superar otra falsa antinomia: la de un ambientalismo de los países pobres y otro de las naciones ricas. Más bien, como veremos más adelante, hay un movimiento ambientalista de raíces tan diversas y plurales que agrupa desde las tradiciones socialistas más dinámicas hasta algunos de los grupos más fascistas del planeta (para quienes los seres humanos son mucho más nocivos que las cucarachas y sólo merecemos la desaparición) hasta los que sostienen las posiciones más antropocéntricas. Algunos sectores de ambientalistas de los países pobres (como el caso de los caucheros de la Amazonía liderados por Chico Mendes) alcanzaron repercusión internacional a partir de su articulación a sectores ambientalistas de los países ricos. Y otros frecuentemente se enfrentan entre sí, como los sectores conservacionistas norteamericanos y los activistas de Indonesia, que chocaron duramente en la conferencia cumbre internacional realizada en Tokyo en el año '97 para evaluar si se estaban cumpliendo los acuerdos de Río '92.

Ya no es posible hablar del ambientalismo como un fenómeno nuevo. Martínez Alier rastrea múltiples raíces, llegando a mencionar corrientes tan opuestas como el darwinismo social o las experiencias europeas anarquistas de 1870 en adelante (Bakunin, Guillaume, Proudhon, etc.). Lo único que puede decirse que es un fenómeno novedoso es la amplitud de la degradación ambiental, la conciencia masiva de esta amplitud, y sobre todo, el hecho de que también la "cuestión ambiental" es planteada por el propio poder político y presentada frecuentemente como una de las metas más importantes.

Así, lo que empezó a formularse como una crítica profunda al corazón del modo de vida occidental capitalista, hoy aparece como una meta política del poder establecido (Durning, 1994, Ehrlich y Ehrlich, 1993), que "burocratiza" la problemática ambiental creando ministerios por separado, lanzando continuas campañas de información y

¹⁵. Es frecuente encontrar, sobre todo en los países latinoamericanos, que los partidos políticos tradicionales y con tendencias marcadamente nacionalistas no incorporen tópicos ambientalistas en sus propuestas, argumentando que existen otras necesidades humanas más urgentes que ocuparse del medio ambiente. Pero esto ha sido contestado por Martínez Alier, Joan. De la Economía Ecológica al Ecologismo Popular. Montevideo, ICARIA/Nordan Comunidad, 1995.

educación dirigidas a la conformación de una nueva sensibilidad ciudadana, como si la dinámica productivista y la conservación del ambiente fueran dos esferas tan separadas que nunca se tocan en el transcurrir de la vida social. Aquí aparece un interrogante de otro nivel teórico, que me hace pensar en las modalidades del capitalismo para “neutralizar” elementos ideológicos profundamente críticos y convertirlos en insumos que alimentan su reproducción. Un claro ejemplo de esto es el surgimiento de lo que se denominan los “mercados verdes”: expansión de nuevas tecnologías, mercantilización de los subproductos de desecho de las economías urbanas, o las incipientes ventas de bonos de contaminación entre países o sectores industriales y comerciales al interior de un mismo país (Azqueta Oyarzun, 1997).

Frente a la complejidad de estas facetas, mucho más coloridas que los simples y apocalípticos listados de problemas, conviene llevar hasta el fondo este planteamiento. Para algunos ¹⁶, la crisis ambiental es una crisis de civilización, no ya de una modalidad de producción. Implica la desestructuración de todo un proceso de expansión civilizatorio acompañada por el resquebrajamiento de la condición humana: dos tercios de la humanidad en una pobreza terminal, mientras al tercio restante esta situación no le importa. Y si algún individuo le importa, el despotismo urbano-industrial y el aparato burocrático del complejo militar lo dejan sin posibilidades de expresarlo. Para el ya mencionado Martínez Alier, o para el mexicano Enrique Leff ¹⁷, se trata de un período tan conflictivo que exige de una “nueva racionalidad” (redistribución ecológica para el catalán, racionalidad ambiental para el mexicano) que permita articular un modo de producción sustentable, que no produzca a un ritmo superior de la productividad natural¹⁸. Lo cual implica también diseñar y construir políticamente (si fuera posible) un modo de producción no basado en el

¹⁶. Toledo, Víctor: “Modernidad y Ecología: la nueva crisis planetaria”. En: Goin, F. y Goñi, R (comp.) Elementos de Política Ambiental, Buenos Aires, Honorable Cámara de Diputados de la Pcia. de Buenos Aires, 1993.

¹⁷. Leff, Enrique. Ecología y Capital. México, Siglo XXI Editores, 1986.

¹⁸. Ahora bien, como cualquier introducción a la ecología lo especifica, la productividad natural de los ecosistemas más dinámicos (los tropicales) alcanza un valor de un 8 % anual medido en términos de incremento de la biomasa. Resulta imposible compatibilizar esta meta con la medida de rentabilidad de las economías cuyo funcionamiento teórico lo legitima la economía neoclásica. Pero sabemos que los diferentes paradigmas son inconmensurables entre sí, de manera tal que la hegemonía de uno sobre otro es una problemática de construcción de poder político más que de desarrollo de instrumental teórico.

consumo de combustible fósil, al que se oponen políticamente las petroleras, las fábricas de automóviles y aviones (tanto civiles como militares), la decadente industria nuclear y termoeléctrica, los holdings de transporte terrestre, etc..

Al rondar estos planteos es en donde se me aparece la necesidad de enfocar ciertos aspectos de una problemática tan abarcadora. ¿Alcanzan las categorías clásicas para analizar la deriva política de estructuras sociopolíticas complejas, como la integración vertical de los holdings petroleros, mucho más poderosos que la mayoría de los gobiernos de la Tierra, o aún las mismas contradicciones al interior de muchos estados nacionales, donde los ministerios de economía aumentan el ritmo de utilización de los recursos naturales y las oficinas ambientalistas del mismo estado, en el mejor de los casos, apenas confrontan sorda o cosméticamente tal estrategia?. ¿Qué pensar acerca de las propuestas de una policía ecológica mundial (como los Cascos Blancos de la ONU, sólo que ahora verdes) impulsada irónicamente por los gobiernos más contaminadores del planeta?.

Así es que las referencias a este contexto mundial resultan imprescindibles para abordar en profundidad el desarrollo de la política ambiental en la Pcia. de Buenos Aires, uno de los territorios más conflictivos en términos de articulación Cultura/Naturaleza. Si bien es clara la tentación de establecer relaciones causales entre la “conciencia de la degradación” como un simple efecto de la escala planetaria del impacto humano sobre el ambiente y la Naturaleza (términos que no tienen el mismo significado), es obvio que se hace necesario superar esta tentación. Porque es muy claro, inclusive para cualquier persona con escasa formación en ciencias sociales, que los medios de comunicación de masas no son neutrales ni simples instrumentos de información. Responden, objetivamente, a sectores de poder, de la misma manera que los sistemas educativos funcionan reproduciendo relaciones asimétricas en la estructura social, y los discursos y acciones de los actores políticos están movidos por intereses definidos que compiten en la búsqueda de la hegemonía y la dominación. Y para qué hablar de los intereses empresariales que asumen como propia “la lucha por un medioambiente saludable” y el “bienestar común”.

En esta temática, entonces, se expresan nuevamente pero de manera diferencial,

muchas de las contradicciones del sistema social en que vivimos. Por lo que se me hace necesario sostener que la “problemática ambiental contemporánea”, y especialmente el *medioambiente* como se expresa en el lenguaje del sentido común, debe abordarse como *una forma determinada de problematizar la articulación Cultura/Naturaleza, superadora de los enfoques que sólo contabilizan la degradación física de lo que es exterior al Hombre.*

Lo que es posible aportar, tratando de avanzar en esta dirección, es el énfasis en la significación de que una cuestión extrema, radical, que en los años '60 permitía pensar en la posibilidad cercana de vehiculizar transformaciones estructurales en el capitalismo y en la estructura social (sobre todo de las sociedades avanzadas, como lo planteó Habermas¹⁹ a mediados de los '80), hoy se ha transformado en meta política, en un ítem de la agenda de operadores de sectores de poder más o menos establecidos.

En la experiencia de diversos países europeos, sectores enteros del movimiento ambientalista fueron “digeridos” por otras estructuras. Con ello se aseguró, en principio, efectivizar la participación política y por lo tanto fue considerado como un éxito. Este ejercicio requirió una actividad extrema de los poderes hegemónicos. Tal cual lo afirmara Balandier (1973, 1985), *lo político aparece en el terreno de la síntesis, de la integración, y por consiguiente, de la descomposición y de la ruptura. Así es que si se admite que los fenómenos políticos se caracterizan por su aspecto sintético (se confunden y atraviesan todos los procesos de organización de la sociedad global) y por su dinamismo (se basan en la desigualdad y en la competición), la “problemática ambiental contemporánea” es un fenómeno indiscutiblemente político. Provoca reformas, cambios y reajustes en la estructura económica, y distorsiona las relaciones de poder. Estas distorsiones generan reacomodamientos jurídicos, y a corto o a mediano plazo se afecta de manera desigual a las empresas según su dimensión y capacidad financiera. Y deben ser resueltas por los poderes políticos, asegurando la reproducción, a largo plazo, del orden global por medio del mantenimiento de las relaciones sociales fundamentales.*

¹⁹ . Habermas, J. Problemas de legitimación en el capitalismo tardío. Madrid, Taurus, 1986.

Ahora bien, dado el gran desarrollo de la “economía de rapiña” en todo el Tercer Mundo y en especial en América Latina, hay rasgos específicamente latinoamericanos que condicionan las políticas ambientales (y no sólo ellas). A la organización temprana de los estados nacionales latinoamericanos, ocurrida a lo largo de la primera mitad del siglo XIX, y al auge generalizado de los denominados “modelos de crecimiento hacia fuera” (1880-1930), hay que destacar las formas de valoración de la Naturaleza en el proceso de desarrollo económico. Predominó (y predomina aún) una concepción “minera”, directamente extractiva de los recursos naturales, como resultado de las condiciones de desarrollo capitalista de diferente complejidad, pero siempre relacionadas con las estructuras sociales que hegemonizan el sistema mundial en sus diferentes etapas de desarrollo (v. CASTRO HERRERA, G. 1994, BAGU, S. 1987, GLIGO, N. Y MORELLO, J. 1980, TUDELA, F. 1991). Y esta concepción “minera” se realiza constantemente contra la visión que expresan los pequeños y medianos productores rurales, articulados indisolublemente a su entorno local, que sostienen la aspiración de trabajar con la naturaleza y no contra ella (v. WORSTER, P., 1994). Está permanentemente vigente en las concepciones políticas de los grupos hegemónicos en todos los países latinoamericanos. Y hasta podríamos afirmar que se ha consolidado en Argentina, en la medida en que se profundizan las estrategias de mantener a toda costa el perfil agroexportador como única modalidad de inserción en un mundo globalizado, ya entrados en el siglo XXI.

Por todo esto se hace necesario atender a dos vías analíticas:

- a) a los ejes políticos de construcción de la problemática ambiental (en tanto, como dato novedoso, se incorpora la masividad de la conciencia política acerca de la degradación) los que ordenan agendas y estructuran relaciones sociales a nivel global, y
- b) al planteamiento, sumamente ideologizado, de la búsqueda de una “nueva racionalidad” (que incluye desde una nueva teoría económica hegemónica, proporcionada por la “Economía Ecológica” originada en los trabajos de Georgescu-Roegen, hasta nuevos mecanismos de consenso políticos a escala planetaria), racionalidad superadora de la simple instrumentalización de la naturaleza y cuya comunicabilidad le permita funcionar como articuladora de un “nuevo modo de producción sustentable”.

En relación al punto a), a continuación describiré brevemente elementos relativos a una serie de transformaciones jurídicas y derivadas de una de las alteridades características de la “cuestión ambiental” contemporánea: la no coincidencia entre las fronteras políticas de los estados nacionales y la emergencia de dinámicas ecosistémicas más amplias y complejas. El punto b) lo abordaré al final de este capítulo.

1.2. Régimen de política ambiental internacional. ¿Nuevo Derecho, vieja dominación?

Obviamente, la “cuestión ambiental” no es el único fenómeno a escala planetaria que el mundo tiene que enfrentar. Desde los años '70, como efecto de la combinación de diferentes crisis (la del petróleo de los años '70, '73, '79, la de expansión-contracción de la acumulación financiera de los '80, '87 y '89, '92, '95, la de la experiencia del llamado “socialismo real” y la destrucción de la URSS, visible durante todo la década del '80, etc.), de la emergencia de guerras (incluyendo a la guerra del Golfo, a la de Europa Central en Yugoslavia, y luego Kosovo, pero también los cientos de conflictos étnico-regionales) y de la comprobación científica de la gravedad de la situación de los recursos planetarios, ha habido una reorganización profunda de diversas áreas de acción política, especialmente de campos completos de investigación científica, de esquemas y teorías dentro del campo del saber de las Relaciones Internacionales y, sobre todo, del Derecho Internacional.

Esta cuestión es parte del fenómeno problematizado como “globalización”, “mundialización”, etc., sobre el cual se discute constantemente en medios académicos, políticos y de divulgación. Como parte de la mundialización, es que se generaliza la actividad de los foros diplomáticos internacionales, se regionaliza constantemente el mundo y esto es particularmente importante para entender cómo se aborda la “problemática ambiental contemporánea”²⁰.

²⁰ Cómo sucede permanentemente en las ciencias, y más aún en las sociales, la proliferación de nuevas categorías conceptuales es incesante. Aún no se está difundiendo masivamente la idea del post-imperialismo, categoría que intenta superar a la del imperialismo en el sentido leninista, totalmente unida a la noción de relaciones bilaterales entre estados nación. La idea de post-imperialismo refiere a la relación entre los estados nación y el poder creciente de los organismos internacionales multilaterales. Si bien en ambos casos (imperialismo y post-) se acepta que tales relaciones políticas se establecen para permitir la expansión del capital, en la noción de post-imperialismo se enfocan las modalidades de control sobre las administraciones de los gobiernos estatales nacionales, desnaturalizando la noción moderna de democracia soberana. En este marco, la gobernabilidad consiste en continuar con los acuerdos multilaterales al margen del gobierno electo. Para mi gusto, el uso de esta categoría implica afirmar de manera casi tajante la existencia de un gobierno mundial asentado en la OMC, el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional, cuando el juego de relaciones políticas globales se me aparece mucho más dinámico. Es cierto que hay intentos de espionaje y gendarmería global y de dominación y represión sin límites, ejercitados especialmente por las fuerzas armadas de EE.UU., pero creo que

Las Conferencias de las Naciones Unidas para el Medio Ambiente, comenzando desde Estocolmo (1973) hasta llegar a Río de Janeiro (1992) fueron bordando una complejísima red de tratados y acuerdos de alcance internacional²¹ para sostener políticas legitimadas en la idea de que las naciones deben consensuar acciones que reviertan el riesgo de desaparición de la especie humana y de profundización de la catástrofe planetaria que estamos viviendo. Esta producción legislativa a nivel internacional está impactando paulatinamente en los sistemas nacionales y regionales.

Este impacto no se da en un único sentido. No todos los países acuerdan inmediatamente con el espíritu de los tratados delineados en las Convenciones y adhieren automáticamente a las normativas, asumiéndolas como políticas propias. Como el derecho refleja y legitima las relaciones estructurales y los intereses de cada grupo en la reproducción de su propia sociedad, es interesante detenerse un instante a ver cómo se ha modificado a escala mundial, para adaptarse a las características de la crisis ambiental contemporánea.

En este sentido, algunos autores (ESTRADA OYUELA, S., 1993) coinciden en señalar la importancia de los efectos que introduce un nuevo desarrollo del Derecho Ambiental Internacional: los “*Sistemas Legales Sectoriales Dinámicos*”, regímenes legales a escala internacional comparativamente autónomos y dinámicos en relación al Derecho Internacional tradicional (un derecho pensado para solucionar controversias entre estados nacionales y fuertemente influido por el compromiso fordista).

La eficacia de los Sistemas Legales Sectoriales Dinámicos significa un fuerte impacto para los modos tradicionales de articular las regulaciones estatales “fronteras adentro” de cada país. Según desde qué punto se los mire (o desde que plano ideológico se los analice), el hecho de que una normativa generada en el seno de un organismo internacional tenga una influencia e importancia inmediata en los circuitos de organización

todavía no puede hablarse de un control total de signo imperial a escala planetaria. Para una aproximación a la noción de postimperialismo, v. Ugarteche, Oscar, en : <http://www.iade.org.ar>.

²¹. El cuerpo legal del Derecho Ambiental Internacional se estimaba en más de 4.000 piezas, hacia fines de 1993. Siete años más tarde, nadie tiene un dato exacto, aunque extraoficialmente algunos suponen que la cifra debe de haberse triplicado..

de un proceso industrial, de una norma de consumo, de un criterio de medición, en una región o ciudad de cualquier parte del mundo, puede ser el resultado exitoso de un esfuerzo de cooperación global o, por el contrario, indicador de una pérdida de soberanía territorial y autonomía nacional. Pongamos por caso: la fijación internacional de un estándar de emisión de gases generadores del efecto invernadero debe originar, en cada país del planeta, la revisión de toda la tecnología de neutralización de contaminantes, de la política de transporte, de la prioridad de inversiones en el área de políticas de energía, de criterios de mercantilización inmobiliaria (ya que internacionalmente se favorece la forestación y la implementación de planes de conservación de las áreas verdes, en virtud de su función fijadora de carbono), etc..

Si para cada problema ambiental de gran magnitud se han establecido mecanismos internacionales de abordaje y cooperación (que también se han transformado en arenas de disputa política y de negociaciones coercitivas para nada altruistas), y por consiguiente se va desarrollando un sub-sistema internacional de procedimientos para la toma de decisiones, el estudio y la solución de controversias, la actualización de diagnósticos y la re-formulación de soluciones, es interesante ver que el dinamismo mundial que se ha generado dista de ser un fenómeno coyuntural.

Por el contrario, basándose en la proliferación de normativas, se postula la necesidad de intervenir sobre las consecuencias ambientales del desarrollo incontrolado con las categorías simbólicas que describen el "Orden Natural" según criterios occidentales. En la última década del siglo XX, esto ha producido un paso más sólido hacia un nuevo orden global que lo que significó el dominio militar norteamericano o la expansión planetaria de las multinacionales de la comunicación.

Este argumento lo han sostenido científicos importantes. Por ej., investigadores relevantes como Elmar Altvater (1998), quien trata de analizar tendencias "macro" en la relación entre la sociedad occidental y la Naturaleza, argumenta acerca del tránsito hacia un nuevo orden global a partir de *la constatación por los poderes políticos y económicos occidentales de que los problemas de contaminación no pueden ser contenidos por las*

fronteras políticas de los estados nacionales.

Altvater afirma que este tránsito dista muchísimo de ser un proceso armonioso: en términos ideológicos, el argumento de la contaminación ambiental a escala planetaria sirve de excusa para establecer nuevos ghettos y sostener políticas de “apartheid” globales en función de las economías más poderosas del mundo. Muchos procesos de fijación de estándares de emisiones condenan al atraso económico a sociedades “emergentes”, al funcionar como barreras arancelarias, en un marco de certero deterioro de los ecosistemas planetarios²².

Es decir, es “real” la crisis ambiental a escala planetaria, y sobre esta realidad, los principales centros de poder mundial van diseñando un “régimen ambiental” que favorezca todavía más la reproducción del sistema capitalista. Y al mismo tiempo, también es un hecho que la oposición de los grupos organizados de la “sociedad civil” (abanico de intereses comunitarios que designa tanto a ONGs como a entidades gremiales, sociedades de base civiles y políticas, etc.) aparece muchas veces como un interlocutor más eficaz en las negociaciones que la diplomacia de los estados nacionales, atada a los intereses de los capitalistas de cada estado-nación y tendiente a postergar la “cuestión ambiental” en beneficio de la acumulación empresarial.

Así, en cada reunión internacional: la Convención de regulación de los CFC (Montreal), la Convención de Cambio Climático (Rio), la Convención de Protección de Bosques Tropicales (Tokyo), la Convención de Desechos Tóxicos (Basilea), la Convención de Biodiversidad (Río) y la Protección de Plantas y Animales (Washington), se ha dado origen a normativas legales con capacidad de sancionar concretamente dentro de las fronteras nacionales, y por lo tanto, en el argumento de Altvater, constituyen “nuevas aproximaciones” (Altvater, E., 1998:35) en la construcción de un régimen global medioambiental.

²². La preocupación por la contaminación ambiental generó una importante bibliografía crítica, y muchas de las ideas que resume Altvater están planteadas con distinto grado de desarrollo en los trabajos de Ulrich Beck (1998), Anthony Giddens (1990, 1994), André Gorz (1990, 1994) y Juergen Habermas (1984).

Como una cuestión relativa únicamente a parámetros, me parece erróneo considerar que el derecho ambiental internacional sea una cuestión de desarrollo reciente, en términos de *plazos políticos medidos en términos de la racionalidad occidental moderna*. Sí lo es en términos de evolución cultural: si la sociedad industrializada la contabilizamos como construyéndose durante los últimos dos siglos, y al capitalismo como generándose y mutando durante los últimos quinientos años, el derecho ambiental internacional apenas supera la media docena de décadas. La compilación elaborada por el servicio jurídico del Programa de la Naciones Unidas para el Medio Ambiente (PNUMA), comienza con un acuerdo internacional de 1921: el “Convenio relativo al empleo de la cerusa en la pintura”, articulado en una reunión de la Organización Internacional del Trabajo, y continúa con el “Convenio relativo a la preservación de la flora y la fauna en su estado natural”, firmado en Londres en 1933.

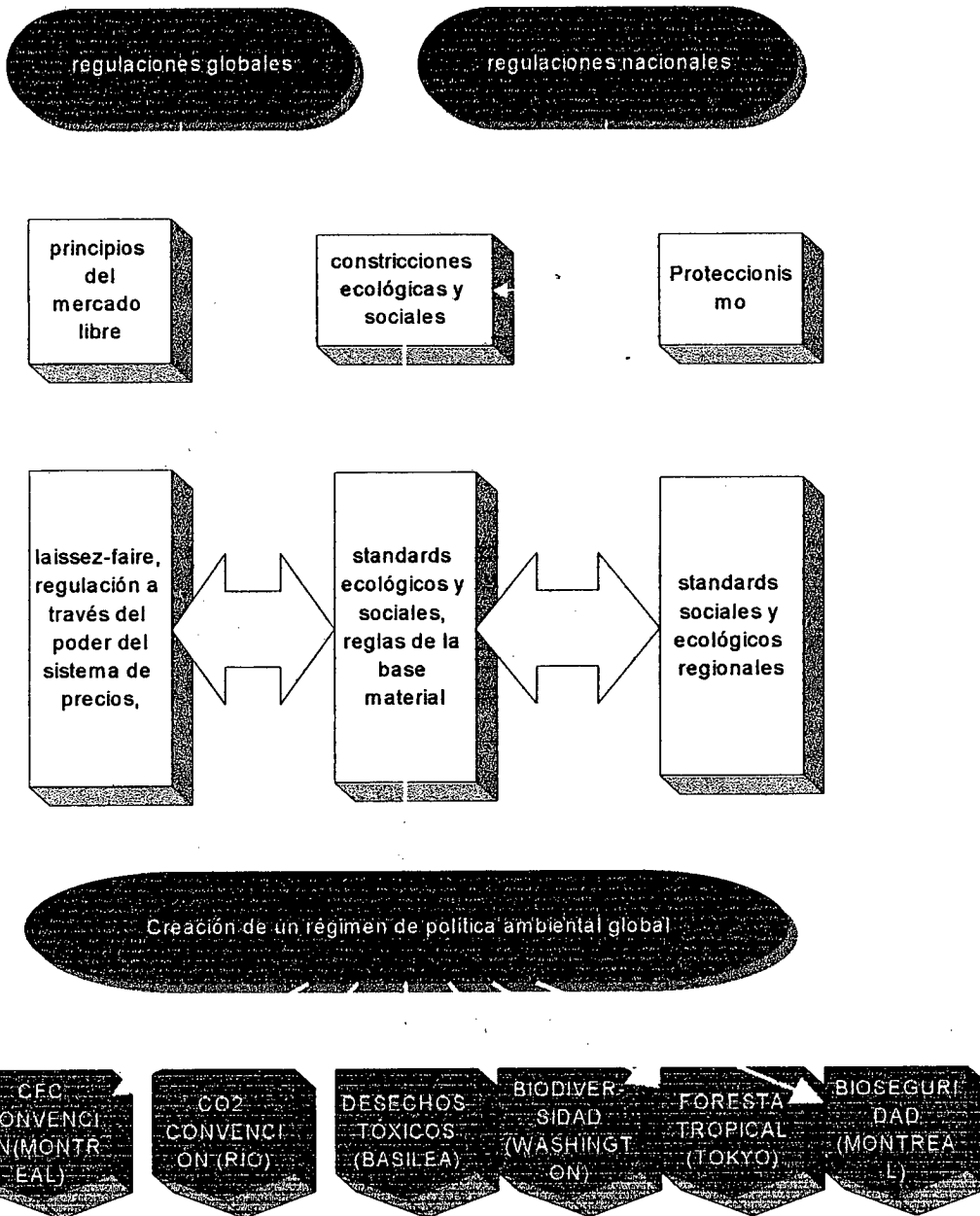
Sin embargo, pueden observarse otros antecedentes. Parte de la génesis de legislación conservacionista norteamericana, cuyas raíces pueden rastrearse hasta el siglo pasado, está asociada a la conservación de especies, y proviene de la lucha de colonos que reaccionaron a raíz de algunas catástrofes ecológicas acaecidas a especies antaño emblemáticas por su abundancia en el subcontinente americano (extinción de la paloma migratoria, práctica desaparición de los bisontes, etc.). A fines del siglo XIX empezaron a tomarse medidas legislativas (el primer Parque Nacional, Yellowstone, en Estados Unidos, fue creado en 1872). En 1900 los delegados de algunos países firmaron un protocolo para la preservación de la vida salvaje en Africa y, si bien dicho protocolo nunca fue ratificado, constituyó el germen de la Conferencia Internacional para la Protección de la Fauna y la Flora de Africa (Londres, 1933). El acta final, firmada en 1936, prescribía la creación de áreas protegidas, la regulación de la caza y del tráfico de trofeos, así como la prohibición de determinadas técnicas cinegéticas. Importantes medidas para la preservación de la naturaleza en el mundo occidental fueron tomadas en la década de los cuarenta, como la aprobación (en 1940, en Washington) del acta final de la Convención para la Protección de la Naturaleza en Estados Unidos, que establecía y definía las reservas de vida salvaje.

También en 1940 se celebró en Denver una Conferencia Interamericana y se fundó, en Fontainebleau, Francia, la Unión Internacional para la Protección de la Naturaleza (IUPN), que en 1957 cambió su nombre por el de Unión Internacional para la Conservación de la Naturaleza y los Recursos Naturales o IUCN), que supuso un gran paso adelante en la coordinación internacional de todo tipo de iniciativas, especialmente gubernamentales. En 1961 fue fundado otro de los organismos internacionales mas destacados en este ámbito, la World Wildlife Foundation (WWF), con la finalidad de recaudar fondos para la preservación de la vida salvaje en cualquier área del planeta.

Así, el gran volumen de legislación generado ha seguido aproximadamente el siguiente camino:

- a) la resolución de una materia determinada suele iniciarse con una resolución de un organismo internacional, fundada en algún informe técnico, y generalmente discutida y aprobada en la Asamblea General de las Naciones Unidas. Equivale a una fotografía de la preocupación que la “comunidad internacional” tiene sobre ese tema específico²³,
- b) el siguiente paso es una declaración, de carácter sustantivo y también programático, que surge de un órgano de nivel superior, como una Conferencia General de las Naciones Unidas (o también a veces la misma Asamblea General) o en una Conferencia especialmente convocada para tratar el tema, de nivel ministerial. Este es el nivel donde se van definiendo los compromisos de manera general,
- c) y el último paso es el de la codificación, encomendado a una conferencia diplomática, a un comité de negociación, y que genera acuerdos marcos para establecer normas generales, adoptar mecanismos de trabajo y resolución y habilita instancias posteriores de adecuación del marco, estudios de actualización y sistemas de sanciones específicamente recortados según la problemática abordada.

²³ Es sabido que antes de la Segunda Guerra Mundial y del proceso de descolonización del Tercer Mundo, la idea de Comunidad Internacional en un sentido moderno no era precisamente hegemónica.



CUADRO 2. ESQUEMA DE REGIMEN DE POLITICA AMBIENTAL (tomado de ALTVATER, E. 1998)

Los ejemplos más clásicos de este proceso son los convenios de protección de la capa de ozono, la regulación del tráfico internacional de residuos peligrosos, la preservación de la diversidad biológica y, precisamente, la prevención del cambio climático. Se va conformando un esquema como el del cuadro nº 2, en el que la posibilidad de fijación de estándares de validez mundial (estándares que reducen el campo político a argumentaciones técnicas y criterios de base científico, lo que re-posiciona a sectores de la ciencia moderna en nuevas relaciones con los poderes políticos) está en interacción con los procesos de orden nacional y con la experiencia particular de cada estado-nación, mediatizada/constituida por los procesos de expansión semiótica del capital y de mercantilización de la Naturaleza.

Suele darse el caso de que los países más poderosos del planeta, como EE.UU. y otras naciones industrializadas (Canadá, Japón, Australia) rechacen diversos aspectos de este régimen (como por ejemplo, la renuencia de EE.UU. a adherirse al Protocolo de Kyoto, o la de Noruega a acordar con las regulaciones internacionales que limitan la caza de ballenas, por poner sólo algunos ejemplos). Esto da lugar a complicadas negociaciones y a la constitución de arenas de política ambiental muy específicas, pero lo cierto es que éstos ámbitos de “diplomacia verde” se amplían y fortalecen a medida que se conoce más y más sobre cada problema ambiental de manera específica.

¿La construcción de este régimen, en un marco de retroceso de los estados nacionales y auge de bloques continentales (UE, Mercosur, Nafta, etc.), implica una actualización de las relaciones de dominación?. ¿Se constituyó durante los últimos 30 años un aparato de ejecución de políticas a escala planetaria que termina de asegurar el flujo de recursos que los sectores ricos del capitalismo actual necesitan?.

Entiendo que no existe todavía una única respuesta a estas preguntas, dado que no existe todavía un cuerpo etnográfico sistematizado al que se pueda interrogar teóricamente. Una visión maniquea y unilateral concluiría en una afirmación. Es cada vez más real el hecho de que la preservación de un bosque de especies amenazadas en el sur de Baviera o en el centro de Madagascar, el control de la proliferación de basura en la Antártida, la

reversión del deterioro de la Gran Barrera de coral en Australia, la neutralización de los residuos peligrosos generados por el armamento obsoleto del ex Ejército Rojo, la detención de la desertificación en la Patagonia, y, para el caso de esta tesis, la ejecución de las obras de saneamiento en la Cuenca del Matanza- Reconquista, y cientos de remediaciones a problemáticas por el estilo, *dependen más de la ejecución de acuerdos internacionales que de la acción política de los poderes locales y de las comunidades directamente afectadas.*

Però, en la dinámica de este régimen de política medioambiental a escala internacional aparecen articuladas variables tan complejas como:

- la circulación de capitales a escala internacional, cuyos capitales “golondrinas” empiezan a considerar lo ambiental a partir de la rentabilidad económica que potencialmente pueden generar las tecnologías que se desarrollan para remediación ambiental,
- el atractivo del nuevo mercado de la financiación de proyectos de “conservación de la biodiversidad”, que revitalizaría una burbuja financiera con problemas de colocación de excedentes
- los cambios en las relaciones de propiedad de las cadenas de medios de comunicación de alcance planetario, muchas de las cuales han incorporado los tópicos ambientalistas para mercantilizar diversos significados ²⁴,
- la posibilidad histórica de que narrativas de origen local y regional se transformen en metanarrativas que dan sentido a sectores del ambientalismo internacional.

Con respecto a este último punto, habida cuenta de la importancia que este movimiento social a escala planetaria ha alcanzado en la última mitad del siglo XX, es necesario ampliar algunos elementos.

²⁴. ¿Quién, que no posea canal por cable en Latinoamérica, no ha visto las “Eco/lógicas” de la CNN en español, breves y efímeras, invariablemente finalizadas con una frase atribuida al mítico Gran Jefe Sioux Seattle: “El planeta no nos pertenece. Nosotros sólo somos parte de él”?

1.3. Combatiendo al Capital (dificultosamente)

Si la hipótesis de J. O'Connor (1991,1993) acerca de la Segunda Contradicción en el seno del capitalismo, entre Capital y Naturaleza fuera acertada, debemos echar una mirada a quienes encarnan el antagonismo al Capital en este momento histórico. El Ambientalismo, como movimiento planetario; posee una diversidad impresionante, especialmente en sus modalidades de acción. A pesar de todas sus contradicciones y variantes conflictivas o no, en el megascenario de la Conferencia de Río '92 se reveló como una de las pocas fuerzas capaces de limitar algunas políticas de apropiación de la Naturaleza y arrancar concesiones a los núcleos más duros de los gobiernos industrializados (los que, a su vez, sabotean sistemáticamente los acuerdos que firman) . Los mayoría de los ambientalistas europeos forman parte muy activa de las alianzas que se han movilizadо en repudio de las políticas de ajuste estructural que impulsan la OMC, el FMI, el World Bank y otros organismos equivalentes. Han estado presentes en la movilizaciones de Seattle y de Davos, de marcado signo de resistencia internacionalista, y han sido fundadores de los grupos llamados "globalifóbicos", eufemismo que realmente no les hace ninguna justicia. Pero también hay sectores que poseen intereses articulados a los de determinadas multinacionales, y que encubren futuros negocios bajo estrategias de conservación de la biodiversidad.

En todos estos tipos de comportamientos existen formas de acción que parecen remitir a fines subjetivos. Para estudiarlas, la sociología clásica de impronta comprensivista propone la construcción de tipos ideales racionales, como un artificio metodológico capaz de ordenar una formulación de características que después puedan llevarse al análisis de la realidad. El tipo ideal es una construcción formulada por el investigador, y a partir de las "desviaciones" que muestra la realidad, puede obtenerse cierto conocimiento de la sociedad.

La utilidad de esta propuesta metodológica aparece demostrada cuando se trata de describir ordenadamente un gran pluralidad de formas de acción social. En el terreno de

la Ecología Política, hay numerosos autores que utilizan los tipos ideales para dar cuenta de la complejidad del ambientalismo, especialmente del europeo y norteamericano. Por ejemplo, Allan Schnaiberg ²⁵(en una de las primeras tipologías elaboradas ya a principios de los años '70) construye cuatro categorías para agrupar los enfoques de grupos ambientalistas, empresarios, educadores, etc. (o sea, a los actores del campo de la problemática ambiental, aunque no lo haya formulado en esos términos), a la que le agregamos algunos ejemplos de diferentes órdenes políticos para hacerla más concreta y graficarla mejor:

- **los enfoques cosméticos:** sólo interesa una naturaleza y una ciudad limpia, el sostenimiento de criterios estéticos y determinaciones exclusivamente perceptivas del estado natural/cultural sin atender a las relaciones sociales y encubriendo diferentes responsabilidades con mensajes que vehiculizan sentidos que tienden hacia la armonía y la estabilidad (un ejemplo serían los que el 5 de junio, día del medioambiente, salen por la ciudad a recoger los envases descartables y los papeles desparramados por los parques, o las iniciativas australianas de limpiar la Tierra, capaces de movilizar más de 300.000 personas con el único objetivo de recoger desperdicios de las playas, o los intendentes que plantan el árbol la tercer semana de agosto, etc.). Los axiomas preferidos: "El planeta es de todos, todos somos responsables", "Cuidemos la ecología", etc., tal cual se ven hasta en los paredones de ciudades como La Plata, cabecera administrativa de una de las regiones más contaminadas del planeta. Y hasta algunos se animan a afirmar que "la economía de mercado es una garantía para la conservación del ambiente" (v. discurso de Ronald Reagan, en "La Jornada", jueves 19 de abril de 1990). En general, caen también dentro de este esquema las posiciones preservacionistas a ultranza, exceptuando los ecofascismos que proponen la preservación de la Naturaleza sin la especie humana.
- **los enfoques optimizadores:** un poco más críticos acerca de los procedimientos de manejo del ambiente, proponen formas de tratamiento de la Naturaleza más eficaces, lo

²⁵ Schnaiberg, Allan. "Politics, Participation and Pollution: The Environmental Movement". Massachusetts, Cambridge Press, 1973.

que obliga a más conocimiento técnico sobre las cuestiones ambientales, (ej. los que ya se preocupan por el reciclado y por la preservación de la arquitectura del espacio verde, criticando algunos hábitos de consumo pero no a los patrocinantes de esos hábitos, con los que frecuentemente comparten intereses). Son característicos de estas posiciones las modalidades de gestión empresarial proclives al marketing “verde” o “ecológico”, que en Argentina están representados por el grupo que administra la revista “Ecología y negocios”, el sitio www.Ecopuerto.com y la reciente publicación “Ecogestión”, sectores ligados a la Fundación Mediterránea. También la preocupación por el análisis de políticas de Estado evidenciada por la FARN (Fundación Argentina de Recursos Naturales, asociada a ambientalistas cercanos al alfonsinismo más activo de los años ‘80) encaja en este tipo de enfoque, que se renueva periódicamente con los talleres que organiza la institución a lo largo y a lo ancho del país. Obviamente, son los que asumen un protagonismo bastante eficaz en el proceso de expansión semiótica del capital.

- **los reformistas:** se basan en un planteo tecnológico más profundo de las problemáticas ambientales. Predominan los análisis de costo/beneficio, y son los que proponen las modalidades de adecuación de la “necesidades sociales” a la estructura económica. Aquí ya aparece un mayor conocimiento del ambiente biológico y de las técnicas económicas, junto con la percepción de la necesidad de algunos cambios sociales. Suelen abordarse las problemáticas de producción y las del consumo, pero frecuentemente se las ve como esferas separadas. Los enfoques de la Economía Ambiental (Pearce y Kerry Turner, 1995) ejemplifican esta posición. En Argentina, sólo algunos economistas considerados “de izquierda” aunque no lo sean por afiliación formal, como Héctor Sejénovich, o el prolífico Antonio Brailovsky (hoy militante orgánico de Nueva Dirigencia, la agrupación liderada por Gustavo Béliz, y actualmente legislador en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires) podrían ubicarse en esta posición. Los trabajos de la Fundación Carlos Auyero se acercan más a esta posición que a las dos anteriores en materia ambiental, pero es dudosa su compatibilidad en otros temas alejados de lo específicamente ambiental (lo que estaría fuera de los objetivos de este análisis)
- **los enfoques radicales:** son los que proponen una reestructuración total del sistema y

del modo de producción capitalista, criticando fuertemente a la sociedad industrial. De ahí provienen los análisis más abarcadores, aunque con diferentes matices ideológicos en cuanto a las modalidades de acción. Los discursos de las líneas fundamentalistas de los “verdes” alemanes son lo más difundido mundialmente en cuanto a este posicionamiento, y no me ha sido posible conocer en Argentina a alguna agrupación o mucho menos partido político que sostenga estas visiones. En materia económica, recientes desarrollos teóricos de la Economía Ecológica (v. Martínez Alier, 1995) aparecen como la referencia más adecuada.

Presento aquí esta tipología como un ejemplo de utilización de la metodología de los tipos lógicos, por ser la más “antigua” que he hallado, pero hay muchas otras, dado que la riqueza de la praxis ambientalista lo convierte en un “objeto” sumamente atractivo a los ojos de cualquier científico social. Obviamente, existen agrupaciones ambientalistas que comparten características de uno y otro grupo, pero esto entraría en las “desviaciones” que impiden considerarlos como categorías que se corresponden automáticamente con el comportamiento colectivo.

Por lo anterior, puede discutirse si la idea de tipos lógicos se aplica satisfactoriamente al Ambientalismo y a movimientos de estas características, por cuanto los enfoques de la sociología clásica (especialmente “*Economía y Sociedad*”, de Max Weber) se refieren a modelos ideales de formas sociales, que luego se comparan con relaciones dinámicas y muy, muy complejas.

Desde una perspectiva ideológica diferente a la de Schnaiberg y concentrándose en el movimiento ambientalista a escala mundial como una modalidad de construcción identitaria atravesada por diversos procesos de cambio histórico, el análisis más reciente de Manuel Castells ²⁶(1998:137) intenta identificar una serie de elementos que pueden encontrarse en las formulaciones de actores relevantes de este movimiento. En su análisis, destaca que es justamente la pluralidad y diversidad de acciones y de propuestas creativas

²⁶. Castells, Manuel. “La Era de la Información. Economía, Sociedad y Cultura. Vol. 2: El poder de la identidad”. Madrid, Alianza Editorial, 1998.

las que hacen del ambientalismo un movimiento social, según la concepción popularizada por él mismo y por Alain Touraine en textos clásicos de los '80²⁷. Lo que hay para destacar de su análisis es que percibe correctamente que la mayor parte del éxito del movimiento ecologista obedece al hecho de que ha sido capaz de adaptarse a las condiciones de comunicación y movilización en el nuevo paradigma informacional. Han aprendido a utilizar los medios y a transmitir por ellos actos espectaculares que inducen a la movilización. El autosacrificio, como por ej. soportar la detención y la cárcel, arriesgar la vida en el océano, encadenarse a los árboles que van a ser talados o a las vías férreas por donde pasará un carguero con residuos nucleares, utilizar sus cuerpos para bloquear una construcción indeseable o un vertido de desechos tóxicos, etc. introduce una actitud de testimonio que resalta en una era de cinismo generalizado.

Cuadro 3. Diversidad del movimiento ambientalista (Castells, M., 1998)

Tipo	Identidad	Adversario	Objetivo
Conservación de la naturaleza (Grupo de los Diez, EE.UU.)	Amantes de la naturaleza	la Desarrollo incontrolado	Naturaleza original
Defensa del espacio propio ("En mi patio trasero, no")	Comunidad local	Contaminadores	Calidad de vida/salud
Contracultura, ecología profunda (Earth First!, ecofeminismo)	El yo verde	Industrialismo, tecnocracia, patriarcado	Ecotopía
Salvar al planeta (Greenpeace)	Ecoguerreros internacionalistas	Desarrollo incontrolado	global Sostenibilidad
Política verde (Die Grünen)	Ciudadanos concienciados	Establishment político	Contrapoder

Los grupos ecologistas han estado también a la vanguardia en el uso de tecnologías como Internet, y la construcción de informes ambientales en video, que muestran directamente los impactos de la destrucción planetaria. Han contribuido fuertemente a instalar acciones articuladas que enlazan lo global y lo local, de suerte que son casi el único

²⁷ . Castells, Manuel. Nuevos movimientos sociales urbanos. Barcelona, Siglo XXI eds. y Touraine, Alain. El regreso del actor. Buenos Aires, Siglo XXI, 1983.

movimiento para el que estas dimensiones no resultan contradictorias. A través de Internet se ha coordinado toda la acción ecologista de los años '90, y a partir de allí se difundió el concepto de "Justicia Ambiental", que apunta a afirmar el valor de uso de la vida contra los intereses de los grandes poderes, contra el abuso de la riqueza y de quienes detentan el dominio de las tecnologías en gran escala.

Durante el proceso organizativo de la ya mencionada Cumbre de la Tierra, conocida también como Río '92, se creó NGONET, a los efectos de promover el intercambio de información entre ONGs de todo al planeta. A la problemática ambiental se articuló también un especial interés por las organizaciones de pueblos indígenas, organizaciones de mujeres y diversos grupos de base. El principal objetivo de NGONET (ver cuadro 4) era el de aumentar la participación de todo tipo de ONGs en cuestiones de medioambiente, buscando vías para que los protagonistas reales de los problemas ambientales pudieran incidir en las negociaciones y los lobbys de nivel internacional. La red se organizó inicialmente por nodos regionales (Montevideo, Nairobi y Penang) y recibió un impulso fundamental cuando se articuló a la Asociación para el Progreso de las Comunicaciones, que es la red de computadoras más extensa del planeta destinada especialmente a servir a organizaciones no gubernamentales y a ciudadanos activistas independientes de gobiernos. Actualmente, el servicio de NGONET a través de APC vincula a decenas de miles de ONGs, activistas, movimientos de base, servicios técnicos, grupos oficiales y no oficiales pertenecientes a universidades y centros de investigación, institutos y fundaciones vinculados a partidos políticos, etc.. En suma, una dinámica de génesis institucional realmente impresionante e inabarcable. En atención a esta diversidad²⁸, es necesario decir

²⁸. Comentando al pasar una de las insuficiencias de los núcleos clásicos de la sociología, en este punto se evidencia que la noción weberiana que asocia la política sólo con la esfera de lo partidario no puede aplicarse para entender este dinamismo. No encontraríamos un lugar en el esquema clásico weberiano para estos movimientos sociales, para entender estas prácticas de resistencia sólo a determinados poderes. También la racionalidad de la micropolítica que despliegan estos grupos presenta rupturas con la idea de cálculo capitalista, en principio en términos metodológicos, ya que sería imposible a priori establecer parámetros y medir algunos aspectos centrales de las estrategias ambientalistas, por la misma aparente "irracionalidad" de sus estrategias. Con estos métodos, ¿cómo saber, por ejemplo, hasta qué punto estas redes influyen en las decisiones de la "diplomacia verde" de los países desarrollados?. De todos modos, el dinamismo del movimiento ambientalista no puede circunscribirse al sostenimiento de unas pocas posiciones. Por eso algunas elementales recomendaciones metodológicas de origen weberiano son útiles sólo a fines de

que la construcción de la tipología elaborada por Castells está basada especialmente en el ambientalismo norteamericano y en el alemán, que son sobre los que existe la información más sistematizada. Para subsanar esta carencia, completo su enfoque con otra perspectiva que recoge una mayor diversidad aún.

A efectos analíticos de las teorías que sustentan ideológicamente el ecologismo mundial, Martínez Alier (op.cit: 11) confecciona otra tipología, más simple y que además tiene la virtud de incluir una mirada sobre los movimientos ambientalistas de los países pobres. Este reconocimiento no es una concesión elegante ni cosmética: parte de asumir que gran cantidad de comunidades locales defendieron de diversas maneras la preservación de su entorno y sus fuentes de recursos ante la expoliación colonial occidental.

Tabla nro. 2. Teorías del ecologismo. (Martínez Alier, J. 1995)

Teorías del ecologismo	Materialistas	No-materialistas
Ecologismo en los países ricos	Reacción contra la contaminación y agotamiento de los recursos naturales causados por la abundancia (movimiento de Justicia Ambiental en EE.UU., movimiento antinuclear)	Cambio cultural hacia valores post-materialistas debido a la utilidad marginal decreciente de los abundantes bienes materiales fáciles de obtener sin costos ambientales (Inglehart).
Ecologismo en los países pobres	Defensa del acceso comunitario a los recursos naturales, contra la amenaza del mercado o del Estado. Reacción contra la degradación ambiental causada por la pobreza, el exceso de población y el intercambio desigual. Ej. el ecofeminismo social (Bina Agarwal)	Religiones biocéntricas (opuestas a las religiones antropocéntricas occidentales) (Lynn White) Ecofeminismo esencialista (Vandana Shiva en Abrazar la vida).

Esta innovación de Martínez Alier con respecto a las demás clasificaciones tiene una virtud: la de reconocer "igualdad de status ambientalista" al ecologismo del Sur (o de los países pobres), que en este enfoque posee anterioridad temporal al europeo, aunque no tuviera capacidad de conectarse planetariamente. Numerosos pueblos de todo el planeta han

descripción o de clasificación muy primaria e ilustrativa, y ése es justamente el sentido de incluirlas aquí.

encabezado luchas contra las naciones europeas coloniales, reclamando una autonomía protectora sobre los recursos naturales expoliados por éstas. Muchas luchas de “liberación” no sólo se hacen sólo por la búsqueda de libertad política, sino también para poder acceder a los recursos naturales en el propio territorio de las comunidades y pueblos expoliados por los métodos de explotación a escala planetaria desplegados desde hace quinientos años.

Y por esto es que, también, la clasificación del autor catalán es importante en términos discursivos: en la estructuración de formaciones discursivas, el “ambientalismo del Sur” tiene un lenguaje y una historia distintiva en relación al ambientalismo del Norte. Y estas distinciones se hacen patentes en las referencias eco-feministas y en la vehiculización de significados de base religiosa, ausentes en el materialismo juricista y en el post-materialismo racionalista de los países ricos. Esta distintividad puede empezar a realizarse y a combinarse de manera impredecible, sobre todo atendiendo a que los sujetos no siempre están totalmente identificados con una formación discursiva, y se distancian o se identifican (lingüísticamente) según usos estratégicos y también, porqué no, muchas veces casuales o aleatorios.

Es que el mismo ambientalismo del Sur ha podido utilizar los avances en las comunicaciones informáticas, el “achicamiento del planeta”, justamente para hacer conocer a escala planetaria la importancia de sus reivindicaciones, y de la misma manera, en no pocos casos se realiza una utilización instrumental de los recursos y las estrategias comunicacionales de los ambientalistas del Norte. Lo más conocido en Occidente es la lucha que comenzó en los años ‘80 por difundir a nivel mundial los niveles de destrucción ambiental en Amazonía, en la cual fueron utilizados como “brokers” ante organismos internacionales, antropólogos y abogados ambientalistas de nacionalidad estadounidense (MORO, J., 1993). Ya la utilización de amplias redes de relaciones y de cuasi-grupos era un mecanismo standarizado, que sólo vino a acelerarse y simplificarse con la articulación de NGONET, esquematizada en el cuadro 4.

Esto es bastante más que un fenómeno cuantitativo o el resultado de un cambio tecnológico, sólo posible en la “era del ciberespacio”. Es más interesante analizar la

visibilización de las luchas de los pueblos del Sur en procesos conflictivos amplios, que incluyen también otras resignificaciones conceptuales de nociones modernas como “autonomía” o “soberanía”. Inclusive, muchos de estos procesos tienen componentes asentados sobre visiones nativas o “emic” de la naturaleza, los que también han alimentado parte de la narrativa contemporánea que construye visiones de los pueblos no occidentales como más “armónicos” en su relación con el entorno. Estas visiones articulan representaciones sumamente simplificadas de la relación Cultura/Naturaleza en los pueblos pre-industriales, pero su facilidad de circulación ha permitido su difusión.

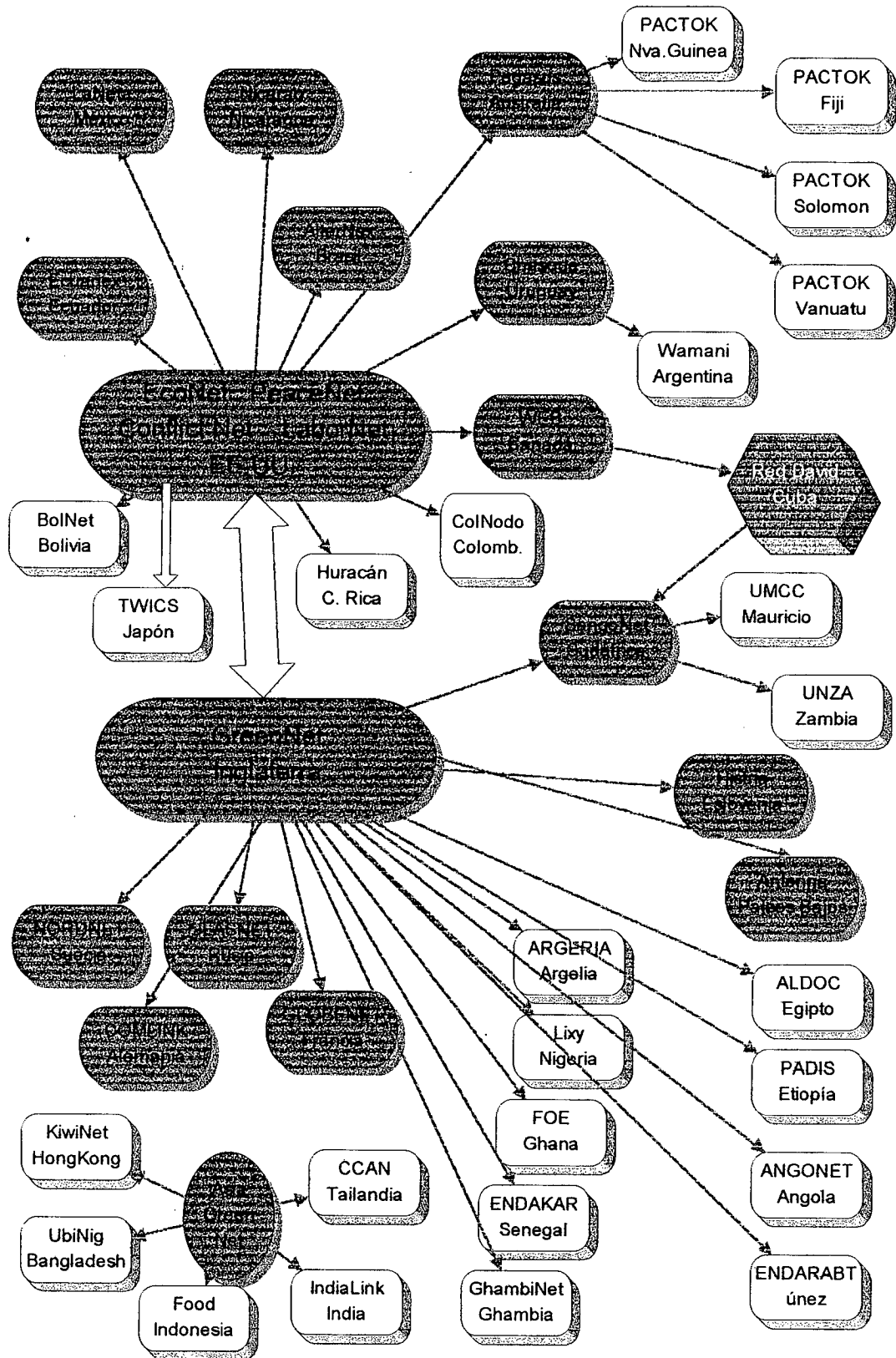
Las redes pueden ser vistas como el espacio de nuevos actores políticos, y también como una nueva fuente de prácticas culturales y posibilidades prometedoras. Y permiten también mayor amplitud en las prácticas de académicos e intelectuales que luchan por una nueva política del conocimiento experto en conjunción con los proyectos políticos de los grupos subalternos. Los activistas ambientales se benefician con el acceso a recursos del expertise, y también con la veloz difusión de sus problemáticas y necesidades inmediatas. De hecho, la mecánica de trabajo de estas redes ha creado un doble tipo de activismo ambientalista: por un lado, las prácticas insertas totalmente en la cyberpolítica, conjunto de prácticas de activismo que se realizan en la World Wide Web mediante accesos electrónicos a Internet, y por otro lado, el activismo político en la misma locación física donde se dan los problemas ambientales, o sea, en las comunidades a las que pertenecen los activistas. Muchas prácticas de “defensa del lugar” y difusión del conocimiento local se lanzan simultáneamente y se enlazan de manera instantánea con las luchas de otros movimientos sociales y de colectivos con historias concretas e identidades más o menos definidas.

Si bien es una incógnita la cuestión acerca de si los activistas ambientales son conscientes de los mundos dominantes que están siendo creados por las mismas tecnologías que ellos utilizan con intenciones liberadoras (incluyendo las maneras que operan los poderes militares y financieros en el mundo de los flujos transnacionales), y si tienen en cuenta la re-estructuración del mundo a la que aspiran lograr los diferentes proyectos políticos que luchan en esta etapa del capitalismo transnacional, por lo menos es verificable

una apropiación local de recursos tecnológicos, y esto es un indicio para plantear la hipótesis acerca de la aparición de nuevas formas de saber, hacer y también ser.

Es posible ver que las tentativas para definir el ambientalismo comienzan a complicarse, porque caen bajo su “paraguas protector” cualquier conjunto de ideas, acciones colectivas o activismos individuales, e inclusive planes puntuales, que unen en similares (pero no idénticos) discursos fundantes elementos referentes al desarrollo humano y a las problemáticas generadas por la ocupación humana en el planeta. Sin embargo, esta amplitud, al mismo tiempo que dificulta las definiciones permite hacer ver que, en tanto fenómeno social dado, la diversidad del ambientalismo lo ubica como un movimiento histórico generador de nuevas creencias y representaciones sociales, las que a su vez generan nuevas prácticas colectivas en busca del avance hacia modelos de sociedad distintos de la modernidad capitalista. Si bien los modelos de sociedad oscilan entre el conservacionismo romántico y bucólico de la “vuelta a la Naturaleza prístina”, entre una reforma de la actual dinámica social mediante la regulación de la actividad económica y entre la propuesta de transformación radical del modelo de explotación de la Naturaleza, permanece un trasfondo de un ideal de perfección que pretende orientar y normatizar las acciones humanas. Ya sea suprimiendo lo racional y reduciéndolas a sus aspectos más instintivos, como en las propuestas de la Ecología Profunda, u orientando multiplicidad de acciones políticas en diversos intentos de construcción de una “racionalidad ambiental” superadora del economicismo, ya sea centrando el discurso en un catastrofismo de base científicista o en una adecuación del capitalismo verde, siempre hay un conjunto de ideas que remiten el sentido a ideales civilizatorios, generadores de solidaridad social (en un sentido durkheimiano). Y esto ha hecho suponer a algunos (BARBOSA DE LIMA, R., 1998:75) , el ambientalismo puede considerarse, también a la manera dukheimiana, como un “hecho moral”, lo que sería una de las razones que permitiría explicar su dinámica de rápida expansión y alcance comunicativo planetario, como lo muestra el despliegue de la red de comunicación informática mundial NGONET, que interconecta en tiempo real a una enorme pluralidad de ONGAS, esquematizada en el cuadro nº 4.

Cuadro 4: REDES AFILIADAS A NGONET (Adaptación de la Guía del Mundo 1996-97)



Es innecesario remarcar que un mensaje puesto en cualquier punto de esta red de relaciones hoy llega a los otros nodos inmediatamente, en tiempo real, pudiendo desatar prácticas políticas y procesos diferentes de construcción de la subjetividad ²⁹. De ahí que vuelva a insistir en la complejidad y diversidad del ambientalismo, que también es contemplada por otros análisis, como el de Riechmann y Fernández Buey ³⁰, o una de las escasas clasificaciones latinoamericanas de valor descriptivo, que representa elementos más familiares a nuestra experiencia:

“...el campo denotado por la expresión ecologismo es vasto y complejo. Comprende: 1) Asociaciones autodenominadas ambientalistas, el movimiento ecologista en “strictu sensu” ; 2) sectores ecologistas de la comunidad científica, presentes hoy en las universidades e institutos de investigación; 3) individuos-colectivos, formadores de opinión, que tienen una orientación ecologizante; 4) Partidos Verdes; 5) pequeños y medianos empresarios que incorporaron la dimensión ecológica en su racionalidad microeconómica; 6) grupos y redes orientados al desarrollo del potencial humano; 7) la comunidad de los técnicos de las agencias estatales del medio ambiente; 8) movimientos sociales que no se identifican como movimientos ecológicos, pero tienen orientaciones valorativas y prácticas concretas ecologizadas; 9) sectores minoritarios ecologizados, pertenecientes a macroestructuras: agencias estatales, corporaciones multinacionales, partidos políticos, asociaciones profesionales (sindicatos y otros), asociaciones empresariales y organizaciones religiosas; 10) campesinos cuyo modo de producción toma en consideración la dimensión ecológica, ya

²⁹. Cuando todavía Bill Clinton presidía los EE.UU., a mediados de 1998, el antediluviano fiscal Starr colocó en Internet los detalles de los encuentros sexuales de aquel con una becaria en el Salón Oval de la Casa Blanca. El sitio fue consultado a razón de más de ¡¡300.000 cibernautas por minuto!!!. Es muy difícil evaluar el impacto real de estas prácticas para la construcción de subjetividades, ante la falta de “estudios de recepción”, por utilizar el lenguaje de los comunicólogos sociales.

³⁰. Riechmann, Jorge y Fernández Buey, Francisco. “Redes que dan libertad”. Barcelona, Paidós Estado y Sociedad, 1994.

sea por una lógica histórico-tradicional. o por un proceso de reciente aprendizaje.” (VIOLA, E. Y LEIS, H.; 1990: 14)³¹.

En referencia al ambientalismo latinoamericano, Carlos Reboratti, en un texto de publicación reciente (REBORATTI, C. 2000: 187 y ss.) y en el que también ensaya su propia clasificación del movimiento ambientalista, y rescata una elaborada por Bryant y Bailey (BRYANT, R. Y BAILEY, S., 1997) en la que se agrupa en tres categorías a las experiencias de nuestro continente: *los movimientos de base, los técnicos de apoyo profesional y los de escala nacional e internacional*. Si bien la síntesis que realiza es muy atinada y totalmente recomendable para iniciados, me interesa rescatar un párrafo que da una muy buena descripción del dinamismo social que se ha dado entre estos actores en las últimas décadas:

“Si bien la actividad de estas ONGs. Internacionales (muchas veces trabajando en común con otras de escala nacional), ha sido muchas veces beneficiosa...en otras ocasiones sus políticas han entrado en colisión con los intereses de base. Entre los ejemplos podemos encontrar el dudoso papel que las ONGs. Internacionales han tenido en el tema de los llamados “canjes de deuda por naturaleza” que habían comenzado a tener importancia a fines de los '80 (un ejemplo es la intervención de Conservation International en un canje de este tipo llevado a cabo en Bolivia en 1987). En esos casos, una ONG internacional actuaba como mediadora entre las ONG locales y los bancos internacionales, a los cuales compraba bonos de la gigantesca deuda externa latinoamericana, a cambio de lo cual exigía que los países definieran reservas naturales en lugares específicos. Pero muchas veces esos lugares eran el hábitat de grupos locales que no necesariamente estaban dispuestos a que se limitara su acceso a la tierra y a los recursos naturales. Los canjes de deuda resultaron ser muy complejos en

³¹Viola, Eduardo y Leis, Héctor, 1990. "Desorden global de la biósfera y nuevo orden internacional: el papel organizador del ecologismo". En: Medio Ambiente y urbanización, Instituto Internacional de Medio Ambiente y Desarrollo - IIED América Latina, año 8 número especial. Buenos Aires.

su definición práctica, contribuían en forma insignificante a reducir la deuda externa, comprometían muchos recursos financieros y humanos, y además eran muy criticados por grupos nacionalistas, que los veían como una cesión de la soberanía territorial de los Estados. La conjunción de todos estos factores hizo que prácticamente desaparecieran para mediados de los '90". (REBORATTI, C. op.cit.: 189).

Pero también se han planteado otras clasificaciones posibles, en virtud de aspectos más abarcadores y relacionados con una temática que será abordada en el punto siguiente, y que también es un componente imprescindible para entender las claves de una visión política acerca de la "problemática ambiental contemporánea". En virtud del predominio de visiones ideológicas de marcado signo tecnocrático que fundamentan diversas líneas de desarrollo de las políticas ambientales provinciales, es necesario ilustrar elementos de una tipología que más tarde (en el capítulo 3) nos permita entender algunos aspectos de la articulación de las ONGs. bonaerenses.

Cuadro 5. Posiciones de grupos ambientalistas según relación con la Naturaleza.
(Elaboración propia, sobre la base de PEARCE, D. Y KERRY TURNER, R.op.cit.).

Tecnocéntrica		Ecocéntrica	
Consumistas	Acomodativa	Comunalista	Ecología Profunda
Explotación constante de recursos para el crecimiento económico, y ética del crecimiento económico en términos de valor material.	Posición conservadora y Gestión "racional" de los recursos.	Preservación de los recursos, poder de decisión comunitario.	Preservación extrema, con preferencia hacia la Naturaleza sin intervención humana.
La escasez material, eliminada por mecanismos centralizados (la planificación) o neoliberales (el mercado "libre") y por la innovación tecnológica.	Crecimiento sustentable.	Límites a la explotación del planeta, diseño de limitaciones macroambientales y consensos mundiales, y cambios a pequeña escala.	Sistema económico de subsistencia y mínima presión ambiental (basado en agricultura orgánica y desindustrialización).
Valor instrumental de la Naturaleza.	Confianza en la sustitución tecnológica de recursos no renovables.	Economía descentralizada para la sustentabilidad	Aceptación de la bioética (pensamiento que confiere derechos morales e intereses a especies no humanas).
	Control o eliminación de tecnologías peligrosas o inciertas.	Valor instrumental e intrínseco de la naturaleza.	Valor intrínseco de la Naturaleza.
	Valor instrumental de la Naturaleza		

Así es que, en función de sus definiciones en relación al uso de los recursos (más que a los efectos contaminantes de las acciones humanas) y al papel de la especie humana en la relación Cultura/Naturaleza, puede hacerse otro esquema, diferente y con posibilidad de ampliar algunos puntos de manera descriptiva, que nos permita luego entender las posiciones concretas, sostenidas en interacciones con otros actores y en el marco de desarrollo de la actividad política en una sociedad compleja. Elaborado con fines operativos y sin pretensiones totalizantes, parte del postulado (que en el capítulo segundo analizaré teóricamente), de rechazar la siguiente afirmación: *que la degradación del medio ambiente es producto del desarrollo tecnológico y de reduccionismos instrumentales*. Por eso los polos de esta clasificación parten de relaciones políticas con la técnica y la Naturaleza, aspectos que, como veremos en otro punto de este mismo capítulo, están en el “núcleo duro” de la problemática ambiental contemporánea.

De manera tal que un cuadro de posicionamientos referidos a un marco subyacente que se estructura con dos polos: uno más reduccionista hacia la articulación tecnológica de la especie humana con la Naturaleza y otro extremo que sostiene las articulaciones naturales de la especie con su entorno natural y con otras formas de vida, toma la forma que se resume en el cuadro n° 6 (v. página anterior).

Dentro de esta tipología caben tanto los grupos más fascistas del planeta como los que se animan a pensar nuevas utopías de signos armoniosamente equilibrados con el mundo natural. Como, por ejemplo, algunas concepciones derivadas de la Deep Ecology que consideran que lo humano debe disolverse, mimetizándose con lo animal-natural en un regreso a la Naturaleza primitiva, o descentramientos que consideran como superior a cualquier especie antes que a los seres humanos, dados que estos son malditos predadores y los otros animales no. Pueden incluirse algunas propuestas reduccionistas de base científica que llegan a sostener la conveniencia de catástrofes locales “tipo Chernobyl” para evitar la catástrofe planetaria, o la limitación de la ayuda internacional a los países pobres reduciéndola solo a aquellos que todavía tienen posibilidades de lograr un equilibrio poblacional, generalmente resumidas en la denominada “ética del bote salvavidas” (un

ejemplo perverso de neo-malthusianismo extremo)³².

Aquí aparece lo más interesante y lo que se debe trascender de la construcción de tipos ideales: los actores siempre son mucho más complejos que el tipo ideal, sus acciones frecuentemente implican la manipulación de sus rasgos identitarios y de sus recursos, y una misma categoría tipológica contiene en la práctica muchos elementos de otras, de manera tal que la explicación de estas *desviaciones* constituye el verdadero trabajo sociológico/antropológico. Discutiré esto más profundamente cuando, en el capítulo 2, se verá la importancia de trabajar aspectos de una Ecología Política anti-esencialista.

Sin intentar un re-ordenamiento descriptivo de esta diversidad, me interesa más reparar en sus aspectos genéticos. Un buen punto de partida teórico-metodológico es observar algunos efectos discursivos. Encuentro, entonces, que la ampliación de los límites de las narrativas sobre "lo ambiental" evidencia un proceso ideológico y político que moviliza a los actores sociales para la transformación de sus relaciones de producción y que, además, parece tener un potencial de promoción de nuevas vías para el desarrollo de las fuerzas productivas o, en los países donde la explotación de los recursos (casi todo el Tercer Mundo) es crítica para las comunidades locales (ALLEY, K.D., 1994, GEZON, L.1997, BEHNKE JR. R.H., op.cit., VESSURI, H., 1994; TYLER MILLER, G., 1994). Hasta incluso ha podido aportar, dificultosamente, elementos para fortalecer las condiciones de negociación frente a intereses transnacionales. El caso mexicano, con la articulación de frentes de ambientalistas urbanos y rurales (v. LEFF, E., 1997), se nutre con las particularidades culturales de más de cuarenta grupos étnicos que articulan demandas de

³². "Metafóricamente, cada nación rica se encuentra en un bote salvavidas lleno de gente comparativamente rica. Los pobres del mundo están en otros, mucho más limitados. Continuamente, los pobres caen al agua fuera de sus propios botes, esperando ser admitidos en los botes de los ricos para beneficiarse de los bienes de a bordo. ¿Qué deberían hacer los pasajeros de un bote rico ante esto?". La cita pertenece al famosísimo biólogo norteamericano Garret Hardin, apareció en el artículo "Living in a life boat", del nro. 24 de la revista Bioscience, pp.561-568, 1974. Cit. en Toledo, Víctor. "Ecología, ecologismos y ecología política". Goin, Francisco y Goñi, Ricardo (comp.). "Elementos de Política Ambiental". Buenos Aires, Honorable Cámara de Diputados de la Pcia. de Buenos Aires, 1993. Es el pensador más citado de una corriente denominada "neo-malthusianismo", que desprende de los famosos trabajos de Malthus la explicación de que es el crecimiento poblacional de los pueblos del Tercer Mundo la verdadera amenaza para el futuro de la humanidad. Todos sus análisis y sus propuestas de solución se desprenden de la idea del desequilibrio en la relación población-recursos.

todo tipo, claro que no sólo ambientales. Pero éstas forman parte importante de los núcleos discursivos que legitiman su actividad política.

El ambientalismo no es un fenómeno uniforme ni ideológica ni políticamente. Como ya vimos, fuera de Latinoamérica, hay otros países donde constituye un fuerte movimiento con características distintivas según diferencias socio-culturales básicas de cada país: en Estados Unidos el movimiento derivó en la formación de organismos sociales de protección a la naturaleza, grupos de automarginados impulsores de comunas (los "ecofreaks") y también en la búsqueda de nuevas tecnologías en armonía con el mundo natural generadoras de un nuevo mercado (BUZZWORM, J. 1990), mientras que en Europa la problemática ambiental generó un movimiento articulado en partidos políticos que captaron importantes porcentajes electorales y se convirtieron en parte del complicado ajedrez político de sociedades en crisis. En el continente europeo, y ya desde 1970 el tema ambiental formaba parte de todas las agendas políticas (RIECHMANN, J. Y FERNÁNDEZ BUEY, F., 1994). Además, la crisis de legitimación que desató fue abordada desde diversas perspectivas, generando discusiones aún hoy no cerradas (v. ABRAM, B. 1996; AINSTEIN, L., 1993; ALEXANDER, CH., 1990; ANDER-EGG, E., 1985; BAUDRILLARD, 1990, 1996; BECK, U., 1998; WYNNE, B., 1996; WUTHNOW, R. ET AL., 1988;

Un aspecto interesante de señalar (tal vez no suficientemente desarrollado por Riechmann y Fernández Buey, que se concentran más en enmarcar teóricamente la variedad de los movimientos sociales en Europa) es que, mientras en los EE.UU. y también en Inglaterra, los ideólogos del ambientalismo han sido fundamentalmente científicos de las "ciencias duras" (con la saludable excepción del filósofo anarquista Murray Bookchin), en Europa los líderes han sido filósofos como Iván Illich o Rudolf Bahro y sociólogos como André Gorz y Edgar Morin (con la saludable excepción de René Dumont, ingeniero agrónomo). Esto se vuelve significativo no tanto al analizar el "interior" del movimiento sino las respuestas de las estructuras políticas y económicas que le son antagónicas. En Europa, vastas operaciones de cooptación de líderes y sectores fueron llevadas a cabo aprovechando la variedad de posiciones políticas derivadas de las áreas de conflicto y de las visiones "utópicas" para solucionarlas (RIECHMANN Y FERNÁNDEZ BUEY, op.cit.

147, BENYON, H. ,1999) y del reclamo de integración a los sistemas parlamentarios europeos. En EE.UU., lo ambiental se lo confina a espacios políticos tecnocráticos y ejecutivos (la EPA, el Superfund para la contaminación del aire, etc.), ya que no se discute la viabilidad del capitalismo sino la resolución de los “problemas” que éste ocasiona. Es decir, se incorporan nociones “cosméticas” que tienen un doble sentido: al mismo tiempo que simplifican las problemáticas ambientales reduciéndolas a una lógica técnica, neutralizan las visiones opositoras incorporándolas a un programa de acción política con marcados elementos tecnocráticos.

Siguiendo esta dirección, en el punto siguiente abordaré otro de los elementos centrales para construir un acercamiento más profundo a la “cuestión ambiental”

1. 4. Los núcleos clásicos del concepto de racionalidad.

Para avanzar en una caracterización más profunda y menos descriptiva de los aspectos políticos que estructuran la “problemática ambiental contemporánea” me parece central abordar cuestiones relativas al concepto de racionalidad. Y esta centralidad deviene de que la emergencia de la crisis ambiental es frecuentemente presentada como un “déficit de racionalidad” desde sectores muy diferentes: desde los enfoques neo-malthusianistas, pasando por las soluciones directamente tecnológicas, hasta aquellos lineamientos más radicalizados y centrados en la necesidad de redistribución a escala mundial de la energía alimentaria. Y es necesario incluir a los enfoques científicos que parten de esa misma idea para avanzar en un proceso de reconstitución de saberes tendientes a la estructuración de nuevos paradigmas que permitan la superación de este déficit (FERNANDEZ, R. 1998: 22; GALAFASSI, G., 2000: 2 y ss.).

En el seno del pensamiento moderno hay tres grandes concepciones de “racionalidad”: las expuestas por Karl Marx, Max Weber y Michel Foucault. Todas ellas aportan elementos indispensables para comprender la dinámica política que emerge de la crisis ambiental. Así es que:

- Para Marx³³, la racionalidad resulta de una finalidad productiva históricamente variable, y que emana de la preeminencia (en cada etapa histórica) de un determinado modo de producción, que a su vez implica el desarrollo de un proceso de producción organizado según ciertas relaciones sociales de producción. El uso transformador de la Naturaleza, sin la cual no puede existir experiencia humana, genera un “ambiente artefacto”, una naturaleza construida socialmente, una “Segunda Naturaleza”. Artefactos para operar instrumentalmente, artefactos para percibir, artefactos para representarse mentalmente y de manera previa la transformación de lo material-concreto en una permanente dialéctica con la Naturaleza. Como proceso abstracto, el modo de producción se

³³ . Siendo consciente de que la complejidad y vastedad del pensamiento marxista requiere un trabajo paralelo equivalente al de esta tesis, sólo resumiré aquí algunos indicios necesarios para poder continuar mencionando algunos elementos en el desarrollo del segundo capítulo.

concretiza en diferentes “formaciones económico-sociales”, que implican la combinación de determinaciones geográficas, históricas y sociales particulares³⁴.

Derivada de tal dinámica, la idea marxista de racionalidad se centra en que *en cada formación histórica-social prevalece una concepción concreta de “racionalidad productiva”, necesaria para desarrollar estrategias de producción de bienes de uso y de cambio, y para estructurar formas de apropiación social de los mismos*. Y tal racionalidad está ligada a la confrontación de clases que se definen por su posición en los procesos productivos (especialmente en relación a la propiedad de los medios de producción).

El pensamiento marxista clásico afirma que la Historia es evolutiva, por lo que la Humanidad pasa a través de diferentes formaciones económicas-sociales, como expresión concreta de la superación de los diversos modos de producción, cada uno más “racional” que el anterior (esclavista, feudal, capitalista comercial, capitalista industrial, imperialista, socialista, comunista). Y se llegaría a la consumación de una máxima racionalidad productiva que incluiría un óptimo de formas colectivas de apropiación social de la producción.

Pero, como veremos en el capítulo siguiente, en lo que respecta a lo ambiental, Marx no podía ver los problemas ambientales emergentes (aún cuando ya se estuvieran produciendo y aún cuando hubo sociedades que se derrumbaron como producto de la desestructuración de sus soportes naturales) ni tampoco teorizar los términos posibles de una crisis de desarrollo productivo debido a la inadecuación de las formas de apropiación social en relación a las “existencias” del sistema-Naturaleza.

Sin embargo, de esta última imposibilidad teórica, surgieron líneas de reflexión e investigación que hoy nos posibilitan órdenes de comprensión totalmente diferentes de

³⁴ . v. especialmente el capítulo 5 de “El Capital”, principal obra de Karl Marx. También v. Marx K. y Engels, F. Textos. Vol II. Sao Paulo, Edicoes Sociais, 1976. También los trabajos de Elster (1989) y Zeleny (1985) aportan elementos interpretativos.

la problemática ambiental y por ende, de la política ambiental que quiero analizar aquí.

- Max Weber deriva su idea de racionalidad de la vinculación de la acción social con las conductas subjetivas. Es decir, serían los sujetos concretos quienes ajustan su conducta a una determinada concepción de “racionalidad”, específicamente a través de acciones que conllevan un sentido.

Dado que sus formulaciones han tenido impacto en la temática ambiental y han generado cierto impacto considerable (tanto en el plano teórico como en el metodológico) en relación a la cuestión de la “racionalidad”, creo necesario profundizar aquí este punto (a diferencia del enfoque anterior, que se aborda en profundidad en el capítulo siguiente).

Desde las primeras páginas de su obra más importante, *“Economía y Sociedad”* (en la reimpresión de 1984 del FCE, pp: 5 y ss, hasta la pp.18), Weber destaca que en las ciencias sociales las herramientas analíticas trabajan sobre la intervención de procesos mentales, cuya comprensión es muy diferente de la que ejercitan quienes trabajan en ciencias naturales. Uno de los primeros pasos para el análisis de los fenómenos sociales es el de hacer inteligible la base subjetiva sobre la que descansan. El sentido de la acción puede analizarse de dos maneras: o bien por referencia al significado concreto que la acción tiene para un agente individual dado, o bien por relación con un tipo ideal de significado subjetivo del hipotético agente. Hay variantes en el tema de la comprensión: la comprensión racional es más precisa cuando el agente se sirve de proposiciones lógicas (*“Comprendemos así de un modo unívoco lo que se da a entender cuando alguien, pensando o argumentando, hace uso de la proposición $2 \times 2 = 4$, o de los teoremas pitagóricos, o extrae una conclusión lógica - de acuerdo con nuestros hábitos mentales- de un modo correcto”*, pp: 6), pero es más complejo entender la acción de hombres que eligen racionalmente fines determinados y los emplean para alcanzar un fin práctico.

¿Hay un sentido de la acción en agotar un recurso natural?. En el seno de nuestra sociedad, si. Total y absolutamente. Por ejemplo, un economista especializado en recursos

naturales ³⁵ demostró que el uso más rentable que podía darse a la ballena azul del mar Antártico era el exterminio total de la especie y la colocación de los fondos obtenidos en el circuito financiero internacional. En el tema pesquero, hace tiempo que se comprobó que las altas tasas de descuento vigentes en el mercado financiero inducen al uso depredatorio de recursos para acortar sus plazos de explotación y de obtención de beneficios, lo que implica un criterio concreto de racionalidad. Dicho de otra manera, los *actores económicos saben lo que significa agotar un recurso, pero no les importa*³⁶.

En este nivel inicial (y a pesar que la visión weberiana nos lleva invariablemente a la microfundamentación), esta distinción nos hace reparar justamente en las lógicas sociales intrínsecas a determinados comportamientos observadas en un lapso de tiempo mayor que un período electoral o un balance contable. Por ej., el agotamiento de la diversidad biológica en los mares comenzó con el exterminio producto de la pesca comercial que se fue incrementando en escala durante 200 años. A principios de la década del '70, la relación input/output en la pesca de ciertas especies (principalmente las ballenas, el atún y el delfín) superó el punto de rendimientos decrecientes, debido a que el incremento de tecnología aplicada (ej. radares y sonares para detectar la deriva de los bancos de peces) permitió aumentar a corto plazo los volúmenes de captura a costa de los ejemplares en desarrollo. En los '80 en todo el Atlántico Norte, la inversión en tecnología era mayor que el rendimiento económico obtenido por las flotas de pesca noruega, española y polaca³⁷, lo que llevó a una crisis de la industria que ya lleva décadas. En el otro extremo, sociedades pre-industriales articularon una lógica de suspender voluntariamente la captura de peces y frutos del mar llegado el punto de satisfacción de los requerimientos de subsistencia

³⁵. Se trata de un trabajo pionero, de 1976, de C. Clark: "Mathematical Bioeconomics. The Optimal Management of Renewable Resources", New York, Wiley Ed.

³⁶ Durante el 2000, en la Argentina se vivió la extinción de la merluza como uno de los peores problemas productivos nacionales, ya que implicó una virtual paralización de la industria pesquera nacional, la reacción de trabajadores y empresarios alcanzó altos niveles de conflictividad, sobre todo en la ciudad de Mar del Plata. Esta crisis, como efecto de los imperativos del ajuste estructural y la apertura económica indiscriminada que padeció nuestro país, ya había sido adelantada en 1994 por sucesivos informes del INIDEP, según se describe en el capítulo 3 del texto "Territorio, Sociedad y Desarrollo Sustentable. Estudios de Sustentabilidad Urbana", elaborado por Roberto Fernández y su equipo de trabajo, enmarcados institucionalmente en el Centro de Investigaciones Ambientales de FAUD/UNMdP. (FERNANDEZ, R. et al. , 1999)

³⁷. Harris, Marvin. "Introducción a la Antropología General". Barcelona, Alianza Editorial. Capítulo 11: Ecosistemas Humanos, 1988.

(economías anti-excedente, según la formulación de Marshal Sahlins)³⁸, tal cual como lo hacían los campesinos rusos que investigara Chayanov en la década del '30. Observado desde esta perspectiva, desde un análisis de “larga duración” (donde una sociedad agota en menos de un siglo la riqueza natural que otras culturas mantuvieron constante) estos indicadores llevan al debate sobre la existencia de racionalidades diferentes, a partir de que parecen atentar contra sus propios fines.

En la economía se utiliza convencionalmente la noción de racionalidad. En la tradición de los economistas formales, especialmente los denominados “ortodoxos” o también “neoclásicos”, se dice que “una acción es racional cuando está objetivamente bien adaptada a los fines perseguidos por el sujeto”. Racionalidad significa, en este caso y en un simplificado esquema de cuño weberiano, adaptación de los medios a los fines. Los economistas neoclásicos define el comportamiento racional como la elección, por parte del individuo, de la acción que prefiere entre todas aquellas que tiene la posibilidad de cumplir³⁹.

Esta definición tiende a hacer adoptar hipótesis irrefutables, desde el momento que las preferencias son inducidas a partir de las acciones observadas. Ejemplo referido a lo que nos interesa en particular: si un consumidor prefiere pagar un sobreprecio en los productos con “sello verde”, se utiliza la deducción de esta acción para destacar aspectos que remiten a un incremento de la “conciencia ambientalista”. Pero estos argumentos opacan otras características de los productos y de los consumidores, como la preferencia por el gusto, la atracción por el aspecto, la posterior utilización de los envases artesanales que contienen a los productos “sello verde”, etc..

³⁸ Sahlins, Marshall. “Economía de la Edad de Piedra”. Madrid, Editorial Akal, 1983.

³⁹ . En realidad, estas concepciones ya están presentes en toda la ortodoxia walrasiana, que ubica como centro de su concepción teórica a un individuo económicamente calculador, con capacidad de conocer y ordenar preferencias, maximizando ganancias en un mercado que se postula como perfectamente equilibrado. Algunas corrientes, como la ortodoxia austríaca, han discutido esta figura a partir de las incertidumbres del mercado. Es que Walras utiliza un modelo similar al de la física para explicar el funcionamiento económico, mientras que los economistas austríacos toman a Darwin como fuente de inspiración. Para ampliar esta cuestión, puede verse el texto de Barceló, Alfons. Filosofía de la Economía. Leyes, teorías y modelos. Barcelona, FUHEM/ICARIA, 1997.

El ejemplo inverso: en Argentina, las líneas de productos que han hecho marketing ecológico no han conseguido un éxito masivo en los mercados. A principios de los '90 aparecieron productos de limpieza, verduras, carnes, naftas, pilas, lámparas, heladeras, papeles, etc.. Algunos de estos productos no se diferenciaban de otros por el precio, pero la mayoría sí. El resultado no fue bueno: muy pocos productos sobreviven. Por ejemplo, de los trece productos de la línea de limpieza "Opción Verde", solamente quedan dos en el mercado. Generalmente, el packaging no puede modificar una situación de fondo: consumidores ahogados por los bajos salarios, aunque posean algún tipo de información acerca de la importancia de consumir este tipo de productos, no pueden realmente efectivizar esta conducta.

Y aún es más complejo el problema: en Argentina son sólo 4,5 % los consumidores dispuestos a pagar un sobreprecio, aunque existan por lo menos dos veces más de personas que no tendrían ningún problema en abonar más, dado su nivel económico. Otro nivel de análisis lo plantean productos como las lámparas que ahorran hasta un 80 % de energía y duran 3 veces más: sólo representan un 5 % del total de mercado de lámparas, aún cuando su precio es levemente superior al de las lámparas standard. A esto se suma la inexistencia, en nuestro país, de un verdadero mecanismo que garantice que es real lo que afirma el marketing, lo que dificultaría (o estaría dificultando) la articulación de una incipiente "conciencia ambientalista" por parte de algunos sectores. Pero una mayor conciencia no siempre está relacionada con la estructura de precios y la disposición a pagar. Para el analista imbuído de categorías económicas neoclásicas siempre deducirá que la acción del consumidor es racional al comprar el producto más barato.

Y también para explicar este tipo de "desviaciones", Weber formula los conceptos de racionalidad formal-instrumental y de racionalidad material o sustantiva, en la segunda parte de "Economía y Sociedad", desarrollada bajo el título "Categorías sociológicas de la vida económica". Weber diferencia entre los medios y los fines, entre la "economía" y la "técnica de la economía". Mientras la economía es detentadora del sentido y de los fines que orientan la acción, la "técnica económica" únicamente puede proveer los medios requeridos para su realización.

“9. Llamamos racionalidad formal de una gestión económica al grado de cálculo que le es técnicamente posible y se aplica realmente. Al contrario, llamamos racionalmente material al grado en que el abastecimiento de bienes dentro de un grupo de hombres (cualesquiera que sean sus límites) tenga lugar por medio de una acción social de carácter económico orientada por determinados postulados de valor (cualquiera que sea su clase), de suerte que aquella acción fue contemplada, lo será o puede serlo, desde la perspectiva de tales postulados de valor. Estos son en extremo diversos. ...” (Weber, 1984:64).

En la nota 3 que comenta este concepto, el autor alemán aclara:

“Por el contrario, el concepto de racionalidad material es completamente equívoco. Significa sólo este conjunto de cosas: que la consideración no se satisface con el hecho inequívoco (relativamente) y puramente formal de que se proceda y calcule de modo “racional” con arreglo a fines con los medios factibles técnicamente más adecuados, sino que se plantean exigencias éticas, políticas, utilitarias, hedonistas, estamentales, igualitarias o de cualquier otra clase y que de esa suerte se miden las consecuencias de la gestión económica - aunque sea puramente racional desde el punto de vista formal, es decir, calculable - con arreglo a valores o fines materiales. Los puntos de vista valorativos, en este sentido racionales, son en principio ilimitados; y entre ellos, los comunistas y socialistas, en modo alguno congruentes entre sí y siempre éticos e igualitarios en algún grado, son sólo, evidentemente un grupo entre los muchos posibles (articulación estamental, fines políticos, especialmente de guerra, y cualesquiera otros puntos de vista imaginables son en este sentido igualmente “materiales”). Debe tenerse en cuenta que es posible, independientemente de esta crítica material de los resultados económicos y frente a ella, una crítica ética, ascética y estética de la conciencia económica, así como de los medios económicos. Para todas ellas la

función "puramente formal" del cálculo en dinero puede aparecer como subalterna o incluso como enemiga de sus postulados (todavía haciendo caso omiso de los modos de cálculo específicamente modernos). No es posible una decisión, en este lugar, sino sólo la fijación y delimitación de lo que debe llamarse formal, es decir, un concepto genérico abstracto." (Weber, M., op.cit: 64 y 65).

Sin embargo, a lo largo de toda la segunda parte de "Economía y Sociedad", queda muy claro que **las únicas características posibles para que se de un óptimo de racionalidad formal coinciden con las del capitalismo.** Para Weber, sólo es posible en un sistema de libre cambio el máximo de calculabilidad, así como también la organización del trabajo de carácter formalmente voluntario. La economía natural, como Weber la describe, queda totalmente subordinada a la dinámica de las exigencias del cálculo capitalista.

Es desde la Escuela de Frankfurt de donde provienen críticas fuertes a la identificación weberiana entre racionalidad y racionalidad capitalista. En este sentido, para Herbert Marcuse ⁴⁰, la razón técnica es siempre una razón política, dado que el desarrollo frenético de la productividad, como conquista de la naturaleza, como incremento de la riqueza de bienes, terminan siendo irracionales al convertirse en fuerzas destructivas. Marcuse afirma que la racionalidad formal no es tan formal, ni tampoco implica realmente tanto cálculo y previsibilidad. Porque la absoluta libertad de mercado rompe totalmente las bases de esta posibilidad de previsión. Además, la razón formal al interior del capitalismo está determinada por elementos políticos externos a la esfera económica: es una "*razón de dominio*". Así, la racionalidad libre de valores de la administración depende de una voluntad externa que determina los valores y finalidades del dominio burocrático, que paradójicamente tiene su vértice en un elemento no burocrático ⁴¹.

⁴⁰ Marcuse, Herbert. 1982. "El Hombre Unidimensional". Barcelona, Agostini/Planeta.

⁴¹ Marcuse afirma que una economía planificada es más racional que una de mercado libre, al contrario de lo que afirma Weber (1984:69), para quien la economía planificada es un retroceso porque termina con la necesidad técnica de la separación de los trabajadores de los medios de producción. Otras críticas provenientes de la escuela de Frankfurt al concepto weberiano de racionalidad se centran en que ésta sólo puede ser "racionalidad subjetiva" (Horkheimer afirma

La cuestión de la “razón de dominio” explica los aspectos relacionados con la lucha simbólica que se da por la apropiación de la emisión de discursos “ambientalistas” (que a su vez encubren la profundización de los mecanismos de destrucción de la Naturaleza y de los recursos naturales). Veamos el siguiente párrafo que comenta justamente estos mecanismos discursivos:

“...Uno de los principales destructores de la capa de ozono se atribuye el mérito de ser un precursor en su defensa. Una gran compañía petrolera afirma adoptar un principio de precaución sobre el calentamiento global. Un importante fabricante de agroquímicos comercializa un pesticida tan peligroso que ha sido prohibido en numerosos países mientras sugiere que la compañía ayuda a combatir el hambre. Una firma petroquímica utiliza los residuos de un proceso contaminante como materia prima de otro y lo presenta como una iniciativa de reciclaje. Una compañía corta madera de una selva tropical y la reemplaza por un monocultivo de una especie exótica, y llama a esto proyecto de desarrollo forestal sostenido....Ultimamente esta táctica se ha hecho global. Con la cooperación de los gobiernos y de las instituciones internacionales, los imperios industriales pretenden controlar la definición de ecologismo y la agenda de actuación ambiental...” (NIETO, JOAQUIN; 1995: 152)⁴².

Lo que señala este autor español está reconocido desde los mismos centros de poder mundial, con su proliferación de instituciones internacionales construidas como arenas decisionales y regulaciones del modo de producción flexible. En la última declaración de

que, al ser sólo un cálculo de adecuación de medios a fines, es sólo dominio de los sujetos), o también “autorracionalización” como una forma de reflexibilidad (Mannheim sostiene que ésta es consecuencia de la constante ampliación de las esferas humanas en las que aparece el cálculo previo, sobre todo en la esfera del dominio de los seres vivos, y su consecuente desfasaje con el dominio moral), pero no poseo el espacio ni el tiempo para construir aquí un desarrollo. De todos modos, Marcuse estaba errado en lo que respecta al uso de los recursos: la desestructuración ambiental que dejó de herencia la disolución de la URSS es equivalente a los desastres ambientales originados por el sistema capitalista.

⁴². Nieto, Joaquín et al. De la economía a la ecología. Madrid, Editorial Trotta/Fundación 1º de Mayo, 1995

una de tales instituciones, los ciento veintitrés integrantes del Consejo Empresario Mundial para el Desarrollo Sostenible coincidían en que:

“...Actualmente, muchas empresas están tratando de adecuarse a los cambios que se producen en lo referente al cuidado del ambiente. Por ejemplo, al tener que asumir el principio “el que contamina, paga”, se obligarán a reflejar en sus estados contables el costo del daño ambiental que han generado, adaptarse a la generalización del uso de instrumentos económicos que premian la ecoeficiencia y castigan al contaminante, y en un futuro muy cercano, a posibles cambios en las estructuras impositivas y en los sistemas contables nacionales. Todas estas tendencias habrán de modificar las estrategias comerciales de las empresas, obligando a los actores en los mercados financieros a tomar estos aspectos en consideración, modificando los parámetros de evaluación de sus clientes...”
(SCHMIDHEINY, S. Y ZORRAQUIN, F.J.L., 1997:33) ⁴³.

Sin embargo, hace tiempo que la “*cuestión ambiental*” ha dejado de ser la gran incógnita en las evaluaciones que prevén la duplicación del volumen de la economía mundial (en lo que respecta a producción de bienes y servicios). Aún si las economías de los países desarrollados mantienen un crecimiento lento (según los parámetros macroeconómicos neoliberales, de un 2,3% anual entre 1997 y 2020) y si las naciones pobres vuelven a niveles de crecimiento de los decenios '50 y '60, el planeta no resistiría un incremento en la presión que la sociedad moderna ejerce sobre los ecosistemas.

Este escenario implicaría una desestructuración de todas las sociedades, y de lo que pensamos que es nuestro mundo, o por lo menos, como lo conocemos actualmente. Y esta gravedad se presenta extrema aún cuando existiera el consenso mundial en torno a un concepto tan cuestionado como “Desarrollo Sustentable” o también “Desarrollo Sostenible”

⁴³Schmidheiny, Stephan y Zorraquín, Federico. La Comunidad Financiera y el Desarrollo Sustentable, Editorial Atlántida, Buenos Aires, 1997.

(LINS RIBEIRO, G., 1992) ⁴⁴, “...palabra de orden de la nueva ecotecnocracia internacional...” (MARTINEZ ALIER, J., op.cit: 63).

¿Puede pensarse un desarrollo sustentable si la economía de China se expandiera según un factor de seis, al crecer a una tasa anual de 6,5 % hasta el 2020?. Algunas hipótesis niegan terminantemente esta posibilidad: si los habitantes de la India consumieran combustibles fósiles al mismo ritmo que el norteamericano medio, las reservas mundiales se agotarían en cuatro años. Al industrializarse las naciones pobres, aumenta su apetito de materias primas: “...en el 2010, la demanda china de petróleo podrá estar en el orden de los 6,4 millones de barriles diarios...” (SAMUELSON, R.J., 1997:23, cit. en NIETO, J. op. cit.) ⁴⁵. Evidentemente, esto ya no es una cuestión de orden técnico, ya que existen las tecnologías (en el nivel actual de desarrollo de las fuerzas productivas) para transformar el planeta entero en un supermercado. Es un problema de racionalidad política, referente a valores, en el sentido en que hay que responder no a si “*puede hacerse*”, sino a si “*debe hacerse*”.

Llegado este punto, es útil volver al inicio de la descripción acerca del concepto de racionalidad y traer a colación los criterios pensados por Michel Foucault en relación a él.

- El criterio con que Michel Foucault conceptualiza la racionalidad parte de la variabilidad de los procesos históricos y de las diferentes construcciones de saberes cambiantes con que los sujetos ordenan el mundo. Por lo que cada etapa del desarrollo de las maneras de conocer y describir una realidad conlleva un tipo diferente de racionalidad y, por lo tanto, ésta se transforma en según se desarrollan las diferentes “epistemes” (v. FOUCAULT, M., 1968). *Cada racionalidad es relativa a lo que se sabe y se establece como deseable, según quienes controlen el conocimiento y el manejo del “orden del mundo”.*

⁴⁴. Lins Ribeiro, Gustavo Desenvolvimento sustentado. Nova ideologia\utopia de desenvolvimento”. En: Série Antropologia 123. Departamento de Antropología, Instituto de Ciencias Humanas, Universidade de Brasília.

⁴⁵. Nieto, Joaquín et al. op. cit. nota al pie nro. 18.

Esta idea está totalmente enmarcada en la perspectiva del relativismo histórico, teniendo en cuenta que el autor francés examina cómo las “rupturas epistemológicas” posibilitan la derivación de nuevos saberes hacia el siglo XVIII y establecen nuevos parámetros de racionalidad, parámetros emergentes de la ampliación del conocimiento de la realidad instituido por la lógica, la lingüística, la biología y la economía (lo que en el ensayo *“Las palabras y las cosas”* menciona como la creación de las epistemes del “representar”, “hablar”, “clasificar” y “cambiar”).

En términos metodológicos, es interesante destacar que este esquema es teóricamente verificable en condiciones históricas de emergencia de nuevos saberes, y que los parámetros de racionalidad siempre están ligados a lo que resulte de las consecuencias de nuevas “rupturas epistemológicas”.

Lo anterior es pertinente por cuanto el agotamiento de los saberes disciplinarios tradicionales, del esquema de ciencia consolidado a principios del siglo XX según los modelos especializados de las llamadas “ciencias duras”, está exigiendo fuertemente la construcción de un saber “transdisciplinar”, para dar cuenta con una visión global de la problemática ambiental en tanto crisis de civilización y de profunda ruptura cultural.

Y según la dinámica de cambio social que impulsen estos saberes, serán también las síntesis políticas que se apliquen a intervenir en la “problemática ambiental contemporánea”. Por eso veremos después como reaparecen estos criterios, verificables en experiencias concretas.

1.5. Cambiando algo para que nada cambie.

Hemos visto que aún en su acepción praxeológica más simple, la noción de racionalidad plantea numerosos problemas de definición. Si existe un conjunto finito de medios para arribar a un fin, si esos medios pueden ser totalmente ordenados en relación con un criterio), la acción racional es la que utiliza el mejor medio con relación a tal criterio. Pero estas condiciones (orden total respecto de un criterio único de un conjunto finito de medios) pueden no hallarse reunidas en su totalidad. Como frecuentemente sucede, si están ordenadas objetivamente se puede dar el caso de que *no lo estén en la conciencia de los actores*; quienes pueden no tener conocimiento de la existencia de algunos medios (situación que sólo puede revelar el análisis de los procesos de ruptura epistemológica, en sentido foucaultiano). Por eso, algunos afirman que la noción de racionalidad se define solamente en situaciones límite⁴⁶.

Aparece aquí la cuestión ambiental como la problemática actual más relacionada con la *incertidumbre* acerca de las relaciones entre los medios disponibles para alcanzar un fin. El debate en torno a la noción de “Desarrollo Sostenible” (o también traducido como “sustentable”)⁴⁷ ejemplifica bien esta cuestión en términos abstractos. La construcción del concepto⁴⁸, efectuada políticamente desde el planteamiento de la problemática ambiental por los políticos nórdicos (es decir, desde los sistemas políticos de los países desarrollados), se centra en el mantenimiento del modelo de desarrollo industrializado y de la maximización de las ganancias dentro de dos límites muy conflictivos: la preservación de

⁴⁶ Así lo sostiene Miguel Grimberg, ambientalista argentino de larga trayectoria e importantes premios internacionales, a partir de defender una perspectiva milenarista como vía de avance hacia una transformación personal profunda del Homo Sapiens. (Ver especialmente el capítulo 7 “El ecologismo milenarista como puente al futuro”, en su libro Ecología Cotidiana, editado en Buenos Aires por la Ed. Planeta.) El adjetivo milenarista se refiere a un paradigma de interpretación del mundo que se articulará en los inicios del siglo XXI, o sea, en el nuevo milenio de la historia humana.

⁴⁷ ver Riechmann, Jorge. “Desarrollo Sostenible: la lucha por la interpretación”. En: Nieto, Joaquín et al. De la economía a la ecología. Madrid, Editorial Trotta/ Fundación 1º de Mayo, 1995.

⁴⁸ El concepto se hizo popular a partir de la presentación del denominado Informe Brundtland, que se titulaba “Nuestro Futuro Común”, y que fue expuesto en octubre de 1987 en la Asamblea General de las Naciones Unidas por la Primer Ministro de Noruega. Sin embargo, su repetido uso retórico implica una gran polisemia, como veremos en capítulos posteriores.

los recursos naturales para que puedan utilizarlos las futuras generaciones, y un criterio de equidad planetaria en el acceso a éstos.

La incertidumbre se presenta en la imposibilidad de fijar algunos límites en variables tales como el desarrollo tecnológico (especialmente en áreas que superaron las expectativas occidentales durante el siglo XX, como el desarrollo de la ingeniería genética, de la informática y de las tecnologías de comunicaciones) o la deriva de determinados sistemas políticos (la supervivencia de los núcleos de decisión del capitalismo, el estallido de las economías centralizadas bajo el dominio soviético, que hizo transparente problemáticas ambientales sin precedentes en la historia humana, etc.).

En cambio otras variables pueden, aparentemente, calcularse con los conocimientos actuales, como por ejemplo, la sustentabilidad total del planeta (la cantidad máxima de población que el ecosistema planetario puede soportar *con el nivel actual de distribución de recursos y de riqueza*, estimada en 10.000 millones de personas) o la productividad natural de determinados ecosistemas en las actuales condiciones climáticas (un 8% de biomasa para los ecosistemas tropicales). La conducta de los actores dependerá de la estructura de la situación de incertidumbre, incluyendo en ella el acceso a información y a las características de la metodología propia para construirla.

Además, para cualquier habitante de un país subdesarrollado, la incertidumbre tiene el signo de la terrible brecha en materia de conocimiento científico. En relación a la crisis planetaria de fin de siglo: ¿qué posibilidades de chequear la veracidad de los datos acerca del calentamiento del planeta, del ritmo de destrucción de la capa de ozono o de la contaminación marítima pueden tener los decisores de un país subdesarrollado (como el nuestro, que se encuentra en el puesto 176 en el ránking mundial de inversión en investigación científica)? ¿Cómo van a operar, en un marco de subdesarrollo, los decisores políticos y empresariales las normativas y las modalidades de producción para adaptar tecnologías, capacitación de la fuerza de trabajo y prioridades de inversión a los imperativos de una economía sustentable y a los mercados *verdes*?

De las respuestas tentativas a este tipo de preguntas es posible derivar elementos para prever la eficacia política de la construcción de una racionalidad alternativa. La debilidad evidente *en todos los aspectos* de los sistemas políticos estatales en un marco de globalización (dado que desde la producción de información a escala planetaria, la investigación y desarrollo en tecnologías alternativas, la construcción de subdisciplinas y teorías para operar con la problemática ambiental, como por ej. la Hipótesis Gaia o la Economía Ambiental, hasta la imposición de normativas de política ambiental *están hegemonizados por determinados sectores de las sociedades industrializadas, legitimados según vimos al abordar la noción de Régimen Internacional de Política Medioambiental*) condiciona la estructuración de una racionalidad ajustada a fines y a valores que particularmente tengan algo que ver con nuestra realidad específica en esta temática.

Buscando teorizar sobre la base de este tipo de situaciones, cuando la incertidumbre es totalmente objetivable (y también buscando formalizar matemáticamente la racionalidad humana, una vieja ilusión de origen positivista), los economistas neoclásicos han intentado⁴⁹ asociar definiciones múltiples de racionalidad utilizando la Teoría de los Juegos formulada por John Von Neumann. Se distinguen dos criterios clásicos: la minimización de riesgos a los que es posible exponerse, con lo que también es muy pequeña la ganancia que debe esperarse (criterio de Wald), y la exposición a un riesgo grande o moderado, que permite alentar la expectativa de obtener una ganancia importante (criterio de Savage). La adopción de uno u otro criterio depende de los recursos efectivos de cada actor, del conocimiento de las variables que entran en juego, y hasta de la estructura psicológica (si se trata de actores individuales) o de las representaciones sociales colectivas hegemónicas que ordenan la experiencia, etc..

⁴⁹ Este intento provino de las fuertes críticas que efectuaron dos corrientes minoritarias en términos de producción teórica en el campo de la Economía pero con planteamientos muy interesantes. En primer lugar, los seguidores del denominado "paradigma humanístico" requirieron la utilización de una noción de racionalidad ampliada, según el argumento de que los sujetos también comportamientos altruistas y no siguen siempre el criterio de la maximización de ganancias a toda costa. Y en segundo lugar, los economistas agrupados en la denominada Economía Institucional, de principios del siglo XX, plantearon el papel de lo cultural en la asignación de preferencias de los individuos, indicando que muchas de estas no son individuales, sino que se construyen socialmente. (v. PEARCE, D. Y KERRY TURNER, R., 1995: 38 y ss.)

Un criterio de racionalidad más complejo aparece cuando el conocimiento de la situación permite seleccionar el *medio* que da la mayor esperanza de ganancia o la menor expectativa de pérdida (criterio de Laplace), con lo que cada actor tiene la posibilidad de combinar en sus acciones los dos criterios anteriores. Al analizar las maneras en que los actores manipulan categorías simbólicas y la extraordinaria variabilidad de los comportamientos humanos, es pertinente el modelo de racionalidad weberiano, dado que la racionalidad depende de las características sociales de los actores y de los valores en que éstos creen⁵⁰. Así se explican muchas incertidumbres descritas con el eufemismo de “imperfecciones del mercado”.

Es posible plantear objeciones a estas definiciones de racionalidad basadas en la aplicación directa de la Teoría de los Juegos cuando se trabajan problemáticas relativas a cuestiones ambientales. Gregory Bateson (1991: 146)⁵¹ explicó que la Teoría de los Juegos⁵² originalmente propuesta por Von Neumann tiene cuatro ideas simplificadoras de la complejidad de la realidad, y desde este punto de vista la utilización de la teoría presenta las siguientes reservas en su utilización para formalizar fenómenos de la realidad ambiental, económica y sobre todo, política.

En primer lugar, hay que tener en cuenta que la Teoría de los Juegos supone que las reglas de un determinado juego serán estables dentro de los límites de un marco de supuestos culturalmente dado acerca de ese juego. Tanto la política, las relaciones de pareja o la psicoterapia muestran que la interacción entre sujetos modifica las reglas constantemente. En

⁵⁰. Estas concepciones fertilizaron también las ciencias políticas, bajo la forma de la última fase de desarrollo del conductismo. El trabajo más característico de esta última etapa conductista es de J.A. Schumpeter, un economista austriaco exiliado que identifica el funcionamiento del mercado económico y el de la actividad política, haciendo hincapié en modalidades de competencia que no aseguran con total certeza el triunfo. V. SCHUMPETER, J.A., *Capitalismo, Socialismo y Democracia*. Barcelona, Ed. Folio. 1984

⁵¹. Bateson, Gregory. Pasos hacia una ecología de la mente. Planeta/Carlos Lohle ediciones, Buenos Aires, 1991.

⁵². La Teoría de los Juegos proporciona a muchos economistas contemporáneos una analogía muy simplificada con el “funcionamiento” de un mercado. Sin embargo, la crítica de Bateson se remonta a un artículo sobre el sistema de valores del Estado balinés, y fue publicada originalmente en 1949. Las implicancias de su análisis superan el campo de la antropología, y sería posible debatir mucho más seriamente si algunos académicos contemporáneos no se apegaran tan religiosamente a metáforas (como la de “animals spirits” extraída del marxismo) que no pueden trasplantarse tan fácil y acríticamente a la vida sociocultural de pueblos complejos.

segundo lugar, la Teoría se asentaba sobre la premisa de que los recursos para resolver problemas de los participantes del juego serían análogamente estables. Al mismo tiempo, ningún jugador podría esperar que su adversario se equivoque por no haber considerado alguna posibilidad en la situación de juego. En nuestra realidad, las desigualdades son tales y de tal magnitud la incertidumbres que el postulado de la teoría se revela verdaderamente ineficaz.

En tercer lugar, se postula que el comportamiento de los jugadores se basa en una motivación constante y en preferencias monotónicas y activas. Esto es importante para la teoría económica formal, que se sostiene si únicamente se parte del principio que los agentes sociales intentan maximizar sus utilidades. Esto no es válido para aquellos organismos u órdenes de la Naturaleza donde no es posible afirmar la existencia del concepto de "utilidad" o ganancia para los seres vivos.

En cuarto lugar, la idea más importante y que cobra una importancia fundamental en un contexto en que se dan los efectos visibles de la problemática ambiental, tiene que ver con la incorporación del **ambiente** como otro jugador, apareciendo como un antagonista universal de los participantes del juego y suponiendo que éstos operan tomando ganancias contra él. La objeción fundamental es que la Naturaleza **no puede operar** de acuerdo con la racionalidad de un jugador perteneciente a un sistema cultural determinado. El postulado supone que la Naturaleza adaptaría sus reglas de juego para participar de acuerdo con las reglas supuestamente aceptadas, pero está muy claro que tiene sus propias reglas.

Todas estas referencias a la importancia de la incertidumbre y su relación con la idea de racionalidad enlazan también a la problemática ambiental en otro punto: la discusión acerca de las características del cambio cultural necesario para dar cuenta de una problemática global.

Si desde el punto de vista teórico se reconoce que las consecuencias de acciones y decisiones políticas implican una parte de imprevisibilidad, desde las corrientes neopositivistas se recomienda siempre como preferible el ajuste limitado y gradual. Inclusive el *gradualismo* puede aparecer como la única definición posible de racionalidad, dado que es la estrategia que

garantiza un riesgo mínimo para los poderes establecidos.

Obviamente que esta afirmación tiene un alcance normativo limitado, porque justamente la crisis ambiental se origina en una articulación de tecnologías, relaciones sociales y hechos históricos que han sido producto de muchos procesos de cambio tanto bruscos como graduales. Y además, las políticas que pueden aplicarse al abordaje de la problemática ambiental contemporánea derivadas del gradualismo no son nada inocentes, y favorecen sobre todo a los núcleos de poder del capitalismo mundial.

Respecto de esta escasa neutralidad del gradualismo se pueden plantear ejemplos de múltiples procesos de cambio: *la transición gradual del uso de combustibles fósiles a fuentes renovables* (que dio tiempo a las multinacionales a adueñarse de las patentes de productos que se fabricarán masivamente a medida que se agoten el petróleo y el gas), *la transición gradual hacia un consenso mundial en la reducción de emisión de contaminantes* (que da tiempo a los capitales de los países industrializados, principales responsables de la lluvia ácida, del efecto invernadero, del adelgazamiento de la capa de ozono y de la contaminación de los mares, para reestructurar sus tecnologías, venderlas a los países subdesarrollados y no perder mercados), *la transición gradual hacia una economía ecológica* (que dé tiempo para suplantar las problemáticas teóricas que no resuelve la teoría neoclásica: la internalización de la contaminación, la valuación del ambiente natural como valor de recreación, paisajístico o como banco genético, la relación entre el ritmo de extracción de recursos y la velocidad de rotación de capital, etc. y para que los organismos internacionales de control aprendan estos nuevos discursos técnicos), *la transición gradual hacia una policía ecológica mundial, los "Casos Verdes"* (que fundamentalmente controle que los países pobres, en su desesperación por mejorar los niveles de vida, no agoten rápidamente los recursos naturales ni mucho menos la biodiversidad que sustenta el nivel de vida de los países industrializados hoy).

Por todo lo señalado hasta aquí, es necesario plantear que el reconocimiento de la crisis ambiental a escala planetaria está sirviendo como factor de reestructuración política y económica al sistema capitalista en su conjunto. Los gobiernos y poderes establecidos de las naciones industrializadas, argumentando tener en sus manos la salvación del planeta,

han construido una nueva retórica para autolegitimarse en torno a las ideas de Ecodesarrollo y de Desarrollo Sustentable.

Estas ideas aparece como respuesta en el seno del capitalismo: a) al ostensible problema de “oferta ambiental” que acarrea la disminución de los recursos naturales y la degradación de los servicios ambientales que se requieren para sustentar la producción de bienes de consumo, y b) a la resistencia por parte de comunidades y de sociedades enteras a la degradación ecológica y cultural provocada por la expansión planetaria de la lógica capitalista de relación con la Naturaleza.

Pero, con el mismo dinamismo que hemos mencionado al abordar cuestiones relativas al Ambientalismo, también hay propuestas superadoras que provienen de rescatar y enriquecer las contribuciones del pensamiento moderno en torno a la idea de racionalidad.

1. 6. ¿“Racionalidad ambiental”?

Llegado este punto, interpelar la “cuestión ambiental” desde los núcleos de pensamiento de la sociología clásica sólo puede ser útil si se tienen en cuenta los aspectos problemáticos que hemos señalado previamente. Las aclaraciones en torno a la cuestión de la racionalidad no han sido un ejercicio intelectual, sino el reconocimiento de la centralidad de este concepto para la definición de políticas; y específicamente las ambientales en sus diferentes niveles. En este punto sólo me limitaré a presentar la idea de “racionalidad ambiental”, dado que los elementos para profundizarla se derivarán de conceptos abordados en el capítulo siguiente.

Y como beneficio adicional, nos aporta elementos para superar el énfasis en la contaminación y polución global, en detrimento de referencias a la pérdida de recursos, que están presentes en los planteamientos de signo tecnocrático acerca de la gravedad de la crisis. La discusión llega a ser útil en el momento de confrontar previsiones catastrofistas⁵³: es evidente que la “crisis ambiental” no surge ni de la imposibilidad de los ecosistemas terrestres de digerir la masa de contaminantes vertidos por las industrias y el transporte, ni de la escasez de recursos naturales, sino de las condiciones de sobreproducción y sobreexplotación que la lógica capitalista impuso a lo largo de varios siglos, hegemónica aún cuando no se habían completado las diferentes fases de desarrollo de ciertas articulaciones tecnológicas.

También es necesario recordar, en el marco de tal discusión, que hasta el mismo Weber afirma que toda racionalidad productiva está asociada con la racionalidad de una teoría económica dominante. Por lo que toda “racionalidad” encierra y genera “irracionalidades” que sólo son perceptibles desde la perspectiva de otra racionalidad

⁵³. Heredadas del Malthusianismo, las previsiones más modernas y en especial la del modelo del Club de Roma, contenida en el Informe Meadows (Meadows, D.H., Los límites del crecimiento, México, FCE, 1972), extrapolan interconectadamente el uso de los recursos, los procesos de contaminación y el aumento poblacional, concluyendo la extinción de la vida humana hacia el año 2050.

teórica y social, generada a partir de un proceso de ruptura epistemológica. Basado en esta comprobación, Enrique Leff (op.cit: 241) afirma:

“...Lo que hasta ahora ha faltado a las propuestas ambientalistas para contrarrestar dichos efectos <los problemas sociales y económicos asociados con la racionalidad capitalista> es el soporte de una teoría para la construcción de una racionalidad productiva alternativa, que pueda contrastarse y eventualmente sustituir los modelos de cientificidad económica y los patrones tecnológicos que sustentan la racionalidad dominante. Esta racionalidad ambiental encuentra su soporte material no sólo en los nuevos valores y derechos del ambiente, sino en la articulación de procesos ecológicos, tecnológicos y culturales que constituyen un paradigma de productividad ecotecnológica que reorienta el desarrollo de las fuerzas sociales de producción...”

Esta reflexión del autor mexicano encuentra sustento en toda la tradición analítica del materialismo histórico. Al discutir extensamente los aportes de Marx y el posterior análisis de Alfred Schmidt en el texto “El concepto de Naturaleza en Marx” (SCHMIDT, A.;1977), demuestra las derivaciones más profundas que son posibles de extraer para construir esta *racionalidad ambiental alternativa*. Quienes más han avanzado en esta dirección son algunas corrientes ecomarxistas europeas (basadas en los trabajos de James O’Connor⁵⁴ y Martin O’Connor), cuyas ideas mencionaremos en el capítulo siguiente.

Así es que las ideas y conceptos más sugerentes acerca de lo que podría ser el núcleo de esta nueva racionalidad ambiental lo he encontrado precisamente en el mismo texto de Enrique Leff (“Ecología y Capital”, México, Siglo XXI eds, 1994) al que pertenecen estas reflexiones:

⁵⁴. O’Connor, James. “Capitalism, Nature, Socialism: a theoretical introduction”. En: Capitalism, Nature, Socialism, nro. 1, 1988, pp. 11-38.

“...La racionalidad ambiental apunta hacia un proceso social neguentrópico, tendiente a revertir la destrucción de las estructuras y mecanismos ecosistémicos que son soporte de los procesos vitales y a detener el agotamiento de los recursos y la degradación de la energía disponible por medio de la conservación de procesos materiales - ecológicos y culturales - capaces de sustentar un desarrollo biológico y sociohistórico sostenido...De esta manera, esta racionalidad social se opone a las tendencias históricas a la uniformización ecológica, cultural y tecnológica de los pueblos, así como a la unificación positivista del conocimiento que han sido necesarias para elevar la productividad económica dentro de la racionalidad capitalista de producción.” (E. Leff, op.cit: 255 y ss)

Lo que me parece interesante es lo que aparece resaltado en negrita. La entropía es el concepto central de la segunda ley de la termodinámica, que se refiere a la degradación de la energía en todo proceso productivo, es decir, la pérdida de energía utilizable para producir trabajo. En una nota al pie de página, el autor mexicano aclara el alcance del concepto de *neguentropía*, que no es la negación de la entropía ni de las leyes de la materia física, sino la reversión del proceso histórico social basado en la sobreexplotación de los recursos, que ha llevado a una degradación exponencial de la energía potencial acumulada en el planeta y del potencial productivo de los ecosistemas:

“...De esta manera, una racionalidad productiva orientada por un proceso social neguentrópico contrarrestaría esta tendencia, mediante el aprovechamiento máximo (ecológico y cultural) del proceso fotosintético, como un proceso ecosistémico de producción de orden, de materia vegetal y de energía bioquímica utilizable orientado al incremento de una productividad social para la producción de los satisfactores humanos por medio de la creación de un proceso histórico de organización ecológica, diversidad cultural y complejidad productiva.” (Leff, E. op.cit., nota al pie nro. 38, pp. 256)

Obviamente que una propuesta de este tipo requiere la re-discusión de la idea misma de sustentabilidad, y sobre todo una manera diferente de mirar la complejidad de los procesos políticos, incluyendo la producción de consensos en las sociedades “democráticas” y en las que no lo son tanto. Los fenómenos de lo urbano, de las identidades de diverso tipo, de las diferentes modalidades de fragmentación espacial y simbólica (incluyendo especialmente las identidades, y en ellas, las identidades transmediatas) necesitan de re-problematización bajo esta óptica.

Posiblemente, Foucault nos marcaría un camino de ruptura epistemológica partiendo del “viejo” problema antropológico de la opacidad y la transparencia, de la emergencia de la “racionalidad no intencional” (GODELIER, M. ;1974), incorporando la diversidad de visiones que ha desarrollado la Ecología Política en la última década, y también atendiendo a esa estrategia transdisciplinar que “lo ambiental” parece estar movilizando (aunque todavía esto se verifique más bien en el terreno de la gestión, que justamente es una de las dimensiones que analizaremos para el caso bonaerense).

Con esta densidad conceptual, quisiera cerrar este sintético abordaje de estos conceptos que me parecen prometedores y también, porque no, superadores del reduccionismo weberiano centrado exclusivamente en el nivel valorativo. Pero este cierre es totalmente transitorio, dado que en el capítulo siguiente voy a abordar otros contenidos teóricos que fertilizan el análisis.

Aparecen dos razones centrales para profundizar elementos articulados a estas nociones. La primera de ellas es que un tratamiento más riguroso conceptualmente nos lleva a adentrarnos en problemáticas abordadas por la antropología con otro nivel de complejidad teórica. La segunda, es que un adecuado planteamiento teórico densificará la necesaria comprensión de los procesos de estructuración de políticas ambientales en el caso bonaerense y para la última década del siglo XX.

Capítulo 2

CONTRIBUCIONES DESDE LA ANTROPOLOGÍA, A MODO DE MARCO TEORICO.

La oposición entre Naturaleza y Cultura es la principal de todas las oposiciones categoriales construidas por los antropólogos que instituyeron la disciplina, y también son muy interesantes las líneas de pensamiento que trabajaron esta oposición. Es tratando su relación con las condiciones naturales como el colectivo humano crea y desarrolla las condiciones de su existencia social e individual. Ambas se definen en las formas dadas a la relación. Toda sociedad tiene una teoría de la Naturaleza que le es propia, que se expresa no solamente en sus configuraciones intelectuales, sino también en complejos de símbolos, de instrumentos y de prácticas. Así, las dicotomías entre cuerpo y mente, acción y pensamiento, tan características de la Modernidad y tan pregnantes de la tradición científica occidental, tienen cuestionamientos muy especiales en el seno de la antropología.

Durante los períodos de ruptura, de cuestionamiento global que produce cada cambio histórico, esta “filosofía de la Naturaleza” se modifica, y en ocasiones anuncia, prepara y acompaña los cambios que están en vías de producirse. Por eso no es casual que, en el ámbito de la antropología, el interés académico por las formas en que las diferentes culturas se articulan a la Naturaleza se instituya en la conformación de corrientes de pensamiento superadoras del viejo determinismo ambiental, lastrado en los trabajos iniciales de la antropogeografía del siglo XIX y sostenido por la idea, más bien simple, que los rasgos de la cultura pueden explicarse por las características del entorno natural en que la misma se ha desarrollado (HARRIS, M.; 1979).

Una de estas corrientes es la ecología cultural norteamericana, impulsada por Julian Steward a mediados de los años '50, se pasó a considerar los factores ambientales específicos que moldeaban los rasgos culturales concretos, el papel de las tecnologías en adaptaciones locales que afectaban de manera diferencial a otros aspectos de la cultura, como la organización social y los sistemas de representación. Desde este enfoque, los antropólogos pudieron demostrar empíricamente la falsedad de la suposición del determinismo ambiental, ya que quedaba claro que muchas prácticas culturales no tienen valor en términos estrictamente adaptativos, y que pueden llegar a conducir a crisis y al declive de las sociedades en que se generan.

También el fuerte rechazo a las explicaciones causales y la búsqueda de enfoques holísticos que caracterizó gran parte del desarrollo de la teoría antropológica fue un factor interesante que contribuyó a la superación del determinismo ambiental. Hacia los años '60, predominaron los enfoques (funcionalismo, estructuralismo, las diversas variantes del marxismo, etc.) que veían a los sistemas sociales como entramados de normas e instituciones que interactuaban entre sí, y las acciones cotidianas de las personas se consideraban subordinadas a dichos sistemas. Estas no constituyeron, en sí mismas, un "objeto de estudio" prioritario hasta que algunos antropólogos, como por ej. E. Leach (1961), pasaron a interesarse más en los procesos de toma de decisiones, y buscar entender las razones subjetivas de las acciones humanas. Así plantearon los proto-elementos de otra corriente superadora, la Ecología Política, cuyos desarrollos se vuelven centrales para avanzar en este trabajo.

Tratando de sortear los elementos históricos y los contextos de justificación de la evolución de la antropología ecológica, evitando entrar en el debate contra el relativismo cultural y sus excesos, y también obviando aspectos interesantes como ciertos desarrollos de la antropología cognitiva y de la etnoecología, me concentraré en seleccionar aspectos teóricos que considero útiles para responder los interrogantes iniciales planteados en la introducción de este trabajo. No hay, en los avances del pensamiento antropológico (y de las disciplinas con las que este pensamiento se va articulando y confrontando), límites precisos y fronteras totalmente definidas⁵⁵. Pero esta característica es la que lo hace plástico, dinámico y en constante renovación. Así como hay conceptos provenientes de otras ciencias, como "ecosistema" o "sistema ecológico", que la antropología adopta y utiliza eficazmente unos treinta años más tarde, también hay especificidades sumamente valiosas y creativas, que pueden considerarse aportes que trascienden los ámbitos exclusivamente académicos y son tomados por los discursos de diversos actores, ya sea de dirigentes de comunidades locales o de la política ambiental a nivel internacional. A continuación revisaré las que considero imprescindibles para analizar la política ambiental bonaerense.

⁵⁵ En el texto de Kay Milton (1996), titulado "Environmentalism and Cultural Theory", se encuentra un interesante desarrollo descriptivo acerca de los aportes de la antropología al conocimiento de las relaciones entre los seres humanos y el ambiente.

2.1. La articulación Cultura/Naturaleza.

Como en todas las disciplinas, el conocimiento surgido de la antropología se ha visto condicionado por el enfoque teórico adoptado por sus especialistas. Este enfoque ha ido cambiando a lo largo del tiempo en respuesta a los avances registrados en el campo más amplio de la ciencia en general y de las ciencias sociales en particular. Dentro de la antropología ecológica, los modelos iniciales eran marcadamente deterministas, pero se produjo un cambio de rumbo considerable al final de los cincuenta y de los sesenta cuando los científicos sociales se rebelaron contra las explicaciones causales y los antropólogos desarrollaron nuevos modos de conceptualizar y de comprender sus propios datos. Otro cambio importante, las consecuencias del cual todavía no están claras, se ha producido en la década de los noventa en el momento en que los científicos sociales han reaccionado contra el relativismo extremo de la era posmoderna a la vez que han intentado desbancar las dicotomías modernistas entre mente y cuerpo, pensamiento y acción, cultura y naturaleza.

En primer lugar, la suposición de que los rasgos culturales se adaptan invariablemente a las condiciones ambientales había quedado seriamente dañada por las observaciones empíricas. Había quedado muy claro, en base a casos históricos, que algunas prácticas culturales no tienen valor adaptativo y que conducen al declive, y en ocasiones a la extinción, de las comunidades en que se detectan. Los habitantes de la Isla de Pascua, situada en el Pacífico del Sureste, al parecer amenazaron su propia supervivencia al agotar los recursos forestales para erigir grandes estatuas de piedra con propósitos rituales. Esta actividad ritual aparentemente se intensificó a medida que la amenaza iba en aumento, lo cual aceleró su desaparición. Si las culturas fueran invariablemente adaptativas, el peligro de extinción hubiera producido una reducción en la construcción de estatuas a fin de conservar sus recursos forestales para destinarlos a otros propósitos prioritarios por lo que a la supervivencia material se refiere, tales como la construcción de canoas. En otro caso bien conocido, la población Fore de Nueva Guinea estaba siendo seriamente diezmada por una forma de encefalopatía, conocida localmente como 'kuru', que se había propagado a través de la práctica ritual de comerse el cerebro de los parientes fallecidos. La cultura Fore no conjuró la amenaza abandonando esta tradición, siendo necesaria una influencia externa en

forma de autoridad central para lograrlo (KEESING, R.M.; 1981). La observación de que no todos los rasgos culturales son adaptativos hizo insostenible el concepto sobre el cual se basaban tanto la ecología cultural como el materialismo cultural. Las propiedades adaptativas de un rasgo cultural determinado no podían ya darse por supuestas y no podían por lo tanto utilizarse a modo de explicación.

Hasta los años sesenta aproximadamente los antropólogos habían estado interesados, ante todo, en desvelar el funcionamiento de los sistemas sociales y culturales. En los modelos utilizados a tal fin (funcionalismo, estructuralismo, modelos marxistas y otros) dichos sistemas se veían en primer lugar como entramados de normas e instituciones que interactuaban entre sí. Las acciones cotidianas llevadas a cabo por la gente se consideraban subordinadas a dichos sistemas y no constituían en sí mismas objeto de estudio prioritario. Al final de los cincuenta y los sesenta ganó terreno un modelo alternativo de sistemas sociales fruto de diversas posturas individuales (LEACH, E.; 1961). Los antropólogos pasaron a interesarse más en los procesos de toma de decisiones y en entender por qué la gente actúa del modo en que lo hace. Desde este planteamiento las explicaciones causales cayeron en desuso al negar la posibilidad de elección, lo cual constituía, precisamente, el mecanismo que los antropólogos pretendían comprender en aquel momento.

Al aumentar el interés en la comprensión cultural que la propia gente tenía del mundo a su alrededor contribuyó a establecer una nueva ortodoxia en la teoría antropológica que todavía hoy persiste de alguna manera. Se puso de manifiesto la gran diversidad de formas en que la gente percibe e interpreta el mundo y ello llegó a ser en sí mismo uno de los objetivos teóricos esenciales de la antropología. En algunas sociedades, por ejemplo, los animales no humanos son 'personas' en la misma medida que los propios humanos mientras en otras son las encarnaciones vivas de espíritus ancestrales, y aún en otras son recursos materiales utilizables en beneficio de los humanos. Suponiendo que sólo exista un mundo real en el que todas las sociedades viven, una diversidad tal sólo podría explicarse como producto de las distintas experiencias personales y sociales de la gente. Los antropólogos llegaron a considerar el mundo como 'modelos' construidos a través de la

interacción social. De ese modo negaban de hecho cualquier diferencia en estatus ontológico entre las perspectivas científicas occidentales y otras cosmovisiones. Una vez que el conocimiento en sí mismo se ve como una construcción social, la ecología, tal como la entiende la ciencia occidental, pasa a ser una 'etnoecología', equiparable a cualquier otra perspectiva que se pueda tener del entorno.

Durante los años noventa el debate teórico dentro de la antropología se ha caracterizado por dos grandes tendencias: una reacción contra el relativismo cultural a ultranza de las dos últimas décadas y un ataque a las dicotomías modernistas entre cuerpo y mente, acción y pensamiento, naturaleza y cultura, que impregnan esta disciplina (y el pensamiento científico occidental en general). Al considerar estas tendencias es necesario traspasar los límites de lo que se ha considerado tradicionalmente como antropología ecológica y plantearse esta disciplina como un todo, lo cual constituye un esfuerzo digno de hacerse ya que es la combinación de estos avances teóricos lo que está definiendo el papel de la antropología en el discurso medioambiental contemporáneo.

Esta forma de relativismo cultural a ultranza, la idea de que todas las culturas son igualmente veraces, se vio reforzada por el concepto de que los modos de ver el mundo son elaboraciones sociales. Esta idea implica que la comprensión que del mundo tiene la gente depende enteramente de su experiencia vivida en una sociedad concreta y que no pueden formarse una visión del mundo excepto a través de las ideas que reciben de los demás. Esto, a su vez, crea la impresión de que las culturas son entidades separadas, de que cada persona comparte su cultura con los que viven en su entorno social pero que no comparte nada con los que viven fuera de él. Una implicación de este tipo plantea dudas sobre la posibilidad de realizar comparaciones por encima de fronteras culturales a la vez que implica que la comunicación entre culturas resulta altamente improbable.

Los antropólogos han reaccionado contra esta forma extrema de relativismo cultural de dos modos distintos. En primer lugar han visto sus implicaciones como una obstrucción al desarrollo de su disciplina. Los antropólogos siempre han hecho comparaciones

interculturales y necesitan continuar haciéndolo para poder establecer generalizaciones, de modo que una doctrina que plantee dudas sobre la validez de tales comparaciones no les resultará de ninguna utilidad. Además, es bien claro que la comunicación por encima de límites culturales no solamente es posible sino que constituye un fenómeno que se repite diariamente, y que se produce a un ritmo cada vez más rápido en el proceso que conocemos como 'globalización'. Algunos científicos sociales arguyen que este proceso erosiona los límites entre culturas y destruye la diversidad cultural, pero si la antropología pretende estudiar el mundo contemporáneo debe ser capaz de plantearse temas globales, y no tendría muchas ocasiones de hacerlo si se hallara lastrada por la idea de que las culturas son o constituyen entidades estancas (APPADURAI,, A.; 1990, HANNERZ, U.; 1990).

En segundo lugar los antropólogos han socavado las formas extremas de relativismo cultural cuestionando la lógica del constructivismo social (INGOLD, T.; 1992). Los modelos no pueden crearse a partir de la nada; requieren cierta materia prima. Si el total de la realidad, tal como la ve una sociedad determinada, fuera una construcción social, entonces, ¿a partir de que se habría construido? ¿Cuál sería la materia prima a partir de la cual los pueblos crean sus propias visiones del mundo? La doctrina constructivista no reconoce ningún mecanismo a través del cual el entorno externo pueda penetrar en el conocimiento de la gente. Ingold (INGOLD, T.; 1992:60) sugirió que podíamos resolver este problema distinguiendo entre la percepción y la interpretación. La gente percibe su entorno directamente en la medida en que se relaciona con él de modos distintos (caminando por el bosque buscando plantas que comer, cultivando un campo, mirando la Luna). La información recibida a través de la percepción se convierte entonces en un objeto de interpretación tal y como se refleja y se comunica a los demás. Las interpretaciones pueden ser "construcciones" de la realidad, pero estas construcciones no constituyen la visión total del mundo de nadie en concreto, ya que parte de ellas se deriva de sus propias percepciones.

¿Dónde sitúa esto el argumento de que todas las culturas son igualmente veraces? Por lo que se refiere a la percepción, la veracidad no se plantea. Las percepciones no pueden ser falsas ya que la gente simplemente percibe lo que penetra en su conciencia. Lo

que luego hagan con esas percepciones a través de la interpretación es un asunto distinto. Muchos antropólogos ciertamente estarían de acuerdo en que algunos modos de interpretar el mundo son más veraces que otros y admitirían que se corresponden más íntimamente con el mundo situado más allá de la comprensión humana inmediata. Pero también pueden hacernos ver que existen dificultades lógicas a la hora de validar la veracidad de las diferentes cosmovisiones, al no existir una perspectiva cultural independiente que pudiera proporcionarnos los criterios para hacerlo.

Si el relativismo cultural a ultranza y su idea asociada de constructivismo cultural están cediendo terreno dentro de las corrientes antropológicas, su versión más 'moderada', aquella que propugna que las culturas sólo pueden comprenderse debidamente desde dentro de su propio ámbito, se mantiene tan sólida como siempre. La segunda tendencia principal dentro del pensamiento antropológico reciente (y dentro de las demás ciencias sociales), que cuestiona las dicotomías entre cuerpo y mente y naturaleza y cultura, constituye esencialmente un argumento contra los marcos universalizadores de la ciencia occidental. Este argumento señala que las distinciones realizadas por el pensamiento científico occidental no se hallan necesariamente presentes en otras culturas y que los antropólogos se arriesgan por lo tanto a tergiversar dichas culturas si las interpretan desde el punto de vista de los modelos occidentales.

Para aquellos antropólogos interesados en cómo la gente entiende su propio entorno, el ataque a las dicotomías modernistas ha resucitado un antiguo debate sobre naturaleza y cultura. Tal como un breve repaso histórico de la antropología cultural acaba de demostrar, siempre ha existido un debate dentro de la antropología sobre la relación entre naturaleza y cultura, pero estos conceptos han variado de significado a medida que los nuevos enfoques teóricos han ido reemplazando los antiguos. En el periodo dominado por el determinismo ambiental lo que se debatía era el modo de actuar de la naturaleza sobre la cultura. Naturaleza y cultura se veían como entidades separadas y se consideraba que la primera moldeaba o constreñía la segunda. En un enfoque basado en el ecosistema, naturaleza y cultura se consideraban partes del mismo sistema integrado, siempre separados pero influyéndose mutuamente. En todos estos enfoques, los conceptos de naturaleza y cultura se

hallaban claramente formados en la mente del investigador como parte del marco de referencia utilizado para dar sentido a sus datos. En los estudios de etnoecología, lo fundamental acabó siendo: '¿cómo se relacionan naturaleza y cultura en las mentes de la gente que estudiamos?' Que estos conceptos se hallan presentes en las mentes de la gente era algo que se daba por sentado. El desarrollo de la antropología cognitiva, a la cual pertenecían los estudios de etnoecología, coincidía temporalmente con el avance del estructuralismo francés bajo la influencia de Lévi-Strauss (1960). Dentro de esta tradición se daba por supuesto que existían ciertas oposiciones binarias (naturaleza-cultura, hembra-macho, noche-día) de naturaleza universal en el pensamiento humano de modo que las descripciones que se hacían de los mundos conceptuales de la gente, particularmente aquéllas originadas dentro de la antropología británica y europea, tendían a reproducir dichas oposiciones. En el decenio de los noventa los antropólogos mantienen su interés en los puntos de vista de la gente pero la cuestión fundamental ha pasado a ser '¿son las categorías naturaleza y cultura universales dentro del pensamiento humano o sólo se hallan presentes en algunas sociedades?'

Actualmente los antropólogos responden de modos distintos a esta pregunta, puesto que algunos están convencidos de que la oposición entre naturaleza y cultura se halla ausente de las cosmovisiones de algunas sociedades. Ingold ha sugerido que las comunidades de cazadores-recolectores no tienen el concepto de naturaleza porque 'el mundo sólo puede ser 'naturaleza' para un ser que no pertenezca a esa comunidad' (INGOLD, T.; 1996: 117) y el modo en que los cazadores-recolectores se relacionan con su entorno les hace sentirse perfectamente cómodos en él. Abundando en el tema, Dwyer (DWYER, P.D.; 1996) ha argüido que la capacidad de una sociedad concreta para desarrollar un concepto de la naturaleza depende de si sus miembros consideran su entorno como un todo integrado o lo dividen en espacios que les resultan familiares y espacios que les resultan extraños, y que esto a su vez depende del modo en que viven en él y lo utilizan. Este autor lo ilustra comparando las comunidades de Nueva Guinea en las que realizó su trabajo de campo. Los habitantes de habla Kubo del pueblo de Gwaimasi dependen en gran medida de los recursos de su entorno, combinando la agricultura con la caza, la recolección y la pesca. El uso que hacen de su entorno lo convierte en algo profundamente familiar para

ellos ya que no hay ningún rincón en él que no esté implicado en recuerdos de uno u otro tipo. Los habitantes de habla Siane del pueblo de Leu, situado a varios centenares de kilómetros hacia el este, utilizan su entorno de un modo distinto. Viven fundamentalmente de los productos que crecen en huertos cultivados intensivamente, y apenas necesitan adentrarse en áreas no cultivadas. Dwyer sugirió que si en el mundo totalmente integrado de los Kubo no existe un ámbito suficientemente diferenciado del mundo humano digno de ser denominado 'naturaleza', el entorno de los Siane contiene suficientes espacios no explotados y no explorados que si podrían denominarse así.

Si el concepto de naturaleza se halla ausente en algunas cosmovisiones, ¿qué podríamos decir acerca del de 'cultura'? Si como algunos análisis parecen indicar estos conceptos sólo se pueden ver en oposición mutua, entonces la ausencia de uno de ellos implicaría automáticamente la ausencia de su opuesto. Dwyer ya sugirió que el tipo de entorno que experimentan los Kubo puede considerarse 'cultural' ya que 'debe comprenderse en su totalidad, como un paisaje de acción e interacción humana' (DWYER, P.D.; 1996: 178). Howell realizó una observación parecida respecto a los Chewong, que habitan en los bosques lluviosos malayos: 'la jungla en su totalidad como un mundo material y espiritual es un espacio cultural, no natural. Se mueven dentro de él con la confianza que se deriva del conocimiento y de la comprensión' (HOWELL, S.; 1996:132). En ambos casos, no obstante, el término 'cultural' lo aplica el investigador, ya que no hay ningún indicio de que los propios habitantes describan su entorno de este modo.

El argumento presentado por Ingold y Dwyer (entre otros) de que el concepto occidental de naturaleza no lo comparten todas las sociedades se basa en un modo determinado de definir la naturaleza como algo opuesto y excluyente de la cultura. Pero podría afirmarse que no sólo este concepto se halla ausente en algunas sociedades no occidentales sino que tampoco representa exactamente los puntos de vista occidentales. Ellen (ELLEN, R.F.; 1996) identificó tres sentidos distintos de entender la naturaleza desde la sociedad occidental: como 'espacio que no es humano' (el mismo sentido en que lo usaban Ingold y Dwyer), como una categoría de objetos y como una esencia interior (Ellen, R.F. op.cit: 105-12). La naturaleza entendida como una esencia interior se aplica tanto a los

seres humanos (en el concepto de 'naturaleza humana') como a los seres no humanos. La naturaleza considerada como una categoría de objetos se suele tomar como excluyente de los productos humanos pero que también puede incluirlos, tal como ocurre en algunas afirmaciones realizadas por algunos activistas medioambientales en el sentido de que la humanidad forma parte de la naturaleza y las actividades humanas y sus consecuencias se hallan sujetas a las leyes naturales. De este modo el concepto occidental de naturaleza es polifacético y ambiguo y no se halla siempre opuesto al de cultura. Ellen adujo que un concepto de naturaleza que incorpore los tres significados puede constituir una base útil para la comparación intercultural. Si, en un mundo de conceptos no occidentales, es posible identificar ideas que se parezcan a uno o más de estos significados entonces podemos decir que un mundo así contiene conceptos de naturaleza que se equiparan y contraponen, en cierto modo, a aquéllos empleados en la sociedad occidental.

El debate actual entre cultura y naturaleza es sintomático de un dilema en que se hallan continuamente inmersos los antropólogos. El modo en que se describe una cultura determinada según disponga o no del concepto de naturaleza, por ejemplo, depende del marco analítico utilizado para interpretar el material de campo. El marco empleado por Ingold y Dwyer conduciría a una descripción distinta del marco empleado por Ellen. Ambos se basan en conceptos occidentales pero definen esos conceptos de modos distintos. Aun y así el afán de demostrar que algunas sociedades no occidentales carecen del concepto de naturaleza fue un intento de escapar a la férula del pensamiento occidental. El debate entre naturaleza y cultura muestra que por más que los antropólogos intenten ser 'sensibles' a los relativismos culturales para comprender las culturas desde su propio punto de vista, su propia disciplina marca un límite a esta pretensión. La comparación intercultural requiere que interpretemos las culturas desde el punto de vista de las ideas importadas desde fuera de estas culturas, y sin comparación no habría generalización posible ya que encallaríamos de nuevo en la imagen irreal y estéril de las culturas consideradas como entidades autosuficientes y separadas.

El debate que nos ha ocupado hasta aquí puede haber creado la impresión de que la controversia entre cultura y naturaleza no va mucho más allá de un juego académico. No

obstante, ello nos conduciría a error ya que los esfuerzos para comprender cómo las distintas sociedades perciben e interpretan sus entornos han dado lugar a algunos descubrimientos importantes. El objetivo de la antropología no es simplemente describir las culturas humanas sino explicar por qué son como son y por qué son distintas entre sí. Con independencia de si conceptos tales como 'naturaleza' y 'cultura' son universales, los modos de comprender el entorno pueden dividirse en dos categorías: aquellos que ven los mundos humanos y no humanos como un continuo y aquellos que los seccionan. Tal como indica el concepto occidental de naturaleza es posible que ambos tipos existan dentro de la misma perspectiva cultural (con la humanidad colocada a veces dentro de la naturaleza y a veces fuera de ella), pero también parece ocurrir que algunas culturas han empleado tradicionalmente sólo una o predominantemente una de las dos formas posibles.

Los antropólogos parecen coincidir en que el modo en que la gente comprende su entorno se deriva de la forma en que lo usan y de cómo viven inmersos en él. En los párrafos anteriores se ha puesto de manifiesto una de las teorías sobre el modo en que se originan las distintas perspectivas ambientales. Dwyer sugirió que un punto de vista totalmente integrado del ambiente en que no haya ruptura entre los mundos humano y no humano se compadecè bien con un modelo de uso de recursos extensivo dentro del cual la gente se familiariza con todos y cada uno de los aspectos de su entorno; y viceversa, una perspectiva que separe el mundo humano del no humano es coherente con un modelo más intensivo de uso de recursos que concentre la actividad humana en el espacio y que por tanto cree espacios que no se usan y que permanecen desconocidos (DWYER, P.D.; 1996). Otras teorías han sugerido que los modos de aprovechar las plantas y las maneras de interaccionar con los animales no humanos son significativos en lo que toca a la formación de las perspectivas ambientales de la gente. En un artículo escrito hace unos años, previo al reciente resurgimiento del debate entre naturaleza y cultura, Coursey arguyó que el cultivo de vegetales, la propagación de las plantas por injertos, acodos y replantación de tubérculos genera una actitud no intervencionista hacia el entorno desde la cual las actividades humanas se consideran como parte del mismo sistema en tanto en cuanto son procesos no humanos. El cultivo mediante semillas, por otra parte, requiere un enfoque más intervencionista que separe las actividades humanas de los procesos en que intervienen

(COURSEY, D.G.; 1978). Más recientemente Ingold ha llamado la atención sobre una diferencia fundamental en el modo en que los cazadores y pastores consideran a los animales no humanos (INGOLD, T.; 1994). Los cazadores interaccionan con sus presas partiendo de una confianza mutua mientras que los pastores controlan las vidas de sus animales robándoles la autonomía sobre la cual se construye la confianza. Así, mientras que los cazadores consideran a los animales seres del mismo tipo que ellos, los ganaderos probablemente consideran a los animales como objetos de dominio humano.

Estas teorías sobre el modo como surgen en el pensamiento humano las distintas formas de comprensión del entorno pueden ayudarnos a dar sentido a la diversidad tanto intercultural como intracultural. Nos llevan a esperar que aquellas sociedades que se ocupen predominantemente de ciertos tipos de actividad económica (caza, recolección, pastoreo y agricultura vegetativa o de siembra) tendrán sus visiones particulares del entorno. También sugieren que las sociedades que tienen muchos modos de interactuar con el entorno tendrán visiones múltiples y complejas del mismo modo que, por ejemplo, la agricultura intensiva propia de las sociedades industriales ha llevado la intervención en los procesos naturales hasta extremos insospechados. Las plantas se cultivan en vastos monocultivos y los parásitos que deberían atacarlas de un modo 'natural' son eliminados con productos químicos. También se utilizan productos químicos para revitalizar el suelo despojados, debido a estas prácticas, de toda fertilidad 'natural'. A la luz de las ideas expuestas anteriormente no debería sorprendernos que actividades de esta índole acompañen visiones del mundo que oponen naturaleza a cultura y consideran el progreso humano como la dominación de la primera por la segunda. Pero las sociedades industriales comprenden muchos otros modos de relacionarse con el entorno, ya que existen modos de cultivar la tierra y de criar ganado menos intensivos. Mucha gente planta sus propias plantas comestibles y ornamentales en huertos domésticos mientras que la caza, la pesca, la observación de animales salvajes, el mantenimiento de animales de compañía, las visitas a los zoológicos y los paseos por paisajes rurales proporcionan distintas visiones del entorno, de lo cual cabe esperar que generen perspectivas diferentes del mismo. De modo parecido tampoco debería sorprendernos que los conceptos de naturaleza en las sociedades industriales sean complejos y ambiguos, tal como cabe esperar que ocurra en toda sociedad

cuyos miembros se relacionan con su entorno de modos muy variados.

Vale la pena hacer una consideración teórica adicional antes de pasar a discutir la relevancia del conocimiento antropológico para el discurso ambiental contemporáneo. Puede parecer que, al desarrollar aquellas ideas debatidas más arriba que relacionan ciertos tipos de actividad con visiones culturales concretas del entorno, los antropólogos han vuelto a una forma de determinismo unidireccional. En vez de las viejas fórmulas como 'los entornos moldean las culturas' y 'los aspectos ambientales concretos moldean rasgos culturales específicos' tenemos ahora una de nuevo cuño: 'los modos de interactuar con el entorno moldean los modos de comprenderlo'. Pero debe reconocerse que ésta es sólo una de las caras de un proceso dual, ya que los modos en que la gente comprende su entorno también moldean su modo de relacionarse con él. Saber que los animales son seres independientes y dignos de confianza conduce a la gente a actuar hacia ellos de un modo determinado; considerar que son objetos para ser sometidos y consumidos por los humanos da lugar a un modo distinto de relacionarse con ellos. Las perspectivas culturales proporcionan, pues, los conocimientos, las suposiciones, los valores, los objetivos y la base ideológica que guía la actividad humana. Esta actividad, a su vez, proporciona experiencias y percepciones que moldean la comprensión que del mundo tiene la gente. El proceso no es unidireccional sino que parece ser dialéctico.

Al examinar el papel de la cultura en las relaciones entre los seres humanos y su entorno no puede darse por sentado que algunos rasgos serán más pertinentes que otros. Las estrategias políticas son importantes en la cabaña de cerdos de Nueva Guinea por su función económica o nutritiva; o el status social y la intimidad puede ser tan importante en el uso que se hace del coche en América como su utilidad práctica. Es nuestra cultura en su globalidad, y no sólo parte de ella, lo que nos sitúa dentro del mundo, lo que le da sentido para nosotros y orienta nuestras acciones; acciones que, cualesquiera que sean, se realicen o no con propósitos materiales, suelen acarrear consecuencias medioambientales.

Es difícil establecer cabalmente de qué formas estos debates llegan a influir en la retórica ambientalista a nivel mundial, o si penetran de alguna forma en los discursos que

sostienen actores sociales dominantes en la arena de política ambiental internacional. Se puede, sin embargo, señalar algunos aspectos de manera breve. Y me parece útil señalar que el eco antropológico en el discurso medioambiental parece ser, una vez más, el remanido tema del relativismo cultural. Pero, si bien no es un postulado práctico suponer que todas las perspectivas culturales son igualmente válidas, la obligación de la antropología es tratarlas a todas como cuestionables por un igual. Esta idea es quizá el punto de partida más constructivo para cualquier relativista cultural 'moderado': no pretender comprender cada cultura enteramente desde sus propios puntos de vista sino intentar entender todas las culturas desde los mismos puntos de vista, como modos de comprender el mundo y no las cosas "como son" (a pesar de que en algunas culturas los modos de ver el mundo se puedan corresponder muy estrechamente con los modos en que las cosas son). En el contexto del discurso ambientalista a escala internacional esto implica, por ejemplo, cuestionar la visión del mundo que define el calentamiento global como un problema, del mismo modo que podríamos cuestionar la visión que lo considera un castigo divino y preguntarnos qué tipos de actividades y de relaciones, de estrategias económicas, de estructuras políticas, etcétera, causan este problema a la vez que se derivan de él.

Algunos especialistas, entre los cuales no todos son antropólogos, ya se han planteado estas cuestiones. Se ha argüido, por ejemplo, que el concepto de biodiversidad y el valor que le otorga la ciencia occidental han contribuido a legitimizar el control de los recursos locales tanto por parte de estados como de empresas comerciales (SHIVA, V.; 1993). Las comunidades locales se han visto así marginadas por una doctrina que se vanagloria de valorar el medio ambiente como patrimonio de toda la humanidad. Ingold (INGOLD, T.; 1993) sostuvo que el concepto de entorno global favorece los postulados de la ciencia occidental en detrimento de las perspectivas que ofrecen las culturas locales. Al describir el mundo como un todo, como un objeto fuera de nuestra comprensión, la ciencia nos dice que su conocimiento verdadero sólo puede obtenerse considerándolo desde fuera, a través de la observación distante. Por contra, las comunidades locales extraen su conocimiento sobre el entorno experimentándolo desde dentro de él.

A través de este tipo de análisis, y tanto si se lleva a cabo de un modo intencionado

o no, los antropólogos participan en la construcción de formas de un discurso ambiental global al mismo tiempo que se enzarzan en sus propios debates teóricos. En el debate ambientalista general existe una importante división entre aquellos que sostienen que los recursos de la tierra deberían controlarse a nivel global a través de acuerdos internacionales y aquellos que creen que son las comunidades locales las que deberían ejercer el control de sus propios recursos (MILTON, K.; 1996). Los antropólogos no están en ningún sentido obligados a participar en este debate ni a adoptar ninguna posición en concreto, si bien de hecho lo hacen, intencionadamente o no, mediante sus ataques a las dicotomías cartesianas y a los marcos universalizadores de la ciencia occidental. Los argumentos de que las distinciones propias de la cultura occidental no son universales dentro del pensamiento humano y que los distintos modos de ver el entorno dan lugar a cosmovisiones particulares a la vez que se derivan de ellas, combinados con la noción, ampliamente expresada tanto por antropólogos como por ambientalistas de que todas las culturas, independientemente de su grado de veracidad, son dignas de respeto, añaden fuerza a una perspectiva localista dentro del debate medioambiental. No sólo las disciplinas académicas no se desarrollan aisladamente sino que tampoco pueden evitar influir en los discursos que se producen fuera de sus límites institucionales.

2.2. La Ecología Política.

Interrogarse sobre la política ambiental implica aproximarse directamente a procesos tan esenciales como la reproducción de los sistemas socioculturales a partir de su articulación con el ambiente y la naturaleza⁵⁶. Lo que una sociedad hace con el entorno, y como consecuencia de ello se hace a sí misma, ha sido una problemática generadora de reflexión y de teoría antropológica.

Por ello, la cuestión teórica acerca de las maneras en que se reproducen los sistemas sociales, según las limitaciones impuestas por sus estructuras internas y por su medio ecológico, tiene una larga tradición como objeto de reflexión en la Antropología. En torno al tema han confluído numerosos investigadores y, desde principios de los años '70 se conformaron dos fuertes corrientes de pensamiento:

- la escuela llamada Ecología Cultural, desarrollada principalmente en los Estados Unidos,
- el neo-marxismo estructural, surgido en Europa como síntesis de diferentes tradiciones sociológicas y antropológicas (aunque no divergentes en la mayoría de los casos).

Ambas han continuado evolucionando, especialmente en los últimos quince años, diversificando enfoques y dando lugar a una importante producción que no siempre toma la forma de un cuerpo teórico acabado y sistemático. Como parte de esta evolución, las denominaciones "Antropología Ecológica" y "Ecología Política" mezclan sus límites, fronteras y hacen difusos los criterios de clasificación. Algunos trabajos fundantes de este último enfoque, especialmente el artículo de Greenberg y Park "Political Ecology", (GREENBERG, J. y PARK, T., orig. 1993), estudios de caso muy particulares (WALLER,

⁵⁶. La teoría de la relaciones de reproducción tiene gran cantidad de trabajos que la constituyen. A la tradición marxista clásica, que es su base principal y desde donde arrancan las elaboraciones características de la Antropología Económica como especialidad, se le suman los avances de autores como Meillasoux (1977) y P. Rey. Pero el concepto de reproducción, como noción explicativa, tiene tres significados distintos: la reproducción humana o directamente biológica, la reproducción del trabajo, y la reproducción sistémica (HARRIS Y YOUNG, 1981). A este último significado, que posee implicancias muy diferentes a los otros dos y que representa un nivel de abstracción más inclusivo, me refiero en el desarrollo de este capítulo.

R., 1994, WIKAN, U., 1995, SHERIDAN, 1995, MINTZ, 1985, EDER, J.F., 1996, DURREMBERG, P.U. ET AL., 1997), las reflexiones de M. Godelier (GODELIER, M., 1976, 1989), compilaciones como la de J.M. Buxó Rey (BUXÓ REY, J.M., 1983) o la más reciente realizada por Roger Keil y otros (KEIL, R. et alia, 1998), la conceptualización de A. Escobar, en la búsqueda de un enfoque antiesencialista de la Ecología Política (ESCOBAR, A: 1999), o discusiones como la de Hornborg (HORNBORG, A.; 1998) y Brosius (BROSIUS, J.P., 1999) son elementales al momento de utilizar una base conceptual actualizada para problematizar las cuestiones ambientales contemporáneas. Especialmente en esta última revisión, Peter Brosius hace un racconto de la proliferación de bibliografía y de los acercamientos teóricos recientes en la producción antropológica sobre el ambientalismo⁵⁷.

La Ecología Política no tiene un corpus homogéneo, por lo que es posible encontrar reflejados en los textos que se encuadran bajo esta denominación diferentes enfoques teóricos. Y esta heterogeneidad ya se presenta desde sus orígenes, perceptible en textos tan disímiles como “La Gran Transformación”, de Karl Polanyi (1989, orig.1944), “Europa y los pueblos sin historia”, de Eric Wolf (1982), o el riguroso y sugerente artículo de Jonathan Friedman (1977), “Tribus, estados y transformaciones”. Sin embargo, es posible ubicar su principal línea de trabajo en torno a la comprensión de las disputas entre diferentes fuerzas en competencia que utilizan relaciones y mecanismos jurídicos para mantener o reestructurar las relaciones sociales, económicas y políticas de una sociedad.

Por esto último, lo compartido en todos los trabajos mencionados es la preocupación por enfocar el análisis en las diferencias sociales en cuanto al acceso a los recursos, el papel de los factores políticos en el uso y gestión de tales recursos, las dinámicas de desarrollo y sus efectos sobre el medio ambiente, y especialmente, la articulación entre contextos locales y globales. Muchos de los autores citados arriba han contribuido claramente a la comprensión de que la degradación ambiental no es un problema exclusivo del capitalismo avanzado occidental, y que en un mundo globalizado las repercusiones de los procesos de

⁵⁷. Sólo el artículo de Peter Brosius, “Analyses and Interventions. Anthropological Engagements with Environmentalism”, publicado en *Current Anthropology* en junio de 1999, cita casi tres centenas de textos que abordan este ámbito de reflexión.

degradación son también globales. Así, para todo el Tercer Mundo, hay que considerar cómo la interrelación entre diversas fuerzas sociopolíticas y la articulación entre estas fuerzas y el medio ambiente afectan a los países y regiones de manera diferencial. Países y regiones que, por su débil posición en el sistema de intercambio, padecen problemas particulares de degradación ambiental, totalmente relacionados con la pobreza, la concentración demográfica y por lo tanto una fuerte presión sobre los recursos.

Al ser estos sus ejes programáticos, este enfoque teórico es la base para trabajar un acercamiento a las políticas ambientales, centrando aspectos principales en la esfera del Estado bonaerense. Siguiendo a Bryant, la Ecología Política toma en cuenta las siguientes áreas de análisis:

"1) Las causas contextuales del cambio ambiental: políticas estatales, relaciones interestatales y capitalismo global. En un mundo en que se incrementa la interdependencia política y económica existe un creciente impacto de las fuerzas nacionales y transnacionales sobre el entorno.

2) El conflicto por el acceso a los recursos: luchas específicas y localizadas en relación al entorno. Muestra cómo los que carecen de poder luchan por proteger los fundamentos ambientales de su existencia.

3) Las ramificaciones políticas del cambio ambiental, es decir, los efectos de las modificaciones ambientales en las relaciones políticas y socioeconómicas." (BRYANT, R.L.: 1992:14)

Atendiendo a lo anterior, es necesario partir de que los procesos de reproducción de una sociedad compleja no son únicamente resultado de condiciones ecológicas y de historias regionales particulares o singulares, superando los enfoques clásicos de la Ecología Cultural (HARDESTY, D., 1977, CAMPBELL, B., 1985, HARRIS, M. 1979, O'MEARA, T., 1997). En ésta se trataban los procesos productivos sin tener en cuenta sus dimensiones sociales y sin conectar los procesos locales con otros de diferente nivel, y además resultaba dificultosa la aproximación histórica al desarrollo del capitalismo en términos globales, como sistema. Para superar esto, en la Ecología Política se enfatizan las

interrelaciones entre la sociedad y los recursos naturales, enfocando los conflictos entre clases y grupos al interior de la sociedad, y analizando los roles que juegan instituciones de diversos niveles (locales, regionales, nacionales e internacionales). Pero este énfasis tiene fuertes divergencias, porque frecuentemente coexisten trabajos que insisten en los límites del crecimiento, en el agotamiento de los recursos y en los efectos negativos del aumento demográfico (resucitando elementos del malthusianismo, v. HARDIN, G.; 1974, 1989), con los que atienden las dimensiones simbólicas y cognitivas en las relaciones entre los seres humanos y su entorno (MORA, S., 1997, SPRETNAK, CH.; 1993, REICHEL DOLMATOFF, G., 1977) y las perspectivas más interesantes y abarcadoras que acentúan las causas sociales y políticas de los conflictos ambientales en el contexto del sistema económico mundial (O'CONNOR, J. 1991, 1993; DURHAM, W., 1995, DODDS, D. 1989, STONICH, S. Y DE WALT, B. 1996, SHERIDAN, T. 1995, DURNING, A.T. Y BROUGH, H., 1993).

Existen, obviamente, muchos conceptos consensuados por la dinámica de avance científico y por el impacto de estos trabajos en el campo de la Antropología. La producción de elementos teóricos, empíricos, divergentes y paralelos de antropólogos enrolados en esta corriente permitieron comprobar y verificar numerosas veces que "*...el aspecto estratégico de la relación hombre-medio es al mismo tiempo el del nivel de las técnicas y el de la estructura de la organización social de la producción.*" (GODELIER, M., 1976:19 y también GODELIER, M., 1967). El peso de esta afirmación recae sobre el hecho de que cualquier investigación (y esto alcanza especialmente a cuestiones vinculadas con la gestión ambiental) debe enfocar las relaciones sociales que permiten articular los procesos de producción y no sólo los pasos puramente técnicos. En este sentido, se trata de superar cierto mecanicismo proveniente de textos clásicos y de interpretaciones derivadas de los mismos, que hacían depender lo simbólico de las relaciones que se construían a nivel infraestructural (v. MARX, K., 1977, MARX, K. Y ENGELS, F., 1976, PAYERAS, M. 1988, REDDY, W. 1997, RIBEIRO, D., 1969)

Cada sociedad posee una modalidad de relación con los sistemas naturales, y esta relación se aparece a los ojos del antropólogo y del científico social en general dotada de

racionalidad intencional. *"Por racionalidad intencional entendemos un sistema de reglas conscientemente elaboradas y aplicadas para satisfacer mejor un conjunto de objetivos que traducen un cierto modo de producción y organización social"* (GODELIER, M., op. cit.:20). Así es que la idea de racionalidad, que ya demarcamos como central para abordar elementos relativos al análisis de políticas ambientales, va tendiendo un puente hacia la expansión de la complejidad que caracteriza cualquier problemática ambiental (LEFF, E.; 2000). Esta complejidad, entendida como *"...un conjunto de interrelaciones no lineales posibilitadas por el acople de saberes, tecnologías, realidades materiales y orgánicas que conviven en tiempos superpuestos..."* (PISCITELLI, A.; 1995: 123), generalmente desborda los límites del pensamiento clásico.

Es que este desborde se produce como proceso/producto del cambio en esta relación estratégica entre la Sociedad y la Naturaleza. Como efecto de la racionalidad dominante construida en el siglo XIX, centrada en la idea moderna de que es posible el control total y la reproducción del polo natural, de que Sociedad y Naturaleza son cosas contrapuestas, con dinámicas y procesos divergentes, de que el "polo social" podía llegar a socializar al "natural" y liberarse de los imperativos biológicos a un grado tal que permitiría ignorar éstos, se llega al inicio del siglo XXI con la emergencia de una "Segunda Naturaleza", tal cual lo planteara el marxismo clásico. Pero, como ésta ha sido producida industrialmente y por lo tanto, *ha pasado de ser un fenómeno exterior (dado "naturalmente" sin intervención humana) a ser una construcción social*, "producida" por las formaciones socio-económicas concretas, imaginada y actuada por sujetos colectivos contextualizados en relaciones sociales historizables.

Lejos de ser un éxito de la Modernidad, Ulrich Beck señala que esta etapa se caracteriza por la emergencia de niveles de amenazas y riesgo globales, sin precedentes y implican la descomposición de toda una modalidad de relación con la Naturaleza:

"El reverso de la naturaleza socializada es la socialización de las destrucciones de la naturaleza, su transformación en amenazas sociales, económicas y políticas del sistema de la sociedad mundial superindustrializada. En la globalidad de la

contaminación y de las cadenas mundiales de alimentos y productos, las amenazas de la vida en la cultura industrial recorren metamorfosis sociales del peligro: reglas cotidianas de la vida son puestas del revés. Los mercados se hundén. Domina la carencia en la sobreabundancia. Se desencadenan riadas de pretensiones. Los sistemas jurídicos no captan los hechos. Las preguntas más evidentes cosechan encogimientos de hombros. Los tratamientos médicos fracasan. Los edificios científicos de racionalidad se vienen abajo. Los gobiernos tiemblan. Los votantes indecisos huyen....”(BECK. U.; 1998:13).

Los alcances de esta situación implican la caracterización de la “Sociedad de Riesgo” (como forma mucho más elaborada teórica y conceptualmente que la noción de “crisis de civilización” que describiera V. Toledo). Las tesis que organizan esta idea son realmente importantes para poder explicarnos el desarrollo de políticas ambientales en sociedades con un imaginario “moderno”⁵⁸, siguiendo al mencionado autor alemán, pueden sintetizarse en los siguientes puntos (v. BECK. U.; op.cit: 28 y ss):

1) Los riesgos generados en el nivel más avanzado de desarrollo de las fuerzas productivas causan daños sistemáticos, frecuentemente irreversibles, suelen permanecer invisibles, se basan en interpretaciones causales, lo que remite al ámbito del saber científico y en el saber pueden ser transformados, ampliados o reducidos, dramatizados o minimizados, por lo que están abiertos en una medida especial a los procesos sociales de definición. Por lo que los medios y las posiciones de la definición del riesgo se convierten en posiciones sociopolíticas clave.

2) Con el reparto e incremento de los riesgos surgen situaciones sociales de peligro, no sólo para la salud colectiva, sino también para los procesos de legitimación del

⁵⁸. La idea con que me refiero a lo “moderno” incluye los procesos de racionalización tecnológica y a la transformación del trabajo y de las esferas productivas, pero también abarca el cambio en las relaciones sociales, en la narrativa de las biografías normales y de los procesos de construcción de la subjetividad, el cambio en las estructuras de poder y en las modalidades políticas de opresión y participación, en las concepciones de la realidad y en la estructuración de nuevos saberes. Es muy común encontrar como sinónimos a los términos “industrial” y “moderno”, cuando el segundo incluye muchos más aspectos que el primero.

status jurídico, para la propiedad y para los procesos de acumulación. Se traducen en nuevas desigualdades internacionales que no respetan las fronteras ni las competencias de los Estados nacionales, y no sólo entre los países industrializados y el Tercer Mundo.

3) Los riesgos producidos por la Modernización son motivo, a su vez, de nuevos desarrollos económicos, oportunidades de inversión y de instauración de nuevos circuitos de acumulación.

4) Se puede poseer las riquezas, pero por los riesgos se está afectado: son asignados civilizatoriamente, alcanzan a sujetos de todos los estratos, clases y capas sociales, y el saber sobre esta temática adquiere un nuevo significado político: se van dando mecanismos de propiedad sobre este saber acerca de los riesgos colectivos.

5) Los riesgos reconocidos socialmente desatan el potencial político de determinados sujetos colectivos. Se verifican influencias en el ámbito del management empresarial, en la gestión, en la planificación de la producción, en diversas esferas, en la medida en que los eventos catastróficos se vuelven el estado normal.

Algunos de estos elementos, sobre todo los referidos a la importancia de la construcción colectiva de los riesgos, fueron trabajados también por Mary Douglas, en colaboración con A. Wildavsky, a principios de los '80 (DOUGLAS, M. ;1982, DOUGLAS M. Y WILDAVSKY, A., 1982). Con marcado sesgo durkheimiano, insiste en el origen social de las representaciones acerca del riesgo y en el hecho en que los riesgos que más se temen no son necesariamente los mayores, dado que la selección de una "cuestión problemática" (en este caso, las formulaciones del ambientalismo norteamericano de los '60) está culturalmente determinada. Personalmente, sin dejar de reconocer este antecedente y sus bases teóricas, que después se profundizarán, creo que la "problemática ambiental contemporánea" tiene una existencia objetiva: la contaminación y la desestructuración de los ecosistemas, las catástrofes de diferente tipo producidas por los

efectos no deseados de la Modernidad, y también los riesgos que sufren los seres humanos, son elementos concretos. Su “existencia” no depende sólo de que tengamos percepciones y discursos sobre ellos, si bien es cierto que éstos pueden ser muy diferentes aún cuando enfoquen o describan procesos iguales.

Por eso el concepto de “Sociedad del Riesgo” aparece mucho más completo para nuestro trabajo en los próximos capítulos, por cuanto reconoce las dimensiones políticas, epistemológicas y fundamentalmente productivas de la articulación Sociedad/Naturaleza. Hay consenso conceptual en que lo simbólico y lo material son insolubles analíticamente, y no sólo en lo que respecta al abordaje de las denominadas “sociedades complejas”, sino en lo referente a toda la experiencia humana. Es que esta separación también tiene que ver con la tradición moderna de construcción de conocimiento, por cuanto la escisión entre lo ideal y lo material (presente ya en el pensamiento griego clásico) y la separación entre el sujeto que conoce y el “objeto” son dos aspectos esenciales para entender la polarización entre lo humano y lo natural. Y esto no es sólo un problema de los países desarrollados, ya que en un mundo global, las formas en que se encadenan las diversas modalidades de producción, las instituciones, las articulaciones tecnológicas y las relaciones sociales que las definen no sólo se localizan “geográficamente” en las sociedades modernas. El impulso dado a intentos de industrialización en el Tercer Mundo, y específicamente en países como Argentina, ha hecho que la racionalidad que organiza esta modernización se mantenga dominante, aún cuando el paso a una sociedad de industrialización avanzada no se ha resuelto. Por eso es útil, como veremos en próximos capítulos, la noción de Sociedad de Riesgo, junto con la relación con la idea de “modernización reflexiva” (BECK, U.; GIDDENS, A. Y LASH, S., 1994).

2.3. Recortando lo ideológico.

El hecho de que la Naturaleza haya sido reificada como categoría de análisis, según la evolución de la tradición científica moderna, obliga a un replanteamiento de las visiones que le asignan un rol pasivo, en tanto se la piensa sólo como espacio y como entorno, o se la reduce simplemente a un reflejo en la conciencia del sujeto.

En esta perspectiva, en la Antropología se han elaborado trabajos superadores de la dicotomía arbitraria entre Naturaleza/Sociedad. Por ejemplo, las interpretaciones que algunos etnólogos han hecho de las sociedades amazónicas a partir de sus representaciones del espacio, de la persona y de los procesos orgánicos, que muestran la importancia del medioambiente y de la corporeidad en la estructuración de los modelos indígenas de la vida social (SEEGER, A. et alia, 1979:2-19, ALBERT, B., 1997). Se toma como central la cuestión de los sistemas de representaciones que los miembros de una sociedad determinada se formulan sobre el medioambiente. Es a partir de estas representaciones que los individuos y grupos actúan sobre el medio, y al hacerlo, sobre su sociedad. Por lo que no se niega el papel fundante del pensamiento sociológico clásico francés, fuertemente influido por bases conceptuales ancladas en la filosofía, pero se acepta la propensión al cambio en los sistemas de representaciones.

Una buena síntesis en torno al enfoque de los sistemas de representación del medio natural como objeto de análisis la realiza un etnólogo norteamericano en un trabajo sobre los Beduinos de Libia:

" Es sorprendente la manera en que la organización social beduina, que no es uniforme, se correlaciona en gran parte con la variabilidad ecológica. Dar cuenta de la variabilidad en la organización social beduina implica dar cuenta , por lo tanto, del rol de la ecología en la sociedad beduina. En un nivel de anécdota es fácil focalizar en el caso excepcional, pero éste no es el problema que muestra el impacto dual de la ecología de Cyrenaica y de los

sistemas conceptuales beduinos sobre su misma conducta. El problema es presentar el material etnográfico en un marco teórico que trate la variabilidad como un fenómeno ordenado y que no enfatice ni la ideología ni la ecología como fundamento a priori" (BEHNKE JR., R.H., 1980:180)

El postulado de la existencia de formas de representación colectivas que actúan a la manera de constricciones e incentivos, influenciando la toma de decisiones por parte de los agentes sociales, opera desde una de las bases de este esquema de trabajo. Una representación social no es simple reproducción de una cosa, no es la copia de la realidad. Como entidad que fusiona imágenes y conceptos, adquiere el carácter de construcción social, conllevando en su circulación aspectos de autonomía y de creación individual y colectiva. La representación:

"...siempre conlleva algo social: las categorías que estructuran y expresan, categorías tomadas de un fondo común de cultura...son categorías de lenguaje." JODELET, D., op.cit.:478).

Las diversas ópticas en torno al concepto lo abordan de múltiples maneras, entre ellas se cuentan su reducción a la actividad cognitiva de los sujetos; el pensar la representación social como una forma de discurso de los sujetos sobre la sociedad; la acentuación en la práctica social de los sujetos y la representación como "reflejo" de las normas derivadas de su posición; e incluso perspectivas más sociologizantes que hacen de los sujetos portadores de determinaciones sociales y a la representación social un redoblamiento analógico de los juegos entre relaciones sociales.(V. FAIRCLOUGH, N., 1993; FAYE, J.P., 1994,)

Las representaciones sociales se estructuran basadas en particulares constreñimientos y a su vez generan nuevos constreñimientos e incentivos. Su actividad es, por lo tanto, generadora de conflictos y contradicciones, La condición de reproducción de un sistema no es la ausencia de contradicciones en su interior, sino la *existencia de una*

regulación de esas contradicciones.

En términos de la problemática ambiental contemporánea, y en un sentido aún más amplio, en términos de las maneras en que la Sociedad estructura sus relatos acerca de la Naturaleza, *las representaciones sociales constituyen la materia prima para trabajar la continuidad opacidad/transparencia, o sea, los tipos de información que un sistema social muestra acerca de sus propiedades estructurales.*

Recurrir al concepto de representaciones nos lleva a ubicarnos en un punto intermedio con referencia a un concepto siempre problemático de recortar, debido a la polisemia que lo constituye actualmente. El concepto de “ideología” tiene múltiples y variadas acepciones, muchos rasgos que se solapan y muchas veces se contradicen u oponen. Pero, a diferencia de quienes descartan su utilización por imprecisa, me parece necesario hacer el esfuerzo por recorrer algunos elementos centrales para su construcción, centralizando el análisis en la vasta tradición marxista.

La teoría marxista clásica sostiene que en toda sociedad existen tres niveles: el económico, el jurídico-político y el ideológico, articulados entre sí de una manera compleja. La ideología, al cohesionar a los individuos en sus papeles, en sus funciones y en sus relaciones sociales, es parte de esa articulación compleja, ya que al mismo tiempo en que se la describe como ubicada en el nivel “superior”, las ideas que la integran están presentes en los otros dos niveles. La ideología impregna todas las actividades del hombre, y contiene una diversidad de elementos que no son percibidos por los hombres enmarcados en sus relaciones de clase. Es indiscernible de la experiencia de las personas, por lo que los aspectos prácticos de esa experiencia, llevados a la conciencia, también se van constituyendo en una ideología.

El nivel ideológico está constituido por dos tipos de sistemas: los sistemas de ideas y representaciones sociales, y las actitudes y comportamientos sociales. Los primeros abarcan las ideas políticas, jurídicas, morales, religiosas, estéticas y filosóficas que sostienen los hombres en una sociedad determinada. Es lo que desde el sentido común se ha

entendido en los últimos dos siglos por “ideología”. Para el marxismo, no son representaciones objetivas o científicas del mundo, sino representaciones de elementos imaginarios, que pueden contener algunos aspectos de conocimiento ingenuo sobre la realidad, pero que están mezcladas con los deseos, las esperanzas, las nostalgias, etc.. Su función es la de adaptar a los individuos a la realidad. Mientras que las actitudes y comportamientos sociales tienen que ver con los hábitos y las prácticas aprendidas en la relación directa con el mundo y con otras personas, y no siempre son coincidentes, (no siempre según el marxismo), ya que entre las representaciones sociales de las personas y las acciones que desarrollan no existe una relación de identidad, sino que también puede haber contradicción.

Por lo que los aspectos relacionados con los comportamientos también nos dicen algo acerca de los aspectos ideológicos, pero la dialéctica que existe entre representaciones y prácticas hace que se modifiquen constantemente unas y otras y no precisamente de manera mecánica. Por lo que, de manera muy frecuente y casi general, las ideas y representaciones ocultan las prácticas de los sujetos, y generan una visión de parte o del conjunto de la sociedad que no se co-responde con su estructura objetiva⁵⁹. Sin embargo, en los escritos iniciales de Marx, la afirmación de que las ideas dominantes en una época histórica son siempre las ideas de las clases dominantes, adolece de cierto mecanicismo, si bien en “La Ideología Alemana” reconoce que las diferentes tendencias ideológicas que expresan las representaciones sociales de las diferentes clases (burguesía, pequeña burguesía, proletariado) se dan en el marco de una estructura social cambiante.

En el capítulo IX del libro III de El Capital, Marx expresa claramente el origen del carácter deformado y falseado de las representaciones ideológicas, en relación al ocultamiento del proceso económico que se dan a partir del precio, del valor y de las relaciones sociales que no se hacen presentes a la conciencia de los agentes en la

⁵⁹ Es lo que en la conceptualización de Godelier aparece como el juego entre la opacidad y la transparencia, relacionado con las modalidades con que la ideología permite que los sujetos conozcan o tengan información acerca de las propiedades de la estructura social. Ver. Godelier, Maurice. Lo ideal y lo material. Pensamientos, sociedades. Madrid, Editorial Taurus, 1989.

objetivación mercantil (el factor principal de ocultamiento es la confusión entre plusvalía y ganancia, que se presentan por igual al capitalista y al obrero).

Toda esta gran variedad de acepciones deviene de la construcción histórica del concepto. Originado durante los debates del Iluminismo, refiere inicialmente a una “ciencia de las ideas”, reivindicando de manera clara la Razón. Más tarde, se van popularizando significados que recortan este alcance inicial, utilizando el término como equivalente a dogma, a pensamiento tramposo, charlatanesco, y más tarde como conjuntos de creencias. En las formulaciones de Marx también hay varias acepciones, en principio planteando la ideología como conjuntos de creencias ilusorias (en “La ideología alemana”) o como “falsa conciencia” (en “El Capital”) proveniente del proceso de fetichización de la mercancía. Lo más vulgarizado del marxismo en relación a la ideología se encuentra en la famosa metáfora del “edificio”, en la cual la ideología es de orden superestructural, y ha sido construida como reflejo de las instancias infraestructurales, a partir de las relaciones sociales de producción. Pero estas formulaciones son el origen de tres claras tradiciones marxistas en el análisis de la ideología:

- a) una vertiente historicista, basada en los trabajos de Georg Lukacs (LUKACS, G., 1985). Para esta vertiente, la ideología es el punto de vista de una clase social, una visión fragmentaria y competitiva (definida por la lucha de clases), de carácter mitificadora de la realidad y que requiere la elaboración de falsas ideas para ocultar las relaciones de explotación. Pero puede haber ideologías más abiertas y liberadoras (las de los trabajadores). Lucien Goldmann (GOLDMANN, L. 1988) aporta que cada clase social define nociones y visiones acerca de la realidad, pero no puede construir una cosmovisión que abarque la totalidad social. La ideología pasa a ser un horizonte cognitivo que requiere polarizaciones para que las clases sociales puedan disputar la apropiación social de la riqueza colectiva. Las visiones más interesantes y que se centran específicamente en la esfera cultural comienzan con Antonio Gramsci (1997) y la atención que éste le presta al concepto de “hegemonía” (dirección + consenso), que explica porqué las clases dominantes, a través de ideas, prácticas

e instituciones, pueden ordenar y dominar hasta cierto punto la vida de los sectores subalternos. Estos resisten de muchas formas, construyendo visiones y prácticas desde las cuáles explican y articulan fragmentos de una realidad “alternativa”. El dinamismo de estas visiones de la ideología, que son asimiladas a una cosmovisión o “visión del mundo” que tienen los sujetos que pertenecen a las diferentes clases sociales abre perspectivas para numerosos autores, entre los que se destaca Raymond Williams (WILLIAMS, R.; 1980), quién teoriza la relación entre ideologías y cultura, planteando a las primeras como una forma de dominación cultural, que coexisten y luchan por la primacía en la interpretación de la realidad, pero que no pueden plantearse como algo mitificador y engañoso. El lugar de la cultura en este esquema tiene que ver con su importancia en cuanto que proporciona los aspectos simbólicos que configuran toda la sociedad, y no sólo las relaciones de dominación. Estos planteos fueron ampliados por otros autores, como Ellen Meiksins Wood (MEIKSINS WOOD, 1997), al plantear que la hegemonía co-determina tantos aspectos como la economía, con lo que, a partir de esta visión se cuestiona la metáfora del “edificio”, en la cual la ideología aparece determinada por la infraestructura económica. Williams cuestiona también algunos trabajos de Mannheim, de la década del '50, que explican a la ideología como una cuestión relativa a la construcción social, una vertiente constructivista que estudia las modalidades de construcción del conocimiento sobre la realidad. Los trabajos de los historiadores marxistas ingleses, sobre todo de Perry Anderson, Eric Hobsbawn y E.P. Thompson describen y problematizan de manera muy rica las transformaciones del capitalismo inglés, abriendo camino para los análisis profundos de Robert Brenner (BRENNER, R.; 1998), en los que los cambios ideológicos tienen un papel relevante como limitantes o catalizadores de las transformaciones en la dinámica de acumulación.

- b) El denominado “humanismo marxista”, fundamentalmente centrado en los teóricos de la Escuela de Frankfurt, enfoca la cuestión de la ideología como componente esencial de la dominación que ejercita la burguesía. Para explicar

esta dominación, el análisis de los teóricos de la Escuela de Frankfurt no analiza ni las prácticas ni las instituciones, sino los mecanismos simbólicos totalizantes y los conceptos omnicomprensivos sobre los que se funda la dominación burguesa. Teodor Adorno (ADORNO, T. ; 1994) conceptualiza la ideología burguesa como un totalitarismo homogeneizador, y en la misma línea Walter Benjamín plantea que las ideologías iluministas son encubridoras, ya que lo que se presenta como Razón modernizadora es, en realidad, barbarie. Horkheimer desarrolla, en su crítica de la Razón, la cuestión de la razón instrumental como el origen de todos los fetichismos y ocultamientos de los procesos de trabajo y de explotación, y Herbert Marcuse (MARCUSE, H.; 1983), al criticar los aspectos negativos de la unidimensionalidad de las categorías económicas, la explotación y alienación que causan en los sujetos sociales, destaca que las tecnologías del capitalismo contemporáneo (escriben en la década del '50-60) eran un factor esencial para explicar la dominación a través de lo ideológico. Los análisis de la industrialización de la cultura de masas y de la información como mercancía son una crítica que no recoge las contra-hegemonías que se van gestando, desde las clases obreras y desde los sectores subalternos de todo el mundo, contra los sectores que tienen el dominio tecnológico en el capitalismo de ese momento histórico. Posteriormente, el último de los teóricos de la Escuela de Frankfurt, Jürgen Habermas (1973, 1989), plantea que a la razón instrumental debe oponerse un "racionalidad comunicativa", centrada en los paradigmas del entendimiento y del consenso, y que abre una nueva vía de discusión del relativismo filosófico.

- c) La corriente marxista-estructuralista, encabezada por Althusser (1970, 1988) y su contraposición polar entre ciencia vs. ideología. En esta vertiente, la ideología aparece como una práctica de la dominación ejercida en el marco de la relación de clases, y ejercida por los aparatos ideológicos del Estado (justicia, medios de comunicación, escuela, etc.). Esta concepción plantea que la ideología está determinada "en última instancia" por la base material de la sociedad, lo que implica reconocer cierta autonomía del nivel superestructural donde se ubica lo

ideológico. En esta dirección se encuentran también los trabajos de Nicos Poulantzas (1994), quien destaca que las ideologías sólo son inteligibles a través de su estructura, entendiendo por ello tanto los contenidos como las articulaciones y las modalidades de combinación con otros elementos en el seno del sistema social. Son estas modalidades de combinación las que definen su significado y función. Por eso, para esta corriente, las cuestiones subjetivas son una manera elemental de comprender los elementos de la ideología, ya que ésta siempre es colectiva, y las “regiones dominantes” (o sea, los núcleos de pensamiento que son el centro de la superestructura en cada sociedad, por ejemplo la religión, la filosofía) poseen una doble determinación: en una primera instancia, la determinación interna a la estructura ideológica, y en última instancia, la determinación de la base material de cada sociedad.

Obviamente que la herencia marxista es muy fuerte en la antropología y en las ciencias sociales en general. Puede verse en autores como Pierre Bourdieu (1991, 1995), quien utiliza términos equivalentes a ideología, como “violencia simbólica” y “doxa”, y también trabaja con la noción de “campo” en vez de la idea de aparato, aunque hay diferencias importantes en el sentido de un fuerte rechazo a la idea de determinismo infraestructural. También en otros antropólogos marxistas franceses como Claude Meillassoux (1977) o Philippe Rey, que aplican categorías marxistas a las sociedades preindustriales, encontrando contradicciones fundamentales en el dominio y la explotación sobre las mujeres que ejercen los hombres de las sociedades que estudian. El ya mencionado Maurice Godelier plantea que la ideología también puede funcionar como relación de producción, recurriendo a las etnografías de las sociedades andinas para demostrarlo.

Gran parte de las nociones acerca de la ideología se han difundido desde sectores política y académicamente opositores al proyecto de hegemonía socialista. Por lo general, las nociones utilizadas por los opositores al marxismo se han expresado en términos de “conciencia”, de “sistemas de ideas” o simplemente de “ideas”, lo que nos lleva en la

dirección del idealismo (v. Guariglia, o., 1986⁶⁰). Por lo general, estos enfoques no tienen en cuenta la relación entre la ideología y las posiciones en la estructura social de los agentes que las sustentan. Pero carencias similares pueden encontrarse entre las definiciones más tradicionales, como las que entienden a la ideología como “la forma en que el significado sirve para sustentar relaciones de dominio” (Thompson, J.B.:, 1984; Manning, d., 1980), pero como las definiciones de este tipo dejan afuera a las modalidades de pensamiento de los grupos que no son dominantes, reciben muchas críticas.

Igualmente las nociones provenientes del pensamiento marxista clásico, que parten de la idea de conceptualizar a la ideología como “falsa conciencia”, noción popularizada por Marx desde “La ideología alemana”, reciben un abanico de críticas que van desde la lógica (¿qué criterios para establecer lo falso y lo verdadero?), pasando por la epistemología (¿puede haber alguna forma de conocimiento humano totalmente verdadera y permanentemente correcta?) hasta en sus aspectos políticos (¿qué grupos definen y poseen la conciencia verdadera?). Estas críticas tienen derivaciones extremas: teóricos marxistas como Alex Callinicos (1985), John Elster (1992) o Göran Therborn (1980) sostienen que esta concepción debe ser totalmente abandonada.

También son frecuentes otras perspectivas acerca del concepto, como la sostenida por Richard Rorty (1994), que sirve para el intento de fundamentar un nuevo elitismo intelectual, debido a que el autor norteamericano sostiene que las masas asumen a fondo todas las creencias, y los intelectuales (reconociendo su falsedad), toman siempre distancia. Para Habermas (1984), la ideología es la “comunicación deformada sistemáticamente” (lo que plantea el problema de contener las deformaciones que escapan a la voluntad de los emisores y al “ruido” en los procesos comunicativos), mientras que para L. Althusser la ideología no debe reducirse sólo a sus aspectos racionales, sino que a las relaciones e

⁶⁰. Hay quien intenta reducir, de manera excesivamente simplificada, la polisemia del concepto a sólo dos aspectos: “A pesar de su apariencia unitaria, se trata en realidad de un término homónimo, que posee al menos dos grandes significados opuestos entre sí: I “ideología es un conjunto ordenado de ideas y valores referente a la acción, tanto individual como política, compartido por un determinado grupo social, II “Ideología es una concepción errónea de la realidad social” (GUARIGLIA, O. 1986:15). Este reduccionismo inicial, tal vez a fines clasificatorios, no nos parece eficaz para el objetivo de analizar ámbitos de políticas complejos.

inconscientes con el mundo, a los modos en que estamos pre-reflexivamente ligados a la realidad social.

La idea gramsciana de la ideología como “visión del mundo” o “cosmovisión” tiene la utilidad de ubicar ejes analíticos en procesos colectivos, y reparar en la dimensión del conflicto y en las relaciones de poder cambiantes y no totalizadores. Le presta atención a la resistencia de los sectores subalternos y los procesos de construcción de alternativas a la dominación mediante diferentes prácticas, institucionalizadas o no. El concepto de hegemonía es de mucha fertilidad para analizar procesos dinámicos y la inestabilidad política en las formaciones sociales, y de hecho es constantemente aplicado, tanto en perspectivas analíticas a escala macrosocial como en el estudio de procesos locales.

Y también resulta útil concebir la ideología como un conjunto particular de efectos en el seno de discursos sociales. Si ejemplificamos con cuestiones relativas a lo ambiental, la “ideología” que sustenta el conservacionismo moderno (originado principalmente y de manera institucional en EE.UU. y que generó las políticas de creación de parques nacionales a fines del siglo pasado) acerca de la Naturaleza pristina se basa en un discurso que describe particularmente referencias estéticas, distinciones operativas e instrumentales, recortes comparativos (casi siempre trazados de manera “gruesa”, con adjetivaciones polares) entre la esfera de la cultura y el “mundo salvaje”, etc.. Y este discurso no tiene de particular el lenguaje en sí, ya que sus términos pueden ser formalmente comunes a los de otras ideologías, sino los *efectos de cierre* que produce, los significados que se fijan en posición dominante y los significados que quedan omitidos o directamente excluidos. Así, en contextos de producción concretos, la Naturaleza puede aparecer como un mundo armonioso, cargado de adjetivaciones que remiten el sentido a nostálgicas y melancólicas etapas de una “convivencia” entre hombres y otros seres vivos, cerrando la interpretación a significados más relacionados con el conflicto y con la crisis y el cambio permanentes⁶¹.

⁶¹En el ya citado texto de Carlos Reboratti, hay excelentes referencias a los encubrimientos ideológicos con que los conservacionistas protegían discursivamente grandes áreas al tiempo que sostenían prácticas depredatorias, hacia fines del siglo pasado. Pero una fuente de “primera mano” donde se aprecia esta perspectiva ideológica mucho más aggiornada es el texto “One for The Earth. Journal of a Sierra Club President”, escrito por Susan D. Merrow. Se trata del diario de una “esposa y madre” de Nueva Inglaterra (USA) que describe todo el proceso de trabajo como

¿Cómo es que podemos dar cuenta de esto, al analizar procesos concretos de producción de sentido?. En función de los ejes planteados aquí, es necesario apoyarse en la perspectiva de investigación abierta por las corrientes que han tomado el análisis del discurso como instancia de producción de conocimiento. Sobre la base de que el discurso y las representaciones sociales no existen al margen de sus usuarios en un momento histórico y social determinado (tomando un camino diferente del que proponen aquellos principios derivados de la idea de que “la sociedad está constituida por infinitos juegos de lenguaje”) y que los sujetos sociales no eligen libremente el juego que desean jugar, (en este caso los conflictos en el seno de lo que se recorta como “la problemática ambiental contemporánea”) se abren instancias de acercamiento al análisis de las prácticas de los diferentes actores que se desenvuelven en la arena de la política ambiental provincial.

Es importante fijar en términos conceptuales algunos elementos básicos. En primer lugar, el aporte de V. Voloshinov en cuanto al carácter material del lenguaje y a que éste es expresión material de la conciencia, íntimamente relacionado con lo social, con la forma de pensamiento, con la percepción de la realidad, con la forma de organizarnos los seres humanos, etc. (VOLOSHINOV, V.; 1926). Pero, como las formas lingüísticas no son transparentes con respecto a la conciencia, los discursos deben remitirse al momento histórico concreto en que pueden ser registrados. Y que el valor de las afirmaciones depende también de las posiciones sociales que ocupan los sujetos que la sostienen.

Como veremos más adelante, en la compleja arena de la política ambiental las posiciones que ocupan los actores no son todas equivalentes. Ni el poder ni los recursos de cualquier tipo están redistribuidos equitativamente. Por lo tanto, el concepto de “discurso dominante” está habilitado para su uso, si se lo entiende como un sistema social de referencias semióticas:

presidente del Sierra Club, una de las entidades conservacionistas más importantes de los EE.UU.. Es, al mismo tiempo, una crónica de lo que significa la profesionalización de la política medioambiental en una sociedad capitalista avanzada, de las prácticas y de las relaciones sociales que se van construyendo y deconstruyendo permanentemente, en marcos de alianza muy dinámicos. (v. MERROW, S. and RICKERBY, W., 1992). Pero, desde otra perspectiva, las ideologías y actitudes conservacionistas pueden verse como otra cara de la mercantilización de la naturaleza, una respuesta emotiva a las consecuencias de la expansión semiótica del capital..

“...está compuesto por un conjunto de signos ideológicos, con un determinado valor, en torno de los cuales giran todas las demás significaciones sociales potencialmente válidas...es válido no sólo en nivel individual, para cada uno de los miembros de una comunidad, en la medida en que el discurso dominante forma parte del sistema de creencias de todos los miembros de una comunidad...” (RAITER, A. 1999:26).

Supone una iniciativa discursiva en el nivel social: podrán aparecer otros discursos pero serán comprendidos desde el discurso dominante. No sólo esto, sino que todo otro nuevo discurso, en tanto no cuestione la legitimidad de los valores de los signos impuestos, pasará a engrosar el discurso dominante.

A partir de aquí aparecen vías analíticas que tienen importancia para dar cuenta del carácter reproductor del capitalismo que tienen ciertas posiciones (discursos, y también prácticas) sostenidas por los actores de la política ambiental. La visibilidad mediática de los organismos internacionales con competencias específicas en la temática y la conformación de un régimen de política ambiental a escala internacional (v. ALTVATER, E.; 1998 a) nos permite acceder a ejemplos sobre la producción de discursos que tienden a imponer sistemas de referencias cuya legitimidad, generada históricamente por los conflictivos procesos de estructuración de relaciones sociales, se muestran vulnerables a los conceptos expuestos en este marco teórico.

También es necesario reparar específicamente en nociones como la idea actual de “Naturaleza” (referenciada a significantes opuestos a las ideas de modernidad y desarrollo industrial), o conceptos como “capital natural” o “stock natural”, las que se comportan, emitidas o presentes en los discursos de ciertos actores, como signos ideológicos que amplían la posibilidad simbólica de intercambiar dominios de la realidad imposibles de mercantilizar para otras sociedades ⁶².

⁶²Y obligan a conocer los elementos básicos de otras discusiones, como por ej. las sostenidas en el seno de la corriente denominada “Ecología Industrial” acerca de los procesos de

Una de estas vías analíticas se concentra en torno a la noción de “*formación discursiva*”. Un buen punto de partida, coincidiendo plenamente con Foucault (1972) en que no existe posibilidad real de un “primer discurso”, es decir, que todo discurso no puede hacer otra cosa que responder, completar o discutir discursos anteriores. Así es que se forma una red de discursos, una formación discursiva, que autocontendría sus referencias al discurso dominante y contendría los discursos “opositores”, “alternativos”, “subordinados”, etc.. Pero, como señala A. Raiter:

“Sin embargo, este diálogo no se realiza de modo simétrico, no todos los discursos mantienen la misma relación entre sí. Aún manteniendo diferentes - o similares - distancias con respecto al eje de referencias, algunos discursos tienen la posibilidad de proponer y otros solamente la de responder” (RAITER, A. ; 1999: 66).

En este sentido, los discursos de los actores que concurren a esta arena de conflictos que es la política ambiental encajan también con lo que más adelante afirma el mismo autor:

“El discurso dominante no forma parte, en general, de un dispositivo autoritario: no excluye nunca, sino que, por el contrario, incluye siempre. Su fuerza no radica en la supresión de otros discursos sino en poder clasificarlos otorgándoles grados de verosimilitud. Cuando esta operación queda realizada, todos los discursos tienen un lugar asegurado en la circulación social, lugar que incluye su clasificación, su rotulación como portador de un contenido verosímil o inverosímil, anticuado o moderno, por ejemplo. Siempre estas clasificaciones están realizadas sobre la base de una distancia virtual del eje de referencias que el discurso dominante impone. Como tal, todos los discursos refuerzan el sistema de referencias, es decir, consolidan los significados, los valores de los signos, otorgando, como

máxima diferenciación posible, una perspectiva afectiva (no necesariamente verosímil) diferente.” (RAITER, A., op.cit.:67).

Trazar algunos aspectos centrales del discurso dominante no requiere concentrarse en el análisis de proposiciones, sino abordar las socio-históricamente variables formaciones discursivas (algunas veces referidas directamente como discursos y entendidas como sistemas de reglas que hacen posibles ciertos enunciados pero no otros en determinados momentos, lugares e instituciones). En términos de lo que Foucault sostiene:

“una formación discursiva consiste en una serie de reglas de formación para el conjunto particular de enunciados que pertenecen a aquella, y más específicamente reglas para la formación de modalidades enunciativas y posiciones de sujeto, reglas para la formación de conceptos y reglas para la formación de estrategias” (FOUCAULT, M. 1972, cit. En: ZULLO, J. ET ALIA, 1998:36).

Para entender la conformación de una formación discursiva, un paso importante es la formación de objetos del discurso, entendiendo a éstos como objetos de saber, entidades que disciplinas particulares o ciencias reconocen como campos de interés y que toman como objetivos en sus investigaciones. La unidad de un objeto de discurso está basada no tanto en la permanencia y unicidad de un objeto, como en ser el “lugar” en el que varios objetos emergen y son continuamente transformados. Es posible plantear entonces una relación analítica entre la crisis ambiental, entre la emergencia de “nuevos saberes” y entre el proceso de globalización de la cultura y la incorporación de nuevas agendas políticas, de conceptos, lenguajes y paradigmas⁶³, etc.. Mirando la cuestión desde nuestra sociedad, la producción simbólica en torno a las cuestiones ambientales encaja con lo siguiente:

⁶³Y en este punto no considero necesario extenderme por la enorme cantidad de bibliografía que se ha producido en las últimas dos décadas del siglo centrada en el análisis de la globalización y sus implicancias. Baste señalar algunos textos, como por ej. Appadurai, A. 1991; Bozzano, H., 2000; Castells, M., 1998, Escobar, A. 1997, Finkelievich, S. , 1996, García Canclini, N. 1989, 1990, 1995, Gerstein, D.R., 1987, Hannerz, U., 1980, 1992, Harvey, D. 1989; Kearney, M. 1995; Lefebvre, H., 1974, Nash, J., 1985; Piqueras Infante, A., 1997; Sica, P. 1977; Truillot, R., 1988, Wallerstein, I., 1980, Worsley, P. 1990.

"...Por primera vez en la historia, en esta segunda mitad del siglo XX, la mayor parte de los bienes y mensajes que se reciben en cada nación no se han producido en su propio territorio, no surgen de relaciones peculiares de producción, ni llevan en ellos, por lo tanto, signos exclusivos que los vinculen a la comunidad nacional, sino otras marcas que más bien indican su pertenencia a un sistema desterritorializado..." (GARCIA CANCLINI, NESTOR; 1992: 7)

Es muy posible que el éxito relativo en el anclaje de conceptos ambientalistas se centra en la plasticidad de su traducción y adaptabilidad a vivencias y procesos muy cercanos a la esfera de los sujetos. Y aparece como posible también analizar estos procesos de anclaje simbólico según aquella distinción de manual antropológico planteada por Levi-Strauss entre los "órdenes vividos" y los "órdenes concebidos" (LEVI-STRAUSS, CLAUDE, 1968: 286): los primeros, funciones de una realidad objetiva, siempre suponen a los segundos, los cuáles constituyen estructuras (mitos, religiones, ideologías políticas contemporáneas) que tratan de integrar a aquellos en una totalidad "ordenada", sin olvidar que el "orden", en una sociedad compleja y estratificada, está atravesado y al mismo tiempo es definido por la constitución de relaciones de poder.

Para la esfera que interesa analizar, las cuestiones referidas a política ambiental o directamente encuadradas en términos polisémicos como "medio ambiente" o "problemática ambiental" constituyen objetos de saber, ya que se ha ido conformando un campo de saber específico, cristalizados institucionalmente en sectores del mercado, en organigramas de empresas, o en diversas universidades, con dispositivos de producción de conocimiento y de roles sociales específicos (los "gerentes verdes", encargados técnicos de las áreas de gestión ambiental de las empresas que legitiman su acumulación recurriendo a posiciones discursivas basadas en signos ideológicos, los nuevos profesionales de la "gestión ambiental", los funcionarios de la burocracia "verde" internacional, etc., v. BRODHAG, CH., 1996). En una formación discursiva, los discursos no aparecen congelados o estáticos, sino que tienen la particularidad de ser constitutivos, es decir, contribuyen a la producción, transformación y reproducción de los objetos en la vida social

(FOUCAULT, M., 1970, 1986).

La política ambiental, pensando en ella como las decisiones complejas que una sociedad toma en relación a su articulación con la Naturaleza, puede entenderse, aplicando conceptos de Foucault, como un lugar en que las relaciones entre instituciones, procesos económicos y sociales, patrones de conducta, sistemas de normas, técnicas, tipos de clasificación y modos de caracterización específicos confluyen en los discursos de los sujetos y así, una vez que se articulan formaciones discursivas entre sí, aparece lo que se denomina *orden del discurso* (totalidad de prácticas discursivas propias de una institución o sociedad, incluyendo a las relaciones que se establecen entre ellas).

Los procesos de producción de sentido en torno a lo que se clasifica como "la problemática del Medio Ambiente" constantemente van reduciendo fenómenos de distinto origen, cobijándolos bajo un paraguas ideológico que mezcla elementos de tres planos:

A) un conjunto de cuestiones que remiten el sentido a la utilización social de los recursos naturales, que pertenece al sistema general de la articulación Sociedad/Naturaleza.

En las representaciones colectivas hegemónicas del ambiente esta utilización social de los recursos aparece encubierta, bajo operatorias discursivas e institucionales legitimantes de la apropiación privada, siguiendo la lógica económica del capital.

B) Un conjunto de cuestiones que son solamente efectos de otros procesos de apropiación y consumo. Dentro de este conjunto el tratamiento de los efectos no se profundiza en absoluto, se trata como si éstos fueran el problema, olvidando los procesos que los originan.

En este punto son fácilmente encuadrables las operatorias discursivas relacionadas con las problemáticas de la contaminación, las soluciones exclusivamente formuladas dentro de los marcos tecnológicos capitalistas y los postulados centrados en la capacidad futura de encontrar tecnologías que permitan tratar los residuos "actualmente contaminantes".

C) Un conjunto de formulaciones totalmente ideológicas, generalizables y no individualizadas (pero si empíricamente observables en el discurso de los sujetos), basadas en mecanismos de uso del lenguaje que asimilan y generalizan aspectos ideológicos, utilizando conceptos de la ciencia que permean el sentido común.

Lo más visible en este terreno es la polisemia del concepto "ecología", cuya inclusión en los discursos colectivos no es sólo cuestión de moda. La utilización del concepto puede servir funcionalmente para legitimar etapas del proceso de acumulación, a través de la legitimación mercantil de determinados productos. Esta profusión discursiva puede conceptualizarse también como un campo de disputa "*...en donde están en lucha agentes e instituciones, con fuerzas diferentes y según reglas constitutivas de este espacio simbólico...*" (BORDIEU, P., 1991:157), como ya vimos al inicio del capítulo 1.

En el contexto de nuestra sociedad, son muy diversos los sectores que luchan por mantener una "doxa", una naturalización del orden establecido. A algunos de ellos se enfrentan a las líneas radicales del movimiento ambientalista, que plantean la abolición del sistema de explotación capitalista como condición de supervivencia planetaria.

Ahora bien, uno de los principales actores de la arena de la política ambiental contemporánea es el Estado. Si bien el papel del Estado en el tema ambiental lo analizaré en los próximos capítulos, es partir de él, y en el territorio que hemos recortado para este trabajo, que se han definido los aspectos institucionales, se han conformado redes de relaciones, se han producido alianzas y se han establecido las normas escritas y no escritas de ejecución de políticas (v. CAMPAGNA, M.C.y MASON, A., 1997; FERRER, CH.; 1999). El Estado se ha convertido en un actor clave para la reproducción de las condiciones de producción en las sociedades de clase, y aún sigue siéndolo desde que los planteamientos teóricos de L. Althusser instalaron el concepto de "Aparatos Ideológicos del Estado" (ALTHUSSER, L.; 1970, 1973) y permitieron profundizar la vertiente marxista de debate sobre el alcance del concepto de ideología. Es obvio que, en el mismo sentido en que lo plantea este autor francés, los mecanismos persuasivos que los sectores dominantes

de nuestra sociedad ponen en marcha también se expresan en el campo de la política ambiental contemporánea. Así es posible verificarlo directamente sobre la misma estructura institucional del Estado, en procesos que remiten a parte de lo que ya señalaremos más adelante como "greening".

Y una dinámica similar se puede observar en campos científicos con fuertes pretensiones de hegemonía, como por ej. en la economía, con el choque de tendencias entre un "mainstream" conformado por la Economía Ambiental y enfoques "postnormales" agrupados bajo el paraguas de la denominada "Economía Ecológica", en donde se juegan elementos que definirán el lenguaje en que se expresa la expansión semiótica del capital (v. AGUILERA KLINK, F. Y ALCANTARA, V., 1994, AZQUETA OYARZUN, D., 1996; AZQUETA OYARZUN, D. Y FERREIRO, A., 1994, BERMEJO, R. 1995, BRAILOVSKY, 1993; COSTANZA, R., 1991; DALY, H. Y COBB JR., J., 1989; DAVIDSON, P., 1984, DURNING, A., 1992; EL SERAFY, S., 1995, GOMEZ, C.M., 1994; HERNANDEZ BERASALUCE, L.; 1997, JACOBS, M., 1997; LEFF, E., 1996; LIPIETZ, A. 1978; NAREDO, J., 1987; PEARCE, D., 1976; PEARCE, D. Y KERRY TURNER, R., 1995; SEJENOVICH, H., 1993; SOLOW, R. 1974; WALLACE, M. ET. AL., 1996).

Las construcciones simbólicas que nuestra sociedad ha estructurado para dar cuenta de los efectos de la polución globalizada y las constricciones en el uso de los recursos naturales no son resultado de un proceso homogéneo ni lineal. Su complejidad es visible cuando centramos el análisis en el esfuerzo comunicacional que se manifiesta al incorporarse una ideología "verde" a planos muy diferentes y variados, como por ej. la gestión económica y empresarial, la problemática del empleo, la acción política, la esfera del consumo y la gestión educativa, la gestión de la salud colectiva, e inclusive en planteos de cambios estructurales de las economías de países europeos (SIMONIS, U.; 1989: 375, AMIN, S., 1989).

Es muy frecuente "enterarse" por revistas de divulgación que empresas como Sandoz o DuPont, tristemente famosas por envenenar vastas regiones del planeta, hoy están

a la cabeza de la producción de técnicas y productos descontaminantes. Por lo que uno de los resultados de estas disputas ideológicas es la legitimación de este nuevo papel que juegan los capitales industriales, quiénes acceden a un vastísimo mercado creado por los efectos indeseables de sus propios productos. Y otro de los elementos que funciona también como modalidad de reproducción del sistema capitalista es la hegemonía discursiva que va logrando el concepto de Desarrollo Sustentable, en tanto apunta a convertirse en una nueva ideología del desarrollo, o más bien, en una variante ideológica "aggiornada" del desarrollismo de los '50. (LINS RIBEIRO, G.; 1992: 8).

Algunas de las formas en que se produce el aumento de la presencia de temáticas ambientales en el discurso público y en el imaginario social de ciertos grupos (presencia que aparenta transferirse al campo de la acción y de las prácticas sociales colectivas) pueden asimilarse descriptivamente al fenómeno globalmente conocido con el término de "greening", que podríamos expresar como equivalente a "ecologización".

El término "greening" se refiere a cómo se le asigna un valor cultural al ambiente. Esta asignación no es estática, sino que depende de la interrelación de factores históricos y políticos, y uno de los indicadores que nos señala el proceso de "greening" son los ámbitos en que los campos semánticos que estructuran lo que los grupos humanos refieren sobre el ambiente se vuelven visibles y predominantes.

Así, el "greening" o "ecologización" comienza a hacerse presente primero en el discurso público, luego en las gestiones de empresas, y más tarde en las políticas educativas y en la esfera de las políticas públicas. La etapa más profunda del proceso se da cuando la participación de los conjuntos sociales en el "debate verde" (y por consiguiente, en la producción de sentido) se vuelve significativa, para culminar en efectivas y reales tomas de decisiones consensuadas como "ambientalmente" favorables. Esta última etapa, que para países como el nuestro aparecían como grados superlativos de evolución política casi ficcionales, "...es un ejercicio holístico que requiere de la integración de una ética ambiental en la práctica académica e institucional" (PIKE Y SELBY, 1991: 94), significa la cristalización de una política ambiental que tenga continuidad más allá de los cambios

electorales. Sin embargo, es fundamental ver que este proceso dista muchísimo de ser una evolución lineal o que posee una dialéctica clara que enfrenta al capitalismo y al ambientalismo para producir una sociedad sustentable a escala planetaria como síntesis. Por el contrario, se presentan gran cantidad de relaciones heterojerárquicas, de oposición, de complementariedad, de alternatividad entre los sujetos sociales que participan voluntariamente o involuntariamente de tal proceso. Así, por ejemplo, cuando muchos intereses empresariales trataban de retrasar por todos los medios la evolución de ciertos sectores del movimiento ambientalista, desde los grupos conservacionistas reaganianos se estimulaban procesos como el canje de la Deuda por Naturaleza como política global para el mundo subdesarrollado (que favorecía nuevos posicionamientos del ecologismo en la escena mundial), y los mismos estados del Primer Mundo cercaban con rígidas y firmes políticas protectoras del medio ambiente inclusive a quienes exportaban los desechos contaminantes a los países más pobres.

Es decir, que los intereses y visiones internas de los sectores participantes en las problemáticas ambientales no siempre se desenvuelven tal cual lo podría predecir la idea de racionalidad económica capitalista, que explica la conducta de los actores en relación a la búsqueda de la maximización de las ganancias. También es posible señalar que, lejos de ser una temática desintegradora de la sociedad, mediante la creciente participación de gobiernos, empresas multinacionales, gran cantidad de ONG y grupos informales, lo ambiental se convirtió en un terreno donde caben discursos de diferentes signos.

Esta coexistencia, por un lado, llevó a que la problemática sea un terreno de disputa práctica y simbólica que se convirtió (mediante mecanismos de producción ideológica) en un "problema" unificador de intereses en la agenda de sectores políticos, internalizando los efectos y "transparentando" el riesgo social. Y en este último punto se verifica el hecho de que la emergencia de elementos contradictorios y críticos de las estructuras del capitalismo frecuentemente es reincorporada como factor de reproducción del sistema.

2.4. La contribución del eco-marxismo.

Las cuestiones relativas a la producción como articulación entre los ámbitos de Naturaleza y Cultura han sido otro de los ejes de reflexión en el que se han integrado visiones de la Ecología Política, de la Antropología Económica y del pensamiento sociológico clásico. Dado que en la producción se ponen en juego los intereses conflictivos y las distintas estrategias adoptadas por grupos particulares, es lo que vincula el campo tecnoecológico con el sistema cultural. Es bastante más que un conjunto de respuestas técnicas a los condicionamientos del “entorno”. También intervienen las dimensiones simbólicas, dado que los hombres producen la sociedad para poder vivir.

Los antecedentes de esta línea de reflexión no son para nada nuevos. Ya han sido señalados por J. Martínez Alier al rastrear las contribuciones de diferentes pensadores como Podolinsky y Georgescu-Roegen a las formulaciones iniciales de Engels en cuanto a la relación entre fuerzas de producción y el entorno ecológico (v. MARTINEZ ALIER, J. 1995, ENGELS, F. , 1961, BAGAROLO, T., 1995) , mientras que otros análisis complementarios y no referidos precisamente al ámbito de la economía han sido esbozados por diversos autores (FOSTER, J.B., 1995, GIDDENS, A. Y TURNER, J. 1991, LAFERRIERE, E. Y STOEFF, P., 1999, LATOUR, B. 1993, PEREZ AGOTE, A. 1979, PONTIG, C. 1993, RICHARDSON, E. , 1992; SCHMIDT, A. , 1977), dando lugar a toda una discusión fuertemente cimentada en la tradición de pensamiento marxista pero con una impronta muy renovadora.

Parte de esta renovación se introdujo a partir de la noción de transformación del orden simbólico en un orden semiótico, que elaborara Jean Baudrillard. La diferencia fundamental entre ambos órdenes reside en el significado. Mientras que en el orden simbólico, el significado es trascendente, etéreo, en el orden semiótico el significado es objetivable, objetivo, puede ser objeto de cálculo económico. Por lo que el significado viene a identificarse con bienes producidos, directa e indirectamente, para el mercado nacional e internacional. De este punto de partida, aparentemente simple, surgió una

discusión que trazó articulaciones entre algunas bases del pensamiento marxista y otras líneas de pensamiento que sintetizaré a continuación.

Uno de los pilares del andamiaje teórico con que Marx estudió la dinámica del sistema capitalista es la teoría acerca del valor del trabajo. Esta centralidad, y sobre todo el argumento sostenido en el capítulo 5 de "El Capital" (donde conceptualiza las diferencias entre el trabajo humano y la transformación de la naturaleza que realizan algunos animales sociales, como la abeja), se apoyan en una concepción del cambio como avance material y tecnológico. Por esto último (y tal como fuera también desarrollado por Engels en "Dialéctica de la Naturaleza"⁶⁴) no puede pensarse en los cambios naturales como si fuera un "trabajo": la Naturaleza no tiene intencionalidad, porque no hay reificación de sus representaciones mentales previas, y por lo tanto, no hay un "sentido de la historia" por fuera de las sociedades humanas.

La concepción marxista hace hincapié en el desarrollo y expansión del capitalismo motorizado por la lucha de clases, y no hay argumentos o planteamientos acerca de un problema que surge en el presente siglo: el de los "límites naturales", los topes o frenos a la expansión planetaria del modo de producción capitalista debido a que se queda sin base material, sin soporte natural para transformar en mercancía.

De este agotamiento de los recursos a escala planetaria y de las señales de alarma que estallaron en todo el mundo, la corriente de pensamiento denominada "ecomarxismo" sostiene que es uno de los emergentes de una nueva contradicción. Marx derivaba todas las transformaciones sociales de la contradicción primaria entre capital y trabajo; los ecomarxistas argumentan que la crisis ecológica actual y el surgimiento de nuevos

⁶⁴. Me parece una contribución interesante de Engels su atención a lo que hoy se puede llamar "resultados no previstos de la aplicación de tecnologías" o "racionalidad no intencional": "...No debemos, sin embargo, lisonjearnos demasiado de nuestras victorias humanas sobre la naturaleza. Esta se veñga de nosotros por cada una de las derrotas que le inferimos. Es cierto que todas ellas se traducen principalmente en los resultados previstos y calculados, pero acarrear, además, otros imprevistos con los que no contábamos y que, no pocas veces, contrarrestan los primeros. Quienes desmontaron los bosques de Mesopotamia, Grecia, el Asia Menor y otras regiones para obtener tierras roturables no soñaban con que, al hacerlo, echaban las bases para el estado de desolación en que actualmente se hallan dichos países, ya que, al talar los bosques, acababan con los centros de condensación y almacenamiento de la humedad" (ENGELS, F., 1961: 151).

movimientos sociales denuncian *el surgimiento de una segunda contradicción: entre la formación histórica de la naturaleza y la evolución del modo de producción capitalista, en su fase actual de transición desde el fordismo hacia la acumulación flexible*⁶⁵.

El teórico que ha sistematizado esta idea de la Segunda Contradicción es James O'Connor. En un artículo publicado en 1991⁶⁶ explica que:

“...el punto de partida de la teoría “marxista ecológica” de la crisis económica y de la transición hacia el socialismo es la contradicción entre las relaciones de producción capitalistas (y las fuerzas productivas) y las condiciones de producción capitalistas, o entre las relaciones capitalistas y las fuerzas de reproducción social. Marx definió tres clases de condiciones de producción. La primera son las condiciones físicas externas, o los elementos naturales que entran en el capital constante y variable. Segundo, definió la fuerza de trabajo de los obreros como las condiciones personales de producción. Tercero, Marx se refirió a las condiciones generales, comunales, de producción social, por ejemplo, los medios de comunicación. ¿Qué son hoy las condiciones de producción?. Hoy se habla de las condiciones físicas externas en términos de la viabilidad de los ecosistemas, los niveles atmosféricos de ozono, la estabilidad del litoral y las cuencas de los ríos, la calidad del agua, del aire y la tierra...En los conceptos de condiciones físicas externas están implicados los conceptos de espacio y entorno social. Incluimos, por lo tanto, como condición de producción, el espacio urbano (la naturaleza capitalizada como urbana) y otras formas de espacio que estructuran y están estructuradas por la relación entre las personas y el medio ambiente, que a su vez ayuda a producir entornos sociales...” (O’CONNOR, JAMES, 1991: 115 -116).

⁶⁵. Este final de la frase se explica por el hecho de que la tradición marxista clásica enfatiza los procesos de cambio social y sus categorizaciones referenciando siempre la transformación de los procesos productivos, y en particular, el proceso de trabajo.

⁶⁶. O'Connor, James. “Las condiciones de producción. Por un marxismo ecológico, una introducción teórica”. En. Ecología Política nro. 1, Barcelona, ICARIA/FUHEM, 1991.

Esta larga cita es el núcleo desde el cual parte el autor para construir otra mirada sobre la crisis del sistema capitalista, que deviene de los “límites naturales” y la consiguiente exigencia para el capital de re-estructurar constantemente las condiciones de producción (lo que conlleva modificaciones en la esfera de la reproducción, como se verá más adelante). La aparición de los “límites naturales” deviene de algo que Marx ya había notado, que es que la explotación humana destruye o arruina la base natural. Pero no argumentó que la destrucción ambiental podría ser una barrera surgida desde la misma dinámica del sistema capitalista, por las dificultades que la escasez de recursos y la contaminación generan a la acumulación de capital.

Esta “Segunda Contradicción” también es externa a los límites tradicionales que se le fijan al sistema económico, y por ello mismo más difusa y diversa. Deriva de la apropiación y el uso autodestructivo de la fuerza de trabajo, del espacio, de la infraestructura urbana y de los recursos naturales.

Ahora bien, lo que James O’Connor teoriza como “condiciones de producción actuales” es lo que la Economía Ambiental denomina “externalidades” : los costos de la producción (que no inciden en el valor del trabajo o en los procesos de formación de precios), que aparecen para los economistas como gastos destinados a salud o educación, transporte urbano, infraestructuras, etc. y que, como ocurre con los costos derivados de la destrucción del ambiente, se socializan para poder garantizar la apropiación privada de la riqueza. La “Segunda Contradicción” se expresa en la dificultad de los procesos productivos de reproducir sus condiciones de existencia, y al originarse esta dificultad en procesos de explotación muy diferentes (dadas la diversidad de ecosistemas, de recursos, de procesos contaminantes, etc.), no aparece ningún elemento equivalente a la explotación que sufre el obrero en la Primera Contradicción (capital/trabajo).

Esta es la explicación que se desprende para entender el surgimiento del Ambientalismo/Ecologismo en sus múltiples variantes y en toda su diversidad (ecologismo cosmético, feminismo esencialista verde, luchas vecinales EMPN, movimientos urbanos, ONGAs de diferentes tipos, redes de acción política ambientalista, etc., como ya vimos en

el punto 3 del capítulo 1). Como antagonista del Capital, el Ambientalismo/Ecologismo se suma al movimiento obrero como actor en la transformación social, y los logros de su accionar dificultan la explotación de los recursos naturales, inciden simbólicamente sobre las actitudes de los consumidores y por lo tanto (hipotéticamente) puede hacer disminuir la tasa general de ganancia.

En otro trabajo teórico, publicado unos años después, en 1995 y en la misma revista, Martin O'Connor utiliza otra categoría para ampliar la explicación sobre la exigencia de reproducción del capitalismo:

“...el modus operandi del capital como sistema abstracto experimenta una mutación lógica. Lo que anteriormente se consideraba un ámbito externo y explotable, ahora se redefine como un stock de capital. En consecuencia, la dinámica primaria del capitalismo cambia, pasando de la acumulación y el crecimiento alimentados en el exterior de lo económico a ser una forma ostensible de autogestión y conservación del sistema de naturaleza capitalizada encerrada sobre sí misma. A este proceso, que también lo podríamos llamar la expansión semiótica del capital se une la co-opción de personas y movimientos sociales en el juego de la “conservación”...”.
(O'CONNOR, MARTIN, 1994: 17).

El resultado de esta expansión semiótica del capital no es la armonía, el “equilibrio” o justamente la conservación (término utilizado frecuentemente con un sentido legitimador), sino el incremento de la competitividad en la apropiación de los recursos naturales recurriendo a cualquier medio y sin ningún tipo de escrúpulos. Por lo que la crisis del capital (que en la primera contradicción Capital constante/Capital variable se manifestaba como momentos de sobreproducción) se manifiestan como crisis de costos :

- los costos que el capitalista externaliza y no paga, aumentan los costos de otros capitalistas y de la reproducción de todo el conjunto, inclusive los servicios/subsidios que brindan los estados al capital en cada sector de la economía.

El avance de Martin O'Connor es reparar en que el proceso implica una producción ideológica central a la legitimación de la apropiación de la naturaleza (y en el modo de producción flexible, directamente el patentamiento y la mercantilización de la vida reproducida con las biotecnologías actuales), y no sólo un simple dominio material por ocupación y conquista física. Es una conquista semiótica de la Naturaleza.

En la necesidad de re-dimensionar los aspectos ideológicos y simbólicos en el proceso de apropiación de la Naturaleza a escala planetaria, Jean Baudrillard expresa que :

“...La Naturaleza (que parece convertirse en hostil, deseosa de vengar su explotación mediante su deterioro) debe participar. Con la Naturaleza, al mismo tiempo que con el mundo urbano, es necesario recrear la comunicación (es decir, implantar la armonía) a base de multitud de signos (como debe ser recreada entre empresarios y trabajadores, entre los gobernantes y los gobernados, con la fuerza de los medios de comunicación y con la planificación)...” (BAUDRILLARD, J., 1972: 185)

Así es que puede sostenerse que ha habido una “mutación lógica”, un cambio de concepción acerca de la Naturaleza, que es clave para explicar la “huida hacia adelante” del capitalismo post-industrial, cuyos agentes son conscientes de la crisis de costos y, como estrategia, consiguen convertirla en factor de reproducción del sistema capitalista en su conjunto:

“...Uno de los principales destructores de la capa de ozono se atribuye el mérito de ser un precursor en su defensa. Una gran compañía petrolera afirma adoptar un principio de precaución sobre el calentamiento global. Un importante fabricante de productos agro-químicos comercializa un pesticida tan peligroso que ha sido prohibido en numerosos países mientras propagandiza que la compañía ayuda a combatir el hambre. Una firma petroquímica utiliza los residuos de un proceso contaminante como materia

prima para otro y lo presenta como una iniciativa de reciclaje. Una compañía corta madera de una selva tropical y la reemplaza por un monocultivo de una especie exótica y a esto llama proyecto de desarrollo forestal sostenido..." (NIETO, JOAQUIN, 1995: 153)

Lo que simplemente aparece como un lavado de imagen para legitimar las políticas empresariales, se teoriza como algo más amplio: mecanismos semióticos de generación de consenso para expandir mercados y crear nuevo valor para sus productos, y para tecnologías que prometen descontaminar y remediar los ecosistemas que los mismos que hoy las venden han contaminado.

En virtud de esta mutación lógica, la Naturaleza aparece también como un *stock de capital*: ya no es algo externo a la cultura sino un objeto que, en virtud del dominio de sus claves genéticas, es transformable en mercancía y re-creable en un laboratorio para su intercambio cuantas veces lo requiera el proceso económico.

En realidad, la discusión que propone Baudrillard, y que es tomada como contribución por el "mainstream" ecomarxista⁶⁷, es más compleja que lo que presenta Martin O'Connor en el artículo ya mencionado. Se basa en la idea de que la capitalización de la Naturaleza ya no está guiada por la necesidad intrínseca de la ganancia, sino por un proyecto de dominación simbólica de la esfera de la cultura, para *reproducir las relaciones de producción capitalistas como una forma social abstracta*. La dificultad de valorizar los procesos naturales, así como la inconmensurabilidad entre la lógica del capital y las diferentes dinámicas productivas de los ecosistemas, estarían llevando a una pérdida de referentes reales, y a de-sustantivizar las luchas sociales del ecologismo. Esta lucha por el

⁶⁷. Lo sostenido por ambos O'Connor, Martin y James, en cuanto a las condiciones de producción, la expansión semiótica del capital y la importancia de las dimensiones simbólicas en la articulación compleja Cultura/Naturaleza, y la hipótesis de la Segunda Contradicción, son los núcleos distintivos de la corriente eco-marxista. Se encuentra problematizados en la revista Capitalism, Nature, Socialism, fundada por James O'Connor en 1988, con el objetivo de proponer una reconstrucción crítica del marxismo problematizado desde las discusiones acerca de la problemáticas ambientales mundiales. La revista tiene versiones simultáneas en inglés, francés, italiano y español, y su comité editor organiza seminarios anuales. Se publican también contribuciones teóricas de ambientalistas y académicos latinoamericanos, como Enrique Leff, Víctor Toledo y Silvio Funtowicz.

control ideológico es, en definitiva, una estrategia del Capital por apropiarse de la Naturaleza y transferir los costos ecológicos a los grupos y clases sociales desposeídos. La obsesión semiótica por codificar el mundo como capital natural sustituiría, según Baudrillard, la pulsión de la ganancia como motor del proceso de reproducción del capital. Afirmación compleja y arriesgada, comprensible en el marco de la búsqueda posmoderna por reducir el mundo material a su interpretación simbólica (v. Baudrillard, J., 1996)⁶⁸.

Esta contribución es novedosa, y obviamente desagrada a la amplia variedad de pensadores ortodoxos marxistas. Es que la cuestión ecológica, en el pensamiento clásico del marxismo, fue una temática realmente embrionaria y poco significativa. Marx no pudo prever la magnitud de la actual crisis ambiental y los desequilibrios ecológicos globales, y sólo logró anticipar los efectos del modo de producción capitalista en la pérdida de fertilidad de los suelos. Un “racconto” de las críticas al marxismo desde una perspectiva ecológica es posible encontrar en un artículo de John Bellamy Foster (1995)⁶⁹. Estas críticas pueden ser agrupadas en dos grandes temas, según este autor: el de *las fuerzas productivas* y el del *valor*. Es interesante ver la discusión del primero de ellos. Los argumentos de los críticos se centran en que Marx consideraba el desarrollo de las fuerzas productivas benéfico de por sí, que entendía la producción desde una perspectiva prometeica, que reparaba en la naturaleza tan sólo como un objeto a ser dominado, y que, al utilizar los conceptos de producción o productividad, no tomaba en cuenta los perjuicios que la acción humana podía provocar sobre la naturaleza. Pero estas cuestiones pueden relativizarse: como A. Giddens (1995) señala, el énfasis productivista era un núcleo de la concepción antropocéntrica dominante en la época en que Marx analizó al capitalismo,

⁶⁸. Tal afirmación de Baudrillard debe leerse como inscrita en una corriente que se opone al reduccionismo materialista en que incurrieron diversas corrientes filosóficas y sociológicas, enmarcadas en la tradición académica europea, y que adquirieron preponderancia política a fines de los 60'. El intento por balancear tal reduccionismo generó también un excesivo idealismo, pero finalmente sobrevivieron síntesis teóricas que están siendo fertilizadas. Pienso que Baudrillard acierta en resaltar los componentes semióticos que permiten codificar el mundo según una categoría occidental, pro me parece discutible interpretar la dinámica de los procesos de acumulación de capital según el modelo de las pulsiones en oposición de base freudiana. Esta misma objeción puede plantearse para el abordaje de Toni Negri, en cuanto al uso de la categoría “deseo”. No es que el nivel psicoanalítico no sea un componente válido en cuanto a la explicación del funcionamiento del mercado y de otras instituciones sociales. Pero no puede ser el único, como tampoco puede serlo el semiótico o el lingüístico en una teoría de la cultura.

⁶⁹. El artículo original no pude obtenerlo completo. Una versión resumida puede leerse en FOSTER, J.B.. “Marx and the environment”. Montly Review, New York, July/August 1995,

donde ya había una fuerte discusión teórica y cierta producción artística (especialmente literaria) en la que se oponía la liberación humana en función de la dominación del resto de la naturaleza.

En cuanto al análisis marxista del valor y sus críticas desde una perspectiva ecológica, éste se reduce a lo que Marx pudo abordar en sus análisis, o sea, a los efectos de la inversión de capital en un medio natural, heterogéneo y monopolizable. Esto dio origen a la denominada Teoría de la renta capitalista del suelo, explicada en la sección sexta del tomo III de El Capital, y su núcleo analítico procede de los trabajos de David Ricardo que Marx acierta a discutir. Pero se reconoce que, en este marco, todas las referencias a la Naturaleza fueron secundarias, porque la preocupación de Marx era entender la dinámica de la tasa de ganancias (y no tanto el papel que la Naturaleza jugaba en ésta). Aún así, algunas cuestiones son susceptibles de ser actualizadas. Porque, aunque en el siglo XXI las multinacionales de la biotecnología puedan prescindir del suelo e impulsar los cultivos hidropónicos y/o tecnologías similares, el suelo (ahora codificado como capital natural) sigue siendo un aspecto clave para incorporar la Naturaleza en el valor. Si relacionamos este aspecto con lo que propone la economía ambiental, en el sentido de regular los procesos de deterioro ambiental mediante el manipuleo de precios (o introduciendo otros argumentos en la creación de valor), vemos que la regulación se vuelve inviable en situaciones en que inversiones suplementaria de capital permiten lograr ganancias extraordinarias (en el caso de la tierra sería el equivalente a la renta diferencial II). Es lo que sucede con el agro argentino en el actual proceso de reconversión hacia una “agricultura de precisión”, basada en la combinación de los ya conocidos plaguicidas, fertilizantes y otros productos originados en la “Revolución Verde”, con cultivos a base de Organismos Genéticamente Modificados⁷⁰.

Otro aspecto que es útil en una visión teórica sobre la “cuestión ambiental” es partir de que el pensamiento marxista tradicional ha formulado un concepto de naturaleza fundado en

⁷⁰. Por ejemplo, en los últimos siete años de la década, la soja transgénica sembrada en nuestro país superó las 5.500.000 has.. Muchos productos ingresados en el mercado están hechos con cosechas de soja transgénica, cuyos efectos en la salud están muy lejos de ser evaluados aún en los sistemas sanitarios más evolucionados.

una metafísica del ser social como ser productivo, y del proceso de trabajo como mediador de toda forma de apropiación social de la Naturaleza. Esto último ha sido vuelto a problematizar por A. Schmidt, en su texto de 1976, “El concepto de naturaleza en Marx”. Este autor destaca que autores como Polanyi se centran en el papel de la evolución del mercado, o Murray Bookchin acentúa el control cada vez más centralizado del poder, pero en los trabajos de Marx todavía se encuentran las cuestiones medulares acerca del proceso de trabajo, “proceso determinante del metabolismo entre sociedad y naturaleza”.

En el capítulo 3 del libro de Schmidt están analizadas las maneras en que la destrucción de la naturaleza aparece como un efecto sobredeterminado por la explotación del trabajo. A mi entender, el logro del análisis de Schmidt se encuentra en explicar de qué manera el concepto de naturaleza que utiliza Marx proviene de la necesidad de diferenciarse de la ideología naturalista del siglo XVIII, por lo que construye su enfoque de las determinaciones sociales sobre la Naturaleza que caracterizan su visión de lo específicamente humano.

Esta exigencia epistemológica que el pensamiento marxista debió enfrentar es, según Schmidt, la razón por la cual Marx excluyó la contribución específica del mundo natural como fuerza productora de riqueza y de valores de uso. De ahí también que el impulso dado al desarrollo de la producción en las experiencias del socialismo real (que terminaron generando desastres equivalentes a los del capitalismo, pero en la mayoría de los territorios de la ex-URSS), los intentos innumerables de ganar “la lucha final contra la Naturaleza” que se preconizaran especialmente desde Stalin en adelante, y el énfasis en puesto en buscar una medida única del valor. El concepto de tiempo de trabajo socialmente necesario, patrón de medida del valor, excluye a las condiciones de producción que configuran la “oferta” o “soporte” natural irreductibles a unidades temporales y espaciales homogéneas, dadas la diversidad de los ecosistemas y la complejidad de los procesos socioambientales.

En un artículo más reciente, Jorge Riechmann (RIECHMANN, J.; 1997) re-problematiza las elaboraciones de Marx, discute las críticas de Fernando Savater hacia las

concepciones naturalistas de base esencialista, y re-ubica la noción de la vulnerabilidad de la Naturaleza “que nosotros conocemos” frente a los impactos ambientales que provocan las actuales economías industriales, que son anti-naturales en un sentido nada místico, sino totalmente materialista e inmanente. Y vuelve a destacar que debemos limitar políticamente las determinaciones de la doble mediación, la técnica y la simbólica, que nos constituye como seres humanos y que nos permite organizar la realidad. Y utiliza una concepción de naturaleza referida como “biosfera, como sistema organizado de los ecosistemas” (RIECHMANN, J., op.cit.: 91), que permite pensar en otras relaciones técnicas y simbólicas, inclusive en un ethos del asombro y del terror del homo faber ante sus propias obras, como concepción superadora de la lógica productivista del siglo XIX.

He resumido hasta aquí los aspectos más interesantes de esta perspectiva teórica y los más útiles como marco conceptual para el caso que desarrollaré en el capítulo siguiente. Lo cierto es que el ecomarxismo, como corriente de pensamiento (articulada a modalidades de acción social y de praxis política) está aún en construcción, pero plantea la exigencia de abrir nuevas vías teóricas y metodológicas para dar cuenta de la cuestión de los “límites naturales a la expansión del capital”. Una muy buena síntesis de esta exigencia se encuentra formulada de la siguiente manera:

“...se plantea el problema de conocer los procesos que determinan la formación de los recursos naturales y los equilibrios ecológicos que sustentan a los procesos productivos. De allí se plantean dos opciones teóricas: a) la incorporación de la estructura y funcionamiento de la base ecosistémica de recursos naturales y de la dinámica ecológica a la dialéctica social del proceso de producción y reproducción del capital, b) pensar el ambiente como un potencial productivo basado en la articulación de procesos productivos de diverso orden (natural, cultural, económico y tecnológico), y en los procesos ecológicos como procesos co-determinantes de la producción, llevando a una reformulación paradigmática, no sólo de la teoría de la producción capitalista, sino de todo proceso sustentable de desarrollo.” (LEFF, E.; 1994:338).

Lo cierto es que, como esfuerzo de construcción de conocimiento, es particularmente interesante el privilegio que se otorga a la interdisciplinariedad. Así, diversos análisis incorporan conceptos provenientes de la teoría termodinámica de los sistemas abiertos, como “apertura, dispersión o indeterminación, procesos estocásticos”, o de la ecología “coevolución, codependencia, huella ecológica”, de la antropología “procesos de transición simbólica, esquismogénesis, incrustación⁷¹, “opacidad/transparencia”, etc., además del uso variado de las categorías marxistas clásicas.

⁷¹. El término utilizado en varios artículos es “imbededness”, que podría entenderse alternativamente como articulación, o también interpenetración (dado que tiene un significado literal muy próximo a “encamarse”, dudosamente útil para la descripción de ciertos procesos) y que proviene de los trabajos de antropólogos culturalistas norteamericanos que supieron observar cómo determinadas instituciones (en el sentido teórico del funcionalismo malinowskiano) podían “incrustar” a otras, constituyendo redes de relaciones empíricamente observables y permitiendo la transmisión de ciertas “herencias sociales”.

2.5. Escenas políticas y modelos de política ambiental.

Desembocamos en una perspectiva importante para el desarrollo investigativo posterior. Si las cuestiones de racionalidad ambiental no pueden describirse solamente con arreglo a las normas que la sociedad define para asegurarse la reproducción de sus estructuras, el análisis político a lleva a seguir los procesos de manipulación que los actores operan⁷². Esta operatoria está planteada por Balandier como escenarios construidos por el Poder en el juego de las relaciones sociales (BALANDIER, G., 1994). En el caso de las políticas ambientales bonaerenses, que las escenas en las cuales se representa el juego de poderes entre agentes con capacidad de transformación de la Naturaleza se hayan modificado estructuralmente, a partir del proceso de consolidación de un área específica de ejecución en el ámbito del Estado, no es un dato menor. Ya dijimos que implica que el mismo poder político provincial asuma la temática y construya una “agenda”. Implica reparar en los fuertes cambios en la perspectiva de construcción de hegemonía que los actores pueden percibir y alimentar mediante diferentes prácticas sociales. Implica, en términos de Balandier, la necesidad de otros usos del lenguaje, específicamente otras retóricas:

“...El poder político se designa por el lenguaje al que recurre...Debe asegurar una demarcación lingüística. Obra principalmente por imágenes y símbolos, aunque también por palabras que le son propias...El poder de las palabras, reconocido y dominado, engendra una retórica, es decir el recurso a un léxico específico, a fórmulas y a estereotipos, a reglas y a modos de argumentar...” (BALANDIER, G.; 1988:106)

⁷² El enfoque procesual que se desarrolla como eje central de la teorización en Antropología Política lleva implícitas dos líneas de investigación radicalmente distintas. Por un lado, el ocaso del estructural-funcionalismo dejó a los antropólogos el camino libre para ampliar el campo de estudios incluyendo a los estados modernos, y entendiéndolos a partir de la dinámica de las sociedades tribales. Y por otro lado, también los antropólogos pudieron focalizar sus análisis en las acciones de los individuos, pasando desde una amplia visión estructural de sistemas políticos globales a la tendencia denominada “Teoría de la acción”, un término tomado de los trabajos de Max Weber, e introducido en la antropología política por Abner Cohen.

y otros escenarios sociales, nuevos ámbitos donde las relaciones de poder que definen los ejes de la política ambiental fluyen de manera concreta:

“...El poder debe ponerse en relación a la puesta en escena social. La sociedad no es solo vivida (relaciones) y expresada (representaciones explícitas e ideológicas), también es expuesta (mostrada). Ciertas prácticas colectivas equivalen a una teoría social dispuesta a la manera de un drama y mostrada en una representación espectacular de la vida social...Todo poder requiere de una representación, un decoro, un ceremonial y pompas, una distancia con respecto a los súbditos...” (BALANDIER, G.; op.cit.: 107)

Si bien ninguna sociedad puede escapar al hecho de la necesidad de teatralización del poder, en las sociedades de “modernidad reflexiva” esta cuestión tiene rasgos particulares, ya que la teatralización se produce intermediada por los medios de comunicación de masas, dando lugar al advenimiento de una nueva “sociedad del espectáculo”, con otra importancia de la imagen:

“...pero en la actualidad, la comunicación ya no está subordinada, sino que domina y cuenta con los medios para ello, a veces inclusive se pierde el control sobre ella. Al tiempo que las religiones se debilitan, que las ideologías y cosmovisiones se difuminan y dejan al hombre contemporáneo desprovisto de grandes relatos de referencia, que lo político pierde parte de su contenido en favor de la competencia por la competencia, la comunicación ocupa el lugar que todo ello abandona. La comunicación acapara lo imaginario, produce lo real y sus simulaciones, engendra sociologías cambiantes, forma e impone las figuras detentadoras de poder o las obliga a depender de ella...El poderío comunicacional y el poderío técnico se alían, se imbrincan y se refuerzan mutuamente” (BALANDIER, G. ; 1992: 152).

Así se plantea la entrada en una nueva era, la de del “Homo Videns” y de la

“Videosfera”, en la que nacen distintas relaciones sociales, se dilocan los modos de conocimiento y las formas de pensar. Surgen nuevos oficios, como el de comunicador, el de comunicólogo, el editor de video (equivalente al montajista de la industria cinematográfica), el gerente de imagen. Las corporaciones empresariales y políticas modifican, según este escenario, sus reglas, su organización y sus estrategias, acuerdan una atención prioritaria a la presentación y los mensajes. Los poderes establecidos descubren que su legitimidad depende de la capacidad de los gobernantes en comunicar, en actuar sobre la “opinión pública”. Es ahí donde juegan un papel los medios de comunicación de masas como parte de la escena política, pero lejos de la neutralidad que proclaman.

Los medios de comunicación de masas son corporaciones, públicas o privadas, que aparecen en la escena política con intereses y cuotas de poder diferenciales, según su capacidad técnica de influir en la población. No solamente son corporaciones comerciales, sino que muchos de ellos son poseídos y controlados por otras compañías. En EE.UU., la General Electric controla la cadena NBC, la Westinhouse al grupo WTV, y en nuestro país Telefó es de Telefónica de España, el Grupo Fortabat tiene varias radios AM, etc.,etc.. Y por lo tanto, juegan un papel en las relaciones entre los actores sociales, lejos de la neutralidad y objetividad con que se propagandizan. Así, por poner un minúsculo ejemplo ligado a lo ambiental, el cormorán empetrolado que representó plásticamente por todos los noticieros la catástrofe ecológica del Golfo Pérsico durante la Primera Guerra del Golfo en 1991, en realidad era bretón. Había sido protagonista en otra tragedia, la de un gran barco petrolero encallado en las costas de Bretaña un par de años antes, y su imagen fue utilizada por los profesionales de la CNN para transmitir al mundo un aspecto más de la “maldad infinita” de Saddam Hussein.

Así como los llamados “mass-media” son parte de un nuevo escenario en que se constituye y a la vez es constituido el poder, también lo son las corporaciones especializadas en relaciones públicas que se dedican al tema ambiental. En nuestro país, Monsanto contrató a un grupo español que diseña estrategias comunicativas en medios masivos, para enfrentar la campaña mediática que desarrolló Greenpeace en la segunda mitad del año 2000 solicitando el etiquetado de alimentos que contengan componentes

provenientes de Organismos Genéticamente Modificados.

De manera tal que las prácticas sociales de este tipo de actores son un elemento central para entender la dinámica del poder en materia de políticas ambientales. Algunas de ellas se centran directamente en procesos racionales de construcción de consensos (CHIAPPONI, M., 1993), mientras que otras prácticas deben ser analizadas en el marco del debate sobre los movimientos sociales, ya que las problemáticas de la “Política Verde” no desarrollan siempre sus procesos más ricos bajo la mecánica de la contradicción de clases típica que describiera el pensamiento sociológico clásico.

Un enfoque inicial de la cuestión lleva a buscar en las grandes corrientes de análisis de los movimientos sociales un marco de referencia. Hasta los años '60, o sea, justo en los períodos anteriores al desarrollo de los movimientos ambientalistas, habían primado los enfoques centrados en el comportamiento colectivo, desarrollados fundamentalmente en EE.UU. (más precisamente en la llamada “Escuela de Chicago”). Estos enfoques tenían dos líneas dominantes: una de ellas derivada del interaccionismo simbólico, que se interesaba en la creación de nuevas normas sociales, en los procesos espontáneos de aprendizaje social e innovación en el comportamiento de los grupos sociales, incluyendo además los procesos de autorregulación. Esta línea de trabajo se caracterizaba por abordajes microsociológicos. La otra línea dominante estaba apoyada en los trabajos de Talcott Parsons sobre el movimiento fascista, y analizaba las “tensiones” que se originaban en el desarrollo desigual de varios “subsistemas de acción” en los cuales se movían los individuos. Con una perspectiva macrosociológica, centraba su trabajo en las influencias de los procesos de cambio social sobre los individuos (industrialización, secularización, democratización de las masas, etc.). Pero ambas visiones coincidían en considerar a los movimientos sociales como formas de comportamiento político no institucionalizadas, consideradas desviaciones difíciles de controlar y amenazantes para la estabilidad social.

La emergencia de los movimientos juveniles del '68 puso en crisis estos enfoques, dado que el desafío de los estudiantes antiautoritarios y de los activistas de la “nueva izquierda” no provenía de las márgenes de la sociedad, ni era un comportamiento anómico,

irracional o fragmentado e incoherente. Estas prácticas no encajaban en lo que la sociología norteamericana consideraba comportamiento desviado, dado que se originaban en las universidades europeas, instituciones integralmente modernas. Y sus protagonistas no eran precisamente inadaptados sin identidad, sino que provenían de las capas medias de la sociedad y defendían causas que no se correlacionaban con su posición objetiva de clase. Es decir, los actores sociales no conducían rebeliones desde las márgenes, sino acciones colectivas desde el centro.

Se desarrollaron otros enfoques, como respuestas a estas insuficiencias explicativas. En EE.UU. surgieron los enfoques denominados “de la elección racional” (que explicaba la participación política en el cálculo individual motivado por la necesidad de obtención de beneficios privados), el enfoque de la “movilización de recursos” (analiza las iniciativas institucionales, los roles diferenciales de los dirigentes, la disponibilidad de recursos materiales y las estrategias de las instituciones), y una variante de este último que se denomina “escuela particularista”, que presta su atención a cada contexto histórico y sociológico específico en que surgen los actores. En Europa, la diversidad es aún mayor y cambian las diferencias de perspectivas. Aparecen otros cuestionamientos interesantes, agrupados bajo el denominado “enfoque de redes” (que concibe a los movimientos sociales como manifestaciones de redes socioespaciales latentes, aglutinadas por comunidades de valores), y bajo el “enfoque cognitivo”, que incorpora algunos elementos de la Escuela de Frankfurt y piensa a los movimientos sociales como procesos de praxis cognitiva mediante las cuales las personas crean nuevos tipos de identidades sociales.

Toda esta diversidad, contenida en una abundantísima producción que implica miles de autores, ha sido objeto de repetidas sistematizaciones y hasta se han trabajado manuales que buscan síntesis eclécticas. Un buen ejemplo es el trabajo de Joachim Raschke, que pretende sintetizar una perspectiva ecléctica que complementa enfoques y autores (v. RASCHKE, J. , 1985), que atiende simultáneamente al contexto específicamente político y a los proyectos históricos, los ideales colectivos y las contradicciones internas de los movimientos sociales. De todos modos, parece haber consenso en que los movimientos sociales son agentes colectivos que intervienen en el proceso de transformación social, pero

que poseen límites imprecisos, con transiciones muy fluidas en términos de composición personal y de contenidos. Los encuadrados temporalmente en la Modernidad se caracterizan por su orientación emancipatoria, por su rechazo a la vocación de poder⁷³, su policlasismo y heterogeneidad social, su amplitud de objetivos y estrategias de acción expresados mediante métodos no convencionales, y una capacidad de generar pautas de identidad que también se traducen en nuevos agrupamientos de valores. Y que, para comprenderlos, es necesario entender la cultura de la que emergen, o la matriz de relaciones sociales en la que se producen.

Entre la multiplicidad de enfoques señalados (McCARTHY y ZALD, 1977), y la amplitud de posiciones que se resume en la designación “nuevos movimientos sociales” (TOURAINÉ, A., 1980; OFFE, C., 1985, SALDOMANDO, A., 1989), la perspectiva de la “**estructura de oportunidad política**” (RIECHMANN J. y FERNANDEZ BUEY, F., 1994) emerge como una síntesis bastante ecléctica para comprender indiciariamente algunos procesos. En esta propuesta de abordaje, se parte de analizar el grado de apertura del sistema político a las demandas de actores sociales o de movimientos complejos, la estabilidad de los alineamientos y la política de alianzas entre los partidos políticos formales y los conductores de los diferentes movimientos y grupos. También esta perspectiva recoge el análisis de los cambios estructurales observados en las instituciones políticas de la formación social en que se han desplegado las diferentes acciones reivindicatorias, y las relaciona con los procesos de desarrollo de los movimientos sociales.

La razón por la que esta última perspectiva se presenta como superadora se centra en que la “cuestión ambiental” en la Pcia. de Buenos Aires no es sólo una reivindicación concreta y masiva por la calidad ambiental en tanto consumo colectivo, sino que fundamentalmente se presenta, como ya se dijo, como un planteo desde el mismo poder provincial. No parece existir un correlato entre niveles crecientes de reclamos colectivos y la aparición de valores post-materialistas de manera masiva, de acuerdo a la experiencia

⁷³ En un sentido de poder partidario, muchos ambientalistas experimentan un rechazo muy bien descrito en una metáfora marxista que modificó Walter Benjamín. Si se concibe a la historia como un tren arrastrado por revoluciones, que son sus locomotoras, podría ser hoy que la revolución consista en un pasajero que tire exitosamente del freno de emergencia.

europea (INGLEHART, R. 1991), sino más bien como negociaciones sectoriales y articulaciones entre porciones de los aparatos partidarios, entre facciones y grupos informales, y/o bajo la forma de alianzas transitorias entre sectores con historias diferentes (algunos de los cuales no incluían la problemática ambiental en sus discursos desde mediados de la década del '70). Además, el movimiento ambientalista en la Pcia. de Bs. As. no aparenta una gran eficacia, aún cuando algunas denuncias (declarando al Gran La Plata y al Gran Buenos Aires como zona de emergencia ambiental) adquieren un tono cercano al catastrófico.

Este planteo nos lleva a atender a cuestiones como el papel del clientelismo en el marco de dominación del Estado moderno, en tanto es totalmente sabido que muchos aspectos de la gestión de la obra pública y el campo más amplio y emergente de la gestión ambiental se encuentra atravesado por relaciones clientelares. En torno a éstas se articula una zona de cruce entre las decisiones de funcionarios, las presiones y mecanismos de lobby de empresas de diversos niveles, y el “siempre gris” campo de la economía informal urbana (TRINCHERO, H., 1995) y la dádiva política, aspectos que ya forman parte del paisaje de la complejidad de las áreas metropolitanas y también de sociedades que se despliegan a escala mucho menor (GELLNER, E., 1986, BANTON, M. 1980, BOISSEVAIN, 1987; SILVERMAN, S., 1986). No hay duda de que la vigorosa existencia del clientelismo como componente de la política contemporánea juega un papel importante en la institucionalización de prácticas estructuradoras de campos de disputa. Pero, sabemos que para entender el papel reproductor del clientelismo se requiere un enfoque que supere las concepciones “indeterministas” (aquellas basadas en la acción “empresarial” de los actores), y en este sentido los aportes de Giddens pueden resultar de utilidad. Para el autor inglés:

“...la producción o constitución de la sociedad es una obra práctica de sus miembros, pero no se verifica en condiciones que están enteramente dentro de su intención o comprensión. La clave para entender el orden social no está en la interiorización de los valores, sino en las relaciones cambiantes entre la producción y la reproducción de la vida social por sus actores

constituyentes. Toda reproducción es necesariamente producción. ”
(GIDDENS, A., 1987: 104).

El concepto teórico que describe las mediaciones entre la producción (acción) y la reproducción (estructura) es la “*dualidad de estructura*”, el cual implica el hecho de que las estructuras sociales son constituidas por la actividad humana y a la vez son el medio mismo de esa constitución. De esta manera, la institucionalización de las prácticas políticas (y en este caso, en el terreno de “lo ambiental”) puede ser entendida como un despliegue de acciones que determinados individuos orientan hacia otros, configurando un contexto de expectativas que también se vuelve sobre ellos imponiéndoles límites y constricciones.

Utilizar el concepto giddensiano de dualidad de estructura en el análisis de las políticas ambientales (“*la estructura en tanto es el elemento y el resultado de la conducta que ella organiza recursivamente, las propiedades estructurales de sistemas sociales no existen fuera de una acción, sino que están envueltas inveteradamente en su producción y reproducción*”) requiere del abandono de las modalidades de pensamiento lineales de las relaciones causa-efecto y de la simplificación analítica.

Por otro lado, la idea del **circuito de reproducción** (“*serie institucionalizada de relaciones de reproducción, gobernada por lazos causales homeostáticos o por una autoregulación reflexiva*”) y la de **dialéctica del control** (“*doble vía del aspecto distributivo del poder, poder en tanto control, el modo en que los menos poderosos administran recursos como para ejercer un control sobre los más poderosos dentro de las relaciones de poder establecidas*”) implican atender a una modalidad de análisis que rompe con la idea de que el poder se ejerce exclusivamente desde los planos superiores de las elites hacia los conjuntos subordinados.

Así aparece la importancia del agenciamiento, de las acciones de los agentes (lo que permitiría introducir un recorrido teórico acerca de las diferentes variantes de la teoría de la acción y sus derivas, como es posible ver en autores como Brenno Werlen (1993) y sus análisis sobre el espacio de la acción social. El registro reflexivo de la acción (el “*carácter*

deliberado de la conducta humana”, entendido por Giddens como proceso continuo) implica abrir el análisis a los recursos que poseen los agentes los cuáles, para el sociólogo inglés, son de dos tipos:

- recursos de asignación, o sea los recursos materiales empleados en la generación de poder, incluyendo el ambiente natural y los artefactos físicos, y
- recursos de autoridad, que son los recursos simbólicos utilizados en la generación de poder y que aprovechan las actividades humanas

La fertilidad de estos conceptos para entender la estructuración de políticas ambientales, en las cuales el dominio del discurso sobre el “ambiente construido”, sobre la “ecología”, sobre la “Naturaleza”, etc., aparece necesariamente como un recurso de los agentes, es importante. Enfocando el análisis en los recursos de actores sociales específicos, especialmente de aquellos ubicados en estructuras de relaciones políticas que efectivizan el dominio humano sobre la naturaleza, es posible entender como se trazan estrategias para modificar el control sobre los recursos, acumular poder de diversas maneras, apropiarse de la ganancia simbólica que generan otros agentes según mecanismos de acumulación de recursos de autoridad, o re-ubicarla simbólicamente.

Así, la estructuración de la Secretaría de Políticas Ambientales de la Pcia. de Bs. As. puede pensarse como resultado de una configuración de prácticas que no son una exacta replicación del estado de dominación política anterior, y que constituyen una variación respecto de éste. Y de esta manera, tales prácticas tienden a expandir o contraer su papel configurador de la sociedad, según se desenvuelvan bajo ciertas condiciones.

La emergencia de la problemática ambiental contemporánea ha generado la conformación de formaciones discursivas que mezclan elementos de la ecología, la política, la economía, la gestión administrativa y diversas formas de “sentido común”. Por eso no hay un único “discurso ecologista”, ni una única modalidad de política ambiental, dado que podría hacerse una genealogía de las diferentes posiciones que los actores asumen a través

de sus expresiones lingüísticas. Así como las visiones más radicalizadas devienen de elaboraciones e interpretaciones de base materialista (internalización de los costos sociales y ecológicos de la producción, control estatal o comunitario de los recursos, redistribución de las modalidades de gestión energética, equidad intergeneracional y redistribución equilibrada Norte-Sur, contabilidad ecológica de base termodinámica, etc. V. WALLERSTEIN, I.;1998), las cosméticas y reformistas reconocen tradiciones malthusianas y entroncan perfectamente con discursos neoliberales (escasa intervención del Estado en las políticas ambientales, libertad de mercados, apropiación privada de los recursos naturales, socialización de los efectos negativos de la contaminación y del agotamiento de la biodiversidad, v. HARDIN, G.1989). Las posiciones más reformistas incorporan elementos aportados por diferentes disciplinas, especialmente la ecología (que ordena discursivamente los aspectos referidos al “manejo racional de los recursos naturales”, v. NORGAARD, CH. 1985).

Ahora bien, ya dijimos que se dan evidentes procesos de lucha por la apropiación de las posiciones dominantes en los procesos de producción de sentido en torno a la problemática ambiental contemporánea. Pueden establecerse conexiones analíticas entre las prácticas de los ciudadanos que reclaman un uso sustentable de los territorios en los que habitan, aún cuando estén totalmente subordinados a la dinámica de circulación del capital, los empresarios que encuentran paradójales condiciones de reproducción de sus discursos en el contexto de la expansión semiótica del capital, y lo que Habermas (HABERMAS, J.; 1984) denomina “la progresiva colonización del mundo de la vida” por parte de la economía y del Estado.

El autor alemán sostiene que este proceso va generando un desplazamiento hacia prácticas estratégicas que integran una racionalidad puramente instrumental. Pero estas cuestiones instrumentales están “soportadas” por actores sociales concretos, lo que nos permite avanzar en un acercamiento al poder que focalice sobre la manipulación estratégica de los recursos económicos e institucionales. En términos académicos, estos instrumentos conceptuales son útiles para complementar interpretaciones prevalentes sobre procesos globales que acentúan esencialmente los aspectos culturales y representacionales de la

dinámicas del poder, tal cual lo plantean los autores que dieron origen a la Ecología Política y que mencioné al principio de este marco teórico.

Pero también esta idea, la del reduccionismo a la racionalidad instrumental, nos lleva a profundizar en el hecho de que la denominada “protección del medio ambiente”, término que legitima la construcción de políticas públicas, es un ámbito por excelencia en el cual las necesidades de conocimiento específico y capacitación técnica (denominada convencionalmente “expertise”) han tenido el efecto de debilitar los controles populares, los procesos democráticos y la asignación de responsabilidades públicas. En la mayoría de los países en que esta construcción de políticas se lleva adelante, son los sectores industriales los que llevan adelante, en concreto, la aplicación de las políticas de “Protección ambiental”, organizando inclusive la participación de los expertos técnicos e influyendo mucho más que el propio Estado o que la “esfera pública” en los procesos de decisiones reales.

Así es que esta reducción instrumentalista de la racionalidad opera a través del tecnicismo dominante en las áreas de gestión ambiental, fuertemente dominadas por expertos con currículums contruidos en ciencias duras e ingenierías. Las definiciones de estándares escapan al escrutinio público. Pero esta cuestión es realmente variable, como ya hemos visto, según sean los actores que se comporten en el campo de la política ambiental. Para dar cuenta de esta variabilidad, a la manera de una tipología más bien simple, Susana Aguilar Fernández (siguiendo a otros autores, AGUILAR FERNANDEZ, S.; 1998:188) utiliza el concepto de “diseño institucional” para describir las maneras en que pueden trabajarse los esquemas de organización de intereses instrumentales de los actores que concurren a la disputa por la hegemonía en las decisiones centrales de la política ambiental.

Así, habría cuatro modelos básicos, definidos según la institución central y el principio rector que permite caracterizarlos:

- la comunidad y la solidaridad espontánea
- el mercado y el principio de la competencia dispersa.

- el estado burocrático y el principio del control jerárquico
- la asociación y el principio de concertación organizativa

En el intento de aplicar este esquema a la descripción de políticas ambientales, hay que explicitar que los escenarios políticos de la “modernidad reflexiva” incluyen al Estado y a las diferentes modalidades organizativas que va experimentando la sociedad civil. Por lo que los análisis concretos van a variar entre los dos últimos modelos de la tipología⁷⁴.

Así es que, según el protagonismo en la puesta en marcha y en las decisiones de la política lo lleven centralmente las autoridades gubernamentales, y la política ambiental se defina sin incorporar de forma significativa a los grupos de interés en el proceso político, la separación entre el Estado y los grupos de interés de las otras esferas de la sociedad estará claramente delineada, fácil de analizar, diríamos. La arena estratégica de decisiones estará ubicada en el juego de poderes entre el Ejecutivo y el Legislativo, en cualquiera de los niveles del Estado en que se enfoque, y las estrategias de construcción de demandas de otros grupos (ya sea ubicados en la esfera de la producción, si se trata de industriales, o del consumo, si se trata de ciudadanos) tendrán características de formalidad determinadas por esto.

Y si, por diferentes razones de orden histórico y cultural, las modalidades de decisión en materia de política ambiental se toman priorizando la asociación y según el principio de concertación asociativa, aparece una fuerte presencia de actores privados y (según las modalidades de evolución del movimiento ambientalista) de Organizaciones No Gubernamentales en la arena política concreta. A estos sectores se les concede un status oficial, para que participen en el proceso de elaboración de las políticas ambientales y, a cambio, colaboren en su gestión directa. Por lo que, frecuentemente, terminan cumpliendo funciones que podrían ser asignadas a agencias de gobierno. E, inclusive, mezclando niveles de producción legislativa, de definición programática y de desarrollo de políticas

⁷⁴.S. Aguilar Fernández (op.cit.), en estudio comparativo entre las política ambiental alemana y española en el marco de la Unión Europea, utiliza los términos “no cooperativo” y “cooperativo” para referirse a los dos últimos modelos de diseño institucional, en los que se basa para organizar sus datos.

microsociales o de base. Y es aquí donde se complejizan analíticamente los factores que hemos puntualizado en este marco teórico, especialmente los referentes a la reproducción sistémica, a la dinámica compleja del poder y a la disputa simbólica, evidenciada en la retórica que construyen los actores para legitimar sus acciones.

Sin embargo, lo puntualizado hasta aquí requiere tener en cuenta otras especificidades. Entre ellas, una fundamental: ¿cómo es el acercamiento específico de los antropólogos al terreno de lo político?. Obviamente que hay una serie de facetas diferentes a las miradas de los sociólogos y los politólogos. El aspecto más distintivo es la búsqueda de una aproximación holística, superadora de la fragmentación del "objeto" en que han caído otras disciplinas modernas, las que han hablado de política sin considerar sus dimensiones económicas o proponiendo una visión de la actividad económica unidimensional. Y este aspecto distintivo se origina en la forma de problematizar lo político que caracteriza a los antropólogos clásicos, quienes empezaron a interesarse por la política como consecuencia de las repercusiones de las teorías evolucionistas. Sus investigaciones se dirigieron principalmente a las sociedades remotas con sistemas políticos diferentes de los que prevalecen en las sociedades modernas. Estos trabajos, realizados en todos los confines del mundo, dieron lugar a monografías, síntesis comparativas, y reflexiones generales sobre las formas arcaicas del poder.

La definición tradicional de lo político que proponen Swartz, Turner y Tuden, según los cuales se trata de "procesos originados por la elección y realización de objetivos públicos y el uso diferencial del poder por parte de los miembros del grupo afectados por esos objetivos" (cit en ABELES, M. 1997: 2) pone bien de manifiesto la combinación de tres elementos en una misma dinámica: el poder, la determinación y realización de objetivos colectivos, y la existencia de una esfera de acción política. En esta definición, el aspecto territorial no aparece, pero esto no es un problema, puesto que autores tan distintos como Max Weber y Evans-Pritchard han hecho hincapié en este aspecto constitutivo de lo político. Recordemos la célebre definición weberiana del Estado como "monopolio de la violencia legítima en un territorio determinado" o la caracterización en *The Nuer* de Evans-Pritchard, de las relaciones políticas como "relaciones que existen dentro de los límites de

un sistema territorial entre grupos de personas que viven en extensiones bien definidas y son conscientes de su identidad y de su exclusividad." (1940: 19).

La antropología, partiendo de una visión comparativa que la llevaba construir taxonomías de "los sistemas políticos", se ha ido orientando hacia formas de análisis que estudian las prácticas y las gramáticas del poder poniendo de manifiesto sus expresiones y sus puestas en escena. Este enfoque siempre ha hecho hincapié en la estrecha imbricación entre el poder, el ritual y los símbolos. Los antropólogos, lejos de pensar que hay un corte neto y casi preestablecido entre lo que es político y lo que no lo es, pretenden entender mejor cómo se entretajan las relaciones de poder, sus ramificaciones y las prácticas a las que dan lugar. La investigación trae a la luz los "lugares de lo político" que no corresponden necesariamente a nuestra percepción empírica, que tiende por su parte a limitarse a las instancias formales de poder y a las instituciones.

La complejidad de las administraciones, la existencia de un denso tejido burocrático, la abundancia de jerarquías, es decir, la instancia estatista tal y como la encontramos en nuestras sociedades tiene muy poca relación con los funcionamientos mucho más difusos que caracterizan lo político en los universos exóticos. ¿Hay una verdadera disparidad de escala entre el fenómeno estatista contemporáneo y los dispositivos que describieron los antropólogos, sobre todo en categorías como las de sociedad segmentaria o de distrito que designan realidades muy heteróclitas?. Preguntas de este tipo se generan por fenómenos contemporáneos e inéditos, entre ellos el constante cambio en el funcionamiento de los sistemas de poder en el marco del Estado moderno y de las crisis que lo debilitan. Por esta razón, aparecen exigencias conceptuales que tienden a impulsar renovaciones y nuevas búsquedas, sobre la base de que un enfoque antropológico consecuente y deseoso de no cosificar el proceso político tiene que combinar tres tipos de elementos: en primer lugar, el interés por el poder, el modo de acceder a él y de ejercerlo. En segundo lugar, el interés por el territorio, las identidades que se afirman en él, los espacios que se delimitan. Y por último el interés por las representaciones colectivas y por cómo es que estas representaciones se articulan y generan las prácticas que conforman la esfera de lo público.

De esta forma, el análisis del poder no es simplemente un recuento formal de datos electorales presentados mediante gráficos de barras o circulares, como sucede frecuentemente con los reduccionismos típicos de la corriente conductista que llegó a hegemonizar las ciencias políticas. Por el contrario, en las últimas décadas los trabajos antropológicos parten de definiciones post-estructuralistas, entendiendo que:

"El análisis del poder no tiene que partir como datos iniciales, de la soberanía del Estado, la forma de la ley o la unidad global de una dominación; éstas no son más que las formas terminales del poder."
(FOUCAULT, M.; 1988: 42).

Por esto es que la propuesta epistemológica de la antropología tiene que ver con el estudio directo del poder allí donde se ejerce, recurriendo también a los aspectos microscópicos y relevando la dimensión de la micropolítica. Esta dimensión no es para nada ajena a la idea de reflexividad que caracteriza a los sistemas culturales construidos en el marco de la Modernidad, y por lo tanto implica enfocar:

- ❖ Las condiciones de posibilidad de la acción cotidiana de los individuos que agencian conocimientos en el marco de una práctica social, teniendo en cuenta aspectos tales como la influencia en las conductas de otros en interacciones cotidianas y en procesos rutinarios,
- ❖ La sedimentación de prácticas rutinarias en contextos institucionalizados, en el marco de procesos de interacción entre agentes pertenecientes a instituciones con capacidad (o directamente, poder) de generar reglas para incorporar a mecanismos reproductivos problemáticas "novedosas".

Este análisis tiene la ventaja de dar una perspectiva del Estado o de sectores del mismo partiendo de la realidad de las prácticas políticas. Lo único que puede facilitarnos un mejor entendimiento de lo político, no ya como una esfera separada sino como la

cristalización de actividades modeladas por una cultura que codifica a su manera los comportamientos humanos, es tratar de tomar en consideración el ejercicio del poder y su arraigo en un complejo en el que se mezclan inextricablemente sociedad y cultura. Para estudiar el poder en la inmanencia de lo social, para entender desde dentro cómo unos hombres gobiernan a otros, es necesario saber las qué condiciones emergió este poder, esta aptitud para gobernar que en el contexto democrático se expresa bien con la palabra "representatividad".

La cuestión de la representación política, las dos cuestiones del acceso al poder y del ejercicio del mismo se plantean como indisociables. En cuanto a la primera, en nuestras sociedades todo gira en torno a la noción de *elección* por su repercusión práctica y por el contenido simbólico que le atribuimos. En la mayoría de las democracias occidentales, dedicarse a la política equivale a estar en condiciones, más tarde o más temprano, de aspirar a un mandato que permitirá acceder a un puesto de poder. Y en gran medida, la elección es un proceso misterioso cuyo efecto es transformar al individuo en un hombre público. De la noche a la mañana, una persona que no era más que un ciudadano como los demás es llamada a encarnar los intereses de la colectividad, a convertirse en su portavoz. Esta cualidad de mandatario es la que le da derecho a actuar sobre las acciones de los demás, a ejercer su poder sobre el grupo.

Bourdieu ve en esta "alquimia de la representación" una verdadera circularidad en la cual "el representante conforma al grupo que le conforma a él: el portavoz, dotado de plenos poderes de hablar y actuar en nombre del grupo y en primer lugar sobre el grupo... es el sustituto del grupo y existe solamente por esta *autorización*." (BOURDIEU, P.; 1988: 101). La delegación que actúa desde el grupo al individuo es un elemento constitutivo de la identidad colectiva. El representante lleva a cabo la mediación entre estos dos términos. Bourdieu interpreta el fenómeno de la representación en términos de desprendimiento, de alienación de las voluntades a un tercero que se erige como poder unificador y como garante de la armonía colectiva, en su discurso y en sus prácticas. Desde esta perspectiva teórica el análisis de la representación consiste en desmontar los mecanismos que hacen que los individuos se sometan al poder y a sus símbolos.

Sin embargo, también una serie de elementos que tienen a hacer ver que el poder se “construye”, en gran parte como efecto de la búsqueda de individuos y grupos por controlar sus condiciones de reproducción. Lo que hace que la búsqueda de la comprensión acerca de cómo el poder emerge y se afirma en una situación determinada no se realice sin tener en cuenta los nexos sociales que tienen los aparatos de poder, dejando de verlo como una pura relación dinámica entre capacidades de acción abstractas y totalmente racionales. La necesidad de analizar de un modo pluridimensional las estrategias y los modos de inserción de todos los que, directa o indirectamente, participan en el proceso político no implica en absoluto renunciar al enfoque localizado cuya utilidad han demostrado los métodos etnográficos. Pero es importante abandonar la idea ilusoria del microcosmos cerrado, en beneficio de una reflexión sobre las condiciones de producción de las prácticas políticas en las sociedades modernas.

La mirada dirigida a los nexos sociales del poder y a sus aspectos microscópicos lleva también a considerar los aspectos locales, específicamente en función de la articulación de niveles que muestran las sociedades que han desarrollado un estado moderno con diferentes grados de centralización. Eso hace que hoy no pueda estudiarse prácticamente ningún proceso político sin enfocar las recomposiciones que están sufriendo los espacios locales y los desplazamientos de escalas que implican crisis y conflictos que se originan en estos espacios. El hecho de que unos actores políticos puedan desempeñar una función local de primer orden y a la vez participar en el gobierno de regiones complejas o incluso del país, induce a cuestionar la articulación de los espacios políticos y la construcción histórica de las identidades locales. La afirmación de lo específico, la instauración de relaciones entre los espacios territoriales infra-nacionales y las instancias europeas, no contribuye necesariamente a debilitar al Estado, sino a incorporar unos dispositivos más complejos

Lejos de ser un dato estable y permanente, diversas identidades locales han podido ser objeto de múltiples recomposiciones con el paso del tiempo. La antropología de los espacios políticos que tiende a reinscribir el "terreno" en un conjunto ramificado que

engloba poderes y valores ofrece también un medio de pensar en el Estado "visto desde abajo" (ABELES, M; 1990: 79), partiendo de las prácticas territorializadas de los actores locales, ya sean políticos, gestores o simples ciudadanos.

Veremos, en el capítulo siguiente, que el caso concreto de la implementación de política ambiental desde la esfera pública del Estado Provincial combina elementos de todos estos modelos teóricos. Están presentes todo el tiempo elementos relativos sobre todo al mercado y al principio de competitividad. Pero esta combinación de elementos no se da de manera equilibrada, ni todos los elementos de cada modelo se distribuyen áreas delimitadas de poder e influencia. Hay aspectos corporativos que están presentes en todos los procesos de producción de política ambiental y de implementación de decisiones, y hay aspectos que parecieran resolverse de manera más autónoma y local. Por lo que el pasaje al caso concreto requiere una doble atención: por un lado, atención para reconocer estas rupturas y continuidades entre la "realpolitik" del Estado Provincial y los núcleos teóricos que conforman este acercamiento, y por otro lado, para que no vuelva opaco la existencia del conflicto que el "orden" de la política ambiental trata de neutralizar.

Y por último, a la manera de postulado y recuperando contribuciones de la Ecología Política, entendemos que el sistema resultante de lo que hoy se denomina "globalización" (término polisémico por excelencia, como ya se dijo) NO se desarrolla en términos de una lógica absoluta, homogénea y no contradictoria ni produce formas sociales generalizables. Por el contrario, semejantes desarrollos son el resultado, siempre específicos y relativos a un tiempo y espacio, de la combinación de factores ecológicos, estructurales y culturales, con las estrategias de actores concretos que persiguen proyectos diferentes y responden a intereses contradictorios. No debemos perder de vista que estas luchas ocurren entre "los países desarrollados" y los "subdesarrollados", entre el "Norte" y el "Sur", "los capitalistas" y las clases subalternas que resisten pasiva o activamente; pero también ocurren entre los mismos sectores dominantes, entre las corporaciones y sectores líderes de la economía quienes persiguen fines comunes en torno a la acumulación en situaciones de competición y hasta, a veces, de acuerdo a diferentes racionalidades.

Si uno combina estas dos perspectivas, una enfatizando el conflicto entre fuerzas hegemónicas en el capitalismo global y la otra enfatizando los cambios como consecuencia del conflicto de clases y sectores (lo que también tiene un costado ambiental), entonces la relación entre “desarrollados” y “subdesarrollados” en el sistema mundial no emerge como una relación de dominación omnicomprensiva, fija en sus resultados y mecánica en sus manifestaciones. Esta relación aparece más bien como un fluido de procesos no controlados, en los cuales el poder se mueve en diferentes direcciones, creando conflictos pero también validando comunidades de interés (v. GRAMSCI, A. 1975, 1984). Si la dinámica desarrollo-subdesarrollo implica dominación capitalista, ello también implica conflicto entre los dominadores permitiendo, en esta tendencia, la impredecible apertura de espacios en los cuales los sectores subalternos pueden negociar una mejor posición.

2.6. Clásicos y renovadores. Los múltiples enfoques sobre el Estado.

El debate sobre el Estado capitalista tiene larga data. Es uno de los tópicos sobre los que se ha construido una abundante bibliografía, y esta abundancia hace que se produzcan dificultades para poder establecer criterios de clasificación.

Si buscamos los elementos que acercan la teoría del Estado a cuestiones de orden económico, una primera aproximación la encontramos en las corrientes que derivan del enfoque neoclásico-liberal, cuya argumentación se centra sin ambages en la necesidad de garantizar jurídicamente la existencia de la propiedad privada. Por lo que el Estado solo tiene funciones que remiten a este objetivo, y se presenta como “antinatural” (con toda la carga ideológica que este término posee) el intervencionismo estatal en la economía o la consideración de algún tipo de regulación. Los representantes más ortodoxos de esta posición, que frecuentemente se clasifica como “visión neutralista”, sostienen que la libertad de mercados exige un estado reducido al mínimo indispensable para ofrecer garantías jurídicas a los propietarios libres. Los economistas austríacos, liderados intelectualmente por F. Von Hayek, sostienen que el sector público debe desaparecer totalmente de la determinación de la producción y mucho menos puede hacerse presente en políticas de empleo o en intervenciones monetarias. La difusión de los principios teóricos de la escuela austríaca que se dio durante los años '70 en todos los países occidentales contribuyó de manera importante a contrarrestar la hegemonía de los enfoques keynesianos, que de por sí no eran nada revolucionarios precisamente.

Pero la historia de la economía occidental registra que este tipo de enfoques es predominante en lo ideológico pero que no se aplica a rajatabla en ninguna circunstancia ni por períodos similares a los que esta teoría recomienda. En cambio, lo generalizado en materia de políticas económicas con un sentido nacional es la búsqueda de un estado fuerte, de la integración de estructuras estatales con una presencia en casi todos los campos de la actividad económica y en otras áreas como las necesarias para la reproducción de los

individuos de una sociedad (salud, educación, etc.). Por lo que, en las visiones denominadas “heterodoxas”, el Estado se hace presente para garantizar la acumulación capitalista mediante intervenciones permanentes en el flujo circular de la renta. Ya sea realizando gravámenes, o estableciendo circuitos de transferencias, o comprando bienes y servicios, está influyendo directamente en la cantidad de dinero disponible para consumo y para el ahorro. Y esta intervención implica una serie de procesos de toma de decisiones cuyo análisis implica incluir la esfera de la política en el análisis económico.

Ahora bien, entre las visiones heterodoxas hay un abanico amplísimo, que también nos ofrece diversas dificultades de clasificación. La idea de la consolidación del poder articulada a las garantías de la acumulación de la clase dominante en la sociedad moderna no sólo tiene raíces marxistas sino especialmente weberianas. Es posible que el Estado intervenga en la economía desde la política sólo por la conformación de una burocracia racionalista, jerárquica y especializada, con redes de comunicación de alta formalización y en proceso de constante reproducción verticalizada. Esto hace real, en la práctica, una modalidad de dominación masiva que racionaliza y difunde cierta cosmovisión centrada en valores (originados en la “ética protestante”) como el ahorro, la libertad de acumulación, la centralidad de la actividad económica en la constitución de los sujetos, que Max Weber⁷⁵ (WEBER, M., op.cit.) describe como fundamental para la evolución de la sociedad moderna y que denomina “la racionalidad burocrática”. Esta racionalidad asegura el complemento político de la acumulación capitalista, al formar un estrato social de administradores que gestionan la economía realizando el trabajo de dirección que le compete a la burguesía, pero sin ser parte de esta clase social. De manera que esto hace que la racionalidad burocrática se vuelva clave para la reproducción del capitalismo. Algunos estudios de caso brillantes, como los análisis de Schumpeter (SCHUMPETER, J., 1984) acerca de la burocracia británica y su evolución desde las modalidades de dominio colonial, ejemplifican especialmente esta posición y la fertilidad posterior que tuvo para entender ciertos mecanismos propios de la esfera económica.

⁷⁵ V. Weber Max. Economía y Sociedad. México, Fondo de Cultura Económica, 1984.

Como efecto de estas visiones, se da una búsqueda teórica que orienta intentos de definición del Estado directamente asociados al poder y la lucha por el poder, y este tema tiene un conjunto de autores que lo abordan casi de manera autónoma de la economía. Inclusive, en los años '80, hay dos claros enfoques que debaten esta cuestión: por un lado está la vertiente "diabólica": Perry Anderson (ANDERSON, P., 1983), Theda Skocpol (SKOCPOL, T., 1991), Anthony Giddens (GIDDENS, A., 1987), por citar a los más populares, sostienen que la dinámica de la lucha por el poder es la que hace necesario un aparato estatal. Por otro lado, aparece una vertiente "angelical", cuyo representante más conspicuo es Jürgen Habermas (HABERMAS, J., 1988), quien plantea una separación creciente entre la dinámica de la sociedad y la del Estado, al punto tal que pueden funcionar por momentos como si se tratara de esferas autónomas.

El marxismo, como corriente teórica, ha podido articular una posición más compleja a partir de la idea más bien simple de que el Estado funciona directamente como un instrumento de dominio: monopolio de la administración de recursos, gestión de la acumulación de una clase, funciones directas de represión y propaganda que aseguran el dominio ideológico, reproducción de un esquema de mundo que reproduce la dominación. Por lo tanto, no es un espacio de gestión de la economía para el conjunto de la población, sino que es el reflejo de la estructura de clases sociales de cualquier sociedad, no sólo de las modernas. El Estado, para los marxistas, no es la simple encarnación del poder, sino que es un aparato de control que sirve a los intereses de las clases dominantes.

Sucede que, entre Estado y Sociedad, hay constantes complementaciones porque toda forma de producción actual parte del Modo de Producción Capitalista o, como sucede con algunas formas de producción incrustadas en economías primitivas, se articulan a él. El eje del Modo de Producción Capitalista es la sociedad civil, dado que la dinámica que esta posee complementa los procesos económicos de extracción de la plusvalía.

Ahora bien, la tradición de estudios marxistas hace que haya diversas vertientes que convergen, se hacen compatibles, o divergen acentuando matices. Partiendo de la noción de que el Estado es un aparato dependiente de una clase social, se articula la noción del Estado

como instrumento de dominación (conocida como la vertiente “instrumentalista”) derivada directamente de las lecturas de los textos de Marx. Sin embargo, esta vertiente es cuestionada por autores más contemporáneos como Ralph Miliband (MILIBAND, R., 1991), para quien esta noción aparece como una tesis primaria. Miliband se pregunta: ¿porqué a la burguesía le cuesta la gestión del Estado y de sus propios intereses de clases, y no puede acumular de manera estable, sin conflictos?. La respuesta se centra en que la misma burguesía no es un bloque monolítico, ya que sus integrantes y grupos compiten entre sí de manera frecuente, realizan alianzas transitorias en un campo y son enemigos en otro, y estas características competitivas la llevan necesariamente a buscar un ámbito de expresión de intereses particulares y de delegación de las complejidades de administración.

Por eso, Miliband contesta a los instrumentalistas proponiendo un enfoque que puede denominarse “asociativo”: el origen de la burocracia (en el sentido weberiano) está en esta asociación de clases y sectores que la burguesía necesita para estabilizar sus circuitos de acumulación, para realizar el trabajo que requiere la complejidad de una economía diversificada moderna. Y para lograr esta asociación concede privilegios y acepta coexistir con estamentos burocráticos que van conformando una lógica en la medida en que desarrollan mecanismos de autorreproducción. Se termina formando un interés común en esta asociación: la burocracia necesita siempre algo para administrar, y lo tiene mientras haya acumulación de capital.

Un marxista analítico como John Elster (ELSTER, J., 1991) apoya este enfoque, al demostrar cómo la burguesía renuncia al ejercicio efectivo y concreto del poder, dando lugar a la formación de esta burocracia autónoma que es el Estado. Que, obviamente, no posee la propiedad de lo que administra, y que por lo tanto se exige al conjunto de la sociedad el mantenimiento de una articulación entre las esferas de la política y la economía. Articulación que se revela permanentemente conflictiva como condición de funcionamiento del sistema social.

Por eso mismo, en países donde la burguesía estuvo todo el tiempo coartando la formación de un Estado autónomo a partir de impedir vías de ascenso social para

determinados sectores sociales o directamente clases (como por ejemplo la imposibilidad para gente de sectores populares de acceder a la oficialidad del ejército o al aparato eclesiástico, cargos ya reservados para personas provenientes de las clases altas), las tensiones se expresan constantemente con inestabilidades políticas muy fuertes que terminan arrastrando a la esfera económica. Es esta interdependencia entre economía y política que sostiene R. Miliband frente a T. Skocpol en un debate polémico que sostuvieron a fines de los '80.

Ahora bien, el enfoque "asociativo" no alcanza a explicar del todo porqué el Estado, en sus diferentes variantes, alcanza a reproducirse por períodos relativamente largos, aún cuando la inestabilidad política provoca terribles procesos de expulsión de población, como los que acontecieron en Europa a fines del siglo pasado y en las primeras décadas del siglo XX. En este sentido, los marxistas de los '60 que inauguraron la discusión de la temática ofrecen un elemento más sólido: el Estado conforma un sistema objetivo (es decir, puede objetivarse y tiene finalidades concretas y confesas) de estructuras de dominación: domina los criterios de la educación, de la biopolítica, reprime, imparte justicia asegurando el mantenimiento de las relaciones sobre las que se funda la sociedad, reglamenta y cobra impuestos, etc.. Todo el tiempo está reproduciendo estas condiciones estructurales para la reproducción de esta dominación.

Entre los marxistas estructuralistas, que son los que analizan al Estado como estructuras de dominación, se destaca Nikos Poulantzas (POULANTZAS, N.,1977), que directamente considera al aparato estatal como un escenario de condensación de fuerzas en la lucha de clases, y propone que para entender esta cuestión a fondo hay que tener en cuenta el papel objetivo de los actores sociales más la motivación que orienta sus prácticas. Algunos estructuralistas van más allá: John Holloway (HOLLOWAY, J.,1994) plantea que la forma que adquiere el Estado deriva directamente de la lógica del capital y de los circuitos que fue siguiendo su acumulación. Sin embargo, otros estructuralistas como Ernest Mandel (MANDEL, E., 1994), Elmar Altvater (ALTVATER, E.,1999) y Joachim Hirsch (HIRSCH, J., 1999) plantean más cuidado en esta derivación. Expresan que, por más que la lógica abstracta del capital obligue a organizar una modalidad estatal para

mantener la dominación (como condición de existencia de una sociedad capitalista), esta modalidad de organización no se deriva de la lógica abstracta sino de procesos políticos, ideológicos e históricos concretos.

El enfoque estructuralista lleva a prestar atención a las funciones ideológicas del Estado. En los procesos de conformación de los Estados nacionales hay una fuerte impronta de la función simbólica, en la cual el aparato del Estado aparece garantizando la pertenencia ciudadana a una comunidad imaginaria, integradora de los individuos. Esto mismo, incluso, puede aparecer antes de la conformación de un estado real. Benedict Anderson (ANDERSON, B., 1994) sustenta en esta idea la noción de “comunidades imaginadas”, en las cuales se construye un imaginario completo y estructurado aún antes de que las fronteras específicas puedan legitimarse jurídicamente y aún conformarse físicamente. Un ejemplo de este proceso es justamente la conformación nacional de la Argentina, la que se formuló jurídicamente en 1853, cuando desde el punto de vista objetivo eran territorios con grandes variedades étnicas, sin aparatos productivos, con formas y modalidades políticas diversas, y con proyectos claramente divergentes.

Y también el enfoque estructuralista permite nuevas interpretaciones de las tesis de Antonio Gramsci, uno de los fundadores del Partido Comunista Italiano. En estas se destaca la suma de funciones de coerción social a las de integración, creación de valores de lealtad y puesta en marcha de prácticas de sometimiento. Así, el Estado efectúa un ejercicio efectivo de la hegemonía ideológica para asegurar el dominio de clase, y la atención a estas funciones de legitimación permiten profundizar las visiones instrumentalistas.

Por esto mismo, la visión austríaca que recupera el mito neoliberal del Estado ausente y del mercado que garantiza la óptima asignación de recursos entre los habitantes de una sociedad, es fuertemente cuestionada desde los enfoques marxistas. Es claro que, sin la acción jurídica y represiva del Estado no puede realizarse ninguna transacción, y mucho más necesario se vuelve aún en una economía mundializada, donde las funciones de gestión macroeconómica se han complejizado y tecnocratizado por impacto de la incorporación de nuevas tecnologías. El flujo de capitales necesario para mover la economía postindustrial

depende de una nueva asociación, de un reforzamiento asociativo entre sectores propietarios y sectores con conocimientos. G. Duménil (DUMENIL, G. y LEVY D., 1996) o Manuel Castells (CASTELLS, M. 1988) destacan la conformación de una nueva clase social, una tecnoburocracia internacional sin arraigo espacial ni conciencia de pertenencia que dirige de manera obsesiva y adictiva las fluctuaciones y derivas financieras de las que dependen los ritmos de acumulación actuales. Formados en diferentes universidades de fuerte arraigo neo-liberal (como Harvard o Chicago), con una estrecha visión monetarista y especialistas en la manipulación instrumental de la información, esta “mnemocracia” (poder del conocimiento) se posiciona en todos los puestos de gobierno clave, llegando a ellos no a través del sistema de partidos sino de fundaciones que representan a corporaciones o a grupos de corporaciones, y desde allí reorientan los procesos de transferencias desde el conjunto de la sociedad hacia los núcleos de poder financiero de la economía mundializada.

Esto, obviamente, ha provocado un cambio en el sentido de las funciones estatales. Ya no alcanza sólo con mantener un Estado que garantice “seguridad jurídica”, sino que además garantice condiciones de “competitividad” que potencien las posibilidades de ganancias para los sectores dominantes. Aparecen procesos que tienen expresión mundial, sobre todo en las dos últimas décadas del siglo XX, que se centran en el debilitamiento de las funciones de integración nacional que propagandiza el Estado, para fortalecer los procesos de transferencia de capital social (vía privatizaciones, subsidios, directamente expropiación a los conjuntos sociales) y fortalecer la valorización privada. Se da una complejidad adicional, que hace difícil entender las claves actuales de este proceso: se debilita la dominación ideológica vía representaciones de la idea de nación, se pierde la legitimidad del dominio del capital sobre los trabajadores (que fueron condiciones originarias de la acumulación de base industrialista moderna), se debilita la dominación activa, pero se refuerza la desintegración ideológica-política, la dominación pasiva. La noción de condición de ciudadano queda reducida a las dimensiones del consumo, por lo que los excluidos políticamente reclaman por trabajo, lo que sería pedir explotación, dominación, desgaste y enfermedad.

Las visiones que se abren con los planteos estructuralistas y los asociativistas conllevan al planteamiento de otros problemas. Así, el papel de la democracia en este tipo de desarrollo estatal, garantista sólo de la competitividad entre grupos corporativos como modalidad de acumulación concentradora, lleva a restricciones constantes. En todo el mundo se verifica la tendencia a la reducción de las funciones electivas y su reemplazo por las ejecutivas. Incluso esto se verifica en países con tradición estatista corporativa, como puede ser el caso del Japón, que ingresa a la modernidad ya con su base productiva armada sobre esta asociación.

Pero la restricción de la democracia se explica desde diferentes vertientes. Los denominados “economistas estancacionistas”, cuyo representante más importante es Paul Sweezy, explican que la pérdida de libertades públicas es un fenómeno del dominio de los monopolios que provoca la crisis de los años '70. Este capitalismo cada vez más monopolístico requiere de un giro autoritario para poder renovar sus condiciones de acumulación, y también como respuesta desesperada a los procesos revolucionarios que sacudían todo el Tercer Mundo y a la crisis inicial del Estado de Bienestar europeo, modelo de relaciones que había posibilitado la reorganización de los sectores vinculados al trabajo y a la reproducción del conocimiento.

El papel de la democracia es discutido por infinidad de autores, y aún cuando la mayoría de ellos reconozca la pérdida de legitimidad del Estado (como lo hace Habermas (HABERMAS, J., 1975) en su conocido trabajo “Problemas de legitimación en el capitalismo tardío”), es muy difundido el planteo de la corriente “angelical” que mencioné anteriormente, centrado en el “paradigma del consenso”. Este planteo se ubica sobre la base de que la democracia es un régimen apropiable por cualquier clase social, dado que el Estado no tiene un contenido de clase, por que es posible sostener que las vías de entendimiento democrático posibilitan un nuevo papel centrado en las funciones de consenso entre clases, sectores y grupos étnicos que desarrolla un estado moderno. Jürgen Habermas y Norberto Bobbio (BOBBIO, N. Y BOVERO, M., 1996) argumentan fuertemente en esta dirección, reparando en la importancia de los procesos comunicativos, de la diversidad cultural y la complejidad valorativa.

La discusión marxista, en relación a este tópico, estuvo algunos años retrasada, y finalmente se expresó a mediados de los '90 en revistas como "Race and Class", "Rethinking Marxism", "Monthly Review" o "New Left Review". Particularmente interesantes resultaron los aportes de Ellen Meiksins Woods, para quien la crisis de representatividad de las democracias de todo el planeta parte de la irrelevancia del status cívico para los grupos económicos que controlan los mercados y los procesos de acumulación (MEIKSINS WOODS, E., 1995). Así es que el desarrollo del capitalismo y sus variantes postindustriales le arrebatan el poder a los ciudadanos, y queda muy claro que, luego de los años '70, el vaciamiento de la democracia es un efecto del desarrollo del capitalismo: cuanto más mercado, menos democracia.

Así es que, en la relación entre democracia y estado, cobra importancia la denominada "Tesis de la ciudadanía", argumentada por Theda Skocpol o Verónica Bennholdt Thomsen. Ser ciudadano y lograr que se hagan efectivos los derechos jurídicos, económicos y políticos correspondientes a este status, es una conquista verdaderamente revolucionaria. Aún cuando esto aparece contradictorio con las ideas de dominación del Estado que se ejercen mediante la modalidad de gobierno democrático (que puede enmascarar el control faccioso o corporativo a través de los partidos políticos), tales planteos centrados en lo político reconocen un significado de la democracia positivo y negativo al mismo tiempo.

La "Tesis de la ciudadanía" confronta con las estrategias socialistas de toma del poder que se encuentran en la bibliografía tradicional. Tales estrategias se agrupan en dos grupos fuertemente diferenciados: por un lado se alinean los socialdemócratas como Bernstein o Kautsky, quienes afirman que se debe llevar al poder por el desgaste de los sectores dominantes. Mediante la acción cívica, proponen ampliar constantemente el desarrollo de un espacio público alternativo para el logro de conquistas sociales graduales. Por otro lado, se encolumnan los partidarios de "tomar el cielo por asalto", entre los que se cuentan Lenin, Trotsky, Rosa Luxemburgo, quienes sostenían que había que llegar al poder mediante procesos insurreccionales. Para esta segunda corriente, la estrategia del desgaste

era profundamente ineficaz, porque presuponía que la transición del capitalismo a un nuevo régimen sería similar a la transición del feudalismo al capitalismo. Y no era posible endeudar a la burguesía como ésta había hecho con los señores feudales y los Estados absolutistas para demoler las bases de sus regímenes. Sin embargo, las condiciones actuales de las relaciones de fuerzas de los sectores trabajadores o populares, en relación a la dominación corporativa, hacen sumamente difícil visualizar una salida para esta idea de tomar el poder por asalto. Aún cuando hay cambios en la conciencia de los trabajadores, como lo discuten Perry Anderson (ANDERSON, P., 1998) y Ghöran Therborn (THERBORN, G., 1997), o aparecen nuevas formas de sindicalización y radicalización, como lo demuestran James Petras (PETRAS, J. 1997) y O. Antúnez (ANTUNEZ, O., 1997), se está bastante lejos de una resistencia articulada a los procesos de dominio mundializado que el capitalismo post-industrial está ejerciendo.

¿Qué es posible concluir entonces?. Obviamente, la complejidad del Estado como relación social, que puede ser mirado desde diferentes planos y diferentes niveles de abstracción. Es cierto que la dinámica del capital puede ser tratada en un nivel de abstracción mucho más alto, mientras que el Estado posee aspectos muchos más concretos. Me parece que no es posible mezclar analíticamente tendencias de largo plazo, modalidades evolutivas del capital, con las conquistas puntuales de derechos sociales. De todos modos, pululan concepciones que sintetizarán en algún punto. Hay concepciones “nietscheanas”, desencantadas del socialismo, de la Razón Iluminista y para las cuáles sólo importa el poder, la lucha y la posibilidad de nuevos liderazgos carismáticos. Hay concepciones “habermasianas”, que conllevan acciones políticas comprendidas bajo criterios de comunicabilidad relativista, y continúa todavía vigente una mirada del socialismo como un continuador de la tradición del Iluminismo, en la cual la democracia es un estado superior y termina entendiéndose como un valor.

2.7. El Estado y la política ambiental.

El primer punto que es necesario revisar para no caer en el facilismo de la solución inmediata es el papel del Estado, pensando en que la profunda reestructuración de los aparatos estatales (por lo menos en toda Latinoamérica) ha sido efectuada bajo la legitimación simbólica de los principios filosóficos aportados por ideologías neo-conservadoras⁷⁶.

En esta legitimación discursiva, el Estado es presentado como el origen de todos los males de la sociedad⁷⁷: la ineficiencia, la burocracia, el sobredimensionamiento, la voracidad recaudadora, el derroche de recursos, etc.. Sin perder tiempo en cuestionar o reafirmar estas afirmaciones, hondamente instaladas en el “sentido común” de millones de habitantes por los diversos aparatos propagandísticos de nuestra sociedad, es necesario decir que si las mismas se aplicaran a la cuestión ambiental, el problema se complejiza de una manera sumamente significativa.

Por un lado, no dejaríamos de encontrar indicadores de la displicencia del Estado en materia de gestión ambiental. La ineficacia en la aplicación de legislación, la inoperancia para controlar y regular sin asfixiar las actividades económicas de los particulares, la

⁷⁶ Un análisis pormenorizado requeriría introducir toda la discusión en torno a la influencia programática del denominado “Consenso de Washington” y de sus documentos fundantes. Como también este tema da, por su propio peso, para varias tesis doctorales, me parece necesario mencionar que los lineamientos del “Washington Consensus” son ampliamente utilizados por diversos niveles dirigenciales como justificación para prácticas expropiatorias que son muy anteriores a la difusión internacional del mismo, y que las variantes de los modelos económicos que se implementan en Argentina mediante el control político dictatorial (de Martínez de Hoz en adelante) instalaron mecanismos estructurales idénticos a los recomendados en estos lineamientos, pero anticipándose en más de una década.

⁷⁷ Obviamente que las críticas neoliberales son diametralmente opuestas a y muchísimo más superficiales que las de tradición anarquista, que responsabilizan al Estado por la dominación y la esclavitud humana. De Proudhon, Bakunin, Kropotkin, etc. en adelante, estas críticas se han consolidado como núcleos doctrinarios que han orientado las prácticas políticas de millones de personas en el mundo occidental. También es obvio que acá se hacen visibles tradiciones de pensamiento fundantes que obligan a tomar otra dirección analítica. Voy a sustraerme de esta obligación para respetar objetivos definidos en la organización de esta narración.

improvisación y precariedad de las soluciones, se ponen total y absolutamente de manifiesto a lo largo de la historia nacional.

Casos como la degradación del Riachuelo, la deficiente gestión de Obras Sanitarias en materia de depuración de desechos cloacales en Bs. As. y su conurbano, la política forestal, la degradación minera, las décadas de importación de pesticidas y agroquímicos prohibidos en todo el mundo menos aquí⁷⁸, (y la lista podría seguir hasta totalizar varias decenas de problemas complejos), etc. muestran que el Estado Nacional ha tenido responsabilidad concreta en la desestructuración de los ecosistemas y la pérdida de recursos valiosísimos en todo el territorio nacional.

Si enfocamos brevemente la mirada hacia la experiencia de otras sociedades, el resultado de la concentración del poder político generó catástrofes ambientales en todo el mundo socialista, las que se conocieron en los días previos a la caída de la ex-URSS, y horrorizaron a todo el mundo por su magnitud. No sólo Chernobyl está atravesado por una deficiente gestión estatal, sino también otros procesos como la depredación del Mar de Aral, los innumerables casos de contaminación de villas industriales como la de Copsa Mica (Rumania), ejemplo emblemático de los desastres de la explotación minera sin control local.

En el Tercer Mundo, las catástrofes locales y regionales brotan como hongos, y sólo los capítulos de la lucha por la preservación de zonas como el Amazonas o los bosques de Indonesia llenarían infinitas páginas. En ellas, la inacción del Estado y la permisividad en la explotación de los recursos harían pensar a los habitantes de muchas comunidades que la esfera de las decisiones de la política nacional está mucho más cerca de los intereses de las transnacionales que de la supervivencia del propio pueblo.

⁷⁸ Un mecanismo muy conocido que utilizaban las corporaciones industriales que los fabricaban era exportar al Tercer Mundo (a través de sus filiales) los stocks que habían acumulado antes de la prohibición legal en los países de origen. Así, durante varias décadas, la mayoría de los países agrarios con economías dependientes recibieron productos cuyo uso había sido declarado ilegal en EE.UU. tras un largo proceso de lucha. En Argentina, recién en 1993 se actualizó la legislación nacional sobre el uso de agroquímicos y pesticidas.

Pero no es sólo el Estado el causante de las innumerables problemáticas regionales y locales y de la degradación planetaria. Este no tiene el papel más destacado, sino que las palmas se las llevan los grupos sectoriales económicos que, buscando una tasa de ganancias lo más elevada posible, no vacilan en exterminar ninguna especie ni acabar con cualquier recurso natural. El Estado, en sus diferentes niveles, frecuentemente se somete a la vulgarización del Teorema de Hotelling, que postula que cuanto más escaso es un recurso, más alto es su precio. El núcleo original de toda la problemática se encuentra en el único afán de utilizar la naturaleza para obtener el máximo beneficio económico en el menor tiempo posible. Pero, como ya vimos en el primer capítulo, sucede que es todo un modelo de civilización lo que nos va llevando a la profundización de la degradación, en tanto todo el planeta (y potencialmente el espacio) se convierte en un supermercado.

En esta discusión, es necesario explicitar que uno de los postulados a partir de los cuales pensar el problema es la imposibilidad de dejar librado el mantenimiento de los recursos naturales y del ambiente a la buena voluntad de los agentes económicos. La apropiación y el uso, con sentido absoluto, abusivo, arbitrario, avariento y exclusivamente mercantilista, son totalmente injustos desde lo sociocultural y sumamente negativos desde lo ecosistémico. De manera tal que la intervención del Estado para orientar a la sociedad hacia objetivos de preservación y uso racional no es nada más que una cuestión ideológica, sino que se convierte en especialmente práctica y necesaria.

Así lo han comprendido y lo demuestran las economías más avanzadas del planeta, como las de EEUU y Europa, quienes después de décadas de libre rapiña se encuentran con la supervivencia tan amenazada que han puesto severos límites a la explotación de la Naturaleza. Particularmente en Europa, donde a lo largo de los siglos los recursos naturales han sufrido un notable deterioro (extinción de bosques y de toda clase de especies vivas, contaminación de los ríos, de los mares y de los lagos, corrosión de valiosas construcciones representativas del patrimonio sociocultural, etc.), las regulaciones estatales encuentran a las estructuras municipales y los parlamentos regionales como actores hegemónicos de cambios legislativos y controles estatales. La experiencia norteamericana, centrada en el papel de la Agencia de Protección del Medio Ambiente (EPA), pudo estructurarse como

confluencia de la creación de una gran cantidad de organismos originados en movilizaciones de diferentes grupos de ciudadanos, movimientos urbanos de muy diversa índole (como el de “Justicia Ambiental”, surgido para protestar y proponer soluciones a la práctica del capitalismo norteamericano de depositar desechos tóxicos en las zonas étnicamente conflictivas, como los barrios de negros pobres y de latinos) que reaccionaron ante los innumerables síntomas de degradación ambiental que emergían a lo largo y a lo ancho de la nación. Se cuentan, como logros exitosos de la gestión ambiental desde el Estado Norteamericano, la reorientación de la política de conservación de suelos, la depuración de cuerpos de agua y el manejo ambiental de zonas como el Valle de California (donde el Estado ha enfrentado a sectores poderosísimos desde lo económico), la experiencia de la Tennessee Valley Authority (organismo regional de regulación de uso de las aguas de riego), etc.. Estos son ejemplos ya demasiado conocidos de la preocupación norteamericana por poner límites severos a la depredación. Claro está que en la base de todas estas experiencias, lo mismo que de las europeas, existe un grado importante de movilización y demanda popular. En los últimos cinco años, toda la compleja negociación para la puesta en marcha del NAFTA estuvo co-conducida por sectores de ambientalistas obsesionados con el riesgo de que la integración con México destruyera los beneficios obtenidos en la últimas décadas luego de arduas batallas legales. Uno de los puntos innegociables con el gobierno mexicano fue la baja de estándares en materia de control de contaminación, aspecto particularmente elaborado en los EEUU. y totalmente descuidado en México (en gran parte por los las acciones de evasión de los mismos capitales norteamericanos que huyen de las normas de su propio país). El gobierno norteamericano otorgó un espacio muy importante a los representantes del movimiento ambientalista y a científicos, quienes participaron con poder de decisión en los cientos de comisiones locales y regionales que hicieron del NAFTA el acuerdo comercial internacional más “verde” que se haya negociado hasta ahora⁷⁹.

⁷⁹ La implementación de la política ambiental del NAFTA tiene aspectos complejísimos que continúan desarrollándose, lo que obviamente hace que todavía no estén suficientemente sistematizados. En Internet, el sitio de la EPA recoge las reuniones, encuentros, congresos y mitines que se implementan de manera constante, y hasta se presentan resúmenes de las posiciones de los principales responsables que participan. Por ejemplo, para la frontera México-EE.UU (para algunos, un “laboratorio de posmodernidad”, metáfora algo desafortunada), existe un Plan Estratégico de alcance regional que involucra a cientos de actores locales y de otros niveles

En términos de fundamentos de una gestión ambiental a escala local y regional, no se puede menos que destacar que, en el plano ideológico, en la mayoría de los sistemas políticos occidentales está instalada **la centralidad del rol del Estado en el manejo de la problemática ambiental y en la definición de las estrategias de preservación de los recursos**. Esta es una cuestión que no tiene que ver con la “cantidad de Estado” que es necesario disponer para abordar esta temática. Los aspectos cuantitativos de los recursos que el Estado tiene para cumplir sus funciones son el gran tema que se discute hoy, con el actual nivel de reflexión política, en materia de la reflexión acerca de los criterios de las políticas de administración pública. Pero pareciera que se olvidan intencionalmente muchos de los aspectos cualitativos que se requieren para que el Estado cumpla verdaderos objetivos colectivos (y no sólo sea el garante de la acumulación económica de unos pocos).

Dentro de estos aspectos cualitativos se encuentra la incorporación de la dimensión ambiental en las políticas de Estado. Esto no es, por supuesto, una temática nueva. La mayoría de las problemáticas comenzaron a discutirse a mediados de los años ‘70, ante las ya significativas evidencias del deterioro de muchos ecosistemas. En general, la temática aparecía derivada de los efectos indeseables de la aplicación de planes y programas de desarrollo económico impulsados por los EEUU, y luego del fracaso parcial de la mayoría de los ensayos que se realizaron en toda Latinoamérica. En esta materia, los diversos sistemas de gestión que se pusieron en marcha pueden ser agrupados de la siguiente manera:

a) en algunos casos, las dirigencias nacionales creyeron que se trataba de maquillar “ecológicamente” a los Planes de Desarrollo puestos en marcha durante los años ‘50 y consolidados bajo la inspiración de la Alianza para el Progreso. Con ello se buscaba cumplir las recomendaciones de la Conferencia de las Naciones Unidas sobre el Medio Humano (Estocolmo, 1972), ideas que pusieron mucho énfasis en la incorporación de los

en una arena ambiental que permite consensos muy graduales y también muy lentos, en un contexto de política internacional totalmente desfavorable.

aspectos ambientales en la planificación del desarrollo. En el seno de los Ministerios, Oficinas, Consejos o Institutos de Planificación del Desarrollo Económico y Social se crearon así "áreas ambientales". Una vez confeccionado el Plan, o durante el proceso de su elaboración, el órgano de planificación - a través de esas unidades ambientales propias y apoyado por otras oficinas de información - hacía una "lectura ambiental" del Plan de Desarrollo y se le incorporaban los recaudos que se consideraban pertinentes. Esta modalidad, adoptada por países como Perú, Panamá, Ecuador, Bolivia (en 1986 creó la Comisión de Medio Ambiente y RRNN), Honduras (en 1990 se creó la Comisión de Medio Ambiente y Desarrollo) y Guatemala, no profundizó en la discusión política como para ver que diversas circunstancias, especialmente el estallido de la "crisis de la deuda" de 1982, pero también otras anteriores y posteriores, llevaron a los gobiernos a dar prioridad a políticas de corto plazo concentradas en la difícil coyuntura económica y financiera. Esas políticas directamente no se vincularon a los objetivos y metas de mediano y largo plazo que estaban previstas en los planes de desarrollo. También, y desde la opinión de innumerables expertos, estos planes de desarrollo adolecieron de una fuerte rigidez tecnocrática, ya desde la misma metodología utilizada para su elaboración. Ambos factores los convirtieron directamente en letra muerta, arrastrando en ello a los propósitos ambientalistas que intentaban plasmar.

b) en otros países se pensó que, concentrando las responsabilidades de elaborar y dirigir la política ambiental global del Estado nacional en un área administrativa nueva o preexistente pero reformulada, quedaba resuelto el nuevo desafío. Es el caso de Venezuela (Ministerio del Ambiente y Recursos Naturales Renovables/MARNR), Colombia (Instituto Nacional de Recursos Naturales Renovables y del Ambiente/INDERENA), México (secretaría de Desarrollo Urbano y Ecología/SEDUE), Nicaragua (Instituto de Recursos Naturales y del Ambiente/IRENA), Uruguay (Ministerio de Vivienda Ordenamiento Territorial y Medio Ambiente), Brasil (ex Secretaría Especial del Medio Ambiente, hoy Instituto Brasileño del Medio Ambiente), Costa Rica (Ministerio de Recursos Naturales, Energía y Minas), etc.. Sin embargo, estos organismos tuvieron y tienen muy serias dificultades para que el conjunto del aparato estatal, en todas sus áreas sectoriales horizontales y verticales de descentralización territorial, llevara a la práctica dicha política ambiental. Algunos expertos

opinan (KOOLEN, R.; 1993:426) que no se pasó de manifiestos de buenas intenciones sin haber alcanzado mayores modificaciones positivas en las condiciones ambientales de los países. Por el contrario, estas últimas han continuado deteriorándose.

c) En un tercer grupo de países, ya sea en forma exclusiva o en combinación con la creación de organismos ambientales, se ensayan también organismos colegiados (Comisión Nacional de Medio Ambiente, o Consejo Nacional Ambiental, etc.) , integrados por representantes de diversas áreas del sector público -y a veces privado- responsables de la definición de los aspectos globales de la política ambiental nacional, aunque con una función eminentemente "coordinadora" de las áreas estatales tradicionales (agricultura, bosques, obra pública, educación, industria, salud, energía, etc.). Son los casos de Chile, Honduras, Costa Rica, Panamá, Guatemala, etc.. A esta cuestión debe agregarse que, además de la creación de organismos o comisiones que en cada caso se han reseñado, en algunos países se ha organizado un Sistema Nacional de Gestión del Medio Ambiente que asigna responsabilidades en la materia a variados sectores de la administración pública nacional y de las instancias verticales inferiores. Es el caso de Brasil, Cuba, Ecuador, Honduras y Costa Rica.

2.8. La política ambiental a escala nacional.

En 1971, los países desarrollados comienzan a convocar a los países en vías de desarrollo para participar en la reunión de Funes, que sería la preparatoria de la Primer Cumbre de la Tierra celebrada al año siguiente en Estocolmo. La respuesta a esta convocatoria no fue, inicialmente, afirmativa. Los países pobres sostenían, a través de las posturas asumidas por Indira Gandhi, que la única contaminación que conocían era la de la pobreza. Sin embargo, más tarde participarían de Estocolmo y dejarían en claro la responsabilidad de los países desarrollados en la generación de la crisis ecológica a escala planetaria. Este fue un debate que generó un proceso de toma de decisiones verdaderamente central para la constitución del régimen de política ambiental internacional mencionado en el capítulo 1.

Argentina no era para nada ajena a estos debates. En términos de política ambiental y del interés estatal en su desarrollo, nuestro país logró ser pionero en varias cosas. Entre otras, durante la década del '60, se monitoreaba la contaminación del agua, del aire y del suelo en la Ciudad de Buenos Aires. Los monitoreos estaban a cargo de la Facultad de Ingeniería de la UBA, y se articulaban medidas a partir de los resultados con las áreas de Saneamiento Urbano, ubicada dentro del Ministerio de Salud Pública de la Nación, y también con la Dirección de Química de la Municipalidad de Buenos Aires. Esta última trabajó durante casi toda la década del '60, haciendo investigación sobre la calidad del aire, e incluso realizando controles de acuerdo con las normas internacionales de ese entonces. En 1967, se realizó en nuestro país el Primer Congreso Internacional del Aire Puro.

En 1973, cuando el General Perón asume, una de sus primeras medidas de gobierno crea la Secretaría de Recursos Naturales y Ambiente Humano. Este es un hito que inicia una visión integral de la problemática ambiental, con un claro proyecto político y acompañando a las tendencias internacionales de manera sumamente crítica⁸⁰. La Secretaría

⁸⁰. Una definición inserta en el "Mensaje a los Pueblos y Gobiernos del Mundo", documento que detalla las bases ideológicas de la política impulsada por el General Perón, clarifica su posición: "...los sistemas sociales de los países tecnológicamente más avanzados, caracterizados por el

estaba compuesta por cuatro subsecretarías. Tres de ellas tenían existencia previa: la de Recursos Hídricos, la de Recursos Naturales Renovables (que comprendía bosques, flora y fauna, parques nacionales y pesca), y la Subsecretaría de Minería. Se agrega la de Ambiente Humano y se las descendió un nivel de jerarquía operativa para ubicar todo el conjunto dentro del Ministerio de Economía, criterio que se basaba en el principio de conciliación del desarrollo con la integridad del medio ambiente.

En este enfoque ideológico, el de la conciliación del desarrollo económico con el “medio ambiente”, Argentina contribuyó con escenarios para su consolidación conceptual. A principios de 1974 se realizó el Primer Congreso Latinoamericano de Medio Ambiente y Desarrollo, en el que el país se destacó por la estructuración de su aparato de Estado en esta materia, y contrastó con otros países en cuanto al tratamiento integral de cuencas hídricas que empezaba a desarrollarse, y que conllevaba una importante visión interdisciplinaria. Y, a su vez, esta visión interdisciplinaria permitía pensar en cambiar de escala, planificando intervenir en los aspectos macroecológicos del territorio nacional⁸¹.

En agosto de 1974, apenas un año después de la Cumbre de la Tierra que se realizó en Estocolmo, en la cual el establishment internacional de ese momento realiza el reconocimiento de la gravedad de la “crisis ecológica”, en nuestro país se reúnen quinientos especialistas de nivel nacional, que debaten durante tres días el deterioro ambiental en las zonas rurales, los problemas ambientales de las ciudades, la relación entre modelos de desarrollo y los asentamientos humanos, un posible “enfoque ecológico” para la educación y los aspectos legales e institucionales de la problemática ambiental nacional. Desde el punto de vista teórico, se planteaba un eje muy fuerte en lo territorial, formulado a través del concepto de “Ordenamiento ambiental”, concepción que se apoyaba en los desarrollos

despilfarro, sólo funcionan mediante el consumo de ingentes recursos naturales aportados por el Tercer Mundo.” (PERÓN, J.D., 1972: 2)

⁸¹ Según relata una informante: “...A esta reunión vino Maurice Strong, un canadiense, de origen esquimal, inteligentísimo...y logramos sorprenderlo, a cada paso nos decía que habíamos avanzado más que ellos...Es que Strong, por haber presidido la Conferencia de Estocolmo, tenía un registro de todos los países y viajaba todo el tiempo por el mundo...y aquí le parecimos el lugar más avanzado, y eso que Estocolmo era muy reciente...” O.Y., ex-funcionario de la primer Secretaría de Recursos Naturales y Ambiente Humano, 8-99.

de la geografía francesa. Pero este esquema no estaba exento de conflictos, como lo explicita un ex-integrante del cuerpo técnico de ese organismo:

“...En realidad, y como ocurre en este país, casi ningún economista estaba preparado para entender el enfoque del ordenamiento territorial...Era más fácil concertar acciones con el Ministerio de Educación que con quién nos cobijaba, o de quién dependíamos, en el organigrama...y todo se llevó adelante con una gran estrechez de miras de los funcionarios de Economía y la estrechez de presupuesto, además de la falta de recursos humanos realmente capacitados para el trabajo interdisciplinario...Los economistas no nos apoyaban en los conflictos, obviamente, porque había muchísimas dificultades para incorporar las exigencias ambientales a las industrias, muchas de ellas nuevas...Resultaba, por lo menos, una novedad desagradable, entre comillas, que le preguntáramos a los industriales que hacían con los desechos, o con los efluentes. No los pudimos controlar, a los industriales, y esa fue una cuenta pendiente...Teníamos un proyecto político, teníamos el máximo conductor que había sido el autor de la idea, y sin embargo, no alcanzó para que todas las áreas de la administración del Estado compartieran el proyecto...” (O.Y. , 8-99).

La dictadura militar fragmenta en mil pedazos esta experiencia. El destino de los funcionarios del primer organismo estatal específicamente dedicado a la política ambiental que tuvo el país no se diversificó en relación al de otros ciudadanos: exilio, ostracismo, persecución política. Y esta fragmentación tuvo, además del costo humano, el efecto de aislar a la Argentina de todo el proceso de discusión internacional de la problemática.

Recién en 1986 se creó la Subsecretaría de Política Ambiental, dependiente de la Secretaría General de la Presidencia de la Nación, luego reemplazada por la Comisión Nacional de Política Ambiental. Esta fue disuelta y reemplazada por la Secretaría de Recursos Naturales y Ambiente Humano, que depende directamente del Presidente de la Nación. Analizar toda la gestión actual de este último organismo daría por sí solo un largo

trabajo. Un especialista del Centro Latinoamericano de Estudios Ambientales, Ricardo Koolen (op.cit.: 427) destaca que:

“...El régimen federal de nuestro país hace que muchas de las responsabilidades y atribuciones ambientales radiquen en los gobiernos provinciales; por este motivo debe señalarse que muchas provincias han creado, a su vez, organismos ambientales y de protección o regulación de los recursos naturales (Buenos Aires, Córdoba, Chubut, Río Negro, Mendoza, Misiones, etc.). Una evaluación crítica de esta variada gama de experiencias y opciones sobre la administración pública del medio ambiente y de los recursos naturales, ensayadas en el país y la región durante las dos últimas décadas, permite constatar que la situación del medio ambiente natural y antrópico, medida en términos generales, no ha mejorado. Sino que, por el contrario, ha empeorado a un ritmo muchas veces más acelerado que en épocas anteriores. Han continuado los fenómenos de deforestación, erosión de suelos con aptitudes agrícolas o ganaderas, desertificación, extinción de especies de flora y fauna, contaminación de aguas, suelos y aire, incremento de las urbanizaciones, metropolizaciones y migraciones poblacionales espontáneas y desordenadas -que presentan graves condiciones de hacinamiento habitacional y marginalidad, carencia de sistemas de abastecimiento de agua potable y saneamiento básico, recolección y disposición de basuras, en las que se expanden las epidemias de la pobreza como el cólera-. Cada vez hay mayor indefensión frente a las catástrofes naturales; los contaminadores permanecen impunes y no se protege el patrimonio natural.”

La larga cita anterior alcanza para demostrar que el criterio de agregar más organismos que se encarguen de un nuevo problema, la administración de los recursos naturales, y pensar que con la creación de un Ministerio, una Secretaría o una Comisión ya se resuelve la amenaza ambiental, está realmente lejos de ser acertado. El Estado tiene que hacerse cargo de la problemática ambiental, pero vale la pena profundizar sobre cuáles ejes

debe hacerlo. Y pensando sobre todo en que reparar en estos ejes significa ya estar pensando en una propuesta adaptada a las diferentes necesidades de cada nivel local o regional.

En esta dirección analítica, no hay que remontarse demasiado atrás para encontrar antecedentes que reafirman estas visiones. La Oficina Regional para América y el Caribe del Banco Mundial dio a conocer, a mediados de la década pasada, un detallado informe que hace énfasis en los ecosistemas urbanos de la Argentina y su situación ambiental, (World Bank, 1995a ; 1995b). Sus conclusiones fueron traducidas al español y ordenadas en cien puntos para los organismos gubernamentales y no gubernamentales del país. Este informe revela algunas falencias de planificación que condujeron a situaciones verdaderamente críticas.

En primer lugar, la entidad crediticia internacional reconoce que la contaminación ambiental en la Argentina es mayor de lo que se podría esperar, en un país con su nivel de desarrollo. En segundo lugar, como origen de esta situación se señala principalmente el aumento gradual de la población urbana y del desarrollo industrial, con atrasos importantes en materia de reglamentaciones y un déficit de décadas en materia de infraestructura sanitaria y tratamiento de desperdicios.

El Banco Mundial detectó, además, que la capacidad y el ejercicio de la autoridad institucional para la gestión ambiental se encuentra totalmente fragmentada en la Argentina. Esta fragmentación se produce entre numerosos organismos y entre los diferentes niveles del Estado (nacional, provincial y municipal), lo que conduce a la superposición de jurisdicciones, a la debilidad de controles, al incumplimiento de normas y a la confusión entre políticas y objetivos. Acerca del estado real de los ecosistemas urbanos están ligados a la contaminación de las aguas superficiales y subterráneas, a los basurales donde se depositan desperdicios sólidos de manera incontrolada, la contaminación del aire y la emergencia de niveles de ruidos peligrosos para la salud colectiva. Y el estudio menciona la falta de estudios periódicos sistematizados, reconoce que el análisis y el monitoreo del medio ambiente son prácticamente inexistentes y que es imposible un seguimiento serio de

la circulación de la mayoría de contaminantes, y que no existe una base adecuada sobre la cual adoptar decisiones acerca del manejo de la contaminación ambiental.

Si bien este informe no tiene en cuenta los procesos históricos por los que nuestra sociedad ha atravesado, así como tampoco considera las singularidades derivadas de los comportamientos de las clases dirigentes nacionales y regionales, acierta al señalar la falta de transectorialidad que padece el Estado Nacional y también al considerar que un paso importante para avanzar en materia de gestión es articular esta transectorialidad. Veamos porqué puede ser importante este aspecto.

¿Cuál es el significado de la transectorialidad, en tanto fundamento de una política ambiental?. Significa que los objetivos de protección del ambiente y gestión sostenible de los recursos son un insumo básico en la toma de decisiones y en las responsabilidades del conjunto del aparato estatal. En la práctica, implica pensar menos en crear nuevas oficinas específicas abocadas al “medioambiente” y **centrar el trabajo en “ambientalizar” todo el aparato del Estado y los organismos conectados a él**. Lo cual implica que la información ambiental y los principios políticos que orientan la construcción de esta información deben ser mínimamente compartidos por organizaciones no gubernamentales, sectores empresarios y grupos de intereses particulares, agentes educativos de diferentes niveles, comunicadores generadores de la opinión pública, etc..

A poco de andar podemos ver que esto no es lo habitual en el Estado latinoamericano, especialmente por el centralismo instalado por las burocracias autoritarias originadas en las décadas de gobiernos militares⁸². Cientos de experiencias parecen indicar que sólo en los municipios a pequeña y mediana escala, la dinámica particular de los sistemas clientelares y del ejercicio democrático va amalgamando procesos históricos muy diversos, y parece constituir el nivel de toma de decisiones más adecuado para poner en

⁸² . La mayoría de los países latinoamericanos poseen una tradición unitaria en lo que respecta a sus procesos de constitución del Estado-Nación. Los países federales son excepciones: Argentina y Brasil tienen historias de organización nacional totalmente diferentes entre sí y diferentes del resto de los territorios latinoamericanos. Esto explica hoy algunas cuestiones que van desde las estructuras administrativas del Estado hasta ciertas imposibilidades políticas, explicación que se complica con los acelerados cambios planetarios que vivimos hoy.

práctica el concepto de transectorialidad. También porque las posibilidades de resolución de los conflictos implican la posibilidad de procesos de concertación y de mediación mucho menos complejos que cuando existe la superposición jurisdiccional. Y fundamentalmente porque el ejercicio del aprendizaje democrático va mostrando ciertos caminos y configurando identidades colectivas que posibilitan un mayor dinamismo frente al cambio acelerado y a la amenaza ambiental.

Las experiencias prácticas que han demostrado que la regionalización bajo objetivos de manejo ambiental es posible, pero no son muchas en el mundo. Un ejemplo valioso, por su complejidad y por los desafíos que ha tenido que enfrentar es la Comunidad Urbana del Gran Lyon, en Francia. 55 comunas se pusieron de acuerdo para compartir jurisdicciones, sumar recursos, dictar normativas legales regionales, procesar información global, economizar recursos en la realización de obras públicas y privadas. El primer paso de esta experiencia fue la invención de la figura de la Comunidad Urbana, que si bien no tiene el mismo valor jurídico que el Municipio, se pensó como ámbito de articulación para varias municipalidades que no podían administrar racionalmente los ecosistemas debido a los límites políticos y parcelarios. La Comunidad se creó en 1966, y comenzó a funcionar en la práctica en 1969. En 1994, alcanzó un presupuesto de 1.100 millones de dólares, y una estructura administrativa que contiene 5.200 personas en sus diferentes niveles. Está organizado alrededor de un Consejo de la Comunidad, de 140 miembros que han sido designados por los equivalentes de nuestros consejos deliberantes de cada una de las 55 municipalidades que integran el Gran Lyon. La cantidad de habitantes de cada municipalidad o jurisdicción (en Francia se denominan comunas) define el nro. de representantes ante el Consejo, de esta manera 42 municipios tienen una sola banca, mientras que el área más poblada, el Gran Lyon, tiene 46. Este cuerpo, que se reúne 10 veces año para tratar un centenar de temas, es el que define las políticas generales de la Comunidad Urbana, y toda la información, el análisis y la elaboración de planes se trata en las 15 comisiones permanentes. Los temas que se han convertido en ejes de la toma de decisiones de este organismo son dos "universos": por una parte el urbanismo y el hábitat (desarrollando un esquema director, planes de ocupación de suelo, sistemas de viviendas y alojamientos sociales, procesos de renovación urbano-territoriales, etc.), y por otra parte la

administración de servicios públicos esenciales (transporte, estacionamiento, manejo de recursos hídricos, en especial la recolección de líquidos cloacales, residuos sólidos domiciliarios, etc.). Cinco de las comisiones permanentes están directamente relacionadas con temáticas medioambientales: “Limpieza urbana”, “agua y tratamiento de líquidos cloacales”, “Sistemas de recolección de residuos sólidos y disposición final”, y la más abarcadora y que provee insumos para los demás, “Ecología Urbana y Medio Ambiente”.

Es interesante detenerse a analizar algunos logros operativos de semejante organismo, que parece burocráticamente monstruoso pero no tanto si tenemos en cuenta que el Gran Lyon sostiene la vida de millones de personas. A principios de los ‘90, se aprobó la puesta en marcha del Observatorio de Cambios Ecológicos, que es un centro que recibe constantemente datos sobre el estado de las principales variables ambientales de toda la región. Por ejemplo, para monitorear la calidad del aire, existe desde 1979 una entidad creada por ONGs, industrias y gobiernos locales, que tenía montada una gran cantidad de captadores automáticos que tomaban muestras de aire. Sistemas similares para aguas y otros aspectos básicos se articularon en este Observatorio, de manera tal que la información de todos los sistemas de monitoreo se telecanalizan a un ordenador central. Este ordenador ensambla cada 15 minutos las mediciones provenientes de muy diversos puntos (74 dispositivos de medición dispersos en 33 lugares clave de la región). La población es rutinariamente informada de los índices de contaminación atmosférica y opera diversos procedimientos para recuperar la calidad del aire cuando esta disminuye. (ROSSEAU, P.; 1994:12, GUILLAUME, R. 1994: 20) Procedimientos como este son modelos de referencia a nivel mundial, y en Argentina (a partir de las conexiones realizadas por FUNAM, la ONG dirigida por Raúl Montenegro, uno de los ambientalistas argentinos más relevantes) la Municipalidad de Córdoba ha empezado a tratar de organizar un sistema semejante para su Area Metropolitana. En el caso cordobés, el Area Metropolitana de Córdoba agruparía a 48 centros poblados de las inmediaciones. La puesta en marcha de este sistema se produce luego de que el Municipio cordobés resolviera un procesos de descentralización político-espacial sumamente interesante, y que se articulara con el sistema de planificación estratégica montado también a principios de los ‘90.

La verificación que introduce el análisis de esta experiencia es la posibilidad de hacer una efectiva transectorialidad aprovechando las ventajas de la escala regional. También a este nivel o a escala de pocas unidades territoriales (por ejemplo, grupos de divisiones territoriales, distritos o partidos que coincidan aproximadamente con unidades ambientales) son mucho más fáciles de realizar **las tareas que el Estado no puede delegar**, según las nociones de política ambiental aceptadas en el marco del régimen internacional de política ambiental que mencionamos en el capítulo 1 y recomendadas por documentos como la Agenda XXI. Entre estas tareas se encuentran, por ej., :

- el diagnóstico y la evaluación permanente del estado de los recursos naturales, de los ecosistemas de su territorio y de las condiciones de vida de los conjuntos sociales,
- la innovación jurídica y legislativa, incluyendo el desarrollo de instrumentos concretos de regulación,
- el control y la vigilancia socioambiental (que en la mayoría de los casos significa organizar un sistema de cruzamiento de datos que ya tiene sus bases en la sistematización que realiza cada departamento o secretaría del aparato municipal),
- la formulación de una visión ambientalista de políticas, planes y programas para sectores específicos, y la coordinación de políticas generales con otros sectores relevantes: educadores, empresarios, dirigentes vecinales, etc.

Veremos algunos de estos aspectos proyectados sobre la experiencia concreta de la Provincia de Buenos Aires, principal estado provincial del país en cuanto a concentración de población, dinámica territorial, generación de riqueza y también en cuanto al nivel de agresión a sus ecosistemas. Pero antes, unos comentarios metodológicos.

Capítulo 3

CUESTIONES METODOLOGICAS

El objetivo inicial de describir y entender el proceso de estructuración de las políticas ambientales en el territorio bonaerense y en la última década (que es el período temporal en el que se conforma un aparato específico de política ambiental desde el Estado) parece requerir su discusión metodológica. En este capítulo sintetizaré los puntos salientes de esta discusión. Sin embargo, esta no puede realizarse sin entender que la introducción y los capítulos previos ya representan un primer momento de abordaje en el que se trata de ordenar la complejidad de una problemática y contextualizar algunas singularidades regionales, como paso previo a la descripción de los procesos políticos específicos⁸³ de un territorio que posee importancia central para la dinámica nacional.

Por lo tanto, la descripción contenida en el capítulo 1 acerca de las maneras en que se construyen los abordajes dominantes de la problemática ambiental está marcando un primer momento de construcción del “objeto complejo” que constituye el centro de este trabajo. Este primer paso metodológico parte de considerar que la dinámica planetaria de la crisis ambiental opera como una mediación (contexto que informa otros contextos) con características complejas. La consideración de determinados núcleos de esta mediación nos ofrece elementos que luego se reproducen en arenas políticas de menor escala e inclusive atraviesan aspectos sólo relevables con métodos microscópicos. Sin embargo, no está demás puntualizar inicialmente que esto no es sólo un paso metodológico, sino que al mismo tiempo requiere la identificación de una serie de aspectos teóricos e inclusive, metateóricos. La ruptura y construcción del objeto es función de un marco interpretativo a partir del cual se privilegian algunas dimensiones y relaciones, y se subordinan y se desechan otras. De esto depende también que las prácticas y comportamientos de sujetos que van a interactuar en mi trabajo terreno sean constituidos como “unidades de observación”. Por esta cuestión, mi campo de análisis (interacciones en la arena de la política ambiental bonaerense) se constituye por relaciones y encuentros de actores y sujetos definidos a partir de diferentes condiciones y posicionamientos respecto a los recursos y diferencias en cuanto a su capacidad de decisión en lo que respecta a “lo

⁸³ Un postulado importante que utilicé inicialmente es el de la inseparabilidad de los aspectos filogenéticos y ontogenéticos y su correlato en materia de intercambiabilidad de datos entre ambos planos de análisis (ZABALA, M., 1974). Mantener este postulado me permitió no desesperar a medida que iban pareciendo perspectivas novedosas producidas por interacciones en el terreno.

ambiental”. Dejar de pensarlo como una totalidad abstracta y situarme en condiciones de ir al encuentro concreto de estas interacciones es de lo que se trata también la “ruptura” inicial.

Convencionalmente, la identificación de tales mediaciones es lo que se denomina “ruptura”⁸⁴, que en realidad consiste en un conjunto de operaciones del pensamiento (distinción, clasificación, análisis) cuyo objetivo es separarse de las pre-nociones del sentido común y eliminar las trabas de la sociología espontaneísta. De otra manera, la ruptura consiste en recortar representaciones sociales. La ruptura no es un paso simple por más que se sepa que:

“...el hecho científico se conquista, construye, comprueba, lo que implica rechazar al mismo tiempo el empirismo que reduce el acto científico a una comprobación y el convencionalismo que sólo le opone los preámbulos de la constitución...” (BOURDIEU et alia, 1996:25),

ya que requiere conciencia de cierta circularidad: cualquier dato o prueba experimental presentada no es sino tautológica en tanto no se expliciten aspectos teóricos que la fundamentan, lo que a su vez sólo adquiere poder heurístico si no se tienen en cuenta ciertos obstáculos epistemológicos...obstáculos que sólo se conocen al interpretar lo que surge en el trabajo en terreno.

Por imperativo de esta ruptura metodológica es que el capítulo 1 no se concentra en una búsqueda y síntesis exhaustiva de la infinita bibliografía sobre la problemática ambiental contemporánea, sino en tratar de entender ciertos supuestos acerca de su construcción como objeto. Efectivamente, el resultado de este primer momento produce una objetivación inicial: la crisis ambiental se describe **INCLUSIVE EN LOS**

⁸⁴ G. Bachelard (1972: 28 y ss.) ha mostrado ciertamente que la actividad de la ciencia moderna está orientada por una “bi-certidumbre” que explicita el diálogo más o menos denso entre la filosofía del racionalismo y la filosofía del realismo. En la práctica del antropólogo, debe aceptarse ya desde los momentos iniciales que todos sus actos están marcados por estas dos perspectivas debido a que la construcción del Otro y de la diferencia son procesos sociales que le exceden como sujeto, y que no existen fronteras definidas y secuenciales entre la experiencia reflexiva y la aplicación racional de técnicas y procedimientos.

DISCURSOS CIENTÍFICOS puntualizando un “listado de problemas”. Esta descripción se realiza frecuentemente sin presentar sus conexiones con un proceso/producto complejo (la conformación de un régimen de política ambiental internacional) que produce la emergencia de nuevos actores (los más visibles agrupados bajo la categoría de “ecologismo” o movimiento ambientalista internacional) y nuevas metanarrativas. Lo cual ya indica el predominio de una lógica que busca instrumentalizar la problemática según un ajuste a la racionalidad moderna y dominante en Occidente, analizada como categoría sociológica por Max Weber (op.cit.). Se incluye como punto específico, y también como resultado de esta objetivación, la propuesta de considerar algunas categorías superadoras del reduccionismo weberiano, como por ejemplo la noción de “racionalidad ambiental”.

Las operaciones de distinción realizadas y que resultan en las identificaciones conceptuales organizadas a lo largo del capítulo 1 allanan de entrada una cuestión que no he perdido nunca de vista a lo largo de todo el trabajo. Esto es: los discursos sobre la política ambiental NO SON la política ambiental, y la política ambiental (procesos colectivos de construcción de representaciones y procesos de tomas de decisión sobre el ambiente) tampoco es la “realidad” de manera holística o total, sino apenas un fragmento. Pero la primera exigencia de un trabajo antropológico es la de cómo crear un conocimiento sobre prácticas sociales diferentes en ámbitos diferentes (en este caso, el ámbito de la política ambiental provincial) con un conjunto de terminologías y procedimientos pertenecientes al restringido mundo académico.

Aparece la necesidad de tener presente que la presentación del problema no es el problema, y por esto, en el capítulo 2 le presto atención especialmente a la noción de representaciones sociales. Esta noción tiene también una importancia clave en lo que respecta a cuestiones metodológicas relacionadas con la ruptura, y vale la pena detenerse a puntualizar aspectos que posteriormente repercutirán sobre todos los elementos del resto del trabajo. Existen un conjunto de representaciones sociales que deben ser relativizadas, especialmente aquellas que tienen que ver con conceptos omniabarcadores como “el bien común” o el “interés nacional”, cuyo efecto ideológico es el encubrir diferencias de poder, intereses sectoriales o de facción, prerrogativas de clase, etc.. Las nociones de una armonía

entre la dinámica social y la de la Naturaleza deben ser tomadas con precauciones similares, dado que la instrumentalización de estas representaciones con fines inmediatistas y con objetivos absolutamente pragmáticos es en gran parte una de las hipótesis que sirve de orientación a esta búsqueda.

En principio, un punto de partida básico consiste en entender que el conjunto de ideas denominado “representaciones colectivas” y también (aunque no es lo mismo) “conciencia colectiva” es algo bien diferente de una copia de la realidad, de un simple epifenómeno de su base morfológica concreta. Cuando se ha constituido un primer fondo de representaciones, éstas se convierten en realidades parcialmente autónomas que viven una vida propia. E. Durkheim escribe a propósito de la idea de representaciones colectivas:

“...la materia prima de toda conciencia social está en estrecha relación con el número de elementos sociales, la manera en que se han agrupado y distribuido, etc., es decir, con la naturaleza del sustrato. Pero especialmente, las representaciones religiosas, los mitos, las leyendas, sistemas cosmogónicos, viven una vida propia y no se vinculan de manera directa con determinadas particularidades de morfología social...”(DURKHEIM, E., op.cit.,15)

El origen social de algunas ideas se verifica más bien en que no carecen de fundamento en la naturaleza de las cosas: las ideas, las representaciones no pueden llegar a ser colectivas si no responden a nada “real”. *Esto es clave para abordar los procesos de construcción social de políticas sobre el ambiente.* El ambiente, la Naturaleza socializada, la transformación del entorno y la creación de híbridos entre seres vivos y productos tecnológicos como efectos de prácticas sociales, conforman este sustrato. Qué es analíticamente inseparable de la definición de lo humano. En tanto las representaciones colectivas enmarcan transacciones y regulan el juego del don y contradon (simbolismo estructural para la vida social, y en especial para la capacidad política de los sistemas clientelares y de las maquinarias electorales en las sociedades modernas), hay que reconocer la importancia central de este concepto en un marco teórico que atiende a

comprender relaciones de poder entre sectores que frecuentemente intercambian favores en un marco de competencia política y de alianzas transitorias entre grupos que sostienen intereses diversos.

Por lo que la decisión de “objetivar” teóricamente ciertos discursos sobre la problemática ambiental contemporánea implica reconocer también que existe una autonomía subjetiva en cada observador y en cada actor del proceso/fenómeno/problema. Y esta decisión condiciona aspectos metodológicos: por ejemplo, si una problematización inicial del fenómeno nos muestra la asunción de la temática ambiental por sujetos que forman parte de los núcleos del poder político bonaerense (dada su presencia discursiva en diversos rituales políticos y en expresiones mediáticas masivas), se impone enfocar analíticamente algunos procesos genéticos específicos de ese poder y del capital simbólico de esos sujetos.

Desde perspectivas más interpretativistas, en términos teóricos muy diferentes pero asimismo centrales para entender la construcción del saber antropológico, también se reconoce la importancia del nivel representacional:

“...Estos patrones simbólicos son necesarios, como se ha observado frecuentemente, porque la conducta humana es en extremo plástica. No estando estrictamente controlada, sino estándolo sólo de manera muy difusa por programas o modelos genéticos - fuentes intrínsecas de información -, la conducta humana tiene que estar controlada en un grado importante, si ha de alcanzar alguna forma efectiva, por programas o modelos extrínsecos...El carácter extremadamente general, difuso y variable de la capacidad de respuesta innata del hombre significa que los particulares esquemas que asume su conducta están guiados predominantemente por patrones culturales antes que genéticos. El hombre, ese animal que fabrica herramientas, que ríe o que miente, es también un animal incompleto, o más exactamente, un animal que se completa a sí mismo. Siendo agente de su propia realización, el hombre crea, valiéndose de su capacidad general

para construir modelos simbólicos, las aptitudes específicas que lo definen...El hombre se hace, para bien o para mal, un animal político por obra de la construcción de ideologías, de imágenes esquemáticas del orden social..." (GEERTZ, C., 1973: 190)

Avanzando en este sentido, me parece necesario tomar otra definición de manual:

"...El concepto de representación social designa una forma de conocimiento específico, y especialmente el saber del sentido común, cuyos contenidos manifiestan la operación de procesos generativos y funcionales socialmente caracterizados. En sentido más amplio, designa una forma de pensamiento social. Las representaciones sociales constituyen modalidades de pensamientos práctico orientados hacia la comunicación, la comprensión y el dominio del entorno social, material e ideal. En tanto que tales, presentan características específicas a nivel de la organización de los contenidos, las operaciones mentales y la lógica. La caracterización social de los contenidos o de los procesos de representación ha de referirse a las condiciones y a los contextos en los que surgen las representaciones, a las comunicaciones mediante las que circulan y a las funciones a las que sirven dentro de la interacción con el mundo y los demás" (JODELET, D., 1984: 474 y ss).

Es importante destacar que una representación social no es simple reproducción de una cosa, no es la copia de la realidad. Como entidad que fusiona imágenes y conceptos, adquiere el carácter de construcción social, conllevando en su circulación aspectos de autonomía y de creación individual y colectiva. Esto es conocido no sólo por científicos sociales, sino por brokers políticos y empresariales. Se sabe que movilizand o ciertas representaciones es posible orientar y hegemonizar la opinión pública. Ofrezcamos ejemplos contrastantes: si bien se sabe que la instalación de una planta de energía nuclear dentro o en terrenos anexos a una ciudad tiene un alto componente de riesgo, hubo un proceso casi plesbiscitado en Bariloche, a principios de la década de los '80, en que la

aceptación popular mayoritaria fue construida sobre la base de la promesa de creación de nuevos puestos de trabajo y beneficios económicos en el precio de la energía. Fórmula exitosa y probada en todo el Tercer Mundo y parte del primero. Pero, inversamente y en la misma época, una decisión popular mayoritaria ordenaba en Suecia el desmontaje de las plantas atómicas existentes, cuestión que no sólo importaba menor cantidad de puestos de trabajo sino también un costo mayor al que había insumido el montaje, así como el uso exclusivo de combustibles etílicos para reducir la contaminación provocada por el transporte (decisión que implicó comprar casi toda la producción de vino común español a tal efecto, con costos mucho más altos que cualquier hidrocarburo convencional, v. FERNÁNDEZ, R. op.cit:223)

El análisis efectuado por Moscovici (1976) sintetiza lo concerniente a dos procesos sumamente importantes para apoyar nuestro trabajo: el proceso de objetivización y el proceso de anclaje. El primero se refiere a las formas en que se procede, desde lo social, haciendo concreto lo abstracto, materializando las palabras. *"Objetivizar es reabsorber un exceso de significados materializándolos"* (MOSCOVICI, S., 1976:220). La objetivización puede referirse como una operación formadora de imagen y estructurante de un sistema de referencias. Lo cual equivale a plantear lo mismo que formulara Heinz Von Foerster:

"...sin observador no hay descripciones. La facultad de describir del sujeto que operacionaliza una distinción interviene necesariamente en sus productos, o sea, en sus descripciones. Es por ello que una escultura griega es tan compleja como un cuadro de Picasso. La sociedad ateniense o la del Siglo de Oro español generaron culturas de alta complejidad..." (VON FOERSTER, H.; 1976: 78).

Mientras que el segundo proceso, el de anclaje, se refiere al *"enraizamiento social de la representación y de su objeto. En este caso, la intervención de lo social se traduce en el significado y la utilidad que le son conferidos."* (JODELET, D., op.cit.:486). La pertinencia de la utilización del concepto se concentra en torno a la capacidad de estructuración de conductas que las mismas poseen: *"El enfoque de las representaciones*

sociales en el marco experimental ha demostrado ampliamente el lazo que existe entre el sistema de interpretación que éstas proporcionan y las conductas que guían." (JODELET, D., op.cit.:489).

Las representaciones sociales se estructuran basadas en particulares constreñimientos y a su vez generan nuevos constreñimientos e incentivos. Su actividad es, por lo tanto, generadora de conflictos y contradicciones, La condición de reproducción de un sistema no es la ausencia de contradicciones en su interior, sino la *existencia de una regulación de esas contradicciones*. En términos de la problemática ambiental contemporánea, y en un sentido aún más amplio, en términos de las maneras en que la Sociedad estructura sus relatos acerca de la Naturaleza, *las representaciones sociales constituyen la materia prima para trabajar la continuidad opacidad/transparencia, o sea, los tipos de información que un sistema social muestra acerca de sus propiedades estructurales*.

La ruptura, entonces, consiste en explicitar procesos de objetivación y de anclaje, y en definitiva, eso es lo que está resumido en el capítulo 1. Sus "beneficios" son bastante claros para el proceso de investigación que termina en este trabajo: me permiten identificar núcleos conceptuales básicos que integran el corpus de mi profesión (expuestos en el capítulo 2), ordenar las preguntas generales (explicitadas en la introducción: cómo surge la política ambiental bonaerense, qué hace el Estado, porqué lo hace y porqué dice que lo hace, qué relación tienen estas acciones y discursos con otros procesos), y distinguir las mediaciones que "informan" las arenas de política regional (la estructuración de un régimen internacional de política ambiental, la emergencia de nuevos actores colectivos que interpelan al Estado, la construcción rizomática de una nueva racionalidad).

La historia de la antropología argentina permite entender porqué hay una afortunada distancia con el modelo analítico impuesto por las ciencias exactas (específicamente, por un eclecticismo producido por la síntesis de teorías que deviene de la permanente crisis y zozobras de las instituciones que enmarcan el trabajo profesional y que obligaron a desarrollar obras de calidad en medio de una precariedad económica y de convulsiones

políticas desestructurantes). Lo que tiene, a su vez, un efecto secundario benéfico: el de poder objetivar también la fe naturalista en los actos “subalternos” de las encuestas y en la “obligatoria” reducción a lo cuantitativo. Esto preserva a los antropólogos de desvalorizar el contacto con los hechos⁸⁵. A diferencia de la organización jerárquica de la investigación cuantitativa, en la que la división del trabajo hace que los investigadores ya “formados” se reserven las decisiones estratégicas (elección de muestras, redacción de cuestionarios y por supuesto, el informe final) dejando a becarios y encuestadores contratados (frecuentemente estudiantes) el trabajo en terreno y el contacto humano con los sujetos y los hechos, la ruptura epistemológica exigida por la Antropología requiere tener en cuenta que ningún tema o problema de investigación se reduce a la aplicación de unos pocos o muchos formularios de encuesta.

Por eso no fue muy grande la tentación de aplicar algunas decenas de cuestionarios con preguntas más o menos abiertas o cerradas, operación a la que se reduce la búsqueda de datos en los esquemas metodológicos diseñados para otros problemas. Entender la dinámica de estructuración de una política ambiental en un contexto de mundialización de la “crisis ambiental” implica un recorte temporal más o menos específico. Pero tal recorte tiene que ser delimitado doblemente: mediante los datos que surgen de fuentes secundarias (documentos producidos generalmente por el Estado y por instituciones que juegan un papel en la arena de política ambiental bonaerense, léase ONGAS o inclusive, el Partido

⁸⁵ La ilusión de la objetividad total es inicialmente secundarizada de la enseñanza de la antropología. Cualquier descripción implica elegir entre un número infinito de hechos aquellos que es necesario presentar. Esta elección refleja los intereses de los investigadores y de las instituciones en las que se enmarcan. Los antropólogos nos formamos imponiendo la autoconciencia de las implicancias de esta elección como un elemento estructural a la práctica científica y profesional. Pero esto tiene consecuencias directas sobre nuestra psiquis y nuestras propias definiciones de lo real. Al tomar como principio constitutivo la alteridad, sabemos que cada uno es el “bárbaro” de alguien, ya que los bárbaros siempre son “los demás” y que la alteridad depende del “lugar” desde se produzcan las definiciones del “nosotros”. En el marco de mi trabajo de campo, encontré que para la lógica de un político profesional dedicado a sobrevivir, con un presente definido por la lucha de facciones, las personas que tienen un salario bajo y trabajo rutinario pueden ocupar un lugar secundario en la escala social y por lo tanto pueden ser instrumentalizables. El término que los designa es “negro”. Por lo tanto, aprendí a manipular este diacrítico y a presentarme de la siguiente manera en los momentos iniciales de una entrevista: “soy un negro que sólo necesita información para cumplir con un trabajo a cambio de una beca”. Esto facilitaba el rapport, como así también negarse a ofrecimientos (por ejemplo, no demostrar ningún tipo de interés por cargos o por integrarme a alguna línea interna partidaria a cambio de una remuneración, esto es, en el dominio lingüístico de la política de base, no ser “cabeza”, en referencia a la cabeza del gato, la parte que aparece siempre por delante del cuerpo).

Justicialista) y mediante la información proveniente de representaciones sociales evocadas por los mismos actores del proceso de estructuración institucional de la política ambiental. Para esto, algunas búsquedas preliminares (exploraciones en el terreno) fueron necesarias simultáneamente con la decisión de tomar estas opciones técnicas.

Puede verse que las cuestiones derivadas del primer momento de ruptura ya definen lineamientos claros de problematización y por consiguiente, clarifican decisiones en cuanto al uso de técnicas. El recurso de la entrevista en profundidad y la observación con diferentes grados de participación implican un esfuerzo de inserción total⁸⁶ en el contacto humano con los informantes y los hechos, a diferencia que cuando se cuenta con instrumental más apto para captar elementos sincrónicos como los formularios (sobre todo los que contienen mayoritariamente preguntas cerradas). Pero este esfuerzo de inserción permite una posibilidad de historización y de apertura narrativa mayores que otros instrumentos. También hay una perspectiva muy clara en cuanto al recorte inicial de la unidad de análisis: el aparato de política ambiental bonaerense, en tanto la institución capaz de definir reglas de juego en el campo de la política ambiental, se impone por "su propio peso". Por lo tanto, la observación participante, sobre todo de reuniones en ámbitos de discusión y decisión sobre temáticas definidas como pertenecientes a la agenda de la política ambiental, era la técnica que aparecía de inmediato como las más "productiva"⁸⁷.

⁸⁶ Generalmente, me sucedió que en las primeras prospecciones de campo, era cuando más predominaba la actitud de distensión, confianza, tal vez cierta ligereza. Los diálogos con "la gente" eran más informales, las charlas muy poco estructuradas, se participa de variadas prácticas sociales, se conocen a diferentes miembros del grupo social, etc. Sin embargo, a medida que se van delineando algunas ideas que funcionan como las hipótesis y las temáticas a ellas relacionadas, suelen restringirse cada vez más estos espacios de diálogo y experiencias más abiertos. Evidentemente no se trata de dejar de "preguntar" y "observar" lo que a uno le interesa, lo que sí me parece importante destacar, en cambio, es que ésto (que aparentemente sucede en la experiencia de campo de otros profesionales) en mi caso no se convirtió en la estrategia predominante del trabajo de campo, sino que esta diversidad de espacios de relación traté de mantenerla a través del tiempo, y esto me ayudó a definir más adelante nuevos elementos de interés.

⁸⁷ Pude coincidir en este punto con las visiones de otras personas que intentaban acercamientos en terreno a problemas diferentes. Una de ellas me acercó parte de su trabajo, de donde rescato este párrafo: "Finalizando la primer parte de mi trabajo de campo pude apreciar lo que estaba delante de mis ojos; que lo sombrío de la política aquello que suele estar oculto y prohibido también se expresaba en las reuniones. Justamente ellas evidenciaban el modo en que los bandos se definían a sí mismos y a sus adversarios políticos. Las reuniones exhibían entonces las múltiples dimensiones de la política porque ellas eran parte constitutiva de los procesos políticos entre gobernantes y gobernados a nivel municipal. Estaban orientadas en gran medida

En tanto objeto, la institucionalidad de la política ambiental bonaerense tiene condiciones que la hacen susceptible de modelización. Siguiendo los lineamientos de la antropología política más clásica, algunos de los cuáles se puntualizan en el capítulo 2, pude encontrar sus principios generales y sus principios de organización, analizar sus modalidades de planificación y de gerenciamiento y proponerme encontrar en el terreno los procesos de construcción de la información y los efectos de acciones de gerenciamiento. Así fueron tomando forma procesos específicos de construcción del "objeto", que fueron previos a la fase del trabajo de campo propiamente dicha. Pero esta construcción se fue haciendo teniendo en claro algo que más tarde resultaría fundamental: la modelización del aparato estatal de política ambiental, centro de decisiones de la arena de poder en que se definen los lineamientos ambientales bonaerenses, no era una estructura estática, sino que estuvo en permanente construcción durante más de una década (y aún continúa). Condición que informa también ciertos aspectos de la comunicabilidad de los rasgos reales del objeto. Esto explica que algunos aspectos de este trabajo se vuelvan descriptivos, hasta un grado de parecer "de tono periodístico". Sin embargo, como describiré más adelante, esta no fue la única razón por la cual determinados aspectos de la narración adquieren esa estética.

La fase de construcción del objeto fue ciertamente dominada por sentimientos de precariedad y de frecuente inutilidad del trabajo intelectual, sentimientos conocidos por casi todos los tesisistas, por lo menos los del Tercer Mundo. Estos sentimientos no tienen que ver sólo con aspectos externos o con la precariedad del trabajo investigativo, sino que también tienen su raíz en la imposibilidad de abarcar todos los aspectos del objeto y en tener que concentrarnos en las líneas que se eligen como más trascendentes. Se toma conciencia de lo inadecuado de ciertas ficciones teóricas⁸⁸ y de la provisionalidad de nociones que sólo

a controlar los procesos políticos facciosos. En cierta forma acotaban a un tiempo y espacio la inestable definición del enemigo. Sin embargo a veces esto se quebraba y estallaba la politización, un proceso que dejaba ver las divisiones barriales y locales del campo político, y las contradicciones asociadas a las instancias de reconocimiento y consagración de las representaciones políticas de la vecindad." (FREDERIC, S., 1998: 16-17)

⁸⁸ La teoría puede aparecer como bien ficticia cuando se intenta leerla como una metanarración: Geertz (1983:22) ejemplifica esto cuando se refiere a que Darwin no estaba simplemente utilizando "realidades bien comprendidas" con las que las "mal comprendidas" pudieran ser llevadas al círculo de lo conocido. Estaba alterando el sentido mismo de las realidades bien comprendidas. Así pudo

pueden ser mantenidas como vigentes en ciertos discursos a fuerza de ser usadas por sujetos que poseen roles privilegiados en los aparatos de comunicación que responden a ciertos intereses corporativos.

Ya la fase de ruptura había clarificado que lo que aparece como real y concreto (los “problemas ambientales”) en realidad son grandes abstracciones, producidas históricamente y re-presentadas por diversos actores, especialmente por los aparatos del Estado cuando lo asumen en su agenda. La construcción del objeto requiere de las mismas operaciones intelectuales que la fase anterior, sólo que se agrega la búsqueda de una síntesis que nos reduzca lo complejo. Nada mejor para condensar esta urgencia que rescatar el siguiente párrafo:

“...Lo concreto es concreto porque es la síntesis de múltiples determinaciones, por lo tanto, unidad en lo diverso. Aparece en el pensamiento como proceso de síntesis, como resultado, no como punto de partida, aunque sea el verdadero punto de partida, y en consecuencia, el punto de partida de la intuición y de la representación...las determinaciones abstractas conducen a la reproducción de lo concreto por el camino del pensamiento. He aquí porque Hegel cayó en la ilusión de concebir lo real como resultado del pensamiento que, partiendo de sí mismo, se considera a sí mismo, profundiza en sí mismo y se mueve por sí mismo, mientras que el método que consiste en elevarse de lo abstracto a lo concreto es para el pensamiento sólo la manera de apropiarse de lo concreto, de reproducirlo como un concreto espiritual.” (MARX, K., 1985:12)

En realidad, el problema de la construcción del objeto no puede resolverse nunca de antemano, toda taxonomía, modelo o clasificación implica operar necesariamente en función de una teoría o de conceptos, en este caso provistos por la antropología política y

plantear la historia del hombre como una intrincada y extensa red familiar, con un lugar claramente inferior para la especie humana, a diferencia del papel jerárquicamente superior con que pensaba el lugar del Hombre en esquemas anteriores. Conceptos como “Desarrollo Sustentable” o “responsabilidad social empresarial” fueron los que más me generaron este sentimiento en la fase de construcción del objeto.

por algunas de sus líneas de clivaje más novedosas, citadas en el capítulo 2. La “teoría del objeto” que está detrás de la noción acerca de los modelos de política ambiental mencionados en el punto 5 del capítulo 2 tiene su origen en bases dinamistas, pero reconociendo que este origen (históricamente anterior a fenómenos como la “sociedad en red” o la “era de la información”, por poner un rótulo) necesita de su acople con marcos como la teoría de la estructuración y con elaboraciones derivadas de los análisis institucionales impulsados por la Escuela de Frankfurt⁸⁹. El recurso al concepto de “micropolítica” no implica un deslizamiento hacia búsquedas más genealógicas o interaccionistas, sino el intento de enriquecer perspectivas que pueden criticarse como demasiado emparentadas con una etapa de la antropología política que ya está cristalizada. Y ha sido este recurso el que me ha permitido captar ciertas articulaciones entre los procesos que aparecen indiciariamente como déficits de implementación y las opacidades que genera la misma fundamentación ideológica de la política ambiental bonaerense.

La fase de trabajo en terreno la comencé, dentro de esta investigación, en 1998. Por entonces, ya había discutido algunos lineamientos conceptuales con Santiago Wallace, quien falleció a principios de ese año. El inicio consistió en recopilaciones documentales, buscando identificar discursos específicos que me llevaran a tener indicadores acerca de ciertas representaciones sociales vinculadas con las que había identificado durante la ruptura epistemológica y la construcción del objeto. Dividí los documentos que iba recogiendo en tres grandes bloques: los producidos por la Secretaría de Política Ambiental bonaerense, los documentos producidos por el Estado Nacional y lo que se emitía desde estos ámbitos a la prensa escrita, fundamentalmente a los diarios de gran tirada y de distribución nacional, y también a los diarios locales de La Plata.

En esta etapa el azar se manifestó puntualmente. Una estudiante de antropología que necesitaba orientación para resolver puntos oscuros de su tesis de grado consigue un trabajo

⁸⁹ Así es que obras consideradas “menores” y “pasadas de moda” por críticos y académicos, como por ejemplo el texto de Jürgen Habermas “Problemas de legitimación en el capitalismo tardío” Buenos Aires, Ed. Amorrortu, 1989, o el de Karl Polanyi “La gran transformación” (muy poco citados por antropólogos, y reconocido por académicos de otras profesiones) me proporcionaron una referencia más que interesante, teniendo siempre en cuenta que son análisis aplicados a sociedades muy diferentes (a “objetos” en el sentido epistemológico) a la que me interesa abordar en este trabajo.

como personal de apoyo para la CNN en su cobertura de la IV COP, la conferencia internacional sobre Cambio Climático que se realizó en Buenos Aires durante la gestión de María Julia Alsogaray. Yo estaba muy interesado en asistir a este evento, pero luego de meses de trámites ante la SERNAH, no conseguí ninguna acreditación⁹⁰, ni siquiera como periodista, pero la estudiante que trabajó en esos días para la CNN me consiguió dos cajas completas con documentación sobre la misma, incluyendo las transcripciones de todo tipo de reuniones, como contrapartida por mi ayuda académica.

Posteriormente, comencé a recoger la producción mediática de la gran variedad de ONGAs del Conurbano Bonaerense: infinidad de periódicos barriales, revistas de diferentes calidad distribuidas cara a cara, y hasta panfletos, comenzaron a ser fuentes de información sobre múltiples aspectos. El volumen de documentación comenzó a ser tal que me resultó difícil de manejar, y ya a mediados de año debí reducir la cantidad de documentación que iba recogiendo, y no sólo por considerar indiciariamente que ya tenía una comprobación de la existencia de procesos de producción de sentido, en tanto indicadores de la presencia de “formaciones discursivas”, sino que entre otras cosas por problemas de espacio y por carecer de un lugar de trabajo adecuado⁹¹. Fui aplicando análisis de discurso a ciertos documentos que tenían una importancia central para entender la constitución del aparato de política ambiental bonaerense, y de lo producido por la Secretaría de Política Ambiental tomé solamente un documento clave, la Ley 11.469/93, que muestra desde el lenguaje cómo se piensa el programa de acción institucional. El criterio para su elección estuvo centrado en que, según los términos de la Lingüística Crítica, los procedimientos de

⁹⁰ El ingreso a la misma era controlado y supervisado “informalmente” por gente que respondía a Martín Redrado (hoy converso funcionario kirchnerista, pero por ese entonces era el más visible de los economistas defensores a ultranza de la aplicación del Consenso de Washington), lo que hacía que el ingreso a la misma fuera selectivo en ciertos términos. Si bien no hice demasiados esfuerzos en averiguar los términos de la selectividad, encontré luego otros casos similares, de tesisistas o investigadores que no consiguieron su acreditación, y de personas de similar condición que sí la consiguieron prácticamente sin demora

⁹¹ Realicé parte de esta investigación con una beca FOMEC. Eso implicaba contar con menos de lo necesario para la reproducción cotidiana, por lo que otros aspectos elementales como insumos de investigación, recursos informáticos (software específicos o hardware necesario para almacenar imágenes, por ejemplo), estaban totalmente lejos de mi alcance. Carecía de un espacio físico adecuado para guardar materiales ordenadamente, y alguna generosa ayuda de un par de buenos amigos de mi cuñado, personas totalmente externas a la academia, me facilitaron rincones de sus departamentos para ubicar voluminosas cajas de archivo y así proteger mínimamente elementos que a la postre me resultarían muy valiosos.

selección léxica demuestran que este texto contiene un predominio de la modalidad no transactiva que funciona como evidencia de la ideología de quiénes lo produjeron.

Al mismo tiempo, mediados de 1998, empecé a aplicar observaciones en ámbitos específicos, fundamentalmente encuentros y congresos ambientalistas. La Asamblea Permanente por los Espacios Verdes de la Capital ya me aportó una red de contactos, dado que a partir de la gente que logro conocer en las jornadas que ellos realizan, voy llegando a conectarme con diversos ambientalistas del Conurbano Bonaerense. Las primeras entrevistas las voy haciendo sin ningún tipo de estructura, totalmente abiertas, y al mismo tiempo logro conformar una agenda con datos de instituciones y ONGAs con los que voy teniendo diferentes vinculaciones. En un principio intenté que esto funcionara como una muestra de la dinámica del movimiento ambientalista bonaerense, pero rápidamente me desengañé de cifras y porcentajes, en virtud de que la particular construcción de la identidad que realizaban diversos actores dentro de esta institucionalidad tenía que entenderla relacionada con la historia de la conformación del aparato de política ambiental. La receta habitual (tomar x porcentaje de un universo conformado por ONGAS) me haría perder de vista ciertas singularidades, a cuya toma de contacto no quería renunciar. Por ejemplo, algunos ambientalistas de Tigre me refirieron persecuciones desde el poder local muy especiales: la oficina de valuación fiscal de su municipio les “inventaba” una deuda impositiva, y entonces comenzaba una especie de persecución política-económica que los sumía en un estado de angustia. Algunos solicitaban directamente cualquier ayuda para protegerse, y de cierta forma el conocimiento de estas instancias me daba elementos para ir controlando algunos aspectos del proceso de “negociación de la identidad” que siempre se da en cualquier trabajo de campo.

En el marco de una entrevista sobre la urbanización del Delta, un concejal de ese distrito alineado políticamente con el FREPASO me confirmó que endeudar fiscalmente a los opositores era un mecanismo muy habitual, usado en el Municipio de Tigre, y que su intendete era un dirigente muy experimentado en el silenciamiento de opositores y que no se utilizaba sólo con los ambientalistas. No tuve noticias de un mecanismo fraudulento similar en otros municipios, aunque sí se me aparecía más común lo considerado “clásico”

por cualquier militante con algunos años de experiencia: amenazas telefónicas, algún que otro daño a la propiedad privada, persecución mediática, aprietes callejeros, palizas en actos públicos, etc.. Para evitar perder cierta riqueza de datos decidí mantener el enfoque sobre las relaciones entre la institucionalidad ambientalista y el poder político en un marco de análisis más indiciario, en el sentido en que lo planteara el famoso texto de Carlo Guinzburg “El queso y los gusanos”. Esa decisión condicionó un aspecto fundamental, que fue el de mantener un recorte “artificial” sobre las relaciones entre actores del campo de la política ambiental, verdadera unidad de observación en esta investigación y no perder demasiado tiempo siguiendo las prácticas y la producción de sentido de los ambientalistas únicamente, ni tampoco desviarme hacia aspectos microscópicos de la lucha de facciones en el Conurbano. Enfocar de manera adecuada esta relación me llevaría a revalorizar analíticamente, en tanto pasibles de describirse como rituales, los espacios de articulación que la Secretaría de Política Ambiental creaba para las ONGAS y para el periodismo bonaerenses. Mi inserción como observador participante de diferentes encuentros auspiciados por la SPA me daría la posibilidad de realizar una serie de registros que me aportarían datos que hoy puedo considerar como muy ricos, y que difícilmente los habría recogido con la mediación de algún equipo de encuestadores y formularios, aún cuando me encontraba permanentemente entre la euforia de registrar una buena cantidad de hechos y discursos (incluyendo mis propios sentimientos y opiniones) y la constante duda acerca de sí, en medio de esa saturación de información, no estaría escapándome (por algún intersticio desapercibido o por la misma magnitud de lo evidente) lo que realmente era relevante.

Inclusive, es bastante fundamental señalar que el hecho de “estar ahí” permite analizar otras cuestiones que luego me permiten dar otra rigurosidad al análisis. Por ejemplo, presencié varias audiencias públicas organizadas por sectores legislativos. En especial dos de ellas fueron fructíferas en grado sumo. La referente a la temática de RSU, cumplimentada en febrero del 2001, me ayudó a organizar una serie de datos que tenía dispersos, me ofreció un panorama de la arena de disputas en torno a la temática, me mostró el peso de diferentes retóricas (visiones tecnocráticas vs. visiones localistas) y además, me mostró algunos mecanismos de construcción de la información que abren

interrogantes. Solicité por escrito a la Legislatura provincial la copia taquigráfica de las jornadas. La misma me es entregada en archivo electrónico previa entrega de un diskette. Luego de varios días de revisarla y cotejar algunas cosas con mis notas del momento, descubro que falta la transcripción completa de la exposición de Antonio Brailovsky. En su argumentación, realizada en carácter de Defensor Adjunto de la Ciudad de Buenos Aires, Brailovsky efectúa una serie de críticas medulares a los mecanismos del CEAMSE: la falta de transparencia en sus decisiones, la falta de controles legislativos, la propaganda falsa y vacía en tanto CEAMSE se presenta como empresa de ecología urbana y sus efectos ambientales eran desastrosos y arruinaban patrimonios y vidas humanas. En la versión taquigráfica oficial no es posible hallar ni una sola palabra o ni siquiera una mención a la presencia de Brailovsky. Pero, sin embargo, yo mismo estuve allí y tomé notas esquemáticas sobre su discurso. De la misma forma, en la argumentación del entonces presidente del CEAMSE, el Dr. Guillermo Ferraro, fueron suprimidos una serie de calificativos de corte machista dirigidos hacia una diputada que se manifestó acerca del colapso de los rellenos sanitarios de Villa Dominico.

Sin embargo, faltaría algo importante si no mencionara una serie de aspectos que se alejan de la visión tradicional del objetivismo más positivista. En el marco del trabajo de campo, algunos ambientalistas me ofrecen otro tipo de “documentos” mucho más valiosos: propuestas de trabajo y de intervenciones de apoyo en problemáticas del ambiente local. De cierta forma, empiezan a funcionar aspectos relacionados con la reciprocidad. Mi postgrado en gestión ambiental⁹² me permite responder a consultas técnicas que me hicieron en diferentes momentos militantes y personas que integran diversas ONGAs., y esto me va a colocar en otro plano frente a ellos, cuya pertinencia discutiré hacia el final de este capítulo. Empecé a ser consultado con cierta frecuencia y eso me abrió otras posibilidades de interacción, mucho más profundas y que ofrecían mayores posibilidades de obtención de información e inclusive, participar directamente en la construcción de la información. Por ejemplo, me invitaron varias veces a dar conferencias en Martín Coronado, donde un grupo de ambientalistas que editaba una revista de circulación local se interesó en un modelo de

⁹² Entre 1994 y 1996 realicé una maestría en gestión ambiental en la Facultad de Arquitectura, Urbanismo y Diseño de la Universidad Nacional de Mar del Plata.

abordaje de los conflictos ambientales a escala local que pude, finalmente, transferirles con el objetivo de que lo aplicaran en función de su propia experiencia. Y en otro lugar, contiguo a un relleno sanitario del CEAMSE, me encontré en medio de manifestaciones públicas identificando una clara sensación de extrañamiento: en los encuentros se debatían temáticas y posibilidades de acción que resultaban inhabilitadas en las condiciones políticas en que se estructuraba la trama social de los participantes. Yo percibía esta constricción del trabajo político de base, que lleva a sobreestimar totalmente ciertas condiciones de la praxis concreta, intentaba comunicarlo y no era escuchado en absoluto. Por el contrario, cada intervención mía reafirmaba la voluntad de parte de los presentes de accionar con elementos que yo no recomendaba en absoluto. No existía, en ese contexto local, ninguna posibilidad dialógica real, pero lo que legitimaba mi presencia y mi participación allí era el rol de “experto” que se me había atribuido. Es decir, aunque yo opinara lo contrario a los discursos dominantes y lo manifestara, tenía un lugar de locutor en virtud de mi capital intelectual, el que podía ser instrumentalizado por los dirigentes locales en reciprocidad por la información que me brindaban, pero también sólo por ser una figura externa a su cotidianidad.

Este aspecto⁹³ no es una cuestión menor en el trabajo de campo de los antropólogos. Si bien la narratividad clásica de la profesión, que se asentó totalmente a principios del siglo XX, excluye particularmente la alusión a la situación relacional del antropólogo con los nativos (especialmente la convencionalidad del presente etnográfico), siempre fue imposible de eludir la emergencia de tópicos mucho más abarcadores que la simple pretensión de la búsqueda de la objetividad científica. Desde los intercambios de tabaco por información en “pidgin english” que ya refiere Malinowski en su estudio de los trobriandeses, o la “nuerosis” con que E. Evans Pritchard caracterizara inicialmente la convivencia a la que lo forzaban los Nuer que penetraban constantemente en su tienda,

⁹³ Es imposible no entrar a participar en una red de reciprocidades desde el mismo momento en que se comienza el trabajo. Prácticamente, ningún estudiante de antropología puede olvidar los primeros relatos de Margaret Mead en Samoa. Mead, que había llegado a las islas del Pacífico de la mano de la Armada Norteamericana, no podía esconder su resto de asombro al haber sido recibida por las comunidades locales con todos los honores. Honores que habían terminado por sumergirla en una red de reciprocidades locales que llegó a agotarla emocionalmente al mismo tiempo que no dejaban de halagarla profundamente: “Y cuando yo paso dicen: <<¡Qué Dios te ame siempre! ¡Te vas!>>”. (MEAD, M. 1983: 27 y ss.).

hasta los complejos cuestionamientos posmodernos de la década de los '80, que amenazaron con reducir la antropología a un juego textual en algunas de las universidades de mayor renombre en EE.UU. (v. REYNOSO, C., 1998), ya no se discute que la interacción que se establece entre el antropólogo y los sujetos que participan del campo de relaciones en estudio dista enormemente de la relación que se establece bajo el modelo de trabajo científico propiciado por las ciencias naturales.

En este punto es importante señalar algo que el trabajo de campo hace explícito, que es la coexistencia en un mismo sujeto de diferentes roles: la lógica social de quienes fueron mis informantes no excluye en ciertos espacios y sí en otros. Y esto es fundamental para saber a qué se puede acceder y a qué no, y a qué y cuándo se accede realmente. Por ejemplo, tuve aceptación en la obtención de información sobre problemas y condiciones locales, e inclusive algunos funcionarios me abrieron datos con sólo invocar mi pertenencia a la universidad. Pero en otras circunstancias, generalmente posteriores y en contextos claramente informales, la información que aparecía era claramente la opuesta a la que me habían facilitado las mismas personas. Esto implicaba la precaución de tener el recurso de la re-pregunta fuera del contexto de la entrevista o de la observación⁹⁴. Particularmente entendí el asombro de Lévi-Strauss (que siempre me pareció sobredimensionado y hasta con algunos toques de fatuidad intelectual) al observar la admisión “oficial” nambikwara del relato del hechicero que explicaba en una noche de tormenta en la que había desaparecido misteriosamente por unas cuantas horas, cómo había sido transportado por un trueno y devuelto a las cercanías del asentamiento de la comunidad, cuando toda la banda sospechaba que había salido al encuentro, con propósitos de dudosa procedencia, del grupo que en algún momento había sido el suyo y que en esos días estaba atravesando la sabana cercana, usurpando así las atribuciones del jefe político. La lógica nambikwara no excluía la convivencia de las dos versiones, según la interpretación de Lévi-Strauss (LEVI-

⁹⁴ La obtención de un dato crucial, el del presupuesto de la SPA bonaerense, estuvo marcada por una situación de este tipo. Accedo a la estructuración del presupuesto 2000 desglosado partida por partida, logro fotocopiarlo, y en el ascensor que nos llevaba desde el piso 14 hasta la planta baja de la Torre 1, en 13 y 53 de la ciudad de La Plata, el funcionario que me dio los datos me dice: “pero por supuesto que estos números son sólo nominales. Permanentemente las partidas se modifican, y se funciona con un rojo operativo que se regula según las necesidades reales”. Media hora antes, la misma persona me insistió varias veces en que “el presupuesto cero se respeta totalmente y no podemos gastar un centavo más”.

STRAUSS, C. 1976: 67), pero lo que parece haber es que hay una versión de ciertos hechos “consensuada”, transparente, y otra cuya opacidad asegura mantener el conflicto bajo control, o por lo menos, que limita la introducción del “desorden”.

Por esta razón, la saludable duda acerca de cuantificaciones, ciertos datos oficiales y diversos aspectos que podríamos clasificar en conjunto como “fuentes secundarias” se convierte en una cuestión estructural para encaminar un mínimo control epistemológico. Muchas cuestiones previas a esta investigación abonaron esta necesidad. Me gustaría referirme a una de ellas. En los años en que trabajé en contacto con problemáticas de salud y pobreza urbana⁹⁵ (1987/1991), el entonces director de un psiquiátrico provincial me explica que las estadísticas de salud de la Argentina estaban llenas de subregistros y de sobregistros. Como los criterios de asignación presupuestaria que usaban los administradores de salud se basaban en indicadores cuantitativos⁹⁶ al estilo “cantidad de pacientes atendidos mensualmente en el efector x”, generalmente se duplicaban o triplicaban las prestaciones reales desde que se recogían como dato en la base del sistema de estadísticas provincial. De creer esto, gran parte de la construcción estadística de la salud es fraudulenta, y si bien eso solo daría motivos para una tesis, en principio, no serviría para establecer demasiadas cosas, y sí apenas para considerar otras tendencias. Entonces, ¿qué seriedad pueden darse a estimaciones cuantitativas “oficiales” acerca de por ejemplo, volúmenes de residuos tóxicos que se generan anualmente o la relación entre población con patologías y riesgos ambientales, si muchas cifras son susceptibles de manipulación política?. Esto no implica en absoluto que yo niegue la pertinencia de la cuantificación, simplemente secundaricé el valor de los aspectos cuantitativos, en esta experiencia de trabajo y con el objetivo de economizar esfuerzos.

⁹⁵ Antes de ser antropólogo, tuve formación en trabajo social, primero de nivel terciario y luego universitario. Trabajé en un plan de descentralización de servicios sociales municipales, y mi práctica cotidiana transcurrió, durante esos cuatro años que van desde 1987 a 1991, en el contacto más directo con las problemas características que los libros de texto denominan como “pobreza estructural urbana”. Las necesidades de derivar los casos urgentes a diferentes servicios me permitía interactuar con personas que se movían en diferentes niveles de decisión, lo que me dio un panorama muy cara a cara del funcionamiento de las políticas sociales durante los años ‘80 y de su posterior proceso de destrucción por imperativo de la aplicación de las políticas neoliberales y de la “reforma” del Estado.

⁹⁶ En los años ‘90 esta modalidad se agudizó, ya que los indicadores de eficacia y eficiencia fueron reformulados por el World Bank, en el marco de la mercantilización de los servicios de salud y educación propuesta por la OMC.

Pero tampoco es sólo cuestión de descartar aspectos sólo por suposiciones a priori. Cuando se trata de confirmar la dificultad de encontrar confiables ciertas cifras, basta mencionar el contexto de la producción de información sobre residuos sólidos domiciliarios. Esta información es proporcionada por la CEAMSE al Ministerio de Economía provincial. Pero la existencia de la CEAMSE se justifica en la medida en que se manejen crecientes volúmenes de RSU mediante la técnica del relleno sanitario, por la sencilla razón de que sus tarifas están pautadas según el costo de disponer cada tonelada de basura en el ecosistema bonaerense, y que cuanto más basura disponga, más se factura y más actividades se subcontratan a terceros, sobre todo a capitales privados. En el transcurso de esta experiencia no accedí, dentro del aparato provincial, a ningún tipo de sistemas de construcción de datos que me parecieran confiables realmente, ni tampoco la información financiera organismos como la CEAMSE está totalmente disponible o es totalmente pública a pesar de ser una empresa del Estado. Los datos y la visión más completa sobre muchos mecanismos los obtuve de entrevistas a ex – empleados, algunos de ellos jerárquicos de la CEAMSE. Un ex – síndico del CEAMSE me orientó especialmente en búsquedas de información y para entender muchos de los mecanismos legales que sirvieron para que un organismo de estas características sea lo que es hoy. Otro informante me describió algunas cosas difíciles de comprobar personalmente, pero sin embargo totalmente lógicas. Por ejemplo, me describió la sobrefacturación que periódicamente algunas empresas realizaban cuando la CEAMSE diluía controles. Cosas burdas, como pesar varias veces los mismos camiones con residuos en la entrada de los rellenos sanitarios, y otras más extrañas como recuperar materiales mercantilizables supuestamente ya depositados, vía la explotación de trabajadores informales, “cirujas”, a los que se les permite revisar la basura a cambio de un porcentaje de lo que se obtenga.

Hacia el año 1999, mi interés, ya totalmente definido hacia la descripción de la dinámica de la política ambiental bonaerense, me lleva a participar de una comisión técnica que se formó con profesionales de la Fundación Friedrich Ebert, militantes radicales en su gran mayoría, y otro grupo de ambientalistas liderado por Jorge Giles, por entonces diputado nacional cercano a integrantes del “Grupo de los Ocho”, uno de los primeros

agrupamientos de legisladores que planteó la resistencia temprana a la implementación de las políticas menemistas por 1991⁹⁷. Haber entrevistado el año anterior a un asesor del Dip. Jorge Giles permitió que me invitaran a participar de este grupo de discusión, de aproximadamente veinte personas. Se hicieron una docena de reuniones en la ciudad de La Plata, y ahí puedo conocer a gente a pertenecía a la estructura técnica de la SPA, los que me dan un primer panorama de las áreas en que ésta se estructuraba. Durante todo el año '99, al tiempo que voy participando de este grupo aportando elementos socioculturales al análisis de lo ambiental (algunos de los cuales se incorporaron después a la plataforma ambiental de la Alianza a nivel provincial, conducida por Graciela Fernández Meijide), voy teniendo un "mapa" de la gente que trabaja en lo ambiental en ese momento.

Esta etapa me resultó fundamental para el desarrollo de este trabajo. Me permitió comenzar a caracterizar el aparato del Estado mediante un conocimiento puntual de los sujetos que lo operan y parte de sus relaciones que establecen, mediante una técnica que los antropólogos llamamos "análisis de red" (MAYER, A. 1985; BARNES, J., 1972; HANNERZ, U., 1986, BOISSEVAIN, 1987). Esta técnica consiste en seguir, de manera microscópica y en la medida de lo posible, las interacciones que las personas que formalmente ocupan en cualquier institución (en mi caso, en el aparato de política ambiental del Estado bonaerense), buscando establecer las relaciones al interior de estas redes, de manera que se conforma un campo de actividad muy dinámico, que puede ser descripto a la imagen de las coaliciones de poder en el Mediterráneo europeo (WOLF, E., 1980; SILVERMAN, S. , 1986; BALANDIER, G., 1994, GELLNER, E.,1986), o sea, como agrupamientos que se forman, estallan luego de un tiempo y se vuelven a formar, aún dentro de un marco de compromisos compartidos y continuos. El contexto de observación

⁹⁷ Las desastrosas consecuencias sociales y económicas de la liberalización de la economía nacional que impulsara Menem me generaba simpatía hacia los que se opusieron inicialmente y de manera visible. Yo era consciente de esta simpatía, por lo que no me resultaba incómodo en absoluto acercarme a militantes y colaboradores que habían crecido en torno al "Grupo de los Ocho", los primeros ocho diputados nacionales que se opusieron públicamente al modelo menemista en Argentina y que además podían reivindicar la resistencia a la dictadura, siempre pagando con su bienestar físico y psíquico. Estas instancias de trabajo de campo las consideraba como portadoras del beneficio adicional de interactuar con personas que resistieron al totalitarismo del Estado, escaparon al genocidio y continuaban la lucha con ganas y energías de coordinar maratónicas reuniones. Durante su actuación como diputado nacional, Jorge Giles impulsó fuertemente la revisión de la gestión de María Julia Alsogaray al frente de la SERNAH nacional y sin dudas contribuyó a que se transparentaran puntos oscuros de su gestión.

de estas interacciones, para mí, lo constituían los ámbitos políticos donde actuaban los funcionarios de la SPA: conferencias de prensa, reuniones entre el poder legislativo y el ejecutivo, reuniones de líneas internas, jornadas de discusión y divulgación científica⁹⁸, reuniones informativas abiertas sobre proyectos puntuales, actos partidarios, jornadas de protesta o de ocupación del espacio público y todo ámbito ocasional, ya sea público o privado, motivado por el análisis de alguna problemática ambiental local o regional, que me ofreciera la posibilidad de observar interacciones y escuchar posicionamientos discursivos.

Los posicionamientos de estas personas constituyen un entramado de relaciones que responde a intereses diversos, pero afines ideológicamente e, inclusive, coincidentes en una gran cantidad de aspectos operativos. Algunas relaciones son más que claras: desde hijos y familiares consanguíneos o políticos de personas insertas en el aparato del Estado⁹⁹, mientras que otras, lealtades más débiles y transitorias, sobreviven como alianzas de ocasión frente a determinados temas. La “convivencia” conflictiva entre militantes que responden a cada uno de los máximos referentes locales del Justicialismo bonaerense, explicada a la manera de diversos entrevistados como alianzas totalmente transitorias y frágiles, recuerda las etnografías clásicas de la Antropología, especialmente “Los Nuer” (EVANS PRITCHARD, E.; 1946), donde el mecanismo político básico de las sociedades segmentarias era la regulación del conflicto mediante alianzas fundamentadas en relaciones de parentesco y espaciales, que operaban como unidades autocontenidas hasta que un enemigo “exterior” (que podían ser otros linajes asentados en otros territorios) los obligaban a aliarse y a complementarse. Una vez conjurado o desaparecido el peligro, cada unidad volvía a su dinámica anterior.

⁹⁸ Algunos legisladores inquietos y conscientes de los aportes de diferentes disciplinas para el cumplimiento de su función cumplen un papel importante organizando jornadas sobre diferentes temas. Asistí a dos sobre biotecnologías en el recinto de la Cámara de Diputados, otras tantas sobre residuos sólidos y me resultó muy provechoso por la información y los contactos, y sobre todo, porque cada participante representa a un sector y entonces podía considerar esto como la expresión de una “mini-arena” de disputa política sobre el tema.

⁹⁹ Como veremos más adelante, Osvaldo Mércuri lideró la etapa más visible socialmente de la constitución de la SPA, y su esposa María Elena Torresi estaba encargada de las relaciones institucionales con las ONGAS y era la responsable, entre otras cosas, del reconocimiento oficial de estas instituciones en el ámbito de la pcia. de Bs. As.

El análisis de redes, como herramienta para trabajar aquellos aspectos políticos y sociales que no se reflejan en los procesos formales de las instituciones, es muy usado por los antropólogos. Está relacionado al concepto de “cuasi-grupos” (MAYER, A., 1987:127 y ss.), que designa a agrupamientos constituidos por un número relativo de miembros que mantienen alguna forma de interacción esperada mutuamente - y que en ocasiones se expresa en términos de obligaciones directas. Los cuasi-grupos se dividen en dos categorías: los cuasi-grupos clasificatorios y los cuasi-grupos interactivos. Los clasificatorios son definidos como una estructura identificable, cuyos miembros poseen determinados intereses o conductas comunes que podrían, en algún momento, llevarlos a formar grupos definitivos. Los interactivos, en cambio, son aquellos que no son identificables directamente, a pesar que presentan un cierto grado de organización, pero no se agrupan de manera tal que pueda asignárseles un rótulo o una categoría. Son sólo grupos cuando se dirimen acciones, y es posible aprehenderlos empíricamente únicamente cuando se visualizan conjuntos de acciones. De ahí la dificultad para ser estudiados. Las diferencias fundamentales a partir de las cuales se pueden identificar a los grupos interactivos son las siguientes:

- a) En primer lugar, están centrados en un EGO, un líder o persona relevante, en el sentido en que la mayor parte de las condiciones de reproducción de los individuos que accionan en él dependen de este individuo como foco organizador de las acciones,
- b) En segundo lugar, las acciones de cualquier miembro se tornan relevantes en la misma medida en que son interacciones con el centro de la red de acción o con los intermediarios directos,
- c) cualquier institución moderna es frecuente que esté atravesada por estos cuasi-grupos, cada uno de los cuáles se comporta desarrollando conjuntos de acciones, de manera tal que la dinámica política de muchas instituciones responde a los resultados múltiples de los conjuntos de acción.

Por esta razón, el análisis de redes es el instrumento preferencial para estudiar el funcionamiento de maquinarias electorales como parte de sistemas clientelares. Adrian C. Mayer (op.cit) lo aplicó al análisis de los procesos electorales en ciertos lugares de la India,

donde la idea de democracia y de ascenso social no penetra globalmente la rigidez simbólica del sistema de castas. Sin embargo, los límites de castas se vuelven permeables justamente por las acciones de los cuasi-grupos, que operan a partir de las conexiones con EGO y a través de las intermediaciones de éste, para obtener pequeñas ventajas que impliquen cambios en su situación terrenal. Como el sistema de castas implica adscripciones sumamente rígidas, inclusive hasta la prohibición de interacciones concretas dentro de determinadas castas, los candidatos con aspiraciones necesitaban de la intermediación plural para poder trascender , al menos, electoralmente.

Conocer las superposiciones entre el Partido Justicialista bonaerense y el aparato formal de política ambiental de la Pcia. de Buenos Aires sólo fue posible por la utilización del análisis de redes, y un mínimo resumen de estos datos se refleja en el anexo de este trabajo. Esto requirió mucha observación, sobre todo de reuniones y de actos políticos. Fue fundamental este proceso para entender las dinámicas que se describo en el capítulo 5 y para abordar otros aspectos más profundos, los que no están desarticulados de las reciprocidades a las que me referí en párrafos anteriores. Sin embargo, una de las deficiencias de esta técnica está centrada en que con gran frecuencia, los cuasi-grupos cambian aceleradamente en función de la dinámica de concentración de recursos. O sea, las facciones políticas se arman y desarman rápidamente, al compás de las internas y de las elecciones generales, las alianzas son de gran movilidad y de escasa duración, y no es extraño terminar de comprender algunas articulaciones para enterarse que las mismas han cambiado¹⁰⁰.

Es en el año 2000 cuando puedo penetrar a fondo en los principales procesos que finalmente me dan una comprensión de la estructuración de la política ambiental bonaerense. Esto tuvo un componente extra-académico, pero no ajeno al plano de las relaciones entre el saber técnico y la lucha política. Al ser nativo de Olavarría, uno de los líderes frepasistas locales, con quién tenía desde hace dos décadas una relación de amistad

¹⁰⁰ Uno de los casos más angustiantes que conozco es el de un maestrando que organizó su vida durante dos años para analizar la continuidad del liderazgo frepasista de Carlos "Chacho" Alvarez, y al comenzar la redacción del informe final, su "sujeto de estudio"... se retiró de la política debido al escándalo de las coimas en el Senado de la Nación, transformándolo todo.

y cercanía que iba más allá de los ámbitos partidarios, me recomienda para un cargo técnico transitorio en la Comisión de Ecología y Medio Ambiente de la Cámara de Diputados. Implicaba solamente el trabajo de dotar de lenguaje técnico a proyectos redactados por personas con militancia pero sin formación. O sea, me posibilitaría interactuar con individuos que “hacían circular” representaciones sobre diversas problemáticas ambientales. La aceptación de este puesto me permite llegar (por intermediación de otros técnicos y asesores ligados al aparato del Partido Justicialista Bonaerense) a entrevistar a los principales actores de la política ambiental bonaerense en los '90. Y también, este trabajo me permite acceder a la producción legislativa en el mismo período y, fundamentalmente, a quienes la impulsaron. Podría decirse que este componente extra-académico me permitió terminar de recortar una “muestra significativa¹⁰¹”, aspecto que no había podido cumplimentar con las recetas metodológicas habituales.

De ahí que pueda construir un acercamiento a aspectos del nivel micro-político de difícil abordaje, de los que sólo se consiguen cuando los entrevistados ubican mentalmente al investigador como alguien que “juega” dentro de su “campo”, y comentan abiertamente sus impresiones sobre los eventos, dando por sentado que se comparte la misma valoración y aceptación de las reglas de juego. En este plano me sucedieron, más de una vez, cosas curiosas. Una de ellas fue providencialmente divertida, por lo menos: me habían invitado a un almuerzo a la salida de una charla conmemorando el Día del Medio Ambiente, organizada por la Legislatura bonaerense, en la ciudad de La Plata. El orador era el Lic. Alberto Morán, a quién había entrevistado unos días antes. Era un día extraordinariamente lluvioso, frío y uno de los invitados, un legislador de renombre como autoridad del Partido Justicialista llegó muy tarde, a los postres, ofreciendo disculpas a los presentes y saludando efusivamente uno por uno a todos los comensales. Se sienta frente a mí sólo porque había un lugar vacío cerca de uno de los extremos de la mesa, y comenta que el mismo postre la última vez que lo comió fue cuando viajó a Alemania, a observar unas plantas de reciclado

¹⁰¹ R. Guber trabaja la noción de muestra significativa confrontándola con otro tipo de muestras (probabilísticas, estratificadas, etc.) y distinguiéndola como el tipo de muestra más pertinente para la investigación antropológica, en tanto "...el criterio de la significatividad es fundamental para la selección de discursos, personas, prácticas que observar y registrar, y para su ulterior incorporación al análisis y la construcción de esa lógica de la diversidad". (GUBER, R.; 1991: 120-127).

muy complejas, en un viaje donde uno de los colaboradores se descompuso. Casualmente, la misma persona me había llevado la semana anterior hasta Luján, donde observé una asamblea entre representantes de la comunidad de Jáuregui y los directivos de una curtiembre acusada de mala gestión ambiental. Al decirle esto, el legislador ensaya su mejor cara de sorpresa, se dirige a mí con un tono de voz que denota muchísima corrección y amabilidad y me dice: - “¿Qué, andan otra vez con problemas en CURTARSA?. Si necesitás lobby, no hay problema, yo estoy cenando cada quince días con el obispo y puedo hablar cualquier, pero cualquier cosa?”. Y me acercó una tarjeta personal. Solamente contesté que no pertenecía a la empresa, sino a la Universidad. Se sonrojó de una forma inocultable, balbuceó algo incoherente, y cambió velozmente de tema. Más tarde pude entrevistarlo y de esa confusión inicial obtuve una entrevista que sirvió para varias cosas que aportaron al capítulo 5 y a la historia de la política ambiental bonaerense, de la que fue uno de los protagonistas. Claro que en ningún momento de la entrevista logré obtener un ofrecimiento semejante al obtenido durante el almuerzo. Sin embargo, esta entrevista y muchas otras estuvieron atravesadas por algo frecuentemente incontrolable, aunque sí modificable: cómo el rol que el informante atribuye al entrevistador puede mediatizar la confiabilidad de los datos brindados por los informantes. ¿Hasta dónde hubiera llegado el diálogo inicial si yo me hubiera arrogado el papel de representante de la empresa sin serlo?. Sin embargo, el condicionamiento a decir la verdad y mantenerme en mi verdadero rol fue más importante, sobre todo para poder continuar la investigación. Pero hubo muchas situaciones de confusión acerca de mi rol profesional y mi papel en ciertas interacciones.

Encontrarme en estas situaciones de confusión me ha hecho pensar que el verdadero nexo de confianza, entendida como una construcción cultural, comienza como una forma de reciprocidad equilibrada, en donde los elementos del intercambio lo constituyen inicialmente los aspectos relativos a un acuerdo de información por garantía de reserva sobre lo relatado, a veces explícito inicialmente y otras veces tácito. Esta fórmula de transacción parecería expresarse en todo su potencialidad cuando el tipo de población estudiada se halla en circunstancias de suma vulnerabilidad, o por el contrario, cuando determinadas condiciones de responsabilidad política pública someten a funcionarios a códigos muy formalizados, cuya ruptura puede generar ciertas sanciones no siempre

explícitas. Esto condiciona luego la re-presentación o la contextualización de la entrevista, ya que el contexto puede ofrecer elementos que identifiquen a los informantes.

De manera colateral, pude realizar observaciones en ciertos lugares “naturalizados” y otros desconocidos para quienes dirigen la política ambiental bonaerense. Entre éstos, me referiré especialmente a uno de ellos: un basurero industrial en la localidad de Máximo Paz, en el Partido de Cañuelas. A ese lugar viajé invitado a dar una charla a un colegio privado que tenía un área pedagógica centrada en temas de educación ambiental. El director de Medio Ambiente del municipio me indica la existencia de un pasivo ambiental en esa localidad, y decidí ir a verlo. Hice una docena de observaciones, en otros tantos viajes en lo que pude charlar con gente que vive en la zona, y convive de manera cotidiana con los contaminantes que se encuentran al aire libre y cruzando la calle. El precio de eliminar ese pasivo requería de una suma cercana a los 700.000 pesos del año 2000, o sea, cuando todavía se mantenía el uno a uno con el dólar. Todos los actores vinculados de alguna forma al proceso de toma de decisiones para la eliminación de este pasivo ambiental se mostraban impotentes, y teniendo en cuenta los mecanismos económicos que se encontraban en la base de su generación (empresa privada exitosa en los '80, quiebra en los '90, abandona instalaciones y residuos químicos organoclorados, los que se encuentran al aire libre, desaparece su razón social, sus dueños son inubicables en términos judiciales, en un territorio municipal extenso, con un municipio endeudado, etc.etc.), las respuestas directas a la solución de este problema tenían un carácter negativo. La única actitud positiva provenía de los funcionarios ambientalistas del municipio (un bioquímico y dos estudiantes), los que batallaban de diversas maneras para poder sanear en algún momento ese pasivo ambiental. Hasta la finalización de este trabajo, seguían en su empeño con el mismo fervor que cuando los conocí.

A lo largo del trabajo de campo, toda esta deriva que aquí resumo me llevó a entrevistar específicamente a más de un centenar de personas, y a participar de una docena de encuentros y jornadas específicas de diferente nivel. También observé un número grande de reuniones muy diversas, que no podría precisar con seguridad. La mayoría de las entrevistas las hice en lugares públicos, incluyendo bares o cafés, en el paréntesis de las

actividades de los entrevistados. Muchas de ellas se produjeron a partir de cierta audacia de mi parte, no por concertar cita previa sino por interesarme en ciertos aspectos o detalles que luego ameritaron una conversación más profunda que se fue transformando en entrevista. Y en otros lugares (no pocas veces), me introduje sin ser invitado.

En general, debo decir que todo este proceso no fue en absoluto un trabajo de campo planificado ni mucho menos. Observar la dinámica de los primeros encuentros de la Asamblea Permanente por los Espacios Verdes urbanos me fue abriendo a una red de contactos y a partir de allí fue entendiendo el valor del azar para ir llegando a informantes que me tradujeran aspectos o elementos que para mí podían resultar importantes acerca de la integración del campo de la política ambiental¹⁰². En general, es la repetición de información en diferentes circunstancias, más allá del chequeo habitual que se realiza de los datos cualitativos, lo que me indicaba que algunas búsquedas ya habían dado sus frutos. Varias veces debí detenerme para ordenar y clasificar información, escuchando diversos cassettes, optando por dejar sin desgrabar algunos de ellos¹⁰³.

Conocí durante mi trabajo de campo gran diversidad de activistas, militantes y funcionarios. Muchos de ellos me demostraron poseer una gran calidad humana y me

¹⁰² Algunas cosas del azar son misteriosas. En un viaje en tren (en hora-pico) encontré un lugar y frente a mí se sentó una persona con un aire familiar. Resultó ser una persona que había conocido hacía veinte años, en contextos diferentes a los académicos. De profesión abogada, esta persona me orientó con algunas reglas básicas para buscar materiales útiles en fallos judiciales, e inclusive, gestionó la obtención de algunos de ellos. En otro caso, un ex - compañero de secundaria hoy ingeniero y además, viejo amigo con quién también había perdido contacto, resultó ser funcionario del Estado provincial en un cargo técnico (aunque muy alejado de la SPA). Mi viejo amigo me indicó algunos secretos prácticos de cómo obtener información burocrática: cómo pedirla, a quién, a qué hora, en nombre de quién y a quién avisarle informalmente, etc., lo que finalmente fue equivalente a una suerte de "guía práctica de cómo tratar con la sub-cultura del empleado estatal".

¹⁰³ Esto lo realicé siguiendo un consejo repetido muchas veces por Hugo Ratier, quien recomienda, en la cursada de sus talleres metodológicos una re-lectura y clasificación periódica de los datos obtenidos en el campo, operación que inclusive puede hacerse de manera simultánea con el desarrollo de la inmersión en terreno. Nunca me voy a arrepentir de haber seguido su consejo, aunque a veces me resultó tedioso escuchar cassettes con entrevistas al final de una larga jornada. A fines del año 2000 mi cuñado, con quién compartí departamento mientras duró esta investigación y la cursada de mi doctorado, se radicó en España. Por error se llevó una caja con una veintena de cassettes, confundiéndolos con las cintas de una banda de rock en la que él tocaba el bajo. Para mí no fue una gran pérdida, porque ya había extraído parte de la información principal, transcribiendo algunos trozos de discursos que aparecen en los próximos capítulos de este trabajo. En lo que respecta a mi cuñado, en cambio, me parece que el intercambio fue claramente desfavorable.

brindaron de manera generosa lo que yo estaba solicitando. De toda esta diversidad, una gran mayoría (aún funcionarios de larga trayectoria en la burocracia provincial) vivían sus vidas de manera constructiva a pesar de los negros nubarrones de la existencia cotidiana y del clima de descomposición social que ya se empezaba a percibir en lo que comunicaban las decisiones políticas de los líderes de la Alianza, agrupación que había logrado arrebatarse el poder a Carlos Menem. No me propuse en ningún momento recoger científicamente ese plano tan rico que intersecta las creencias, las vivencias cotidianas, las percepciones, la construcción de imaginarios de un futuro mejor y las aspiraciones de estas personas tan “optimistas de la voluntad” según la descripción de Gramsci. Sin embargo, con muchísima frecuencia durante el trabajo de campo, este plano se filtraba en mis datos y hasta me invadía parte del entusiasmo contagioso con que mis entrevistados acompañaban su retórica. Ciertamente, de antemano yo había construido un esquema algo cínico por las exigencias académicas de ver la política ambiental y la pérdida de calidad de vida de las poblaciones del Conurbano de manera más “objetiva” posible, racionalizando los límites de compromiso. Obviamente que este esquema duró muy poco, y me resultó casi mecánico y esperable pasar a apoyar trabajos de base (ya sea escribiendo pequeños documentos o notas, o simplemente pasando datos, o ayudando a coordinar reuniones a gente con la que interactuaba por primera vez en lugares donde a veces, me llevaba el azar). Lo que a su vez generó mucho material que no tenía que ver directamente con la investigación, muchos de los cuales dudo si alguna vez los re-trabajaré.

Sin embargo, me parece que esto (el exceso de material y la disolución de los límites de la posición objetiva) es una constante en los trabajos en los que el objeto de estudio se trabaja sobre la base de considerarlo una “experience near”. Siempre quedan enormes cúmulos de información de diferente calidad, que no encaja adecuadamente en nuestra exigencia de argumentación científica, y es importante decir que el primer intento de abarcarlos llevó a la construcción de un borrador cercano a las ochocientas páginas. La tolerancia y paciencia de Hugo Ratier tuvieron que ver en que, finalmente, acordáramos en fronteras mucho más razonables y en un producto final, por lo menos, más coherente.

Sin embargo, describir un proceso de trabajo caracterizado por una inserción

“experience-near” no es ciertamente fácil. Esto conforma un tercer momento metodológico, el de intentar una re-construcción en el texto que haga comunicable secuencialmente una experiencia que, en realidad, se fue dando de a saltos. De ahí que haya considerado también, según el modelo de estudios de casos, algunas problemáticas (las insuficiencias técnicas en las aplicaciones de la EIA, los problemas de gestión de RSU, la urbanización sobre el Delta y el Parque Pereyra Iraola, la emergencia del riesgo) sobre las que hay diversos enfoques, pero sobre los que no pude encontrar bibliografía o análisis de aspectos previos que enfocaran la relación entre estos problemas y la gestión de la SPA. En la construcción de estos acercamientos me fueron más útiles los contactos cara a cara, que me permitieron conocer los mecanismos por los cuales la SPA deja de actuar, más que nada como predominio de la ideología “problem solving”, o actúa con prácticas totalmente cosméticas, y en aquellos casos en los que la política ambiental se fragmenta y la potestad del Ejecutivo Bonaerense sobre los ecosistemas provinciales es un principio legal sólo esgrimible en debates y desconocido permanentemente en la práctica. Por ejemplo, acompañar a los ambientalistas de AProDelta que me mostraron funcionando el dragado de empresas privadas que rellenan con barros para levantar la cota de los terrenos que urbanizarán, y acompañarlos también cuando luego ellos mismos pusieron el cuerpo enfrentando al funcionario de la SPA que les aseguraba una y otra vez que el dragado en la zona estaba totalmente clausurado, proporciona un tipo de información diferente a la de la mayoría de las fuentes secundarias. Permite ver ciertas relaciones entre el aparato del Estado, relaciones que he presentado como “déficits de implementación” y que tienen una serie de aspectos en común aún en problemas que en sí mismos son tan complejos como para desarrollar una tesis de grado o de posgrado.

En efecto, resumir en pocas páginas (menos de cien) la complejidad de, por ejemplo, el avance de la urbanización sobre parte de los singulares ecosistemas bonaerenses o ejemplificar los procesos de generación de riesgo social, tiene que ver con la reconstrucción de relaciones entre la política ambiental y diferentes procesos estructurales del territorio bonaerense, señalando las diferencias entre la retórica legitimada por el Estado y sus prácticas. No he intentado hacer un enfoque profundo de cada problema en sí mismo, ni tampoco abarcar todas las variables que componen lo que podría definirse como “caso

testigo” (la urbanización del Delta o del Parque Pereyra Iraola), sino ver cómo estos problemas tienen mecanismos de articulación con la política ambiental y sus organismos específicos. En este sentido, el contenido del capítulo 5 debe más al acercamiento antropológico y a sus técnicas preferenciales (observación participante, entrevistas abiertas) que a la enorme proliferación de fuentes secundarias que sólo me permitían constatar lo obvio. También debe mucho a las informaciones de “primera mano” vertidas por ambientalistas, por técnicos insertos en el aparato del Estado, por ex – funcionarios y por asesores legislativos (algunos de los cuales, era visible, arriesgaban algo al hablar conmigo, y sin embargo, aún lo hacían).

En esta re-articulación entre la SPA y los problemas estructurales, son también obvias dos cosas más. La primera de ellas es que hay ciertos problemas ambientales que no entrado a analizar. Por ejemplo, las inundaciones (presentadas por el poder político como un problema de insuficiencia de obras públicas y nunca como un problema ambiental), la gestión de los recursos hídricos (otro fracaso de la SPA, que en diez años no logró hacer funcionar ningún comité de cuencas, pero tampoco logró hacer del control político o de la autoridad sobre el tema), el uso del suelo, etc.. Sobre muchos de estos aspectos reuní información, pero finalmente recorté el contenido del capítulo 5 en tanto son los casos que mejor ilustran la complejidad y al mismo tiempo, muestran claramente los déficits de implementación de la política ambiental bonaerense. Hay un componente de elección subjetivo al re-armar el objeto, y esto también influye en la organización de la información que se recogió en el trabajo en terreno.

La autoconciencia de los límites de la propia subjetividad y de la imposibilidad del objetivismo están en la base de la formación antropológica y por lo tanto, son dos aspectos estructuralmente constitutivos de la argumentación etnográfica. No es tan importante si el antropólogo aparece adjetivando o no, o el uso de la primera persona, el rígido control del “presente etnográfico” que certifica que el antropólogo “estuvo ahí”, sino que el efecto de una descripción es el de aumentar el conocimiento del lector colocando el objeto en su contexto social. Ya sea cuando se enfrenta con ideas y conceptos de una cultura concebida como diferente, como cuando se centra en abordar un objeto que parece estar en el mismo

universo conceptual al que el antropólogo pertenece, se requiere “crear” parte de ese universo. La política ambiental tiene su aparato específico, constituido en un campo de relaciones con diversos actores, pero sus articulaciones a ciertas dimensiones problemáticas (insuficiencias de la implementación de EIA, gestión de RSU, expansión urbana sobre los ecosistemas bonaerenses, etc.) y la racionalidad que las vincula requieren de una disposición descriptiva interna que comunique una composición problemática específica.

La organización y el análisis con que se presentan los conceptos, la forma que elijo yuxtaponer las categorías (lo explícito/implícito) y en que se articulan los dualismos (opacidad/transparencia) es una estrategia que presupone la comprensión del lector acerca de las características de las narrativas antropológicas fundamentalmente modernas¹⁰⁴, y también el reconocimiento de que la modelización y la escritura científica no captan la riqueza de ciertos dinamismos, a los que se llega sólo mediante una ficción literaria que ponga en circulación otras metáforas y tropos muy diferentes a los de este trabajo. También en la tradición antropológica¹⁰⁵ que describe y coloca todos los datos en su contexto social (contexto que luego puede compararse) en la búsqueda de una experiencia cultural totalizante aparece el significativo supuesto teórico de que el campo total de los datos bajo observación debe encajar y “tener sentido”. Sin embargo, en mi caso fue imposible que esto sucediese hasta no tener una comprensión más o menos profunda de una serie de procesos que sólo se consigue mediante una inmersión más o menos prolongada en el terreno y no leyendo teoría, monografías y/o estudios de caso previos. Esto hizo que mis marcos de referencia analíticos debieran abrirse a la consideración de lineamientos teóricos más clásicos. Lo que a su vez tuvo nuevas consecuencias metodológicas, la de reordenar y releer

¹⁰⁴ Modernas en el sentido en que se establece la modernidad de la disciplina antropológica, en el que la autoconciencia respecto de crear un distanciamiento entre escritor y lector, y crear de ese modo un contexto para describir un objeto que no se había descrito antes, está señalado como un fenómeno modernista, tal cual lo puntualiza M. Strathern: “Esa autoconciencia requería que el antropólogo escritor tuviera una relación específica con su escritura. Por implicancia, el observador debía estar en una relación particular con el observado, enmarcando el ejercicio intelectual como un empeño de una clase particular”. (STRATHERN, M., en REYNOSO, C., 1998: 228)

¹⁰⁵ Esta es la tradición que arranca con las monografías de Bronislaw Malinowski, en especial, “Los Argonautas del Pacífico Occidental”, producidas mediante el trabajo de campo, y que, como señala James Clifford, la experiencia de campo se reconstruye en las monografías, de manera tal que los sucesivos momentos de la experiencia en el campo forman parte de un dispositivo de organización de la monografía como tal. (v. CLIFFORD, J. y MARCUS, G. 1991:22)

algunos aspectos conceptuales antes de emprender el trabajo de elaboración de la tesis doctoral de la cual forma parte este capítulo.

A lo largo de los años que duró este trabajo, muchísimas veces sentí desorientación, bronca e impotencia ante ciertas injusticias, la mayoría de las cuales no tenían articulación directa con algunos de los temas que investigaba y otras veces sí. Conocer, por ejemplo, personas contaminadas con talio (a pocas cuadras de donde residía por entonces mi hermano menor, en el Partido de Vicente López), frecuentemente turbaba mi racionalidad. Esta turbación no fue un sentimiento agradable, y debí apuntalar algunas cosas de la única forma que recomienda la academia: leyendo a los clásicos. Así, encontré que lo que a Geertz le resulta más turbador del diario de campo de Malinowski, consiste en “el capricho de las propias pasiones, la debilidad de la constitución personal y la deriva de los propios pensamientos: esa cosa oscura que es el sí mismo”¹⁰⁶. Sin embargo, la experiencia nunca me resultó tan traumática como para llegar al extremo que señala Crapanzano acerca de que el trabajo de campo coloca al antropólogo en una experiencia de disrupción del sentido de sí mismo (v. CRAPANZANO, V., 1977:70).

Sí, como “observadores” nos resulta imposible aislar una racionalidad social única, sino ordenamientos inestables y precarios en el medio en el que estamos actuando y por el que, a su vez, no podemos dejar de ser actuados, también resulta infructuosa la búsqueda de la más pura acción racional desde el propio yo, también efecto de múltiples determinaciones¹⁰⁷. ¿No será ociosa entonces la pregunta por nuestros objetivos, al menos formulada en términos absolutos? Detrás de esa preocupación casi obsesiva por la toma de partido de una vez y para siempre, de los “ataques sobre la justificación de (la propia) empresa”¹⁰⁸, ¿no se esconde la concepción omnipotente de la conciencia moderna?. Me fue imposible representar el papel de ser el sujeto que controla la conciencia, pura razón, nada emoción, capaz de dirigir su “empresa” hacia los fines previamente definidos, mantener el rumbo y, al final, acceder al conocimiento objetivo y a la acción moralmente correcta. Se pregunta Geertz, nuevamente acerca del diario de campo de Malinowski: “¿cómo es posible

¹⁰⁶ GEERTZ:1997, p.87

¹⁰⁷ v. ALBERTI-MÉNDEZ:1993,p.74

¹⁰⁸ GEERTZ:1997, p.149

extraer de toda esa cacofonía de noches de plenilunio y exasperantes nativos, nerviosismos momentáneos y depresiones asesinas, una auténtica descripción de un modo de vida ajeno?¹⁰⁹. ¿Es posible el hacer desde otro lugar que no sea la emoción y la afectividad?. ¿Pueden permanecer ajenas a la afectividad las relaciones que mantenemos con el otro? ¿Pueden efectivamente ajustarse a una racionalidad única que determine el rumbo de nuestros propósitos?. Es obvio que no he cuidado demasiado que algunos aspectos derivados de estas preguntas y no suficientemente resueltos se filtren a la estética de la redacción y produzcan alguna adjetivación que a algún lector le parecerá excesiva. También me ha preocupado suprimir especialmente diversos aspectos de las “anthropological blues” que son inevitables en un trabajo de campo extenso y fatigoso¹¹⁰, pero aún no me doy cuenta si he podido lograrlo.

Roberto da Matta (DA MATTA, 1974) definió al programa de la Antropología Social como una operación consistente en transformar lo exótico en familiar y lo familiar en exótico. Esta formulación, según señala Velho (VELHO, G. ; 1987) implica la noción de distancia física o social, de modo tal que las construcciones antropológicas son siempre producto de una complejización de esta categoría. Gilberto Velho, también llama la atención sobre la peligrosidad de tomar a lo familiar como sinónimo de lo conocido: "...Lo que siempre *vemos* y *encontramos* puede ser familiar pero no es necesariamente *conocido* y lo que no *vemos* y *encontramos* puede ser exótico pero hasta cierto punto *conocido*..."(VELHO,G.,1974:126). Ambas categorías no necesariamente coinciden, de modo tal que lo exótico puede llegar a ser más conocido que lo propiamente familiar¹¹¹. Y de ahí a la opacidad de mucho de lo familiar no hay nada más que un pequeño paso, dudosamente reductible a números. Tener presente esto me ayudó no sólo a la hora de la ruptura sino también en el momento de volver a re-armar la información disponible y

¹⁰⁹ ver el texto de GEERTZ:1997:88

¹¹⁰ Con este término, Da Matta alude a las desazones, melancolías y demás sensaciones arduas que experimenta el investigador en distintos momentos del trabajo en terreno. (Cfr. DA MATTA, R.; 1988: 153-157).

¹¹¹ La descotidianización de los elementos constitutivos de la realidad social puede alcanzarse, según el antropólogo Lins Ribeiro, a través de la experiencia a la vez objetiva y subjetiva del extrañamiento, que busca solucionar la tensión entre el distanciamiento (la no participación en los códigos cotidianos de la población estudiada) y la aproximación (la presencia física y la interacción con los elementos centrales de la realidad analizada). (LINS RIBEIRO, G.;1989:65-67).

tamizar todo esto que he puntualizado hasta ahora¹¹². Sobre todo, mantuvo claro un aspecto vinculado al proceso de construcción de un “Otro cultural”. Esto es importante porque el fundamento epistemológico y deontológico de la disciplina, sobre todo de la etapa fundacional, se encuentra en la construcción científica (con sus correspondientes operaciones de distinción y narración) de la alteridad. En un trabajo centrado en una estrategia de conocimiento de “experience-near”, en el que los sujetos que operan las distinciones y actúan significativamente en el campo de disputas políticas comparten similares universos de representaciones, la construcción de la alteridad es un esfuerzo doble. No existe la figura de un Otro cultural como sujeto perfectamente identificable al estilo de un primitivo o de un nativo que nos informe, al tiempo que no se pertenece a ninguna institución colonial que nos haga identificables rápidamente como interlocutores válidos para tales figuras. Es entonces cuando la máxima de Da Matta cobra su verdadero valor.

Sin embargo, considero importante extenderme un poco sobre un punto que siempre resulta controversial y que también se deriva de considerar lo explicitado en el párrafo anterior. Como ya he expresado anteriormente, durante mi trabajo en terreno tuve constantes requerimientos de ayuda que provinieron de diversos informantes. Algunas instancias específicas me generaron interrogantes que giran en torno a la definición de la antropología y sus posibilidades como medio para el cambio político y la toma de partido por los “nativos” o por los sujetos que sufren las consecuencias de situaciones de dominación conflictivas y problemáticas. Si bien hay muchísimas páginas de debate en

¹¹² Me fue muy provechosa la lectura de un texto que llegó a las librerías a principio del año 2000, “Antropología del presente”, compilación de G. Althabe y F. Schuster. A través de una revisión de los últimos veinte años en que surge una nueva forma de concebir la investigación antropológica y nuevos “objetos” empresas, diferentes barrios de una ciudad, zonas rurales, etc., los diversos trabajos de este libro plantean una visión alternativa a las concepciones hegemónicas (como las levistraussianas) que propugnan una distancia máxima con la sociedad que se estudia, como condición de producción del conocimiento antropológico. Por el contrario, el antropólogo puede estudiar el universo social del que forma parte, siempre y cuando sea consciente de diversos aspectos (los límites de su subjetividad, los condicionamientos de su biografía, el propio rol del científico en la sociedad en que trabaja, etc.) y eso logran demostrar las investigaciones empíricas de los dos equipos de investigación (de la FFYL- UBA y de la Ecole des Hautes Etudes en Sciences Sociales de París) que aportan el trabajo empírico que integra el texto (V. ALTHABE, G Y SCHUSTER, FELIX, 1999).

torno a este tema y muchas denominaciones para la práctica antropológica al servicio del nativo, se pueden recoger algunos elementos que muestran que no carece en absoluto de legitimidad aportar elementos concretos para modificar situaciones desfavorables en el marco de un trabajo etnográfico. En la bibliografía que mencionaré a continuación, a la toma de partido por los nativos se la denomina *advocacy*, lo que en castellano, literalmente es "abogar". Pero uno de los problemas para su traducción es que en castellano el sujeto que lo pone en práctica se confunde con el practicante de una disciplina académica (el abogado, caracterizado como "buitre" o "ave negra" en el dominio lingüístico de las clases populares urbanas), y el sentido común considera que no siempre la conducta de este practicante es la defensa del sujeto más débil. Por lo que es más prudente mantenerlo en inglés, y castellanizar sus derivaciones presentándolo en bastardilla como si se tratara de un término nativo en una etnografía.

Robin Wright (WRIGHT, R; 1988) hace una revisión de las prácticas antropológicas tendientes a promover la acción en favor de los grupos indígenas que se encuentran en situaciones de gran asimetría política. No problematiza la legitimidad antropológica de estas prácticas y se centra en la acción realizada a través de organismos institucionalizados, en su mayoría transnacionales. Finaliza su artículo proponiendo diversas formas de acción para los antropólogos y las instituciones mencionadas. Orin Starn (STARN, O.,1994) intenta indicar un camino hacia una práctica disciplinaria políticamente emancipatoria que contribuya a luchar por la igualdad y la justicia. Considera que el considerar al activismo como una interferencia en la investigación esta basado en una reificación innecesaria de las distinciones entre involucramiento e investigación, acción y reflexión, práctica y teoría. El problema que encuentra con estas distinciones es que no toman en cuenta que, durante el proceso investigativo concreto, estas líneas son constantemente cruzadas en formas imperceptibles pero sumamente valiosas para la

producción de conocimiento. Sostiene que si bien las posibilidades del conocimiento a través del involucramiento entran en conflicto con la ética del observador distanciado, conjuga muy bien con el de la observación participante y la nueva visión de que el conocimiento puede ser desarrollado desde varias posiciones diferentes (STARN, O; 1994: 21).

Personalmente me resulta difícil no coincidir con estos enfoques al racionalizar diversos aspectos de mi inserción en el terreno. Sin llegar a convertirme directamente en un activista, desarrollé algunas acciones de apoyo a instituciones y a personas que se conducían como activistas en el campo de la política ambiental bonaerense. Aporté muchas veces ciertos conocimientos a favor de las reivindicaciones de poblaciones urbanas desfavorecidas por los efectos negativos de diversas políticas, y no sólo por las insuficiencias de la política ambiental bonaerense. Mi sensación personal no fue de incomodidad ni de contradicción, ni tampoco me preocupó demasiado si mi intervención se valoraba adecuadamente. Mi toma de partido tiene antecedentes personales en mi propia biografía (participación en ONGAS a principios de los '90, mi formación anterior en el campo del Trabajo Social, con una licenciatura finalizada a fines de los '80, etc.), lo que sin duda derivó en que esta parte de mi acción no la antagonizara con cierta idea de la práctica científica, y que no me generara ninguna incomodidad, aún sabiendo que no podría reflejar adecuadamente estas acciones en la conformación del "objeto de estudio". Sin embargo, mi posición "real" en esta investigación no puede encuadrarse orgánicamente dentro de una experiencia de "advocacy", ya que fueron participaciones coyunturales y secundarias al objetivo de realización de este trabajo.

En forma contrastante, Hastrup y Elsass (HASTRUP R. Y ELSASS, S.1990) argumentan que es imposible considerar a la *advocacy* sin tener en cuenta la naturaleza de

la representación antropológica en general, y que es imposible la legitimación de la primera en términos de la segunda. La *advocacy* presupone el interés por una causa en particular y se asienta en la utilización del conocimiento a través del compromiso moral mientras que la antropología o etnografía "está legitimada por cánones establecidos para el estudio y la *creación* de conocimiento" (1990: 302). Al igual que Starn (1994), ejemplifican con experiencias de su propio trabajo de campo, aunque en este caso se trata de mostrar las dificultades con que se encontraron para tomar partido y que en definitiva los hizo desistir. Para ellos, el compromiso de mejorar el mundo nunca puede substituir el de comprenderlo, y el núcleo de su argumentación se refiere siempre a principios que ellos no discuten (antropología-ciencia-conocimiento;*advocacy*-política-intereses).

D'Andrade (D'ANDRADE, R.,1995) propone mantener la separación de los "modelos objetivos" y los "modelos morales". Los primeros tienen como finalidad el conocimiento del mundo intentando diferenciarlo de las respuestas que el sujeto tiene hacia éste; los segundos tienen como finalidad la asignación de recompensas y castigos a partir de la identificación de lo bueno y lo malo. Aclara que los modelos objetivos no están exentos de juicios de valor y que también pueden utilizarse para analizar en forma objetiva hechos subjetivos; por otro lado, reconoce que los modelos morales también requieren de cierto grado de objetividad.

El principal beneficio en la utilización de modelos objetivos (que, D'Andrade reconoce, es cuestión de grado) es la posibilidad de la replicación, que permite el control de lo afirmado acerca del "objeto". En relación a esto, uno de los principales problemas de los modelos morales (para dar cuenta del mundo) es que la maldad o bondad de los hechos no es una cuestión empírica sino que surge de la postura moral del sujeto, y entonces sus posibilidades de replicabilidad y control se ven reducidas. Otro de los problemas es que

este modelo tiende a la identificación de principios absolutos de "bondad" y "maldad" y todo lo que derive de ellos será entonces "bueno" o "malo". Para él, un punto importante es que los modelos pueden ser vinculados en la puesta en práctica de las consecuencias del conocimiento o en la elección de la problemáticas, pero esta vinculación no justifica el confundirlos. Para D'Andrade toda la discusión puede resumirse en una pregunta acerca de una elección: "cualquier cosa que uno quiera lograr en el camino del cambio político, ¿no sería acaso la principal prioridad comprender cómo las cosas funcionan?" (D'ANDRADE, R, 1995: 408)

Es por este último interrogante que entiendo que no hay contraposición entre mis experiencias de apoyo a activistas de ONGAS y a otros militantes de partidos políticos, la utilidad que estas experiencias tuvieron para el conocimiento de la política ambiental bonaerense, y el resultado final de este trabajo, en el que describo algo que no se hubo descrito antes.

Se pueden encontrar posiciones más extremas en torno a la idea de *advocacy*. Por ejemplo, para Nancy Schepherd-Hughes (1995) el relativismo moral no es más apropiado para el mundo en que vivimos. La antropología debe estar éticamente fundamentada. Este posicionamiento, debe asimismo devenir en una antropología relevante y comprometida políticamente. Para mostrarlo recurre a su experiencia de campo en Brasil en la que se vio "forzada" o inducida a comprometerse y a actuar por sus "nativos". En la experiencia que presenta de Sudáfrica, su participación no fue requerida sino que partió de su concepción de la antropología como herramienta para la liberación (1995: 415). Basándose en Levinas, propone la adopción de principios éticos "pre culturales" (SCHEPHERD HUGHES, N, 1995: 419). Su propuesta se centra en conformar una antropología como lugar de resistencia a través del actuar como "trabajadores negativos" (1995: 420) que "exponen la

verdad frente al poder" y que actúan en contra de la opresión.

Singer (1990) encuentra que la incompatibilidad entre *advocacy* y antropología propuesta por Hastrup & Elsass (1990) yace en una concepción postmoderna de la antropología como etnografía, entendiéndola como restringida a la escritura de la cultura. Propone una perspectiva alternativa para pensar la *advocacy*, la utilización del conocimiento para el cambio social. En este sentido, éste sería entonces el objetivo principal de la antropología. Siguiendo a Schensul propone al ámbito de la aplicación del conocimiento como una faceta más para la profundización del mismo. Considera que toda antropología es *advocacy* porque toda actividad está orientada hacia fines y tiene consecuencia en la vida social. Esta *advocacy* se desarrolla a lo largo de un continuum que va de la orientada a la acción hasta la orientada hacia la producción de conocimiento. Ambos extremos y la distancia entre ellos son antropológicos, *advocatorios* y políticos. La antropología entonces asume siempre algún grado de *advocacy*.

Lo que esta cuestión de la *advocacy* nos muestra es la diversidad de concepciones existentes acerca de la labor del antropólogo. Uno de los principales puntos que quisiera resaltar con respecto a esto es que aquellos que se posicionan en el extremo de la antropología como orientada principalmente al conocimiento (D'Andrade, 1995; Hastrup & Elsass, 1990) no efectúan ataques sobre la *advocacy* en sí sino sobre la necesidad de mantenerla separada durante el proceso de producción de conocimientos, y la imposibilidad de justificarla en términos de dicha investigación. Sin embargo, la partidaria más fuerte de la *advocacy* (Scheper-Hughes, 1995) realiza un "ataque" sobre las mismas bases de la disciplina, mostrándola incompatible (en el estado actual) para llevar a cabo una empresa política liberadora.

Otra observación a destacar es que hay un acuerdo entre ambas posturas extremas en que la *advocacy* (entendida como tomar partido por los nativos) y la producción de conocimientos en su modelo actual son incompatibles al momento de aplicarse en forma simultánea. O mantenemos los objetivos separados, conocemos de acuerdo al modelo actual y luego tomamos decisiones en base a dicho conocimiento, o modificamos el modelo de una forma tal que permita la práctica en forma simultánea con la producción de conocimiento. El debate, aquí deja de estar fundado en términos éticos, como plantea Scheper-Hughes (1995) sino que se traslada al terreno de la epistemología y la filosofía de la ciencia en general.

En contraste con el párrafo anterior, y refiriéndonos a la delimitación del campo de acción de la antropología, podemos ver que Wright (1988), Starn (1994) y Singer (1990) plantean concepciones amplias en las que la *advocacy* y la búsqueda de conocimientos no son excluyentes sino complementarios. Mientras que Hastrup & Elsass (1990), D'Andrade (1995) y Scheper-Hughes (1995), plantean visiones más restringidas, ya sea la antropología como medio de conocimiento o como medio de acción. Es interesante retomar la concepción de *advocacy* de Singer (1990), que no se limita al tomar partido por los "nativos" sino que es definida por el hecho de tomar partido por determinados fines, cualesquiera que sean.

Un problema que aparece llegado este punto es si el antropólogo puede controlar todo el tiempo su opción y los resultados de la misma, o por el contrario, sus elecciones son marcadas por los fines de otros actores. Entiendo que la primer alternativa es ilusoria, y que hay una relación más dinámica: no es solamente la disolución en el campo de los límites de los diferentes tipos de roles (investigador, activista, asesor, facilitador). Sino que las relaciones en el campo repercuten y pueden tener el potencial de re-definir al antropólogo en su práctica, y consecuentemente en los tipos de conducta y de relaciones sociales que lleva a cabo.

Si bien la autoconciencia de los límites de la subjetividad y las particularidades de mi biografía produjeron, en mi caso particular, cierto control de las condiciones de negociación de la identidad en el campo, parece claro que es esta inter-definición del antropólogo lo que puede legitimar en términos antropológicos y en cada caso particular la posibilidad o no de una experiencia de *advocacy*. No me detuve a explorar qué clasificaciones surgieron desde las personas a las que aporté elementos para sus prácticas, hacia la tarea antropológica. No me propuse en ningún momento sistematizar esto, ni tampoco fue un objetivo el desarrollo de una experiencia de *advocacy* por los habitantes del Conurbano bonaerense, ni mucho menos mi forma de entender la antropología se reduce a ella. Simplemente, las condiciones de la práctica fueron llevando a generar esa reciprocidad equilibrada que puntalicé anteriormente, que no puede conseguirse mediada por formularios de encuesta y sin la cual este trabajo hubiera sido mucho más dificultoso.

Quisiera ir finalizando este capítulo mencionando un aspecto que es importante para la constitución del locus profesional antropológico, y que la discusión de estos últimos párrafos permitiría acercarse: Este es el tema de las llamadas “devoluciones” del trabajo de campo. La idea de “devolver”, connota que el antropólogo ha sacado, ha tomado algo, generalmente la “información” (la cual, dicho sea de paso, es la que le permitiría su desarrollo profesional y al menos teóricamente su sustento material) y por lo tanto quedaría en “deuda”. El problema se halla en que, la mayoría de las veces, lo que el antropólogo puede devolver es su producción académica, sus escritos, los cuales no siempre tienen que ver con los intereses de los otros. Entiendo que la única alternativa a esta situación es generar en el intercambio el espacio suficiente para que ambas partes puedan ir estableciendo paulatinamente sus propios intereses. En este intercambio, así como los otros se predisponen a contestar preguntas que tal vez no les interesan tanto, el antropólogo debería estar dispuesto a otros requerimientos que tal vez, como vimos en mi experiencia puntualizada los ejemplos anteriores, no siempre tengan que ver con intereses académicos.

La importancia dada a la “devolución” refiere también al reconocimiento de la desigualdad estructural que separaría a los portadores de una praxis científica de los sujetos

que éstos estudian en el campo. Debo confesar que respecto a este tema tengo mis reservas, ya que si bien reconozco que, en un nivel muy general, es pertinente hablar de esta "desigualdad estructural" -en tanto el antropólogo sería el supuesto portador de un saber legitimado socialmente- hay que tener en cuenta que no es la misma situación cuando este tema es planteado por intelectuales pertenecientes al contexto académico norteamericano o europeo, que cuando es analizado en el contexto, por ejemplo, de nuestro país¹¹³. Esta diferencia no sólo estaría dada por el hecho de ser un país periférico, sino que, además, internamente, considero que la antropología ocupa una posición bastante marginal, tanto por las condiciones económicas en que se desarrolla, como por la escasa presencia y relevancia social que el discurso antropológico posee a un nivel simbólico, en el conjunto de discursos socialmente legitimados. Es decir, me cuesta pensar seriamente, cuál es en la praxis el poder real de los antropólogos en la Argentina. Sólo puedo reconocer, generalmente, un poder interno al propio campo académico (por ejemplo, poder formar a otros futuros antropólogos y legitimar ciertas problemáticas de estudio). En mi trabajo de campo interactué frecuentemente con ciudadanos de diferentes clases sociales y muchos de ellos tenían más poder real sobre sus condiciones cotidianas y sobre su destino que el que yo mismo podía representarme para mis propias condiciones de reproducción.

En las últimas décadas, gran parte de la tendencia dominante en la antropología norteamericana, la corriente denominada "posmoderna", concentra sus preocupaciones teórico-metodológicas en el proceso de escritura etnográfica; en cómo el trabajo de campo es representado textualmente a través de la experimentación con formas y géneros alternativos al *realismo etnográfico*. A diferencia de esta perspectiva, me interesa finalizar estas reflexiones en las implicancias en el campo de una suerte de *movimiento de disolución-reconstitución* del etnógrafo que se opera al momento de la escritura. Las definiciones de P. Wright sobre el trabajo de campo permitirán profundizar en esta perspectiva:

¹¹³ No sé si es necesario puntualizar que es de suponer sin generalizar (como yo mismo he verificado en interacciones con colegas de otros lugares del mundo) que existen marcadas diferencias entre los objetivos e intereses personales que están en la base de las elecciones u opciones por una carrera académica cuando se trata de antropólogos que pertenecen a sociedades distintas.

"Con respecto a la antropología, considero que el 'campo', redefinido como el Mundo a través del cual el etnógrafo se desplaza ontológicamente, es lo que la hace una disciplina distintiva dentro de las ciencias sociales (que también trabajan en el Mundo, pero sin utilizar al individuo como su propio instrumento de observación) (...)

"... la etnografía implicaría un desplazamiento ontológico. Esto significa que el sujeto-etnógrafo desplaza su Ser-en-el-mundo (Dasein) a un lugar diferente -o permanece en su sitio pero con una diferente agenda ontológica. Es el Ser-en-el-mundo del etnógrafo, su estructura ontológica, la que sufre modificaciones en su contacto con la gente... " (WRIGHT, P., 1994: 366-367)

El concepto del *desplazamiento ontológico* me parece central ya que sintetiza muchas de las reflexiones sobre la importancia del sujeto en la práctica antropológica. Muchas veces la **praxis** del campo nos lleva a reinstalar la dualidad *sujeto/etnógrafo*, aunque dicha dualidad se intente superarla conscientemente. Quiero terminar afirmando el reconocimiento de que la totalidad del sujeto se ve afectada por el trabajo de campo.

Sin embargo, el hecho de que las experiencias internas del investigador puedan ser objeto de reflexiones e intervenir en el discurso académico, no implican necesariamente que esta totalidad del *sujeto-etnógrafo* esté siempre presente en las experiencias de campo, abarcando los distintos espacios existenciales que se suelen poner en juego cotidianamente en las relaciones sociales. Yo mismo no tengo todavía una total comprensión de cómo el desplazamiento ontológico me ha modificado y nunca tuve el total control de mis deseos, opciones y estrategias en el transcurso de mi trabajo de campo, y siento esto como una razón lo suficientemente valedera para mantener cierto ordenamiento en la escritura que **excluya** la pretensión de una textualidad al estilo posmoderno, pretensión para la que no podría diseñar siquiera, en este momento, un mínimo dispositivo literario que me lleve a

lograrla.

Me parece que es este aspecto, la reflexividad sobre el desplazamiento ontológico, una de las claves para que la antropología abandone la dinámica de pensar solamente la alteridad como la figura del Salvaje o del Otro concebida intelectualmente desde la dinámica histórica de Europa. El impacto que los diferentes procesos de cambio social están teniendo en las maneras de pensar la cultura lleva a que todos nos descubramos como igualmente exóticos, en el marco de los nuevos mundos que se crean y se piensan, en las descripciones del presente y en el lugar que se ocupa en los imaginarios del futuro. No es utópico pensar que las manifestaciones tecnológicas que la ciencia moderna ha producido en el marco de relaciones capitalistas puedan servir para otros proyectos políticos y culturales, más acordes con las representaciones y los deseos de grupos que no tienen lugares de preponderancia en el mundo actual.

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
Dirección de Bibliotecas